Geoffrey de Monmouth

Historia de los reyes de Britania

Escrita por el clérigo galés Geoffrey de Monmouth en el siglo XII, la *Historia de los reyes de Britania* conoció desde el primer momento una gran difusión, como atestiguan los numerosos manuscritos que de ella se han conservado.

Si bien el propósito del libro es trazar el devenir histórico de los britanos desde Bruto, bisnieto del troyano Eneas, hasta su último rey, Cadvaladro, el mayor de sus hallazgos fue, sin duda, el relieve que concedió al rey Arturo, protagonista de una quinta parte del mismo.

Es, en efecto, Geoffrey de Monmouth quien —en palabras de Luis Alberto de Cuenca, traductor y prologuista de la obra— «convirtió a un personaje borroso del folklore británico en un deslumbrante monarca e hizo de una fantasmagórica banda guerrera una corte feudal», dando así origen a uno de los mundos de ficción que más han cautivado la imaginación del hombre occidental.

epublibre

Geoffrey de Monmouth

HISTORIA DE LOS REYES DE BRITANIA

ePub r1.1
Rob_Cole 23.04.2019
EDICIÓN DIGITAL

Título original: *Historia regum Britanniæ*
Geoffrey de Monmouth, 1136
Traducción: Luis Alberto de Cuenca
Diseño de portada: Joselin

Editor digital: Rob_Cole
Primer editor: Joselin (r1.0)
ePub base r2.1

Edición digital: ePubLibre, 2019
Conversión PDF: FS, 2020

A Álvaro, que se llama también Arturo

Introducción

Galfridus Monemutensis nació c. 1100 en Monmouth (Gales), no lejos de Caerleon-on-Usk, donde tienen lugar las más famosas cortes de la *Historia regum Britanniæ* (*Historia de los reyes de Britania*). Su padre se llamaba Arturo, lo que resulta premonitorio. Su sangre era británica, sin duda, pero ignoramos si galesa o bretona. Muchos bretones pasaron a Inglaterra a raíz, de la conquista normanda (1066), y es posible que los ascendientes de Geoffrey se contasen entre ellos y llegaran a Monmouth en el curso del avance normando hacia Gales del Sur. En 1075, la ciudad tenía un señor bretón, Winehoc, y un priorato benedictino con el que acaso nuestro cronista tuviera alguna conexión.

La primera noticia fidedigna que de él conservamos (1129) lo sitúa en Oxford, no en el Gwent, como enseñante y canónigo seglar del colegio de Saint George. Aunque todavía no había sido fundada su famosa universidad, Oxford era, en la primera mitad del siglo XII, una ciudad floreciente en el aspecto cultural. Pues bien, entre 1129, fecha en que Geoffrey figura como testigo en la carta fundacional de Osney Abbey, y 1152, encontramos su firma en seis cédulas diferentes relacionadas con fundaciones religiosas en o cerca de Oxford. En dos de esos documentos firma como magíster, lo que revela su condición docente. El colegio de Saint George fue cedido en 1149 a Osney Abbey. La sexta cédula fue firmada a finales de 1151, pocos meses

después de la muerte de Walter, archidiácono de Oxford, preboste del desaparecido colegio y gran amigo de Geoffrey. También formó parte del claustro de Saint George como canónigo Roberto de Chesney, que sería obispo de Lincoln a partir de 1148.

A comienzos de 1151, poco antes de morir Walter, Geoffrey fue nombrado obispo de Saint Asaph, en Gales del Norte. Un año después (febrero de 1152) sería ordenado sacerdote en Westminster y consagrado en Lambeth una semana más tarde por el arzobispo Teobaldo. No parece probable que visitara alguna vez su diócesis, pero no por desidia ni por negligencia culpable, sino porque su cargo era normando y el caudillo galés Owain Gwynedd se hallaba por aquel entonces en guerra contra los normandos, sobre los que había obtenido una resonante victoria en Coleshill (1150). Saint Asaph se encontraba dentro del territorio controlado por Gwynedd.

Las crónicas galesas registran que Geoffrey murió en 1155, probablemente en Oxford (acaso en Londres, pues a fines de 1153 es uno de los obispos que testifican en la carta de Westminster del rey Esteban, que preparaba la venida al trono de Enrique II Plantagenet).

Durante su estancia en Oxford, Geoffrey escribió tres obras, o al menos son sólo tres obras las que han llegado hasta nosotros.

Completó la primera de ellas, unas *Prophetiae Merlini* (*Profecías de Merlín*), antes de 1135. Dichas *Prophetiae* constituyeron en principio un libro exento, un *Libellus Merlini*, pero muy pronto se incorporaron a la *Historia regum Britanniæ* (§ 106 - § 118). Geoffrey escribe las *Profecías* a peti-

ción de su superior eclesiástico, Alejandro, obispo de Lincoln, a quien dedica cumplidas alabanzas.

Hacia 1136, en todo caso no antes de diciembre de 1135 (muerte de Enrique I Beauclerc) ni después de 1138 ó 1139, completa Geoffrey la más importante de sus obras, la *Historia regum Britanniæ*, dedicada —junto con las *Profecías* a ella incorporadas— a Roberto, duque de Gloucester, hijo natural de Enrique I, y a Calerán, conde de Meulan, hijo de Roberto de Beaumont (en un manuscrito de Berna aparecen como destinatarios del libro el rey Esteban y Roberto de Gloucester; Esteban, yerno de Guillermo el Conquistador, comenzó a reinar en 1138).

La *Vita Merlini* (*Vida de Merlín*) es la tercera y última obra de Geoffrey, un poema de 1529 hexámetros terminado en 1148 o poco después. Va dedicada a Roberto de Chesney, colega de Geoffrey en el colegio oxoniense de Saint George y sucesor de Alejandro en el obispado de Lincoln (1148-1167).

El propósito de Geoffrey al escribir la *Historia regum Britanniæ* no es otro que trazar el devenir histórico de los britanos a lo largo de un período de mil novecientos años, desde Bruto, bisnieto del troyano Eneas (siglo XII a. C.), hasta su último rey, Cadvaladro (siglo VII d. C.).

Geoffrey asegura haberse limitado a traducir un libro en lengua británica que le proporcionó su amigo Walter, archidiácono de Oxford. El libro de Walter nunca existió. Geoffrey urdió esa ficción para prestar más autenticidad a su *Historia*. No hubo original galés ni bretón. La *Historia regum Britanniæ* tiene fuentes, no fuente única. No es una traducción, sino una composición de elementos hábilmen-

te ensamblados. Sus fuentes son, sobre todo, el *De excidio et conquestu Britanniæ*, de Gildas; la *Historia ecclesiastica gentis Anglorum*, de Beda, y la *Historia Britonum*, atribuida a Nenio, pero también las crónicas de sus contemporáneos Guillermo de Malmesbury y Enrique de Huntingdon, diversas comunicaciones orales de Walter y de otros, el mundo clásico latino (Cicerón, Juvenal, Lucano, Apuleyo, Floro, Orosio, Estacio, Virgilio), la tradición bíblica y *last*, pero no *least*, las leyendas autóctonas y el folklore céltico. Fundiendo en un mismo crisol tan heterogéneo material, Geoffrey se nos revela como un auténtico profesional de las letras, como un *clericus* en el sentido medieval del término, como un escritor de talento que sabe dotar a su *Historia* de movilidad y de fuerza y que maneja con soltura los resortes del arte de narrar.

¿Cómo cautivó una historia de los britanos a una audiencia anglonormanda? La respuesta es sencilla: grande había de ser el mérito de un pueblo que logró conquistar la tierra que perteneciera a tan ilustres conquistadores. Además, Geoffrey concluye su *Historia* en el siglo VII, esto es, lo suficientemente lejos en el tiempo, cuando los britanos degeneraron en galeses (los reyes de Gales los confía a la pluma de su amigo Caradoc de Llancarfan). La *Historia* es, pues, antisajona, pero pronormanda. Las virtudes que se alaban en sus personajes son las de los barones normandos: eficiencia, largueza, brutalidad, coraje. Los normandos son ahora dueños de un país cuyos caudillos Bruto, Belino y Brenio, y Arturo[1] sometieron a Francia, y, por tanto, encuentran en la *Historia* argumentos para defenderse de su condición de vasallos del rey de Francia como duques de Normandía. Además, la figura de Arturo, el mayor héroe

de los britanos, presenta una imagen inequívocamente normanda.

Una quinta parte del libro está referida a Arturo, y es esta zona de la *Historia* la que justifica su impresionante éxito desde el siglo XII hasta el XX. Guillermo de Newburgh dirá irónicamente, c. 1198, que Geoffrey escribe guiado por un desordenado amor a la mentira y por el deseo de agradar a los britanos. Bien venido sea el amor a la mentira si viene acompañado de un rey como Arturo.

De Arturo se habló antes de Geoffrey, pero su fama estaba restringida a Gales, Irlanda, Cornualles y Bretaña, a la leyenda y al folklore. Hubo quizá un Arturo histórico que combatió a los invasores sajones c. 500. Los *Annales Cambriae* (siglo X) mencionan la fecha de 537 para la batalla de Camlann (Kamblan en la *Historia regum Britanniæ*), «en la que Arturo y Medraut (Mordred) cayeron».

Así, pues, Geoffrey convirtió a un personaje borroso del folklore británico en un deslumbrante monarca. Hizo de una fantasmagórica banda guerrera una corte feudal. La coronación de Arturo en Caerleon el día de Pentecostés, rodeado de sus barones, era el tipo de fiesta que los normandos conocían y admiraban, y, como los normandos, el resto de los pueblos del occidente europeo. Cuando Arturo se enfrenta a los aliados de Roma (Grecia y Partía, Egipto y Babilonia), no deja de enfrentarse, para los lectores normandos, con los enemigos de una raza que ha conquistado Inglaterra, triunfado en Sicilia y combatido al emperador de Bizancio y a las hordas del Islam. De héroe folklórico Arturo ha pasado a ser el rey aglutinador de los ideales no sólo de la nación normanda, sino de todo el mundo occidental. Cuando es herido mortalmente en Kamblan, es trasladado a la isla de Avalón para restablecerse de sus heri-

das. Y allí sigue, muerto y vivo a la vez, en la penumbra feérica de un lugar imposible. Los celtas de Britania todavía aguardan su regreso para liberar a su patria del dominio extranjero.

Cerca de doscientos manuscritos de la *Historia regum Britanniæ* se nos han conservado, incluyendo unos cincuenta que presentan el texto completo y dos fragmentos del siglo XII. Pronto hubo versiones galesas del original latino. El normando Wace la tradujo al francés con el nombre de Brut en 1155, texto del que deriva el Brut inglés de Layamon. Los escritores franceses de la segunda mitad del siglo XII se impregnaron del espíritu de Geoffrey. Citaré los *Lais* de Marie de France[2] y los romans courtois de Chrétien de Troyes[3], seguidos en el siglo XIII por la *Vulgata artúrica* en prosa, compuesta fundamentalmente de tres largas novelas[4]. En Alemania, Wolfram de Eschenbach produjo su espléndido *Parzival*, y Hartmann de Aue sus *Erec* e *Iwein*. Sin la *Historia* de Geoffrey tampoco hubieran sido escritas en Inglaterra dos obras formidables: *Sir Gawain and the Green Knight*[5] (siglo XIV). y la *Morte d'Arthur*, de Malory (siglo XV).

Holinshed se sirve generosamente de Geoffrey en sus *Chronicles*, surgiendo de ahí piezas como *The Tragedy of Ferrex and Porfex*, tragedia senequista de Sackville y Norton estrenada en 1562, o *El rey Lear* y *Cimbelino*, de William Shakespeare. Sin la *Historia regum Britanniæ*, Lear no existiría. También utilizaron a Geoffrey autores de la categoría de Spenser, Milton (en su History of Britain, de 1670), Wordsworth (Artegal and Elidure, 1820) y Tennyson. Sin Geoffrey no habría existido literatura artúrica.

La *editio princeps* de la *Historia* es parisiense, de 1508, por Ivo Cavellatus. En 1587, Jerome Commelin la editó en

Heidelberg, siendo el primero en dividir el texto en doce libros, aunque no aportara gran novedad a la mediocre tarea filológica de Cavellatus. J. A. Giles volvió a editar la *Historia* en 1844 (Londres), siguiendo a Commelin, y Schulz reprodujo el texto de Giles (Halle, 1854).

La primera edición crítica es la de Acton Griscom (Londres, 1929), con la tradicional división de la obra en doce libros. La segunda (París, 1929) se debe a Edmond Paral y ocupa gran parte del volumen III de su *Légende arthurienne*. En 1951, Jacob Hammer publicó una versión basada en cinco manuscritos tardíos que no siguen el texto habitual de la *Historia regum Britanniæ*; por eso se la llama «variant version».

Un traductor moderno debe tener en cuenta las ediciones de Griscom y Paral. A mí me ha parecido más depurado el texto que ofrece el estudioso francés, que no divide en libros la *Historia*. Es el que ofrezco, en versión castellana, a continuación.

Sólo conozco traducciones inglesas de la *Historia regum Britanniæ*. Thompson publicó la primera en 1718, sobre el texto de Commelin. Giles reimprimió la versión de Thompson en 1842 y 1885, convenientemente revisada. Sebastian Evans trasladó la *Historia* por vez primera en 1896, pasando a formar parte de la Everyman's Library en 1912; la traducción de Evans, que seguía el texto de Schulz, fue revisada y puesta al día por Charles Dunn en 1963. De 1966 data, por último, una cuidada versión de Lewis Thorpe, varias veces reimpresa.

Luis Alberto de Cuenca
Madrid, 29-XII-1983

Nota bibliográfica

Fletcher, R. H., *Arthurian Material in the Chronicles*, Boston, 1906 (Nueva York, 1958).

Lewis jones, W., *King Arthur in History and Legend*, Cambridge, 1911.

Chambers, E. K., *Arthur of Britain*, Londres, 1927.

Griscom, Acton, ed., *The Historia Regum Britanniæ of Geoffrey of Monmouth*, Londres-Nueva York, 1929.

Paral, Edmond, *La légende arthurienne. Eludes el documents*, París, 1929 (= 1969), tres volúmenes.

Lloyd, J. E., «Geoffrey of Monmouth», *English Historical Review* LVII (1942), págs. 460-468.

Tatlock, J. S. P., *The Legendary History of Britain: Geoffrey of Monmouth's Historia Regum Britanniæ and its early vernacular versions*, Berkeley-Los Ángeles, 1950.

Hammer, Jacob, ed., Geoffrey of Monmouth. *Historia Regum Britanniæ. A variant version edited from manuscripts*, Cambridge, Massachusetts, 1951.

Schirmer, W. F., *Die frühen Darstellungen des Arthurstoffes*, Colonia-Opladen, 1958.

Parry, John J., y **Caldwell, Robert A.**, «Geoffrey of Monmouth», *Arthurian Literature in the Mídd-*

le Ages, ed. Roger S. Loomis, Oxford, 1959 (= 1969), págs. 72-93.

Monmouth, Geoffrey of, *History of the Kings of Britain. Translated by Sebastian Evans, revised by Charles W. Dunn. Introduction by Gwyn Jones*. Londres, 1963 (Everyman's Library, núm. 577).

—, *The History of the Kings of Britain. Translated with an Introduction by Lewis Thorpe*, Harmondsworth, Middlesex, reimpr. 1982 (The Penguin Classics).

García Gual, Carlos, *Historia del rey Arturo y de los nobles y errantes caballeros de la Tabla Redonda*, Madrid, 1983.

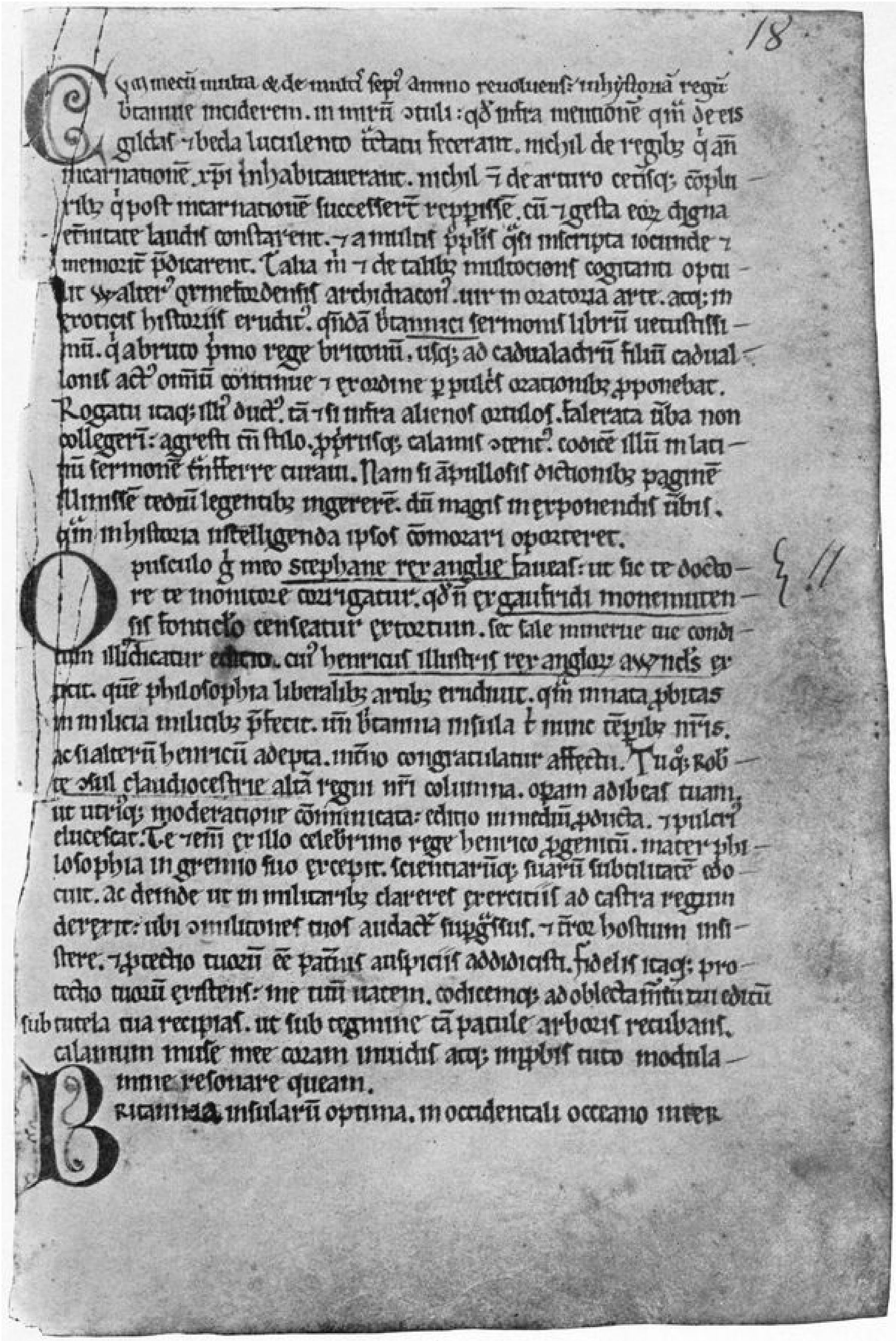
NOTA TEXTUAL

Me sirvo del texto fijado por Edmond Paral en el tomo III de su *Légende arthurienne*, París, 1929 (=1969), págs. 71-303. Cuando explico en nota la naturaleza de algún antropónimo o topónimo, lo hago solamente la primera vez que aparece en el *corpus* de la obra. El *índice de nombres propios* que he preparado para esta edición me absuelve de repeticiones inútiles. Mi versión es, que yo sepa, la primera castellana hasta la fecha, y la única traducción no inglesa del texto latino de la *Historia regum Britanniæ* a cualquier lengua.

Agradezco a Carlos Alvar, Julia Barella, Fernando Canales, Emilio Fernández-Galiano y Carlos García Gual su amistad y el apoyo que me han prestado.

L. A. de C.

HISTORIA DE LOS REYES DE BRITANIA



18

Cum mecum multa et de multis saepius animo revolvens in historiam regum Britanniae inciderem, in mirum contuli quod infra mentionem quam de eis Gildas et Beda luculento tractatu fecerant nihil de regibus qui ante incarnationem Christi inhabitaverant, nihil etiam de Arturo ceterisque compluribus qui post incarnationem successerunt repperisse, cum et gesta eorum digna aeternitate laudis constarent et a multis populis quasi inscripta iocunde et memoriter praedicarentur. Talia mihi et de talibus multotiens cogitanti optulit Walterus Oxenefordensis archidiaconus, vir in oratoria arte atque in exoticis historiis eruditus, quendam Britannici sermonis librum vetustissimum qui a Bruto primo rege Britonum usque ad Cadualadrum filium Caduallonis actus omnium continue et ex ordine perpulchris orationibus proponebat. Rogatu itaque illius ductus, tametsi infra alienos ortulos falerata verba non collegerim, agresti tamen stilo propriisque calamis contentus codicem illum in Latinum sermonem transferre curavi. Nam si ampullosis dictionibus paginam illinissem, taedium legentibus ingererem, dum magis in exponendis verbis quam in historia intelligenda ipsos commorari oporteret.

Opusculo igitur meo, Stephane rex Angliae, faveas, ut sic te doctore te monitore corrigatur quod non ex Gaufridi Monemutensis fonticulo censeatur exortum, sed sale Minervae tuae conditum illius dicatur editio, cuius Henricus illustris rex Anglorum avunculus genuit, quem philosophia liberalibus artibus erudivit, quem innata probitas in milicia militibus praefecit, unde Britannia insula temporibus nostris ac si alterum Henricum adepta interno congratulatur affectu. Tu quoque Roberte consul Claudiocestriae, altera regni nostri columna, operam adhibeas tuam, ut utriusque moderatione communicata editio in medium producta pulcrius elucescat. Te etenim ex illo celeberrimo rege Henrico progenitum mater philosophia in gremio suo excepit scientiarumque suarum subtilitatem edocuit, ac deinde ut in militaribus clareres exercitiis ad castra regum direxit, ubi commilitones tuos audacter supergressus et terrore hostium insistere et protectione tuorum esse paternis auspiciis addidicisti. Fidelis itaque protectio tuorum existens me tuum vatem codicemque ad oblectamentum tui editum sub tutela tua recipias, ut sub tegmine tam patulae arboris recubans calamum musae meae coram invidis atque improbis tuto modulamine resonare queam.

Britannia insularum optima, in occidentali occeano inter

PREFACIO Y DEDICATORIA

[1]

A menudo he pensado en los temas que podrían ser objeto de un libro, y, al decidirme por la historia de los reyes de Britania, me tenía maravillado no encontrar nada —aparte de la mención que de ellos hacen Gildas y Beda en sus luminosos tratados— acerca de los reyes que habían habitado en Britania antes de la encarnación de Cristo, ni tampoco acerca de Arturo y de los muchos otros que lo sucedieron después de la encarnación, y ello a pesar de que sus hazañas se hicieran dignas de alabanza eterna y fuesen celebradas, de memoria y por escrito, por muchos pueblos diferentes.

[2]

En estos pensamientos me encontraba cuando Walter, archidiácono de Oxford, hombre versado en el arte de la elocuencia y en las historias de otras naciones, me ofreció cierto libro antiquísimo en lengua británica que exponía, sin interrupción y por orden, y en una prosa muy cuidada, los hechos de todos los reyes britanos, desde Bruto, el primero de ellos, hasta Cadvaladro, hijo de Cadvalón. Y de este modo, a petición suya, pese a que nunca había yo cortado antes de ahora floridas palabras en jardincillos ajenos, satisfecho como estoy de mi rústico estilo y de mi propia pluma, me ocupé en trasladar aquel volumen a la lengua latina. Pues, si inundaba la obra de frases ampulosas, no lograría otra cosa que aburrir a mis lectores, al obligarlos a

detenerse más en el significado de las palabras que en la comprensión de los objetivos de mi historia.

[3]

Protege tu, Roberto[6], duque de Gloucester, esta obrita mía a ti dedicada, para que así, bajo tu guía y tu consejo, pueda ser corregida y todos piensen, cuando se publique, que es la sal de tu Minerva quien la ha sazonado y que las correcciones no proceden de la mísera fuente de Geoffrey de Monmouth, sino de ti, a quien Enrique, ilustre rey de los Anglos, engendró, a quien Filosofía instruyó en las artes liberales, cuyas in natas virtudes militares te pusieron al frente de nuestros ejércitos; de ti, por quien ahora, en nuestros días, la isla de Britania se felicita, dándote su cariño cordial, como si fueras un segundo Enrique.

[4]

Tú también, Calerán[7], conde de Meulan, la otra columna de nuestro reino, concédeme tu ayuda para que, bajo la dirección compartida de ambos, la edición de mi libro, ahora hecha pública, brille con una luz más bella. Pues a ti, que naciste de la estirpe de aquel celebérrimo Carlomagno, te recibió en su gremio la madre Filosofía, te enseñó las sutilezas de sus ciencias y, después, para que te distinguieras en los ejercicios militares, te llevó a los campamentos de los reyes, donde, superando en valor a tus compañeros de armas, aprendiste a manifestarte como terror de tus enemigos y como protección de los tuyos, bajo los auspicios paternos. Siendo, por tanto, como eres, fiel protección de los tuyos, a mí, tu poeta, y a este libro, nacido para tu diversión, recíbenos bajo tu tutela para que, recostado a la sombra de un árbol tan frondoso, pueda yo hacer sonar la flauta de mi Musa con un ritmo seguro y firme, incluso en presencia de los envidiosos y de los malvados.

L I B R O

I

DESCRIPCIÓN DE BRITANIA

[5]

Britania, la mejor de las islas, está situada en el Océano Occidental entre Galia e Hibernia[8], y mide ochocientas millas de longitud y doscientas de anchura. Todo lo que es adecuado al uso de los mortales, Britania lo proporciona con infinita prodigalidad. Pues abunda en toda clase de metales, posee campos que se extienden por todas partes y laderas idóneas para los mejores cultivos, donde, debido a la fecundidad de la tierra, variadísimos frutos se recogen en las distintas estaciones. Tiene bosques, repletos de todo género de animales salvajes, y claros ricos en hierba con que alimentar el ganado, y flores de muchos colores que reparten su miel entre las abejas que acuden a libar en ellas. Prados posee también en lugares amenos, verdeantes al pie de altas montañas, donde brillantes manantiales, fluyendo en nítidas corrientes con un murmullo suave, arrullan e inducen al sueño a cuantos yacen en sus riberas. Está regada, además, por lagos y riachuelos abundantes en peces y, sin contar el estrecho brazo de mar de la costa meridional por el que se navega a las Galias, por tres nobles ríos, el Támesis, el Severn y el Humber, a los que extiende como si fueran brazos para recibir el comercio de ultramar, traído hasta aquí en naves propias y desde todas las naciones. Dos veces diez ciudades, y dos veces cuatro, fueron la gala de Britania antaño; de ellas algunas, con las murallas destrozadas y en lugares abandonados, presentan hoy un desolado aspecto; otras, en cambio, se han conservado intactas y muestran todavía hoy las iglesias dedicadas a santos con sus torres, bellísimas y airosas allá en lo alto, donde congregaciones de religiosos, varones y mujeres, prestan servicio a Dios según la tradición cristiana. Finalmente, la habitan cinco pueblos, a saber, los Normandos, los Britanos, los Sajones, los Pictos y los Escotos. De ellos fueron los Britanos

quienes, antes que los demás, la poblaron de mar a mar, hasta que, debido a su orgullo, la venganza divina los alcanzó y hubieron de someterse a Pictos y Sajones. Queda ahora por explicar de dónde vinieron y de qué manera llegaron a nuestras costas, lo que será objeto de los siguientes párrafos.

L I B R O

II

HISTORIA DE BRUTO[9]

[6]

Después de la guerra de Troya, Eneas, huyendo de la destrucción de la ciudad, llegó por mar a Italia en compañía de su hijo Ascanio. Allí fue recibido con todos los honores por el rey Latino, lo que hizo que Turno, rey de los Rútulos, lo mirase con malos ojos y le declarara la guerra. Fue Eneas quien llevó la mejor parte en la lucha y, una vez muerto Turno, obtuvo el reino de Italia y a Lavinia, la hija de Latino. Después, cuando le llegó la última hora, Ascanio, ahora rey en lugar de su padre, fundó la ciudad de Alba sobre el Tíber y engendró un hijo, cuyo nombre era Silvio. Éste, entregándose a un amor furtivo, se casó en secreto con cierta nieta de Lavinia y la dejó encinta; cuando esto llegó al conocimiento de su padre Ascanio, ordenó a los magos de la corte que averiguaran si la joven daría a luz un niño o una niña. Los magos llegaron, por medio de su arte, a la irrevocable conclusión de que sería un varón y de que éste mataría a su padre y a su madre, sufriría el destierro y, después de haber viajado por muchos países, llegaría a obtener los más altos honores. Y no se equivocaron en su vaticinio, pues, cuando llegó el día del parto, la mujer dio a luz un varón y murió. El niño fue confiado a una nodriza y se le puso el nombre de Bruto. Tres veces cinco años después, acompañando el joven a su padre en una jornada de caza, lo mató accidentalmente con una flecha, pues, mientras los monteros hacían salir a los ciervos al encuentro de los cazadores, Bruto, queriendo herir a las bestias, erró la trayectoria de su dardo y alcanzó a su padre en el pecho.

[7]

Muerto éste, Bruto fue expulsado de Italia, indignados sus parientes con él por haber cometido un crimen tan grande. En su destierro, llegó a Grecia y encontró allí a los descendientes de Heleno[10], hijo de Príamo, que en aquel

entonces estaban sometidos al poder de Pandraso, rey de los Griegos. Pirro, en efecto, el hijo de Aquiles, después de la caída de Troya se había llevado consigo encadenados al antedicho Heleno y a muchos otros, y, para vengar en ellos la muerte de su padre, había dispuesto que se los mantuviera en esclavitud. Cuando Bruto conoció que aquélla era la estirpe de sus mayores, decidió quedarse con ellos. Pronto comenzó a destacar por su destreza con las armas y por su honestidad, tanto que príncipes y reyes lo distinguían más a él con su afecto que a los demás jóvenes de su raza. Pues era entre los sabios, sabio, y entre los valientes, valiente; y todo el oro, plata y despojos que ganaba lo distribuía entre sus soldados. Su fama fue, así, publicada por todas las naciones, y los Troyanos comenzaron a acudir a su lado, rogándole que fuese su caudillo y que los liberase de la esclavitud de los Griegos: declaraban que aquello podía hacerse sin dificultad, ya que se habían multiplicado tanto en aquel país que habían alcanzado el número de siete mil, sin contar niños ni mujeres. Había, además, en Grecia un cierto joven de alto linaje, Asáraco de nombre, que favorecía su causa: nacido de madre troyana, tenía depositada en ellos la absoluta confianza de que, con su ayuda, podría resistir el hostigamiento de los Griegos. En efecto, su hermano disputaba con él por motivo de tres castillos que su padre al morir le había legado, e intentaba quitárselos, alegando que había nacido de una concubina. El hermano era Griego por parte de padre y de madre, y había captado al rey y al resto de los Griegos como valedores de su causa. Cuando vio Bruto la multitud de hombres armados y los castillos que Asáraco ponía a su disposición, se reafirmó en sus pretensiones de independencia.

[8]

Elevado a la dignidad de caudillo, convoca a los Troyanos de todas las regiones de Grecia y fortifica los castillos de Asáraco. Él, Asáraco y toda la multitud de hombres y mujeres que estaban a su lado ocupan bosques y colinas. Después envía cartas al rey en estos términos:

A Pandraso, rey de los Griegos, Bruto, caudillo de los últimos Troyanos, salud.

Como era indigno que un pueblo, nacido del preclaro linaje de Dárdano, fuese tratado en tu reino de un modo tan diferente a lo que el brillo de su nobleza exigiría, se ha retirado a las profundidades de los bosques. Pues prefiere vivir a la manera de las bestias salvajes, a saber, de carne y de hierbas, pero en libertad, que permanecer un solo instante más, disfrutando de todos los deleites, bajo el yugo de tu dominio. Y si esto ofende a la grandeza de tu poder, no debes reprochárselo, sino ser indulgente con él, pues es deseo común de todo cautivo recuperar su antigua dignidad. Por ello, ten piedad de mi pueblo, dígnate devolverle su libertad perdida y permítele habitar en esos bosques que ha ocupado huyendo de la esclavitud. O, si no, concédeles que puedan irse, con tu ayuda, a otras tierras y otras naciones.

[9]

Por su parte, Pandraso, una vez conocido el contenido de la carta, se admiró sobremanera de que los mismos que habían sido sus esclavos tuviesen la osadía de dirigirse a él en tales términos. Así, pues, convocada una asamblea de sus nobles, decidió reunir un ejército y marchar contra los rebeldes. Pero mientras buscaba las soledades donde creía que ellos estaban, junto a la fortaleza de Esparatino, surgió Bruto con tres mil hombres y lo atacó de improviso, cuando menos lo esperaba. Enterado de la llegada de sus enemi-

gos, el caudillo troyano se había encerrado en la mencionada fortaleza la noche anterior, con vistas a caer repentinamente sobre ellos cuando estuvieran desarmados y en desorden. Brava es la acometida de los Troyanos: se esfuerzan en difundir el estrago por doquier. Por su parte, los Griegos huyen desconcertados en todas direcciones y, con su rey al frente, se apresuran a atravesar el río Akalón, que cerca fluía. Pero, al intentar vadearlo, se ponen en grave peligro bajo los remolinos de la corriente. Bruto da alcance a los que así tratan de huir, y abate con su espada a aquellos a los que ha dado alcance, ya en las aguas del río, ya en las riberas, y, corriendo de un lado a otro, se alegra de infligirles doble matanza. Cuando Antígono, hermano de Pandraso, se apercibió de esto, sobremanera se afligió; llamó a las filas a sus dispersos compañeros y, con veloz ataque, se volvió contra los furiosos Troyanos: prefería morir luchando a persistir en cobarde fuga y ahogarse en los turbios abismos. Así, pues, avanzando en compacta formación, exhorta a sus compañeros a combatir varonilmente y, con todas sus fuerzas, dispara los mortíferos dardos. Pero de poco o nada le sirvió, pues los Troyanos se hallaban provistos de armas, mientras que ellos estaban inermes. De modo que, marchando en su contra resueltamente, hicieron una lamentable carnicería en sus filas y no cesaron de acosarlos hasta que, muertos casi todos, capturaron a Antígono y a su compañero Anacleto.

[10]

Bruto, obtenida esta victoria, dejó una guarnición de seiscientos soldados en la fortaleza y se dirigió a las profundidades de los bosques, donde el pueblo troyano esperaba su protección. Por su parte, Pandraso, preocupado por su propia huida y por la captura de su hermano, empleó aquella noche en reunir su disperso ejército y, al despuntar el si-

guiente día, marchó a sitiar con su gente la fortaleza. Pensaba que Bruto se había encerrado en ella con Antígono y los restantes prisioneros. Así que llegó, pues, ante las murallas y examinó la situación del castillo, distribuyó su ejército en grupos y los dispuso en distintos lugares alrededor de su objetivo, ordenando a unos que impidieran la salida a los sitiados, a otros que desviasen el cauce de los ríos, a otros que derribasen las murallas a fuerza de dar golpes con los arietes y otras máquinas de guerra. Todos obedecieron sus órdenes, aplicándose a la tarea con la máxima diligencia y con las miras puestas en dañar lo más posible a los asediados. Al caer la noche, eligieron a los más esforzados de entre ellos para que, mientras los demás, agotados por el trabajo, se entregaban al descanso del sueño, protegiesen el campamento y las tiendas de un ataque furtivo del enemigo.

[11]

Los sitiados, por su parte, de pie en lo alto de los muros, se emplean con todas sus fuerzas en rechazar las industrias del enemigo con industrias contrarias y, lanzando ya dardos, ya sulfúreas antorchas, se ocupan unánimemente en defenderse. Cuando los enemigos, formada la tortuga, socavaban el muro, los obligaban a retroceder con fuego griego y una lluvia de hirvientes aguas. Finalmente, agobiados por la escasez de vituallas y por el cotidiano trabajo, enviaron un mensajero a Bruto, instándolo a que viniese cuanto antes en su ayuda, pues temían que, reducidos por la debilidad, se vieran obligados a abandonar la fortaleza. Bruto, por su parte, estaba deseoso de prestarles auxilio, pero se debatía en tormentos interiores, pues no tenía suficientes soldados como para presentar batalla al enemigo en campo abierto. Al punto, adoptando una feliz estratagema, resuelve entrar de noche en el campamento griego y, bur-

lados los centinelas, dar muerte a cuantos estuviesen dormidos. Como veía que esto no podía llevarse a cabo sin la aquiescencia y cooperación de uno de los propios Griegos, llamó a su presencia a Anacleto, el compañero de Antígono, y, desenvainando la espada, le habló de esta manera:

—«Ilustre joven, ha llegado para ti y para Antígono la última hora, si no convienes en ejecutar fielmente lo que voy a ordenarte, en cumplimiento de mi voluntad. Me propongo entrar esta noche en el campamento de los Griegos e infligirles inesperada matanza, pero temo que sus vigías, descubierto el ardid, estorben mi empresa. Por ello, viendo que, ante todo, debemos dirigir nuestras armas contra los centinelas, desearía yo engañarlos con tu ayuda y, de ese modo, tener acceso libre para atacar a los demás. Así que tú, obrando astutamente, como corresponde a un asunto de tanta importancia, te dirigirás a la guardia a la segunda hora de la noche y, apaciguando las sospechas de todos con engañosas palabras, dirás que huiste con Antígono de mis prisiones hasta llegar a los linderos del bosque, y que allí quedó él, escondido entre los arbustos, incapaz de seguir a causa de los grilletes con que tú fingirás que se hallaba trabado. Después los llevarás a las lindes del bosque, como si fuesen a liberarlo, y allí estaré yo con gente armada, dispuesto a terminar con ellos».

[12]

Anacleto, aterrorizado de continuo ante la visión de la espada que, mientras estas palabras fueron dichas, lo amenazaba de muerte, prometió bajo juramento que llevaría a cabo lo que se le exigía, con tal que se les concediese a él y a Antígono la merced de la vida. Confirmado el pacto, se echaba encima ya la segunda hora de la noche cuando se puso en camino hacia la guardia, tal y como le había sido ordenado. Al llegar cerca del campamento, le salen al en-

cuentro por todas partes los centinelas, que vigilaban hasta los más recónditos lugares, y le preguntan el motivo de su llegada y si había venido con la intención de traicionar al ejército. Fingiendo una gran alegría, Anacleto les respondió:

—«No vengo a traicionar a mi propio pueblo. He logrado escapar de la prisión de los Troyanos y llegar hasta vosotros. Os pido que vengáis conmigo en busca de vuestro querido Antígono, a quien libré del poder de Bruto. Pues a él, estorbado por el peso de los grilletes, le ordené hace muy poco mantenerse escondido entre los arbustos, en las lindes del bosque, hasta que yo encontrase a alguien a quien pudiera conducir allí para liberarlo».

Dudando ellos si decía o no la verdad, se acercó un centinela que lo conocía y, después de saludarlo, comunicó a sus compañeros quién era. Sin vacilar ya más, llamaron a los ausentes para que acudieran cuanto antes y lo siguieron hasta la floresta en la que había dicho que Antígono se encontraba escondido. Mientras avanzaban por entre los arbustos, surgió ante ellos Bruto con sus gentes armadas y, atacándolos, sembró muy pronto crudelísima muerte entre los aterrados centinelas. Después se dirigió al campamento de los sitiadores, dividiendo a sus guerreros en tres columnas y ordenando que cada una se aproximara al campamento por un punto diferente, con prudencia y sin ruido, y que, una vez dentro, se abstuvieran de matar a nadie hasta que él mismo, habiéndose apoderado de la tienda del rey con los hombres de su escolta, les diera la señal haciendo sonar su cuerno.

[13]

Les enseñó, además, cómo hacer lo que tenía que hacerse. Al punto, ellos se dirigen silenciosamente al campamen-

to y, cumpliendo las órdenes, esperan la señal prometida. No tardó Bruto en dársela, tan pronto como hubo llegado ante la tienda de Pandraso, el lugar que tanto deseaba conquistar. Oída la señal, los Troyanos desenvainan rápidamente las espadas, se precipitan en los lechos de los soñolientos enemigos, redoblan sus golpes mortales y, de esta guisa, sin piedad alguna, pasean por el campamento. A los gemidos de los moribundos despiertan los demás, y, a la vista de los degolladores, se quedan estupefactos, como ovejas atacadas de improviso por lobos. No esperan encontrar ninguna protección, viendo que no tienen el tiempo necesario para tomar las armas ni para iniciar la fuga, y corren sin armas de un lado a otro entre hombres armados, con su solo impulso por guía, cayendo sin cesar ante los golpes de los enemigos. El que medio muerto escapaba, fruto del ansia loca de su carrera, se ha ido a estrellar contra las rocas, se ha enredado entre los arbustos y ha entregado su alma desdichada al mismo tiempo que su sangre; el que, defendido sólo por su escudo u otra protección semejante, huía velozmente a través de la oscura noche ha chocado contra las rocas, llevado de su propio miedo a la muerte, y, al caer, se han quebrado sus brazos o sus piernas; y aquel que no ha sufrido estos percances, sin saber hacia dónde huir, ha terminado por ahogarse en las aguas vecinas. Prácticamente nadie conseguía salir ileso, sin exponerse al riesgo de alguna desgracia. Además, los defensores de la fortaleza, cuando se apercibieron de la llegada de sus camaradas, efectuaron una salida, duplicando así la matanza.

[14]

Ahora Bruto ya ha conquistado la tienda de campaña regia, y, apoderándose de Pandraso, lo retiene cautivo, pues piensa que, con vida, le será más útil el rey para dar cima a sus propósitos. Pero la tropa que iba con él siguió

sembrando muerte hasta el punto de que, en la parte del campamento que habían ocupado, la mortandad se convirtió en auténtico exterminio. Cuando hubieron gastado así la noche, y la luz de la aurora hizo patente el estrago infligido a los Griegos, Bruto, exultante de alegría, permitió a sus guerreros repartirse a capricho los despojos de la matanza. Después entró en la fortaleza con el rey, y allí esperó hasta que se distribuyeron los tesoros. Una vez repartidos, fortificó de nuevo el castillo y ordenó dar sepultura a los cadáveres. Reuniendo luego a sus huestes, volvió a los bosques, lleno de júbilo por su victoria. Las buenas nuevas colmaban de gozo los corazones de todos. Fue entonces cuando el bravo caudillo convocó a los ancianos, con la intención de que decidieran qué debía pedirse a Pandraso, pues, como estaba en su poder, tendría que acceder a cualquier género de petición, si es que quería recuperar la libertad. Unos ancianos proponían una cosa y otros, otra, de acuerdo con sus inclinaciones. Hay quien lo exhorta a pedir parte del reino y quedarse a vivir allí; otros prefieren que se exija al rey la licencia y los medios necesarios para abandonar el país. Como pasara el tiempo y todavía dudasen, uno de ellos —Mempricio era su nombre— se puso en pie, pidió silencio y dijo a los demás, que lo escuchaban:

—«¿Cómo es que vaciláis, padres, ante lo que, según mi opinión, es más oportuno para vuestro bienestar? Una sola cosa debe pedirse, y es la licencia para partir, si deseáis lograr, vosotros y vuestros descendientes, una paz eterna. Pues si le concedéis la vida a Pandraso a cambio de una parte de Grecia y permanecéis entre los Dánaos, nunca disfrutaréis de una paz duradera mientras los hermanos, hijos y nietos de aquellos a los que infligisteis la matanza de ayer sean vuestros vecinos o anden mezclados con vosotros. No llegarán nunca a olvidar la muerte de sus parientes y, en

consecuencia, os guardarán un odio eterno, aprovechando cualquier bagatela para tomar venganza; y vosotros, estando en inferioridad numérica, no tendríais la fuerza necesaria para resistir los ataques de tantos naturales de esta tierra, ya que en cualquier disputa que surja entre ambos bandos aumentará diariamente el número de ellos, mientras que el vuestro disminuirá. Así, pues, os propongo que pidáis al rey la mano de su hija primogénita, la que llaman Inogen, para nuestro caudillo, y, con ella, oro y plata, naves y víveres, y todo lo necesario para abandonar este país. En cuanto obtengamos de él lo que pedimos, sólo nos quedará dirigirnos con su licencia hacia otras tierras».

[15]

Con estas y parecidas razones dio fin a su discurso. La asamblea, unánimemente, fue de este parecer: decidió que Pandraso fuese conducido a su presencia y que, si no accedía a su petición, sufriera la más cruel de las muertes. Traen al rey sin tardanza y lo colocan en un asiento más elevado que los demás. Desde allí puede oír los tormentos que lo aguardan si rehúsa aceptar el trato, y responde así a los Troyanos:

—«Ya que los dioses me son adversos e hicieron caer a mi hermano Antígono en vuestras manos, me someteré a vuestro dictado, porque, si me negase, perdería la vida, que podéis concederme o quitarme a voluntad. Pues nada hay, en mi opinión, más excelente y agradable que la vida, y no es maravilla que esté dispuesto a rescatarla a cambio de otros bienes. Por ello obedeceré vuestras órdenes, aunque mal de mi grado. Sin embargo, me queda un consuelo, y es que voy a entregar a mi hija a un joven de tan gran valor, a quien la nobleza que echa brotes en él, así como la fama que entre nosotros ha adquirido, lo revelan como ilustre retoño del linaje de Príamo y de Anquises. ¿Quién sino él

ha liberado a los desterrados de Troya, esclavos de tantos y tan poderosos príncipes, de sus cadenas? ¿Quién sino él ha osado hacer frente con ellos a los Griegos, desafiando con tan pocas tropas una tan poderosa hueste de hombres armados, y en el primer combate ha conseguido hacer prisionero a su rey? A este joven tan noble y de tanto valor que me ha hecho frente le concedo gustoso a mi hija Ínogen, y también le doy oro, plata, naves, trigo, vino y aceite, y todo aquello que juzguéis necesario para el viaje. Y si, alejándoos de vuestro actual designio, decidierais permanecer junto a los Griegos, os otorgo la tercera parte de mi reino para que la habitéis. Pero si persistís en vuestro propósito, llevaré a efecto mis promesas y, para mayor seguridad vuestra, seguiré con vosotros como rehén hasta que hayáis obtenido todo lo que pedís».

Confirmado el acuerdo, se despacharon mensajeros a todas las costas de Grecia para reunir naves. Juntaron trescientas catorce, debidamente equipadas con todo género de provisiones. La hija de Pandraso se casó con Bruto. Cada uno, conforme a lo que su rango exigía, fue obsequiado con oro y plata. Cumplida su palabra, el rey es liberado, y los Troyanos parten de sus dominios con vientos favorables. En cuanto a Ínogen, de pie en la alta popa de su nave, desfallecía una y otra vez en los brazos de Bruto y, con suspiros y con lágrimas, lamentaba alejarse de su patria y de sus parientes, sin atreverse a dirigir sus ojos a la costa mientras ésta estuvo visible. Bruto la consolaba con caricias, prodigándole tiernos abrazos y dulces besos; y no cejó en su intento de confortarla hasta que vio cómo su esposa, fatigada por tanto llanto, se entregaba por fin al sueño.

[16]

Mientras tanto, han navegado ya dos días y una noche con viento favorable y han arribado a cierta isla, llamada

Leogecia, que, devastada antiguamente por correrías de piratas, permanecía ahora deshabitada. Bruto envía trescientos guerreros a explorarla. Éstos, al no encontrar a nadie, se dedican a cazar animales diversos en praderas y bosques, y llegan a una ciudad desierta, donde encuentran un templo de Diana. En él, una imagen de la diosa dictaba oráculos a todo aquel devoto que venía a consultarla. Cargados con la caza cobrada, regresan a las naves e indican a sus compañeros la naturaleza de la isla y la situación de la ciudad, sugiriendo a su caudillo que visite el santuario y que, después de hacer las ofrendas propiciatorias, pregunte a la deidad del lugar en qué país encontrarían residencia favorable. Todos aprueban la sugerencia, y Bruto, acompañado de Gerión[11] el augur y de doce de los ancianos, se dirige al templo con todo lo necesario para llevar a cabo el sacrificio. Una vez allí, con las sienes ceñidas de guirnaldas, erigieron, de acuerdo con el rito inmemorial, tres hogueras a la entrada del templo, dedicadas a Júpiter, Mercurio y, por supuesto, a Diana, y derramaron en cada una de ellas libaciones especiales. Después, delante del altar de la diosa, el propio Bruto, asiendo con su mano diestra una vasija llena de vino sacrificial y de la sangre de una cierva blanca, vuelto el rostro a la imagen de la deidad, rompió el silencio con estas palabras:

Poderosa diosa de los bosques, terror de los silvestres jabalís,

tú que puedes seguir los cursos de los astros y recorrer

las mansiones infernales, revélanos nuestro destino terrestre

y dinos en qué tierras deseas que habitemos;

indícanos la residencia cierta donde te adoraré eternamente

y consagraré en tu honor templos con coros virginales.

Nueve veces lo dijo, dio cuatro vueltas alrededor del ara, derramó el vino de la vasija en la hoguera y, ofreciéndose al sueño, se acostó sobre una piel de cierva que había extendido ante el altar y se quedó profundamente dormido. Era entonces, aproximadamente, la hora tercia de la noche, aquella en que el sopor más dulce se apodera de los mortales. Le pareció en sueños que la diosa se encontraba delante de él y que le hablaba de este modo:

Bruto, en el Occidente, más allá de los reinos de Galia,
hay una isla en el Océano, rodeada de mar por todas partes;
esa isla en el Océano fue habitada otro tiempo por gigantes,
y ahora está desierta, esperando a tu pueblo.
Búscala, pues será vuestra residencia perenne.
Allí tus hijos construirán una segunda Troya;
allí nacerán reyes de tu sangre, y a ellos
se someterán todas las naciones del universo.

Al despertar de semejante visión, el caudillo dudaba si había sido un sueño lo que vio, o si era cierto que la propia diosa le había dado a conocer el país adonde debía dirigirse. Convocó a sus compañeros y les refirió con detalle cuanto le había sucedido mientras dormía.

[17]

Ellos, exultantes de alegría, lo exhortan a volver a las naves. Mientras el viento sea favorable, piensan navegar rumbo a Occidente lo más rápidamente que puedan, en busca de la tierra que la diosa les ha prometido. No se tardan: tornan junto a sus camaradas y se hacen a la mar. Surcan las olas por espacio de treinta días hasta alcanzar las costas de África, sin saber todavía hacia dónde encaminar sus proas. Llegan después a los Altares de los Filisteos[12] y al Lago de las Salinas, y navegan entre Rusicada y los montes Azaras, donde un ataque de piratas los coloca en un grave aprieto. Pero obtienen la victoria y siguen su camino, enriquecidos con los despojos y el botín cobrados al enemigo. Desde allí, atravesando las bocas del río Malva, arribaron a Mauritania, donde la escasez de alimento y de bebida los obligó a desembarcar y a dividirse en partidas para saquear concienzudamente la comarca. Otra vez bien provistas las naves, ponen rumbo a las Columnas de Hércules, donde tienen ocasión de ver a esos monstruos llamados Sirenas, que, cercando la flota, están a punto de mandarla a pique. Lograron escapar, sin embargo, y llegaron al mar Tirreno; allí, junto a la costa, encontraron a cuatro generaciones de los fugitivos troyanos que habían acompañado a Antenor en su huida[13]. Su caudillo era un tal Corineo[14], un hombre honrado, noble y prudente, dotado de una fuerza tal que cuando luchaba con un gigante, lo vencía en un abrir y cerrar de ojos, como si fuese un niño su adversario. Una vez conocido el antiguo linaje del que procedía, lo admitieron cordialmente consigo, así como al pueblo del que era jefe, que en lo sucesivo se llamaría Cornubiense[15], del nombre de su capitán, y estaba destinado a prestar más ayuda a Bruto en combate que cualquier otro pueblo del mundo. Juntos, ambos caudillos se dirigieron a Aquitania y, llegados a la desembocadura del Loira, fijaron anclas.

Allí se detuvieron siete días, explorando la situación de aquel reino.

[18]

Era rey de Aquitania entonces Gofario[16] el Picto. Habiendo oído el rumor de que un pueblo extranjero, con una gran escuadra, había desembarcado en sus dominios, se apresuró a enviar legados para que se informasen de si era paz o guerra lo que esos hombres venían buscando. Se encaminaban los mensajeros hacia la flota cuando se toparon con Corineo, que había salido con doscientos hombres a cazar en la floresta. Dirigiéndosele al instante, le preguntan quién le ha dado licencia para entrar en los bosques del rey y dar muerte a sus ciervos, pues desde antiguo está establecido que nadie puede *cazar* allí sin autorización real[17]. Corineo responde con altivez que no tiene necesidad de pedirle permiso a nadie, y entonces uno de ellos, llamado Imberto, tensa su curvo arco y le dispara una flecha al Troyano. Éste la esquiva, corre contra Imberto lo más rápidamente que puede y le rompe su arco en la cabeza, quebrándola en pedazos.

Huyeron los demás, librándose por poco de las manos de Corineo, y anunciaron la muerte de su compañero a Gofario. Mucho le entristeció al monarca de los Pictavenses[18] la noticia, y reunió al instante un poderoso ejército para vengar en los invasores la muerte de su mensajero. Bruto, al oír las nuevas de su llegada, fortifica las naves, ordenando permanecer a bordo a mujeres y niños, en tanto que él, con toda la flor de su ejército, se dirige al encuentro del enemigo. Comienza la batalla: se combate ferozmente por ambos bandos, y ya han gastado una gran parte del día en la mutua matanza cuando Corineo se siente avergonzado al ver cómo los Aquitanos resisten tan valientemente y los Troyanos no son capaces de insistir hasta la victoria. A

consecuencia de esto, con redoblados ímpetus, llama a los suyos a la parte derecha del combate, y, en orden de batalla, ataca velozmente por allí al enemigo; y cuando, con sus hombres en formación compacta, rompe las filas aquitanas, no deja de abatir enemigos hasta que, cortándoles la retirada con sus tropas, los obliga a emprender la huida. Corineo pierde la espada, pero el azar le proporciona un hacha de doble filo con la que parte en dos a todo aquel que alcanza, desde el extremo de la cabeza hasta el del pie. Bruto se maravilla; sus camaradas se maravillan, e incluso el enemigo se maravilla ante el esfuerzo y el valor del hombre que, blandiendo su hacha por entre las cohortes fugitivas, siembra el terror, y aún más con estas palabras:

—«¿Adónde huís, cobardes? ¿Adónde huís, gallinas? ¡Volved, volved y medid vuestras fuerzas con las de Corineo! ¡Qué vergüenza! ¿Sois tantos miles y de mí solo huís? ¡Pero os queda un consuelo en vuestra huida, y es saber que soy yo quien os persigue, yo, que tantas veces he puesto en fuga a los gigantes tirrenos y los he arrojado en el Tártaro, de tres en tres y de cuatro en cuatro!».

A estas palabras, un barón aquitano, llamado Suhardo, vuelve sobre sus pasos con trescientos guerreros y lo ataca. Pero Corineo, al levantar su escudo para parar el golpe, no olvida el hacha que tiene en las manos y, alzándola por encima de la cabeza, descarga sobre el yelmo de su enemigo un golpe tal que, desde la cabeza a los pies, lo divide en dos partes iguales. Después, precipitándose sobre los demás y ejecutando un terrible molinete, lleva a término una encarnizadísima matanza; corriendo aquí y allá, evita recibir un solo golpe y no deja un instante de abatir enemigos: hace volar un brazo, separa unos hombros de un cuerpo, corta de un hachazo una cabeza, amputa de raíz unas piernas…

Todos lo acometían a él solo y él solo a todos acometía. Bruto, que todo lo contempla, inflamado de amor hacia su amigo, corre con una compañía a socorrerlo. Arrecia entonces el griterío entre ambos contendientes; los golpes se redoblan; es espantosa la carnicería por una y otra parte. Pero no dura mucho. Los Troyanos obtienen la victoria y consiguen poner en fuga al rey Gofario y a sus Pictavenses. [19]

Gofario ha tenido muchas dificultades para escapar, y ahora se pone a recorrer toda la Galia con el fin de obtener ayuda de sus parientes y conocidos. Había entonces en Galia doce reyes bajo cuyo dominio se encontraba todo el país, y eran los doce de igual rango[19]. Lo recibieron gentilmente y le prometieron, unánimes, que expulsarían fuera de las fronteras de Aquitania a aquel pueblo extranjero que allí había arribado. Bruto, entretanto, feliz con la victoria ya descrita, enriquece a sus camaradas con los despojos de los muertos, vuelve a agruparlos en compañías y conduce a su hueste al interior, con la intención de saquear por entero el país y de llenar sus naves con las riquezas obtenidas. Así, fuego tras fuego, incendia las ciudades a su paso, apoderándose de los tesoros que contienen; tala los campos; somete a ciudadanos y campesinos a una lastimosa matanza, con voluntad de exterminar al desdichado pueblo hasta el último hombre; y, luego de sembrar la muerte a lo ancho y largo de Aquitania, llega al lugar donde hoy se encuentra la ciudad de Tours, que, como Homero[20] atestigua, fundaría él mismo después. Vio que el paraje era ideal como refugio y levantó allí su campamento: si fuese menester, resistirían dentro del mismo. El motivo de su recelo no era otro que la llegada de Gofario, quien, con los reyes y los príncipes de la Galia e inmensa muchedumbre de guerreros, estaba ya muy cerca de allí con ánimo de presentarle

batalla. Terminadas las obras de fortificación del campamento, esperó dos días a Gofario, confiando en su propia prudencia y en el coraje de los jóvenes que acaudillaba.

[20]

Cuando Gofario supo dónde se hallaban los Troyanos, no cesó de avanzar día y noche hasta que tuvo ante la vista el campamento de Bruto. Torvamente lo mira, sonriendo entre dientes, y escupe estas palabras:

—«¡Ay! ¡Destino cruel! ¡Esos innobles fugitivos han levantado su campamento en mis dominios! ¡A las armas, guerreros, a las armas, y dirigios, en formación compacta, contra ellos! ¡No habrá descanso hasta que capturemos a ese rebaño de castrados como si fuesen ovejas y los vendamos como esclavos a lo largo de nuestros reinos!».

Sin dilación tomaron las armas todos cuantos lo acompañaban y, formados en doce columnas, se dirigieron contra el campamento. Frente a ellos, Bruto, alineadas sus tropas, no se comporta como una mujer: enseña con prudencia a sus hombres lo que tienen que hacer, cómo avanzar y cómo resistir al enemigo. Comienza la batalla y, en un principio, son los Troyanos quienes llevan las de ganar, realizando feroz matanza entre sus adversarios. Cerca de dos mil enemigos han caído ya para siempre, y los demás buscan la fuga, aterrorizados. Pero al bando que tiene de su parte mayor número de soldados le suele sonreír la victoria; y los Galos, tres veces más numerosos, aunque arrollados al principio, se rehacen después y atacan por todas partes a los Troyanos, sembrando el estrago en sus filas y obligándolos a buscar refugio en su campamento. La victoria cambia de dueño, y Bruto está ahora sitiado. Sus enemigos no piensan alejarse de allí antes de verlo a él y a sus hombres ofrecien-

do el cuello a las cadenas, o antes de que los látigos del hambre les den cruel y prolongada muerte.

Esa noche, Corineo celebra consejo con Bruto, y propone realizar de inmediato una salida nocturna por ciertos caminos secretos y permanecer escondido en el bosque cercano hasta el alba; al amanecer, Bruto surgiría desde el campamento, presentando batalla al enemigo, y él mismo con su gente atacaría a la retaguardia gala y cargaría sobre ellos, pasándolos a cuchillo. Pareció bien a Bruto el plan de Corineo, quien, como había propuesto, salió cautelosamente con tres mil hombres y fue a ocultarse en las profundidades del bosque. Al despuntar el día, dispuso Bruto a sus hombres en orden de batalla y, abriendo las puertas del campamento, salió con ánimo de luchar. Por su parte, los Galos acuden a la cita y, en línea de combate, sólo piensan en pelear. Muchos miles de hombres caen a tierra por ambos, bandos; muchas son las heridas que unos y otros dan y reciben, pues nadie ahorra un golpe a su adversario. Entre los Troyanos había uno, llamado Turno, sobrino de Bruto, a quien nadie excedía en valor y en arrojo, si exceptuamos a Corineo; él solo, con sola su espada, dio muerte a seiscientos enemigos; pero un ataque repentino de los Galos le ha quitado la vida antes de tiempo; la antedicha ciudad de Tours tomaría su nombre del suyo, pues allí sería enterrado. Y cuando ambos ejércitos se encuentran en la fase más dura de la batalla, he aquí que Corineo sobreviene de improviso y carga velozmente sobre la retaguardia del enemigo. Los que habían salido del campamento cobran al punto nuevos ánimos e insisten con mayor brío en sus embestidas para completar la matanza. Por su parte, los Galos se encuentran aterrados al mero griterío de los hombres de Corineo que han vulnerado su retaguardia y, pensando que sus rivales son superiores en número, abandonan el campo

a toda prisa. Los Troyanos les pisan los talones, acuchillándolos en su huida, y no cesan en su tarea destructora hasta obtener un triunfo rotundo. ¿Y Bruto? Aunque tan gran victoria le produce una inmensa alegría, está intranquilo y preocupado, pues el número de los suyos disminuye a diario, mientras que el de los Galos crece sin cesar. Así que, viendo que es dudoso el resultado de la guerra si se prolonga indefinidamente, decide retirarse a sus naves entonces, cuando aún están sanos y salvos la mayor parte de sus compañeros y todavía fresca la gloria de su triunfo, y navegar en busca de la isla anunciada por el oráculo divino. Regresa, pues, sin tardanza a la flota, con el consentimiento de sus hombres, y, después de llenar las naves con todas las riquezas que ha adquirido en su reciente campaña, sube a bordo y piensa en partir. Soplan favorables los vientos en su navegación hacia la isla prometida, adonde arriba al fin, desembarcando felizmente en Totnes.

[21]

La isla se llamaba entonces Albión, y nadie la habitaba, a excepción de unos pocos gigantes. La amenidad del lugar, unida a la abundancia de pesca en sus ríos y de caza en sus bosques, infundieron muy pronto en Bruto y en sus compañeros el deseo de habitarlo. Por ello, después de recorrer las distintas regiones del país, proceden a limpiarlo de gigantes, obligándolos a refugiarse en las cavernas de las montañas, y se reparten entre ellos la tierra a suertes, por donación de su caudillo. Comenzaron a cultivar los campos y a construir casas, de manera que en poco tiempo aquel país parecía haber sido habitado desde siempre. Finalmente, Bruto llamó Britania —de su nombre— a la isla, y Britanos a sus compañeros, pues quería así que su nombre viviera eternamente. Más tarde, el idioma de su pueblo, que en otro tiempo se llamó troyano o griego oblicuo, fue

llamado británico. En cuanto a Corineo, llamó a la parte del país que le cupo en suerte Corinea —también de su nombre—, y Corinenses a su gente, siguiendo el ejemplo de Bruto; tenía el privilegio de elegir provincia antes que los demás, y se decidió por la región que hoy se llama Cornubia[21], ya sea por alteración del nombre primitivo, ya por ser, como es, geográficamente, el *cornu* o cuerno de Britania. A Corineo le encantaba pelear contra gigantes, y en su provincia había más de ellos que en ninguna otra de las que fueron repartidas entre sus camaradas. Había uno, especialmente odioso, llamado Goemagog[22], de doce codos de estatura, que blandía una encina previamente arrancada de raíz como si fuese una rama de avellano. Un día, mientras Bruto celebraba una ceremonia en honor de los dioses en el puerto donde había desembarcado, llegó el gigante con veinte de los suyos e infligió cruel matanza a los Britanos. Éstos, sin embargo, acudiendo de todas partes, lograron vencerlos y mataron a todos, excepto a Goemagog, pues Bruto lo quería vivo para que midiera sus fuerzas en singular batalla con las de Corineo, a quien le complacía sobremanera competir con monstruos semejantes. Así que Corineo, exultante de gozo, se dispone a luchar y, arrojando las armas, se enfrenta a su adversario con las manos desnudas. Ya comienza el combate, y Corineo y el gigante se estrechan mutuamente el cuerpo con sus brazos de acero, haciendo resonar el aire con sus alientos entrecortados. Acto seguido, Goemagog, aprisionando a Corineo con todas sus fuerzas, le rompe tres costillas, dos del lado derecho y una del izquierdo. Furioso, Corineo recobra su vigor y, cargando al gigante sobre sus hombros, corre con toda la rapidez que le permite el peso que lleva encima hasta la orilla más cercana. Y allí, desde lo alto de una alta peña, se libera del fardo que llevaba sobre sus hombros, arrojando al

mar al horrendo monstruo, quien, cayendo por entre las afiladas rocas, se quiebra en mil pedazos y tiñe las ondas con su sangre. Desde entonces, a aquel lugar que presenció la caída del gigante se le llamó Salto de Goemagog, y con ese nombre es conocido todavía hoy.

[22]

Repartido su reino, pensó Bruto en construir una ciudad y, transmitiendo acción a su pensamiento, recorrió todo el país en busca del lugar idóneo para ello. Llegó en su recorrido al río Támesis, y deambuló por sus riberas hasta que halló el lugar que andaba buscando. Así, pues, fundó allí una ciudad, a la que llamó Nueva Troya. Con ese nombre fue conocida durante mucho tiempo, hasta que, por corrupción de la palabra, vino a llamarse Trinovanto[23]. Más tarde, cuando Lud, hermano de Casibelauno —el que combatió a Julio César—, obtuvo el gobernalle del reino, rodeó la ciudad de nobilísimas murallas, así como de torres construidas con admirable arte, y ordenó llamarla Kaerlud, esto es, Ciudad de Lud. Esta medida provocó una disputa entre él y su hermano Nenio, que tomó muy a mal que Lud quisiera abolir el nombre de Troya en su propio país. De esa disputa ha tratado ya con suficiente amplitud el historiador Gildas, y yo prefiero pasarla por alto, pues desmerecería mi rústica manera de expresarme ante la de un escritor tan grande, que ha narrado esa historia en un estilo tan elocuente. Pues bien, cuando el antedicho caudillo fundó la antedicha ciudad, se la concedió de derecho a los ciudadanos que iban a habitarla, y les dio leyes con que regir pacíficamente la convivencia.

Gobernaba entonces en Judea el sacerdote Helí, y el Arca de la Alianza se encontraba en poder de los Filisteos. Los hijos de Héctor reinaban en Troya, después de expulsar a los descendientes de Antenor. En Italia reinaba Silvio

Eneas, hijo de Eneas y tío de Bruto, tercero de los reyes latinos[24].

LIBRO

III

LOS SUCESORES DE BRUTO HASTA LA LLEGADA DE JULIO CÉSAR

1. De Locrino a Bladud

[23]

Conoció Bruto a Ínogen, su esposa, y engendró en ella tres ilustres hijos, llamados Locrino, Albanacto y Cambro. Cuando su padre dejó el siglo, en el vigésimo cuarto año de su llegada a Britania, lo sepultaron en la ciudad que había fundado y dividieron el reino entre ellos, retirándose cada uno a la parte que le había correspondido. Locrino, que era el primogénito, obtuvo la mitad de la isla, que en adelante se llamaría Logres[25], a partir de su nombre. A Cambro le tocó el país que se extiende más allá del río Severn, llamado ahora Gales, y que por mucho tiempo se conoció como Cambria, del nombre de su soberano; todavía hoy se llama Cambros a los Galeses en lengua británica. El menor, Albanacto, ocupó la región que en nuestros días y en nuestra lengua se llama Escocia, y le puso el nombre de Albania, del suyo propio.

[24]

Reinaban los tres hijos de Bruto en perfecta paz y concordia cuando Humbro, rey de los Hunos, desembarcó en Albania, presentó batalla a Albanacto y le dio muerte, obligando a su gente a huir a Logres. Locrino, al recibir la noticia, llamó consigo a Cambro, su hermano y, reuniendo a todos los jóvenes de Britania, se dirigió al encuentro del rey de los Hunos, alcanzándolo junto al río que hoy se llama Humber. Comienza la batalla, y Locrino consigue poner en fuga a Humbro, quien, acosado, termina por ahogarse en las aguas del río, dejándole para siempre su

nombre. Obtenida así la victoria, Locrino reparte con largueza entre sus camaradas los despojos del enemigo, no reteniendo para sí mismo más que el oro y la plata que las naves hunas guardaban.

Retuvo también para sí tres doncellas de admirable belleza, de las que una era hija de cierto rey de Germania; Humbro la había secuestrado, junto a las otras dos, mientras saqueaba el país de su padre. La joven se llamaba Estrildis, y su belleza era tan grande que no tenía par en el mundo, pues ni el marfil bruñido, ni la nieve recién caída, ni los lirios del campo, podían competir con la blancura resplandeciente de su cuerpo. Inflamado de amor, Locrino quiso compartir su lecho y unirse en matrimonio con ella, bajo la antorcha conyugal. Cuando Corineo lo supo, se indignó sobremanera, pues Locrino se había comprometido a tomar a su hija por esposa. El viejo guerrero se presentó ante el rey blandiendo su famosa hacha de doble filo con la diestra, y le habló de este modo:

—«¿Así me pagas, Locrino, las heridas que he recibido al servicio de tu padre, guerreando contra pueblos desconocidos? ¿Desprecias a mi hija y te rebajas a unirte en matrimonio con una mujer bárbara? ¡Si lo haces, obtendrás el castigo que mereces, mientras me queden fuerzas en esta mano diestra que ha arrebatado el gozo de vivir a tantos gigantes a lo largo de las costas tirrenas!».

Gritando esto una y otra vez, blandía el hacha como si fuese a descargar un golpe con ella cuando los amigos de ambos intervinieron y, apaciguado Corineo, obligaron a Locrino a cumplir su palabra. Así, pues, Locrino desposó a Güendolena, hija de Corineo, pero no consiguió olvidar el amor de Estrildis; antes bien, hizo construir una cámara subterránea en Trinovanto, encerró allí a su amada e hizo

que la sirvieran con todos los honores domésticos de confianza, pues quería guardar una absoluta reserva en sus amores: el temor que le inspiraba Corineo le impedía mostrarlos abiertamente. Prefirió —como he dicho— mantener escondida a Estrildis, frecuentándola durante siete años enteros sin que nadie lo supiese, excepto sus más íntimos. Y, cuantas veces la visitaba, fingía que iba a ofrecer un sacrificio oculto a los dioses, consiguiendo que los demás diesen crédito a su ficción. En el ínterin, Estrildis quedó embarazada y dio a luz una niña de admirable belleza, a la que llamó Habren. Preñada también Güendolena, parió a su tiempo un niño, a quien se le dio el nombre de Madan; su abuelo Corineo fue el encargado de su educación.

[25]

Pasó el tiempo. Cuando Corineo murió, Locrino repudió a Güendolena e instaló a Estrildis en el trono. Güendolena, profundamente indignada, se fue a Cornubia y, reuniendo a todos los jóvenes de la comarca, empezó a hostigar a Locrino con incursiones en su país. Ya están los dos ejércitos frente a frente, dispuestos a trabar combate a orillas del río Stour; allí Locrino, herido por una flecha, pierde la vida y todos los gozos que conlleva. Muerto el rey, Güendolena toma el gobernalle de la nación y, cegada del mismo furor que su padre, ordena que Estrildis y su hija Habren sean arrojadas al río que hoy se llama Severn, y decide, en virtud de un edicto publicado en toda Britania, que ese río tome en lo sucesivo el nombre de la niña asesinada: quería que fuese recordada siempre, pues fue su esposo quien la engendró. Todavía hoy el río es llamado, en lengua británica, Habren, que, por corrupción del nombre, es lo mismo que Severn.

Quince años reinó Güendolena tras la muerte de Locrino, que había reinado diez años. Cuando vio que su hijo

Madan era ya un hombre, le transmitió el cetro del reino, contentándose ella con la región de Cornubia, donde pasó el resto de su vida.

En aquel tiempo gobernaba en Judea el profeta Samuel. Silvio Eneas reinaba todavía en Italia, y florecía en Grecia el arte del famoso poeta Homero.

[26]

Mientras Madan tenía el cetro, su esposa le dio a luz dos hijos, Mempricio y Malim. El hijo de Locrino mantuvo diligentemente el reino en paz por espacio de cuarenta años. Al morir, surgió la discordia entre sus hijos acerca de la herencia paterna, pues cada uno de los dos anhelaba poseer él solo toda la isla. Mempricio, deseoso de conseguir sus fines, se entrevistó con Malim al objeto de buscar la concordia entre ambos, pero, inflamado por la antorcha de la traición, lo mató en presencia de los que habían asistido a la conferencia. Habiendo, así, obtenido el gobierno de toda la isla, ejerció sobre el pueblo una implacable tiranía, haciendo matar a la mayoría de los varones más nobles del país. Además, como aborrecía a todos sus parientes, porque temía que alguno de ellos pudiera sucederlo en el trono, los fue eliminando violentamente o a traición. Abandonó, por si fuera poco, a su esposa, que le había dado al famoso joven Ebrauco, y se entregó a la sodomía, prefiriendo el amor no natural a las inclinaciones naturales. Finalmente, en el vigésimo año de su reinado, mientras se encontraba cazando, se separó de sus compañeros y cabalgó hacia cierto valle, en el que, rodeado de una grey de lobos rabiosos, fue miserablemente devorado.

Saúl reinaba entonces en Judea y Euristeo en Lacedemonia.

[27]

Muerto Mempricio, su hijo Ebrauco, varón de alta estatura y de admirable fuerza, recibió el trono de Britania, que ocuparía durante treinta y nueve años. Fue el primero, después de Bruto, en conducir la escuadra a las costas de Galia y, llevando la guerra al interior, asoló las provincias matando hombres y saqueando ciudades; regresó victorioso, trayéndose consigo riquísimo botín de oro y de plata. Después fundó una ciudad, al otro lado del Humber, a la que llamó, de su nombre, Kaerebrauc, esto es, Ciudad de Ebrauco[26].

Reinaba entonces en Judea David, Silvio Latino en Italia, y Gad, Natán y Asaf profetizaban en Israel. Fundó también Ebrauco la ciudad de Alclud[27] en Albania, y la fortaleza del monte Agned, que ahora se llama Castillo de las Doncellas y Monte Doloroso[28].

Engendró Ebrauco veinte hijos en las veinte mujeres que tuvo, así como treinta hijas, y durante cuarenta años gobernó con firmeza el reino de Britania. Los nombres de sus hijos fueron éstos: Bruto el del Verde Escudo, Margadud, Sisilio, Regin, Morvid, Bladud, Jagon, Bodloan, Kincar, Spaden, Gaul, Dardan, Eldad, Ivor, Cangu, Héctor, Kerin, Rud, Asáraco y Buel; y los nombres de sus hijas: Gloigin, Ignogin, Oudas, Güenlian, Gaurdid, Angarad, Güenlodoe, Tangustel, Gorgon, Medlan, Metael, Ourar, Mailure, Kambreda, Ragan, Gael, Ecub, Nest, Chein, Stadud, Gladus, Ebrein, Blangan, Abalac, Angaes, Gálaes (su belleza no tuvo par en Britania ni en Galia), Edra, Anor, Stadiald y Egron. Su padre las envió a todas a Italia, a la corte de Silvio Alba, que había sucedido a Silvio Latino en el trono: se casaron allí con nobles troyanos, con los que las mujeres latinas y sabinas rehusaban unirse en matrimonio. En cuanto a los hijos, condujeron, con su hermano Asáraco

como jefe, la escuadra a Germania, donde, con la ayuda de Silvio Alba, sometieron al pueblo y se apoderaron del reino.

[28]

Bruto, apodado el del Verde Escudo, permaneció junto a su padre, se encargó al morir éste de las tareas del gobierno y reinó durante doce años en Britania. Lo sucedió su hijo Leil, amante de la paz y de la justicia; aprovechando la prosperidad de su reino, construyó en el norte de Britania una ciudad que, de su nombre, llamó Kaerleil[29].

Salomón empezaba entonces a construir el Templo del Señor en Jerusalén, y la reina de Saba venía a escuchar su sabiduría. Al mismo tiempo, Silvio Epito sucedía a su padre, Alba, en el reino de Italia.

Veinticinco años vivió Leil tras acceder al trono. Al final, su debilidad como gobernante era manifiesta. Como respuesta a su falta de firmeza, el fantasma de la guerra civil volvió a aparecer en Britania.

[29]

Después de Leil, reinó su hijo Rud Hudibrás durante treinta y nueve años. Tras las disensiones civiles, logró restablecer la concordia. Fundó Kaerreint, esto es, Cantuaria[30]. Fundó, además, Kaergüeint, esto es, Güintonia[31], y la fortaleza del monte Paladur, que ahora se llama Seftonia[32]. Mientras se construían las murallas de esta última ciudad, un águila habló, y hubiera dado cuenta cumplida de sus palabras, como de lo demás, si me hubiesen parecido auténticas.

Capis, hijo de Epito, reinaba entonces en Italia, y Ageo, Amos, Jehú, Joel y Azarías profetizaban en Israel.

[30]

Sucedió a Hudibrás su hijo Bladud, que gobernó por espacio de veinte años. Construyó la ciudad de Kaerbadum,

que ahora se llama Bath, e instaló en ella termas de uso público bajo la advocación de Minerva, en cuyo santuario dispuso fuegos inextinguibles que no se convertían nunca en cenizas, sino que, cuando empezaban a consumirse, se volvían bloques de piedra.

En aquel tiempo, Elías elevó sus plegarias para que no lloviera sobre la tierra, y no llovió por espacio de tres años y seis meses.

Este Bladud fue un hombre extremadamente ingenioso e introdujo las artes mágicas en Britania. No dejó de llevar a cabo prodigios hasta que, habiéndose fabricado unas alas, trató de levantarse por los aires y cayó sobre el templo de Apolo, en Trinovanto, haciéndose trizas.

2. El rey Lear

[31]

Se cumplieron los días de Bladud, y Lear, su hijo, accedió a la dignidad real, gobernando enérgicamente el país por espacio de sesenta años. En el curso de su reinado construyó a orillas del río Soar una ciudad que en lengua británica se llama, de su nombre, Kaerleir, y en lengua sajona, Leicester. No tuvo hijos varones y sí tres hijas, llamadas Goneril, Regan y Cordelia, a quienes su padre quería entrañablemente, en especial a la menor; es decir, a Cordelia. Cuando llegó a la antesala de la vejez, pensó dividir el reino entre sus hijas y casarlas con maridos tales que fuesen dignos de ellas y de poseer la parte de Britania que les correspondiera.

Y, para decidir cuál de ellas debía por sus méritos recibir la parte mejor, las llamó por separado para saber cuál de las tres lo amaba más. Se lo preguntó, primero, a Goneril, y ésta puso a los dioses del cielo por testigos de que amaba a su padre más que a su propia alma, que dentro de su cuerpo habitaba. A lo cual dijo Lear:

—«Puesto que has preferido mi vejez a tu propia vida, queridísima hija, te casaré con quien tú misma elijas y te daré la tercera parte del reino de Britania».

Le llegó el turno a Regan, que era la segunda. Siguiendo el ejemplo de su hermana y queriendo granjearse el favor de su padre, respondió, con solemne juramento, que no le era posible expresarse de otra manera que no fuese dicién-

dole que lo amaba más que a nada y a nadie en el mundo. El crédulo Lear le prometió casarla con la misma dignidad que a su hermana mayor, con otra tercera parte del reino como dote.

Cordelia, la menor, al ver cómo sus hermanas habían engatusado con lisonjas y adulaciones a su padre, quiso ponerlo a prueba, respondiéndole de manera bien diferente:

—«Padre mío, ¿hay en alguna parte una hija que pretenda amar a su padre más de lo que se ama a un padre? Pienso que no hay ninguna que se atreva a afirmar una cosa así, salvo que intente ocultar la verdad por pura broma. En cuanto a mí, siempre te he amado como se ama a un padre y no he cambiado nunca de sentimiento. Por mucho que me insistas, sólo oirás de mí la certeza del amor que te tengo. No me preguntes más: te amo en lo que tienes y en lo que vales».

El rey, pensando que había hablado así por mezquindad de corazón, se indignó mucho y no tardó en manifestar la que sería su respuesta:

—«Puesto que así desprecias la vejez de tu padre y no te dignas profesarme el mismo amor que tus hermanas, te despreciaré yo a mi vez y no tendrás parte en mi reino. Sin embargo, como eres mi hija, te casaré, pero con un extranjero, si es que el azar te lo depara. Y de una cosa puedes estar segura: no me molestaré nunca en casarte con los mismos honores que a tus hermanas, pues, aunque yo hasta hoy te he amado más a ti que a las otras, tú has demostrado amarme menos que ellas».

Sin demora, y siguiendo el consejo de los nobles del reino, dio a Goneril y Regan a dos duques, el de Cornubia y el de Albania, con la mitad tan sólo de la isla como dote mientras él viviese, pero, a su muerte, les prometió que po-

seerían la totalidad de Britania. Sucedió después que Aganipo, rey de los Francos, habiendo oído hablar de la belleza de Cordelia, envió al punto mensajeros a su padre, pidiéndole la mano de su hija para unirse con ella bajo la antorcha conyugal. Lear, persistiendo todavía en su cólera, respondió que con gusto se la concedería, pero sin tierra alguna y sin dote, pues había repartido su reino, junto con todo su oro y su plata, entre Regan y Goneril, hermanas de Cordelia. Aganipo recibió esta respuesta y, como ardía de amor por la doncella, envió otro mensaje al rey Lear, diciéndole que ya tenía suficiente oro, plata y otras posesiones, pues era dueño de una tercera parte de Galia, y que quería desposar a la joven para tener hijos con ella que heredasen su reino. No había ya motivo para no llegar a un acuerdo: Cordelia fue enviada a Galia y se casó con Aganipo.

Mucho tiempo después, cuando Lear empezó a debilitarse por razón de la edad, se rebelaron contra él los antedichos duques, esposos de sus hijas, con los que había repartido Britania. Lo despojaron de su reino y le arrebataron el poder de reinar que, hasta entonces, había ostentado con tanta energía como gloria. Se restableció, sin embargo, la concordia, y uno de sus yernos, Maglauno, duque de Albania, accedió a mantenerlo a su lado, concediéndole una guardia de cuarenta caballeros, para que conservara una apariencia de grandeza. Tras dos años de estancia en casa de su yerno, su hija Goneril se indignó a causa del número de sus caballeros, que no dejaban de quejarse ante la escasez de su ración diaria; después de hablar con su marido, ordenó que su padre se contentara con veinte hombres de escolta y que se despidiese a los demás.

Furioso Lear por este hecho, dejó la corte de Maglauno y recurrió a Henvino, duque de Cornubia, con el que su segunda hija, Regan, se había casado. Aquí, al principio, fue recibido con todos los honores, pero no había pasado todavía un año cuando surgió la discordia entre los miembros de la casa del rey y los de la del duque, y Regan, indignada, redujo el séquito de su padre a cinco caballeros.

Muy agraviado se sintió Lear y regresó de nuevo a la corte de su primogénita, pensando que podía moverla a compasión y que lo recibiría a él y a su comitiva. Pero Goneril se indignó aún más que la vez anterior y juró por los dioses del cielo que nunca admitiría a su padre consigo si no se contentaba con un solo caballero a su servicio y si no despedía inmediatamente a los demás. Le echaba en cara, además, al anciano el que, sin tener nada propio, viajara con un séquito tan numeroso. De manera que Lear, viendo que no podía esperar nada de su hija, obedeció y, despidiendo al resto, se quedó con un solo caballero.

Pero cuando volvía a su mente el recuerdo de su pasada grandeza se desesperaba pensando en su estado actual, por lo que comenzó a pensar en cruzar el estrecho y refugiarse en la corte de su hija menor. Lo atormentaba, sin embargo, la duda de que estuviera dispuesta a recibirlo, después de haberse comportado con ella tan deshonrosamente en el asunto de su matrimonio, como ya quedó dicho. Pero no podía soportar por más tiempo su miseria, de manera que decidió hacerse a la mar rumbo a las Galias. Cuando vio que otros dos príncipes cruzaban el canal al mismo tiempo que él, y que a él le habían asignado la tercera plaza, pronunció entre lágrimas y sollozos las siguientes palabras:

—«¡Destinos que proseguís vuestros usuales cursos, fijados desde siempre por una ley irrevocable! ¿Por qué quisis-

teis concederme otrora una felicidad transitoria cuando es mayor suplicio recordar la felicidad perdida que sufrir la presencia de la infelicidad subsiguiente? Pues el recuerdo de los días en que, rodeado de cientos de miles de guerreros, solía yo destruir murallas de ciudades y devastar los campos de mis enemigos, me duele hoy más que la calamidad de mi actual miseria, que ha incitado a aquellos que hace poco se arrastraban bajo mis pies a abandonarme en mi debilidad. ¡Oh tú, destino airado! ¿Llegará el día en que pueda pagarles con la misma moneda a aquellos que así han descuidado mi edad y mi pobreza? ¡Oh Cordelia, hija mía, qué verdad encerraban las palabras que me dijiste cuando te pregunté cuánto amor me tenías! Dijiste: "Te amo en lo que tienes y en lo que vales". Mientras tuve algo que ofrecer, fui valioso para ellas, pues lo que amaban era aquello que de mí recibían, no su padre. Me quisieron quizá algunas veces, pero no con la intensidad con que apreciaban mis regalos. Ahora no tengo nada que ofrecerles, y me han dejado solo. ¿Con qué rostro, queridísima hija, me atreveré a llegar a tu presencia, yo que, irritado por tu respuesta, pensé en casarte peor que a tus hermanas, las mismas que, después de todos los beneficios que de mí han obtenido, no hacen nada por evitar mi exilio y mi pobreza?».

Tales cosas revolvía en su mente cuando desembarcó y llegó a Karitia[33], donde su hija vivía. Esperando él fuera de la ciudad, envió un mensajero a palacio para que transmitiese a Cordelia la indigencia en que se encontraba, sin tener qué comer ni con qué vestirse, e implorase su misericordia. Mucho se conmovió Cordelia al recibir el mensaje, y amargas lágrimas derramó. Cuando preguntó cuántos caballeros llevaba su padre consigo, el mensajero respondió que nadie lo acompañaba, excepción hecha de un único hombre armado que con él esperaba fuera de la ciudad.

Entonces tomó ella oro y plata —cuanto era menester— y, entregándolo al mensajero, le ordenó conducir a Lear a otra ciudad donde, con el pretexto de tomar las aguas, debería bañarlo, vestirlo y alimentarlo. Mandó también que lo acompañaran cuarenta caballeros bien equipados, y que sólo entonces comunicase al rey Aganipo y a ella la noticia de su llegada. El mensajero condujo al rey Lear adonde le habían ordenado, manteniendo el incógnito hasta haber hecho todo lo que Cordelia había dispuesto.

Tan pronto como Lear se vio investido de las enseñas de la realeza y acompañado de una escolta digna de su rango, comunicó oficialmente a Aganipo y a su hija que había sido expulsado de Britania por sus yernos y que se encontraba allí en busca de ayuda para recuperar su reino. Cordelia y Aganipo salieron a su encuentro con toda la corte y le dispensaron la más respetuosa de las acogidas, concediéndole provisionalmente el poder sobre toda Galia, en tanto lo restituían a su dignidad anterior.

En el ínterin, Aganipo envió legados a lo largo y ancho de Galia en busca de hombres de armas que lo ayudaran en su tarea de devolver el reino de Britania a Lear, su suegro. Cuando todo estuvo dispuesto, Lear llevó a su hija y a la hueste así reunida a Britania, presentó batalla a sus yernos y se alzó con el triunfo, sometiéndolos a ambos bajo su yugo. Dos años después, Lear murió. También murió Aganipo, rey de los Francos. Cordelia, ahora dueña de Britania, hizo sepultar a su padre en una cámara subterránea que había ordenado construir bajo el río Soar, en Leicester. Esta cámara subterránea fue fundada en honor de Jano Bifronte, y era costumbre que allí, el día de la fiesta del dios, todos los obreros de la ciudad comenzasen a trabajar en la obra que los iba a mantener ocupados a lo largo del año.

3. Los sucesores de Lear

[32]

Cordelia rigió en paz los destinos del reino por espacio de cinco años, al cabo de los cuales comenzaron a hostigarla dos hijos de sus hermanas, a saber, Margano, hijo de Maglauno, y Cunedagio, hijo de Henvino. Ambos ilustres jóvenes tenían fama de valientes. Tras la muerte de sus padres respectivos, los sucedieron en sus ducados, viendo con malos ojos que Britania estuviera en manos de una mujer. De modo que, reunidos sus ejércitos, se rebelaron contra su reina, no cejando en su furia hasta que, devastadas las provincias, la derrotaron en varias batallas y, capturándola, la arrojaron a una prisión donde, abrumada de dolor por la pérdida de su reino, se dio la muerte. Seguidamente, los jóvenes se repartieron la isla, de la que aquella parte que se extiende al otro lado del Humber, hasta Caithness, le correspondió a Margano, y la que desde la otra orilla del río mira a Occidente fue adjudicada a Cunedagio.

Transcurridos dos años, algunos de esos hombres que se complacen en la confusión y el desorden aconsejaron a Margano, diciéndole que era vergonzoso que él, siendo el mayor de los dos, repartiese el gobierno de la isla con su primo. Con estas y otras razones lograron convencerlo, y Margano condujo su ejército a las provincias de Cunedagio, echando leña al fuego que él mismo había encendido. Declarada la guerra, Cunedagio se dirigió a su encuentro con toda su hueste y, en la batalla subsiguiente, sembró no pequeña matanza y puso en fuga a Margano, persiguiendo

después al fugitivo de provincia en provincia hasta que lo alcanzó en una aldea de Cambria que, tras su muerte allí, fue llamada Margan —de su nombre— por los campesinos de la comarca, y aún hoy se sigue llamando así. Obtenida la victoria, Cunedagio se hizo con el poder en toda la isla y la gobernó gloriosamente durante treinta y tres años.

En aquel tiempo Isaías y Oseas profetizaban en Israel, y Roma era fundada, el día undécimo de las calendas de mayo, por los gemelos Rómulo y Remo.

[33]

A la muerte de Cunedagio, lo sucedió en el trono su hijo Rivalón, joven pacífico y feliz que gobernó el reino con diligencia.

Fue en su reinado cuando cayó, durante tres días consecutivos, una lluvia de sangre, y se produjo una invasión de moscas que hacía morir a los hombres.

A éste lo sucedió Gurgustio, su hijo; a Gurgustio, Sisilio; a Sisilio, Yago, sobrino de Gurgustio; a Yago, Kinmarco, hijo de Sisilio; a Kinmarco, Gorbodugo.

Tuvo éste dos hijos, llamados Ferreux y Porrex. Cuando su padre, Gorbodugo, llegó al umbral de la vejez, surgió una disputa entre los hermanos para ver cuál de ellos lo sucedería en el trono. Porrex, espoleado por la ambición, tendió una emboscada a su hermano con ánimo de matarlo, pero Ferreux, avisado a tiempo, evitó el crimen y embarcó rumbo a las Galias. Allí obtuvo la ayuda de Suardo, rey de los Francos, y regresó a Britania a luchar con su hermano. En la batalla que siguió, murieron Ferreux y toda la hueste que lo acompañaba. Cuando la madre de ambos, cuyo nombre era Yudon, tuvo la certeza de la muerte de su hijo, se conmovió sobremanera y trocó su dolor en odio hacia el hermano sobreviviente, pues amaba

más al muerto que a su otro hijo. Tanto la devoraba la llama de la ira por aquella muerte, que decidió vengarla a expensas del hermano. Penetró a tal efecto en la tienda de Porrex mientras dormía, lo mató con ayuda de sus criadas y lo descuartizó en pequeños pedazos. A partir de entonces la guerra civil devastó Britania durante un prolongado espacio de tiempo, disputándose el poder cinco reyes que se afligían unos a otros con mutuas cabalgadas y abundante derramamiento de sangre.

[34]

Pasó el tiempo, y apareció en escena un virtuoso joven llamado Dunvalón Molmucio. Era hijo de Cloten, rey de Cornubia, y superaba a todos los reyes de Britania en belleza y coraje. Tan pronto como sucedió a su padre, al morir éste, en el trono de su país, atacó a Píner, rey de Logres, y lo mató en el campo de batalla. A raíz de este triunfo, celebraron consejo Rudauco, rey de Cambria, y Estaterio, rey de Albania, y decidieron aliarse, dirigiendo sus ejércitos contra las provincias de Dunvalón, destruyendo ciudades y sembrando la muerte entre la población. Dunvalón les salió al encuentro con treinta mil guerreros. Ocuparon gran parte del día en combatir, y la victoria estaba indecisa. Entonces Dunvalón llamó aparte a los seiscientos jóvenes más bravos de su ejército y les ordenó que recogieran las armas de los enemigos caídos y las sustituyeran por las suyas. Él mismo, despojándose de las armas que llevaba, hizo lo mismo que pedía a sus hombres. Después los condujo a lo más denso de las filas enemigas, avanzando en la misma dirección que sus rivales, como si fuesen de su mismo bando. De ese modo, llegó al lugar donde estaban Rudauco y Estaterio, y dio orden a sus compañeros de que cargasen contra ellos. En el ataque perecieron los dos reyes citados, y muchos de los suyos con ellos. Pero Dunvalón

Molmucio, temiendo ser herido por sus propios soldados, decide entonces regresar a sus filas en compañía de sus camaradas, y se desarma. Vuelve luego a coger las armas de las que se había despojado y exhorta a sus guerreros a una nueva embestida que él mismo acaudilla valientemente. Muy pronto la victoria es un hecho, una vez dispersado y puesto en fuga el enemigo. Para culminar su tarea, recorre los países de los reyes vencidos, derribando ciudades y fortalezas y sometiendo a los pueblos a su poder. Cuando hubo completado su dominio sobre toda la isla, hizo forjar para sí mismo una corona de oro y restauró la unidad primitiva de Britania.

Éste fue el rey que estableció entre los Britanos las leyes llamadas Molmucinas, que hoy los Anglos practican todavía. Entre otras disposiciones, consignadas mucho tiempo después por San Gildas, estableció que los templos de los dioses y las ciudades gozasen de un privilegio tal que, en el caso de que algún Fugitivo o delincuente buscase refugio en ellos, pudiera salir de allí libre de la persecución de sus enemigos. Estableció también que los caminos que conducían a los antedichos templos y ciudades, así como los arados de los labradores, serían por la misma ley inviolables. Durante su reinado, perdió el filo el cuchillo de los asesinos, y las crueldades de los bandidos desaparecieron de Britania, pues en ninguna parte había nadie que se atreviese a hacer violencia a un semejante. Por fin, cuarenta años después de ser coronado, murió y fue sepultado en la ciudad de Trinovanto, junto al templo de la Concordia que él mismo había hecho construir para consagrar sus leyes.

4. Belino y Brenio

[35]

Desde la muerte de Dunvalón, sus dos hijos, Belino y Brenio, pugnaron por la sucesión al trono y por quién sería más digno de llevar la corona de Britania. Después de que se hubieron enfrentado en muchas batallas, los amigos de ambos decidieron intervenir y les hicieron llegar a un acuerdo. Pactaron que el reino se dividiera entre ambos de la siguiente forma: Belino tendría la corona de la isla junto con Logres, Cambria y Cornubia, pues era el mayor y la costumbre troyana exigía que la dignidad de la herencia recayera en el primogénito; Brenio, que era el menor, se sometería a su hermano y reinaría en Nortumbria, desde el Humber hasta Caithness. Un tratado solemne sancionó estos acuerdos, y ambos gobernaron el reino durante cinco años en paz y con justicia. Pero, al cumplirse ese quinquenio, comoquiera que la discordia está siempre al acecho en los períodos de prosperidad, ciertos forjadores de embustes se presentaron ante Brenio y le dijeron:

—«¿Qué desidia culpable se ha apoderado de ti para que aceptes vivir sometido a Belino, cuando un mismo padre, una misma madre y una misma nobleza te igualan por completo con él? Añade a esto, además, el hecho de tu experiencia en todo género de batallas, probada en tus numerosos encuentros con Queúlfo, duque de los Morianos[34]; cuantas veces ha desembarcado en Britania, tantas otras lo has hecho retroceder tú hasta ponerlo en ruga lejos de nuestras costas. Rompe, pues, ese pacto que te llena de ig-

nominia y pide en matrimonio a la hija de Elsingio, rey de Noruega, que a buen seguro recibirás ayuda de él para recuperar la dignidad perdida».

Después de corromper con estas y otras parecidas razones el ánimo del joven, no dejó éste de seguir su consejo y, embarcando rumbo a Noruega, se casó con la hija del rey, como le habían sugerido aquellos aduladores.

[36]

En el ínterin, su hermano se enteró de todo y mucho se indignó de que, sin pedirle licencia ni permiso, hubiese obrado así contra él. De modo que Belino se dirigió a Nortumbria, tomó sus ciudades y puso en ellas guarnición propia. Cuando Brenio lo supo, reunió una gran hueste de Noruegos, armó una flota y partió hacia Britania. Pero, mientras surcaba la superficie de las aguas con viento favorable y sin recelo alguno, le salió al encuentro Güitlaco, rey de los Daneses, que lo andaba persiguiendo, pues se hallaba perdidamente enamorado de la joven con la que Brenio se había unido en matrimonio: fuera de sí, había aprestado naves y hombres, y se acercaba a toda vela a su enemigo. En la batalla naval que siguió, sucedió que el Danés se situó al azar junto a la nave en la que viajaba la esposa del Britano y, arrojados los garfios de abordaje, logró llevársela consigo y confiársela a sus camaradas. Es dura la pelea en las naves abordadas, que se ladean aquí y allá sobre lo hondo, y entonces, de improviso, soplan vientos desfavorables y el huracán dispersa las naves, conduciéndolas a costas diferentes. El rey de Dinamarca, después de dejarse llevar cinco días por la fuerza hostil de los vientos en medio de un continuo terror, desembarcó por fin con la joven en Nortumbria, sin saber a qué costas lo había arrojado la inopinada tempestad. Cuando los naturales del país se apercibieron del desembarco, capturaron a los náufragos y los

llevaron ante Belino, que esperaba a orillas del mar la llegada de su hermano. Junto a la nave de Güitlaco se hallaron otras tres, de las que una había formado parte de la flota de Brenio. Fueron a decírselo al rey, y éste se alegró mucho, y más entonces, cuando más deseaba vengarse de su hermano.

[37]

Unos días después, Brenio, que había conseguido volver a reunir su escuadra, desembarcó en Albania. En cuanto supo que su esposa y todos los que estaban con ella habían sido hechos prisioneros, y que su hermano le había arrebatado en su ausencia el reino de Nortumbria, envió mensajeros al rey, conminándolo a que le devolviera esposa y reino. Si no lo hacía así, pone a los dioses por testigos de que devastará toda la isla, de mar a mar, y matará a su propio hermano si se atreve a enfrentarse con él. Belino se negó a aceptar las exigencias de su hermano y, con todos los guerreros de Britania, se dirigió hacia Albania con ánimo de combatir. Conoció Brenio que su reclamación no había sido atendida al ver cómo su hermano venía contra él, y le salió al encuentro en un bosque llamado Calaterio[35] con intención de pelear. Frente a frente, en el mismo campo, ambos dividen a sus hombres en compañías y avanzan uno contra el otro, dando comienzo la batalla. Gran parte del día la gastaron luchando, pues no faltaban combatientes de gran valor en ambos ejércitos. Aquí y allá corrían ríos de sangre, y los dardos lanzados por los guerreros producían enormes heridas mortales. Los heridos caían entre las filas como la mies bajo la hoz de los segadores. Al final, fueron los Britanos quienes prevalecieron, huyendo los Noruegos con sus mermadas compañías hacia sus naves. Pero Belino persiguió a los fugitivos, infligiéndoles implacable matanza. Cayeron en esta batalla quince

mil de ellos, no llegando a mil los que escaparon sanos y salvos. Brenio encontró a duras penas una nave que el azar puso en su camino y se dirigió a las costas de Galia. Los demás que con él habían venido hallaban escondite donde el azar quería proporcionárselo.

[38]

Consumada la victoria, Belino reunió a todos los nobles del reino en Eboraco[36] para decidir lo que hacían con el rey de los Daneses, pues, desde la prisión, Güitlaco le había propuesto someterse junto con toda la nación danesa y pagarle anualmente tributo, si lo autorizaba a regresar a su país en compañía de su amada. Se le dijo al Danés que confirmase el acuerdo por medio de un solemne juramento y por la cesión de rehenes. Convocados de nuevo los nobles, todos convinieron en que Belino accediese a la petición de Güitlaco en los términos conocidos. Así, pues, el rey de Dinamarca fue liberado y volvió a su país en compañía de su amada.

[39]

Viendo que nadie podía oponérsele en todo el reino de Britania y que, por consiguiente, era el dueño de toda la isla, desde el mar hasta el mar, Belino confirmó las leyes que había promulgado su padre y reorganizó la justicia en sus dominios. Hizo especial hincapié en que las ciudades y los caminos que conducían a las ciudades tuviesen garantizada la paz que Dunvalón les había asignado. Como había dudas acerca de los caminos a los que debía aplicarse el edicto, y el rey no quería ambigüedades en sus leyes, convocó a todos los obreros de la isla y les ordenó construir una calzada de piedra y argamasa que atravesara la isla en toda su longitud, desde el mar de Cornubia hasta el litoral de Caithness, y que condujese directamente a las ciudades que se encontraban en el camino. Mandó también cons-

truir otra que atravesara la isla en toda su anchura, desde la ciudad de Menevia[37], sita a orillas del mar Demético[38], hasta Puerto de Hamón[39], y que indicase con claridad la dirección a las ciudades situadas a lo largo de esa ruta; y otras dos que cruzaran la isla oblicuamente y dieran acceso a las demás ciudades. Las sancionó después con todos los honores y dignidades, y proclamó solemnemente que cualquier violencia ejercida contra un semejante en dichas calzadas sería castigada, y que todo delito que sobre ellas se cometiese pertenecía a la jurisdicción real. Pero si el lector quiere conocer con detalle estas ordenanzas, debe leer las leyes Molmucinas que el historiador Gildas tradujo de la lengua británica a la latina y que el rey Alfredo vertió del latín al inglés[40].

[40]

Mientras Belino rige sus dominios en paz y tranquilidad, su hermano Brenio, que —como quedó dicho— había arribado a las costas de Galia, se debate en angustias interiores. Lo han expulsado de su patria, no tiene medios para regresar y disfrutar de la dignidad que ha perdido. No sabiendo qué hacer, recurre a los príncipes de la Galia, acompañado de una escolta de doce caballeros tan sólo. Va visitándolos sucesivamente, narrándoles la historia de sus infortunios, sin obtener ayuda de nadie hasta que, finalmente, llega a la corte de Segino, duque de los Alóbroges[41], y es recibido por éste con todos los honores. Mientras habita allí, goza de unos niveles de familiaridad con el duque más íntimos que los de ningún otro cortesano. En todos los asuntos, tanto en la paz como en la guerra, muestra tal gallardía y tal valor que el duque lo ama ya con amor de padre. Y es que es hermoso, de miembros robustos y bien proporcionados, docto —según conviene a un hombre de su rango— en cetrería y caza mayor. Tanta amistad lo une con el

duque que éste determina casarlo con su única hija, y, si al morir sigue sin tener heredero varón, le concede el reino de los Alóbroges en compañía de su hija. En el caso de que le nazca un hijo varón, le promete su ayuda para recuperar el trono de Britania; y no sólo lo promete el duque Segino, sino también todos sus campeones: tanta es la simpatía que en ellos despierta el desterrado. Así, pues, Brenio desposa sin tardanza a la hija del duque, jurándole fidelidad los nobles del país como heredero del ducado. No había transcurrido un año desde la boda cuando le llegó la hora a Segino, y abandonó esta vida. Entonces Brenio no desaprovechó la ocasión de estrechar vínculos con los grandes del país, de cuya amistad ya gozaba, distribuyendo con largueza entre ellos el tesoro ducal, que había sido acumulado desde tiempos remotos. Conociendo, además, la debilidad de los Alóbroges, es particularmente generoso en el reparto de alimentos, y su puerta no está nunca cerrada para nadie.

[41]

Después de haberse atraído así la voluntad de todos sus súbditos, barruntaba cómo vengarse de su hermano Belino. Cuando anunció a los Alóbroges su propósito, éstos declararon unánimemente que irían con él a cualquier reino adonde quisiese conducirlos. Reuniendo en seguida un gran ejército, Brenio firma un acuerdo con los Galos por el que éstos se comprometen a dejarle atravesar en paz su territorio en su camino hacia Britania. Dispone después una escuadra en las costas de Neustria[42] y, haciéndose a la mar, desembarca en la isla al amparo de vientos favorables. Tan pronto como circuló la noticia de la llegada de su hermano, Belino convocó a toda la juventud de su reino y salió al encuentro del invasor con ánimo de combatir con él. Estaban ya los dos ejércitos en línea de batalla, uno enfrente del otro, cuando la madre de ambos caudillos, que

todavía vivía, se precipitó en medio de los contendientes. Su nombre era Conwena, y deseaba ver a Brenio, a quien hacía mucho tiempo que no veía. Con paso trémulo se encamina al lugar que éste ocupa y, una vez allí, le echa los brazos al cuello y lo cubre de besos largamente esperados. Y luego, descubriendo su pecho, le dice entre sollozos lo que sigue:

—«Acuérdate, hijo mío, acuérdate de estos pechos que te amamantaron, y del vientre de tu madre, donde el Creador de todas las cosas te hizo hombre de lo que no era hombre y te trajo al mundo por medio de los sufrimientos de mis entrañas. Acuérdate de todo lo que he sufrido por ti y concédeme lo que te pido: perdona a tu hermano y depón la cólera que te ha traído aquí. Pues ningún mal debes causar a quien no te ha ofendido lo más mínimo. Lo que tú alegas en su contra, a saber, que fue él quien te expulsó de tu país, no es, si lo miras bien, una injusticia. No te desterró para que te sucediera algo peor, sino que te obligó a renunciar a cosas peores para ser exaltado a lo mejor: antes poseías tan sólo una parte del reino en calidad de vasallo, y ahora que ya no la posees eres, sin embargo, el par de tu hermano, pues has obtenido el reino de los Alóbroges. ¿Qué te ha hecho Belino si no es convertirte de pobre reyezuelo en ilustre monarca? Además, no fue él quien inició la disputa entre vosotros, sino tú, que, fiado en la ayuda del rey de Noruega, te rebelaste contra tu soberano».

Conmovido por estas palabras que su madre, llorando, ha pronunciado, Brenio obedece con ánimo sosegado y, quitándose el yelmo, se dirige al encuentro de su hermano. Belino, que lo ve llegar en son de paz, arroja sus armas y se funde con él en un abrazo. La amistad ha vuelto a reinar entre ellos, y, con sus tropas desarmadas, se encaminan a

Trinovanto. Allí deciden preparar una expedición conjunta contra las provincias de Galia, a fin de someterlas a su poder.

[42]

Un año después, pasan el estrecho y comienzan a devastar el país. Cuando los reyezuelos de los Francos lo saben, se reúnen y, saliéndoles al encuentro, les presentan batalla. La victoria se inclina del lado de Belino y Brenio, y los Francos, desbaratadas sus catervas, huyen por todas partes. Britanos y Alóbroges persiguen, en su triunfo, a los vencidos Galos hasta que, capturando a sus caudillos, los obligan a rendirse. Destruyen luego, una por una, las murallas de las ciudades fortificadas, sometiendo en un año el reino entero.

[43]

Conquistada la Galia, marchan sobre Roma, talando a su paso los campos de Italia y saqueando sus ciudades. En aquel tiempo gobernaban en Roma los cónsules Cabio y Porsena, quienes, al ver que no había pueblo *capaz* de resistir el empuje feroz de Belino y Brenio, salieron a su encuentro, con el consentimiento del senado, para pedir la paz. Les ofrecieron muchas ofrendas de oro y de plata, y se comprometieron a pagarles un tributo anual, con tal de conseguir su amistad. Consintieron en ello los Britanos y, tomando rehenes para asegurar lo pactado, condujeron sus tropas a Germania. Sin embargo, tan pronto como vieron al enemigo devastando un nuevo país, se arrepintieron los Romanos del infamante tratado y, tornando al valor, acudieron en auxilio de los Germanos. Mucho se enojaron los reyes al saberlo y, al instante, celebraron consejo para determinar cómo lucharían contra ambos pueblos, pues se encontraban en un grave aprieto al verse así atacados por una multitud tan grande de Italianos. Decidieron que Be-

lino, con sus Britanos, se quedara en Germania, plantando cara al enemigo, y que Brenio marchase contra Roma con su ejército para vengar la ruptura del tratado. Se enteran los Romanos y, abandonando a los Germanos, se dirigen a Roma a marchas forzadas, para llegar antes que su enemigo. Pero cuando este plan le fue comunicado a Belino, convocó de nuevo a sus hombres y, poniéndose velozmente en camino con el alba, alcanzó cierto desfiladero por donde los Romanos tenían que pasar, se ocultó en él y aguardó la llegada del enemigo. Al amanecer del día siguiente, los Italianos, en su marcha hacia el sur, llegaron a aquel lugar y, al ver cómo resplandecía el valle con las armas de sus enemigos, se quedaron estupefactos, pensando que se trataba de Brenio y sus Galos Senones[43]. Tan pronto como el enemigo estuvo a la vista, Belino ordenó cargar contra ellos y los acometió con saña. Tomados de improviso, los Romanos, que marchaban desordenadamente y sin armas, no tardaron en abandonar el campo y huyeron. Belino los siguió, acuchillándolos sin piedad, hasta que las tinieblas de la noche le impidieron completar la matanza. Después de esta victoria se reunió con Brenio, que estaba ya asediando Roma desde hacía tres días. En cuanto se juntaron ambos ejércitos, asaltaron por todas partes la ciudad, intentando abrir brechas en la muralla. Levantan, además, horcas frente a las puertas de la ciudad para aterrorizar a los sitiados, diciéndoles que colgarán en ellas a los rehenes que les habían entregado si no se rinden sin condiciones. Los Romanos, empero, perseverando en su propósito, no se apiadan de hijos ni de nietos y se obstinan en defenderse: por un lado, destruyen las máquinas de los sitiadores con ingenios opuestos o similares; por otro, los rechazan de las murallas con dardos y venablos de todo tipo. Cuando los hermanos ven esto, ardiendo en cólera violenta, ordenan

que se ahorque a veinticuatro de los rehenes más nobles a la vista de sus parientes. No ceden los Romanos por ello, persistiendo con redoblados ánimos en su defensa, y, confiados en un mensaje que han recibido de los cónsules Gabio y Porsena, en el que éstos afirman que al día siguiente acudirán en auxilio de la ciudad, resuelven llevar a cabo una salida y combatir con los sitiadores. Y mientras ordenan diestramente sus tropas, he aquí que los citados cónsules, después de reunir a sus hombres dispersos, llegan con ánimo de luchar. Avanzando en compacta formación, atacan de improviso por detrás a Britanos y Alóbroges, y sus compatriotas de la ciudad colaboran en un principio, con su salida, a sembrar no pequeña matanza. Sin embargo, los hermanos, inquietos ante el desconcierto que ha producido tan repentino ataque en sus compañeros de armas, comienzan a animar a sus camaradas, rehacen las filas y, atacando una y otra vez, obligan a retroceder al enemigo. Finalmente, después de haber caído muchos miles de combatientes por ambas partes, la victoria se inclina del lado de los hermanos. Muerto Gabio y prisionero Porsena, se apoderan de la ciudad y reparten con largueza los tesoros ocultos de los ciudadanos entre sus compañeros de armas.

[44]

Obtenida así la victoria, permaneció Brenio en Italia, afligiendo al pueblo con inaudita tiranía. Pero de sus demás hazañas y de su muerte, puesto que las historias romanas las refieren, no me ocuparé yo aquí; si lo hiciese, introduciría en mi obra una excesiva prolijidad y, al dar cuenta de aquello de lo que otros han tratado ya, me alejaría de mi propósito. Por su parte, Belino regresó a Britania y gobernó en paz su reino durante el resto de sus días. Las ciudades que, construidas hacía tiempo, se encontraban en ruinas las restauró, y fundó muchas nuevas. Entre ellas, mandó edifi-

car una sobre el río Usk, junto al golfo del Severn, que se llamó durante mucho tiempo Kaerusk[44], la ciudad madre de la Demecia[45]. Cuando vinieron los Romanos, le quitaron ese nombre y la llamaron Ciudad de las Legiones, a causa de las legiones romanas que tenían allí sus cuarteles de invierno. En Trinovanto, Belino construyó una puerta de admirable factura a orillas del Támesis, a la que todavía hoy llaman Belinesgata[46] —de su nombre— los ciudadanos. Dominaba la puerta una altísima torre, con un puerto a sus pies donde las naves atracaban. Renovó las leyes de su padre a lo largo y ancho del reino, complaciéndose siempre en la equidad y en la justicia. Tanta prosperidad alcanzó Britania en su reinado como no había gozado nunca ni conseguiría igualar. Finalmente, cuando el día supremo lo arrebató de esta vida, su cuerpo fue incinerado y sus cenizas recogidas en una urna de oro que, con maravilloso artificio, colocaron en la parte más alta de la antedicha torre, en Trinovanto[47].

5. De Gurgüint Barbtruc a Helí

[45]

A Belino lo sucedió su hijo Gurgüint Barbtruc, hombre moderado y prudente que, imitando a su padre, amó la paz y la justicia, pero que, cuando sus vecinos se rebelaban contra él, tomando ejemplo del valor de su progenitor, no dudaba en presentarles cruel batalla y en reducirlos a la sumisión debida. Entre otras cosas, aconteció durante su reinado que el rey delos Daneses, que había pagado tributo en tiempos de su padre, rehusó pagárselo a él, negándole la debida sumisión. Gurgüint no podía tolerarlo, y condujo una escuadra a Dinamarca, donde, después de afligir al pueblo danés con crudelísimos combates, mató a su rey y devolvió el país a su antiguo yugo.

[46]

En aquel tiempo, cuando volvía a casa tras la victoria, encontró, a su paso por las islas Oreadas, treinta naves llenas de hombres y mujeres, y, cuando preguntó el motivo de su llegada allí, se dirigió a él el caudillo de aquella gente, llamado Partoloim, y, rindiéndole pleitesía, le rogó gracia y paz. Había sido expulsado —dijo— de las tierras de Hispania, y recorría aquellos mares en busca de un lugar donde establecerse Le pedía, por tanto, una pequeña parte de Britania para habitar en ella y no errar por más tiempo a través del odioso mar, pues había transcurrido ya un año y medio desde que, desterrado de su patria, surcaba el océano con sus compañeros. Cuando Gurgüint Barbtruc supo que venían de Hispania, que eran llamados Basclenses[48] y cuál

era el objeto de su petición, envió hombres con ellos a la isla de Hibernia, que por entonces estaba desierta, sin un solo habitante, y se la concedió. Partoloim y los suyos crecieron allí y se multiplicaron, y en esa isla continúan hoy sus descendientes. En cuanto a Gurgüint Barbtruc, cuando hubo terminado en paz los días de su vida, rué sepultado en Ciudad de las Legiones, a la que, tras la muerte de su padre, había embellecido con edificios y murallas.

[47]

Tras él, fue Güitelino quien recibió la corona, gobernando en todo momento con sobriedad y benevolencia. Su esposa era una noble mujer, llamada Marcia, instruida en todo género de artes; entre otras muchas inauditas invenciones, imaginó la ley que los Britanos llamaron Marciana y que el rey Alfredo tradujo, junto con otras, llamándola *Merchenelage* (leyes de Mercia) en lengua sajona. Cuando Güitelino murió, el timón del reino quedó en manos de la antedicha reina y del hijo de ambos, llamado Sisilio.

Tenía entonces Sisilio siete años, y su corta edad no aconsejaba abandonar los destinos de Britania en sus manos. Por ello, su madre, que tenía una rara habilidad para los asuntos de gobierno, ostentó el poder en toda la isla. Cuando dejó este mundo, Sisilio tomó la corona y empuñó el timón del estado. Tras él, obtuvo el reino su hijo Kimaro. A éste lo sucedió su hermano Danio.

[48]

A su muerte, fue coronado rey Morvido, hijo de Danio y de su concubina Tangustela. Hubiera conseguido altísima fama por su bravura, si no se hubiese extralimitado en crueldad: no respetaba a nadie en su cólera, sino que lo mataba en el acto si tenía alguna arma a mano. Por lo demás, era hermoso de aspecto y liberal en el reparto de fa-

vores, y no había nadie de tanta fuerza en todo el reino que pudiese enfrentarse con él en singular combate.

Durante su reinado, un rey de los Morianos[49] desembarcó en Nortumbria con gran hueste y comenzó a talar el país. Morvido, reuniendo a todos los jóvenes de sus dominios, le salió al encuentro y entabló batalla con él. Mejores resultados obtiene él solo en el combate que el resto del ejército que acaudilla. Cuando consigue la victoria, no concede cuartel a nadie: manda que sean conducidos a su presencia los prisioneros uno por uno, y los degüella con sus propias manos, saciando así su sed de sangre; y cuando, fatigado, interrumpe por un instante su tarea, no deja de ordenar que los que quedan sean desollados vivos y, una vez desollados, arrojados al fuego. En medio de estas y otras crueldades, le sucedió cierta desgracia que puso fin a su iniquidad. Cierto monstruo, en efecto, de inaudita ferocidad había llegado del mar Hibérnico y sembraba sin cesar el estrago entre los habitantes del litoral. Cuando la fama de la bestia llegó a oídos del rey, éste marchó a su encuentro y se enfrentó solo con ella. Pero todos sus dardos resultaron inútiles contra el monstruo, que acabó devorándolo como si se tratase de un pececillo.

[49]

Morvido había engendrado cinco hijos, de los que el primogénito, llamado Gorboniano, sucedió a su padre en el trono. No hubo en aquel tiempo hombre más justo, ni más amante de la equidad, ni que gobernase a su pueblo con mayor diligencia. Fue siempre su costumbre rendir a los dioses los honores debidos e impartir a su pueblo la más alta justicia. Restauró aquellos templos de los dioses que precisaban de ello en todas las ciudades del reino de Britania, y no dejó de construir otros muchos nuevos. En sus días, la isla abundó en una tal cantidad de riquezas que no

podían comparársele las naciones vecinas. Exhortó a los campesinos a cultivar los campos, protegiéndolos él de los rigores de sus amos. Repartió con largueza oro y plata entre sus jóvenes guerreros, de suerte que ninguno de ellos tuviese necesidad de hacer violencia a nadie. En medio de estas y otras muchísimas acciones, testigos de su innata bondad, pagó su deuda con la naturaleza y, dejando la luz de este mundo, fue sepultado en Trinovanto.

[50]

Tras él, fue su hermano Artgalón quien tomó la corona regia, siendo en todos sus actos distinto de su predecesor. Se empeñó por doquier en arruinar a los nobles y ensalzar a los viles; arrebató a los ricos sus bienes, acumulando así infinitos tesoros.

Los barones del reino se negaron a soportarlo por más tiempo y, sublevándose contra él, lo despojaron de la realeza. Después nombraron rey a su hermano Elidur, que, a causa de la piedad que después mostraría hacia su hermano, sería llamado el Piadoso.

En efecto, al cabo de cinco años de reinado, mientras se encontraba cazando en el bosque de Calaterio, topó Elidur con su hermano, el que había sido depuesto. Artgalón había recorrido varios reinos vecinos en demanda de ayuda para recuperar la dignidad perdida, pero no la había encontrado en ningún lugar, y, como no podía soportar por más tiempo la pobreza que le había sobrevenido, optó por regresar a Britania, acompañado tan sólo de diez caballeros. Atravesaba el antedicho bosque, dirigiéndose en busca de los que otrora habían sido sus amigos, cuando lo divisó su hermano Elidur de forma totalmente inesperada. Nada más verlo, Elidur corrió a su encuentro, lo abrazó y lo cubrió de besos, y, tras deplorar largo tiempo su miseria, lo con-

dujo consigo a la ciudad de Alclud y lo ocultó en su propia cámara. Después fingió sentirse enfermo y envió mensajeros por todo el reino a sugerir a aquellos príncipes que eran vasallos de la corona, que al rey le complacería mucho que fueran a visitarlo. Cuando llegaron todos a la ciudad en que se encontraba, les pidió que entrasen en su cámara uno por uno y sin hacer ruido, pues afirmaba que el sonido de muchas voces sería perjudicial para su cabeza si entraban en grupo. Creyendo lo que decía, todos siguieron sus indicaciones, entrando uno por uno en el palacio. Entretanto, Elidur había dado orden a sus criados de que estuvieran listos para capturar a cada uno de los que entrasen y cortarle la cabeza, si no juraba de nuevo fidelidad a su hermano Artgalón. Así se hizo, uno por uno, con todos, y todos, por miedo a morir, se reconciliaron con Artgalón. Debidamente confirmado el pacto, Elidur llevó a Artgalón a Eboraco y, tomando la corona de su propia cabeza, la depositó sobre la cabeza de su hermano. Se le otorgó por ello el sobrenombre de Piadoso, por haber demostrado con su hermano la antedicha piedad. Reinó Artgalón diez años, ya curado de su anterior iniquidad, de tal modo que ahora abatió a los viles y ensalzó a los generosos, dejando a cada uno lo suyo y ejerciendo la más alta justicia. Finalmente, languideció y murió, siendo enterrado en la ciudad de Kaerleir.

[51]

Elidur fue de nuevo elevado a la dignidad real. Mientras continuaba con sus buenas acciones la labor de su hermano mayor Gorboniano, sus otros dos hermanos, Yugenio y Peredur, reuniendo guerreros de todas partes, acudieron a combatirlo. Haciéndose con la victoria, capturan a Elidur y lo encierran dentro de la torre de la ciudad de Trinovanto, disponiendo guardianes para que lo vigilen. Después se re-

parten el reino entre los dos, cayéndole en suerte a Yugenio la parte que desde el río Humber se extiende hacia Occidente, y la otra, junto con toda Albania, a Peredur. Pasados siete años, murió Yugenio, y Peredur reinó sobre toda la isla. En cuanto tuvo el cetro en las manos, gobernó tan benigna y sobriamente que se decía que superaba a los hermanos que lo precedieron, y nadie echaba de menos a Elidur. Pero, como la muerte no sabe perdonar a nadie, le llegó de una forma inesperada, arrebatándole la vida. Entonces liberaron al punto de su prisión a Elidur, y por tercera vez ocupó éste el trono de Britania. Todo su tiempo lo colmó de bondad y justicia, de manera que cuando dejó la luz de este mundo permaneció como un ejemplo de piedad para las generaciones venideras.

[52]

Muerto Elidur, recibió Regin, hijo de Gorboniano, la corona del reino e imitó a su tío en sentido común y en prudencia, evitando la tiranía y ejerciendo la justicia y la misericordia con el pueblo, sin apartarse nunca del camino recto. Tras él reinó Margano, hijo de Artgalón, quien, siguiendo el ejemplo de su padre en sus últimos años, gobernó la nación de los Britanos con tranquilidad. A éste lo sucedió Eniauno, su hermano, que se alejó mucho de su antecesor en la manera de gobernar, tanto que, en el sexto año de su reinado, fue depuesto del solio regio por preferir la tiranía a la justicia. En su lugar fue nombrado rey su primo Idvalón, hijo de Yugenio, quien, prevenido por la suerte que había corrido Eniauno, cultivó la justicia y la equidad. A Idvalón lo sucedió Runo, hijo de Peredur. A Runo, Geroncio, hijo de Elidur. A Geroncio, Cátelo, su hijo. A Cátelo, Coilo. A Coilo, Porrex. A Porrex, Querin. Tuvo Querin tres hijos, a saber, Fulgencio, Eldado y Andragio, que reinaron uno tras otro. A Andragio lo sucedió

Urián, su hijo. A Urián, Eliud. A Eliud, Elidauco. A Elidauco, Cloteno. A Cloteno, Gurgintio. A Gurgintio, Meriano. A Meriano, Bledudo. A Bledudo, Cap. A Cap, Oeno. A Oeno, Sisilio. A Sisilio, Bledgabred. Sobrepasó este último a todos los cantores del pasado, tanto por la armonía de su voz como por su habilidad con todo género de instrumentos musicales, y fue justamente llamado el dios de los juglares. Tras él reinó Artinail, su hermano. A Artinail lo sucedió Eldol. A Eldol, Redión. A Redión, Rederquio. A Rederquio, Samuil Penisel. A Samuil Penisel, Pir. A Pir, Capoir. A Capoir, su hijo Cligüeil, hombre prudente y sobrio en todos sus actos y que, sobre todas las cosas, ejerció la más alta justicia entre los pueblos a él sometidos.

[53]

A Cligüeil lo sucedió su hijo Helí, que gobernó el reino durante cuarenta años. Engendró tres hijos: Lud, Casibelauno y Nenio. El mayor de los tres, a saber, Lud, recibió el reino al morir su padre. Fue un glorioso constructor de ciudades y restauró las murallas de Trinovanto, rodeando la urbe de innumerables torres. Ordenó, además, a sus habitantes que construyesen en ella casas y edificios lujosos, de modo que no hubiese en todo el mundo una ciudad con tantos y tan bellos palacios. Fue un buen guerrero, y generoso a la hora de dar banquetes. Y, aunque poseía muchas ciudades, amó a Trinovanto sobre todas, permaneciendo en ella la mayor parte del año. Acabó llamándola Kaerlud, de su nombre, que más tarde se convertiría en Kaerludein, y después, con el cambio de lenguas, en Lundene, y luego en Londres, tras el desembarco del pueblo extranjero que sometería Britania. Al morir Lud, su cuerpo fue enterrado en la antedicha ciudad, junto a la puerta que todavía hoy se llama en lengua británica Portlud, y Ludesgata[50] en len-

gua sajona. Dos hijos le nacieron, Androgeo y Tenuancio, pero su corta edad les impedía gobernar el reino, por lo que su tío Casibelauno ocupó el trono en su lugar. Tan pronto como fue coronado, comenzó a florecer en largueza y bondad, de tal manera que su fama se divulgó hasta en los reinos más remotos. Pareció entonces oportuno que el reino continuase en sus manos, prescindiendo de la edad de sus sobrinos. Para compensarlos, Casibelauno, que los tenía en gran estima, no quiso que se vieran privados de dominios propios y entregó la ciudad de Trinovanto, junto con el ducado de Cantia[51], a Androgeo, y el ducado de Cornubia a Tenuancio. Él, por su parte, investido de la diadema regia, tenía poder sobre ellos y sobre todos los príncipes de la isla.

LIBRO

IV

LA CONQUISTA ROMANA

1. Julio César

[54]

En el ínterin sucedió, como cuentan las historias de Roma, que César, sometida Galia, llegó a la costa de los Rutenos[52]. Cuando vio desde allí la isla de Britania, preguntó a los circunstantes qué país era aquél y quiénes eran sus habitantes. Y, una vez satisfecha su curiosidad, dijo oteando el horizonte:

—«¡Por Hércules! Esos Britanos y nosotros, Romanos, hemos nacido de la misma sangre, puesto que descendemos del pueblo troyano. Eneas, tras la caída de Troya, fue nuestro primer padre; el de ellos, Bruto, a quien Silvio, hijo de Ascanio, hijo de Eneas, engendró. Pero, si no me equivoco, mucho han degenerado en relación con nosotros, pues, situados en medio del Océano, fuera de los límites del mundo, no pueden conocer el arte de la guerra. Resultará fácil obligarlos a pagar tributo y a rendir perpetua obediencia a la dignidad de Roma. Sin embargo, ya que hasta ahora han permanecido inaccesibles para el pueblo romano, conviene antes enviarles recado para que, como las demás naciones, acepten someterse al senado y pagar impuestos, no vaya a ser que, empleando la fuerza y derramando la sangre de nuestros afines, ofendamos la antigua nobleza de nuestro común padre Príamo».

Habiendo enviado este mensaje con su carta al rey Casibelauno, éste se indignó mucho e hizo llegar a César la siguiente respuesta:

[55]

Casibelauno, rey de los Britanos, a Gayo Julio César. Es asombrosa, César, la codicia del pueblo romano. Ávido de oro y plata, no nos respeta ni siquiera a nosotros, que vivimos fuera del mundo, en medio de los infinitos peligros del Océano, sino que quiere arrebatarnos los bienes que hasta hoy hemos poseído tranquilamente. Y no contento con eso, intenta que depongamos nuestra libertad y nos sometamos en perpetua servidumbre a su dominio. Es un deshonor para ti, César, insultamos de esa manera, viendo que la misma noble sangre de Eneas discurre por las venas de Britanos y Romanos, y que esas mismas gloriosas cadenas que nos unen en un parentesco común deberían fundimos en firme y constante amistad. Eso es lo que tendrías que habernos pedido, no servidumbre, pues hemos aprendido a dar amistad con largueza, no a soportar el yugo de la esclavitud. Estamos acostumbrados a gozar de la libertad e ignoramos lo que es la servidumbre. Si los propios dioses intentaran arrebatarnos nuestra independencia, nos opondríamos a ello con todas nuestras fuerzas, y seguiríamos siendo libres. Ten por seguro, César, que si, cumpliendo tu amenaza, invades la isla de Britania, combatiremos hasta el último hombre por nuestra libertad y nuestra patria.

[56]

Una vez leída esta carta, Gayo Julio César dispone su escuadra y sólo aguarda vientos favorables para llevar a efecto lo que anunciara en su mensaje a Casibelauno. Tan pronto como sopla el viento propicio, iza velas y desembarca con su ejército en las bocas del río Támesis. Atracaban las naves cuando Casibelauno salió al encuentro del invasor con todas sus tropas y, llegando a la ciudad de Dorobelo[53], celebró allí consejo con sus barones, a fin de decidir cuál sería el plan adecuado para rechazar con más éxito al enemigo.

Junto a él se encontraba Belino, comandante en jefe de su ejército, cuya opinión contaba tanto a la hora de gobernar el reino, y sus dos sobrinos, a saber, Androgeo, duque de Trinovanto, y Tenuancio, duque de Cornubia. Había, además, tres reyes que eran sus vasallos: Cridioco de Albania, Güeitaet de Venedocia[54] y Britael de Demecia, quienes, ansiosos de luchar, animaron al resto a dirigirse sin tardanza al campamento de César y caer sobre él, sin darle tiempo a conquistar ciudad o fortaleza alguna, toda vez que, si conseguía adueñarse de algunas de las plazas fuertes del país, sería mucho más difícil vencerlo, al tener un lugar donde refugiarse en compañía de sus hombres. Mostrándose todos de acuerdo en semejante estrategia, se dirigieron a la costa donde Julio había levantado sus tiendas y su campamento, y allí, formados ambos ejércitos, trabaron entre sí combate cuerpo a cuerpo, intercambiando golpes de espada y lanza. Muy pronto los heridos se amontonan en tierra, alcanzados por dardos sus órganos vitales, y el suelo se inunda con la sangre de los muertos, como si un repentino viento del sur vomitara de nuevo el mar tragado por la arena[55]. En el punto más álgido de la batalla, quiso el azar que Nenio y Androgeo, al frente de los habitantes de Cantia y de los ciudadanos de Trinovanto, chocaran contra el cuerpo de guardia del emperador. La cohorte imperial fue dispersada casi por completo por las cerradas filas de los asaltantes britanos. Menudeaban los golpes, cuando la fortuna dio a Nenio la oportunidad de medirse con Julio en persona. Atacó Nenio al emperador, sobremanera alegre de poder descargar al menos un golpe sobre un caudillo tan famoso. Cuando César vio que lo atacaba, detuvo el golpe con su escudo y, desenvainando la espada, lo golpeó a su vez en el yelmo con todas sus fuerzas. Blandió otra vez su acero y quiso propinarle un nuevo golpe que acabara con

él, pero Nenio adivinó sus intenciones e interpuso su escudo, donde el arma de Julio, cortando el aire desde el yelmo con toda su potencia, quedó tan firmemente clavada que el emperador, no pudiendo resistir más ante el empuje de las tropas britanas, no fue capaz de recuperarla. Habiendo obtenido de esta manera la espada de César, Nenio se desprendió de la suya y, arrancando la otra del escudo, se lanzó con ella en la mano en medio de sus enemigos. Al que golpeaba con esa espada lo dejaba sin cabeza, o tan herido que no hubiese en él ninguna esperanza de conservar la vida. Mientras siembra el estrago de este modo, le sale al encuentro el tribuno Labieno, siendo muerto por Nenio en el acto. Finalmente, cuando ya había transcurrido la mayor parte del día, los Britanos avanzaron en compacta formación y, cargando valientemente, obtuvieron el triunfo con la ayuda de Dios. César se retiró a su campamento y a las naves con su maltrecho ejército, y, al abrigo de la noche, una vez reunidos los supervivientes, embarcó en sus navíos, muy alegre de tener a Neptuno por campamento. Y cuando sus compañeros lo disuadieron de continuar la guerra, siguió sus consejos y volvió a Galia.

[57]

Casibelauno dio gracias a Dios[56] por la victoria conseguida, convocó a sus camaradas y los recompensó con principescos dones, a cada uno según sus méritos en la refriega. Sin embargo, el dolor oprimía su corazón, pues su hermano Nenio había sido herido mortalmente y su vida estaba a punto de extinguirse. Lo había herido Julio en el combate singular que mantuvo con él, abriéndole una llaga incurable. Quince días después de la batalla penetró en él la muerte, y dejó la luz de este mundo; fue enterrado en Trinovanto, junto a la puerta norte de la ciudad. Celebraron exequias regias en su honor, colocando a su lado, en el sar-

cófago, la espada de César que se había clavado en su escudo mientras luchaban. Y el nombre de la espada era Muerte Amarilla, porque ningún hombre golpeado con ella había conseguido escapar vivo.

[58]

Cuando Julio volvió la espalda al enemigo y desembarcó en las costas de Galia, los Galos pensaron en rebelarse contra él, deseosos de sacudirse su dominio. Pensaban que estaba tan debilitado que no había ya ningún motivo para temerlo. No corría entre ellos sino un mismo rumor, y era que todo el mar hervía bajo las naves de Casibelauno, que había salido en persecución de los fugitivos. Los más audaces tramaban ya cómo expulsar a César de su territorio. Sabiéndolo Julio, no quiere emprender una guerra dudosa contra un pueblo de probada fiereza; antes bien, decide abrir las arcas de sus tesoros y dirigirse, uno por uno, a los distintos cabecillas, reduciéndolos a la concordia por medio de espléndidos regalos. En cuanto al pueblo llano, le promete la libertad y la restitución de las riquezas incautadas, y a los esclavos, la manumisión. Así, el que antes los había despojado de cuanto poseían, fulminándolos con la ferocidad de un león, ahora es un manso corderillo que bala humildemente, feliz de poder devolverlo todo. Y persevera en estas lisonjas hasta que pacifica todo el país y recobra el poder perdido. En el ínterin, ni un día pasa sin que le venga a la memoria su fuga y la victoria de los Britanos.

[59]

Dos años después, está dispuesto a cruzar de nuevo el océano y vengarse de Casibelauno. Advertido éste, fortifica por doquier sus ciudades, reconstruye las murallas en ruinas, coloca hombres armados en cada puerto. Clava, además, en el fondo del río Támesis, por donde César ha de navegar para llegar a Trinovanto, estacas de hierro y de

plomo del grosor de un muslo de hombre, a fin de destrozar las naves de Julio. Reuniendo también a todos los jóvenes de la isla, los acuartela a lo largo de la costa y espera la llegada del enemigo.

[60]

Julio, entretanto, después de preparar todo lo necesario para la expedición, se hizo a la mar con incontable número de soldados, deseoso de sembrar la matanza entre el pueblo que lo había derrotado. Y, sin duda, lo hubiese conseguido de haberse mantenido la flota incólume en el momento del desembarco. Pues, mientras navegaba por el Támesis rumbo a la antedicha ciudad, sus naves se encontraron con las estacas clavadas en el lecho del río, y sobrevino la catástrofe: los soldados se ahogaron por millares al invadir el agua los agujereados navíos. Cuando César se apercibió de lo que estaba sucediendo, recogió velas lo más rápidamente que pudo y se apresuró a tocar tierra. Los que, a duras penas, habían conseguido salvarse del peligro de las estacas tocaron tierra junto a él, arrastrándose. Casibelauno lo veía todo desde la ribera, y mucho se alegró de que tantos hombres se ahogaran, pero lo entristeció que los demás consiguieran salvarse. Dio, en fin, la señal a sus camaradas y cargó contra los Romanos. Éstos, a pesar del peligro que habían soportado en el río, una vez alcanzaron tierra firme resistieron valientemente el ataque de los Britanos. Con su propio coraje por muralla infligieron al enemigo no pequeña matanza, aunque mayores eran sus bajas que las de sus rivales, pues, habiendo perdido tanta gente en el río, su número había disminuido considerablemente. Los Britanos, en cambio, recibían refuerzos constantemente, y los triplicaban en número, de manera que terminaron por obtener la victoria ante sus debilitados enemigos. En cuanto César se vio vencido, huyó con los escasos hombres que le

quedaban a las naves y se acogió al abrigo del mar sin que nadie se lo impidiese. Como soplaban vientos propicios, izó velas y puso proa al litoral de los Morianos[57]. Buscó cobijo allí en una torre que había hecho construir en un lugar llamado Odnea[58], antes de esta última expedición a Britania. Desconfiaba de la lealtad de los volubles Galos, pues podían sublevarse por segunda vez, como antes dijimos que hicieron, cuando él mostró por vez primera la espalda a los Britanos. En previsión de esta eventualidad, se había hecho edificar esta torre como lugar de refugio, para poder resistir en ella una insurrección popular como la que dijimos que se produjo.

[61]

Casibelauno, por su parte, se encontraba exultante de alegría por esta segunda victoria. Promulgó entonces un edicto por el que todos los nobles de Britania, junto con sus esposas, debían acudir a la ciudad de Trinovanto y honrar a los dioses patrios por haberles concedido un triunfo tal sobre tan poderoso emperador. Se congregaron todos allí sin tardanza y celebraron sacrificios de diversa índole, con profusa matanza de ganado. Se inmolaron cuarenta mil vacas, cien mil ovejas y tantas aves de todas clases que no se podían contar. Sacrificaron, además, treinta mil animales salvajes, cobrados entre todas las especies posibles. Cuando hubieron honrado a los dioses, se regalaron con las viandas sobrantes, como solía hacerse en los sacrificios. Lo que quedaba de ese día y toda la noche lo gastaron en diferentes juegos y diversiones. Mientras tenían lugar estos festejos, sucedió que dos ilustres jóvenes, uno de ellos sobrino del rey y el otro del duque Androgeo, habían competido en la palestra y disputaban acerca de cuál de los dos había ganado. Hírelglas era el nombre del sobrino del rey, y Cuelino el del otro. Después de deshacerse mutuamente en

injurias, Cuelino echó mano a la espada y cortó la cabeza al sobrino del rey. Confundida quedó la corte ante esta muerte, y la noticia le llegó rápidamente a Casibelauno. Éste, profundamente conmovido por la desgracia de su pariente, ordenó a Androgeo que condujese a su presencia a Cuelino, delante de su corte; una vez allí, sería juzgado y se sometería a la sentencia que sus barones dictasen, para que Hírelglas fuese vengado, siempre que hubiese sido asesinado injustamente. Androgeo sospechaba de las intenciones del rey, y respondió que él tenía su propia corte, y que cualquier reclamación que alguien tuviese contra cualquiera de sus hombres debía oírse y decidirse en ella: si Casibelauno quería que se hiciese justicia con Cuelino, debía aceptar que el juicio tuviese lugar, según costumbre inveterada, en la ciudad de Trinovanto. Casibelauno consideró que su demanda no había sido satisfecha, y amenazó a Androgeo con devastar a sangre y fuego su ducado si no accedía a su petición. Androgeo, indignado, se negó a obedecerlo. Casibelauno se indignó a su vez y se apresuró a saquear las tierras de Androgeo. Acudió éste entonces a sus amigos y parientes para que intercediesen ante Casibelauno y aplacaran su cólera, pero cuando vio que no podía hacerse nada para calmar el furor regio, comenzó a pensar de qué manera podría resistir mejor al monarca. Finalmente, desesperando de encontrar otra solución, decidió pedir ayuda a César y le envió una carta redactada en estos términos:

A Gayo Julio César, Androgeo, duque de Trinovanto, después de desear su muerte, le desea ahora salud. Lamento haberme opuesto a ti cuando estuviste combatiendo contra mi rey. Si me hubiese negado a tomar parte en esa campaña, habrías derrotado a Casibelauno, a quien de tal manera se le

ha subido a la cabeza su victoria que a mí, que lo hice triunfar, está dispuesto a expulsarme de mis propios dominios. ¡Así es como me paga los servicios prestados a la corona! Yo he salvado su herencia y él intenta desheredarme. Por dos veces le he restituido su reino, y él quiere arrebatarme el mío. Fue combatiendo contra ti como le devolví, intactas, todas sus posesiones. Pongo a los númenes del cielo por testigos de que nunca me hice acreedor a su ira, de no ser cuando me negué a entregarle a mi sobrino, a quien quiere condenar a una muerte injusta. Para que puedas discernir mejor, te explicaré cómo empezó todo. Sucedió que, en nuestra alegría por la victoria, celebramos solemnidades religiosas en honor de los dioses patrios. Concluidos los sacrificios, nuestros jóvenes compitieron en diversos certámenes. Entre los competidores, saltaron a la palestra dos sobrinos nuestros —del rey y mío—, siguiendo el ejemplo de los demás. Mi sobrino obtuvo la victoria. El otro se inflamó en injusta cólera e intentó golpear al vencedor, pero mi sobrino esquivó el golpe y cogió a su rival por el puño que tenía asida la espada, con ánimo de arrebatársela. Entonces el sobrino del rey cayó sobre la punta de su propia espada y, mortalmente herido, se desplomó. Cuando Casibelauno lo supo, me ordenó entregarle al muchacho para que fuese castigado por asesinato. Como yo me negara, llegó con toda su hueste a mi ducado y empezó a devastarlo sin piedad. Por ello, e implorando tu misericordia, te pido ayuda para recuperar mi dignidad perdida y para que, a través de mí, logres apoderarte de Britania. No dudes nada de lo que te he dicho, pues disto mucho de ser un traidor. Así es la condición de los mortales: los enemigos se hacen amigos y los que, han sido puestos en fuga acaban obteniendo el triunfo.

[62]

Leyó Julio la carta, y su estado mayor le aconsejó que no fuese a Britania con la mera invitación verbal del duque, sino que le exigiese rehenes; con ellos en su poder, podía ya desembarcar en la isla sin ningún temor. Androgeo le envió al punto a su hijo Sceva, junto con treinta nobles jóvenes allegados a su familia. Se tranquilizó César al recibir los rehenes y, reuniendo a sus ejércitos, navegó con viento de popa hacia Britania y desembarcó en Richborough. En el ínterin, Casibelauno había puesto sitio a Trinovanto y saqueaba ya las quintas de los alrededores de la ciudad. Al enterarse de la llegada de Julio, interrumpió el asedio y se apresuró a salir al encuentro del emperador. Llegado que hubo a un valle, cerca de Dorobernia[59], vio allí al ejército de los Romanos montando el campamento y las tiendas. Había sido Androgeo quien los había conducido a aquel lugar, pues quería que desde allí lanzaran sus ataques contra la ciudad. No tardaron los Romanos en advertir la proximidad de los Britanos, de modo que se armaron lo más rápidamente posible y dispusieron sus catervas en orden de batalla. Los Britanos también se revistieron de sus armas y se agruparon en batallones. En cuanto a Androgeo, se ocultó con cinco mil guerreros en un bosque cercano, listo para acudir en auxilio de César y realizar una repentina e inesperada carga contra Casibelauno y sus compañeros. Cuando ambas formaciones se encuentran frente a frente, se arrojan mutuamente en el acto infinidad de dardos portadores de muerte, e intercambian golpes mortíferos. Se derrama, abundante, la sangre en el choque entre los ejércitos. Caen los heridos de uno y otro bando como las hojas de los árboles en otoño. Mientras los contendientes se acometen, surge Androgeo desde el bosque y arremete contra la retaguardia de Casibelauno, de la cual dependía el resultado de la batalla. Viéndose combatidas a la vez por los Ro-

manos y por sus propios compatriotas, las filas britanas se tambalean y, dispersos sus hombres, se acogen a la fuga y abandonan el campo. Había cerca un monte rocoso que tenía en su cima un espeso avellanedo. Allí fue a refugiarse Casibelauno con los suyos, cuando vio que llevaba la peor parte. Una vez en la cumbre, se defendieron valientemente y sembraron la muerte entre sus perseguidores. Tanto los Romanos como las tropas de Androgeo habían perseguido a Casibelauno, diezmando sus escuadrones fugitivos, e intentaron subir al monte donde había buscado cobijo, pero no consiguieron llegar arriba, pese a intentarlo una y otra vez. Las rocas y lo escarpado de la cima constituían la mejor defensa para los Britanos, que, atacando desde lo alto, infligían feroz matanza a sus enemigos. Así que César tuvo que poner sitio al monte durante toda la noche, que ya se echaba encima, cerrando todas las salidas: ya que no era capaz de reducir a Casibelauno por las armas, lo haría por el hambre.

¡Oh admirable linaje de los Britanos, que por dos veces puso en fuga al hombre que había sometido todo el orbe! Incluso ahora, obligados a huir, son capaces de resistir al general a quien el mundo entero no se atreve a oponerse, dispuestos a morir por su patria y su libertad. En su alabanza escribió Lucano aquel verso acerca de César:

Territa quaesitis ostendit terga Britannis[60].

Dos días transcurrieron. Casibelauno, viéndose desprovisto de víveres, comenzó a temer que el hambre lo derrotaría y que sería capturado por César. Así que decidió enviar un mensaje a Androgeo para que negociara la paz con Julio, pues de otro modo la dignidad de la raza a la que él y

el duque pertenecían se vería destruida con la captura de su rey. Y añadió que no se merecía el que Androgeo deseara su muerte, aunque reconocía haberle causado alguna inquietud. Cuando los mensajeros le transmitieron este recado, Androgeo dijo:

—«No es digno de ser tenido en cuenta el príncipe que en la guerra es manso como un cordero y fiero como un león en la paz. ¡Dioses del cielo y de la tierra! Mi señor, que acostumbraba a darme órdenes, ahora se dirige a mí suplicante. ¿Desea realmente hacer la paz con César y someterse a su poder, cuando antes fue César quien quería la paz y él se negó? Debería haber reparado en que el hombre con cuya ayuda expulsó de su reino a un emperador tan poderoso podía traer de nuevo a Britania a ese mismo emperador. Si mi rey no me hubiese tratado tan injustamente, no me habría visto en la necesidad de ofrecer mis servicios a Julio o a cualquier otro que viniera a auxiliarme. Es un perfecto necio el hombre que colma de insultos y de injurias a los compañeros de armas con los que ha conseguido una victoria. Porque el triunfo no lo obtiene el caudillo, sino aquellos que derraman su sangre por él en la batalla. Con todo, le negociaré la paz, si es que puedo, pues la injuria que recibí de él ha sido ya suficientemente castigada por el hecho de haberme suplicado».

[63]

Inmediatamente después llegó Androgeo a Julio y, abrazándose a sus rodillas, le dijo las siguientes palabras:

—«Ya te has vengado lo suficiente de Casibelauno. Ten piedad de él. No tiene otra salida que someterse a tu poder y pagar tributo a la dignidad de Roma».

Y como César nada respondiera, insistió Androgeo:

—«Mi compromiso contigo, César, se limitaba a humillar a Casibelauno y colocar Britania bajo tu autoridad. He aquí vencido a Casibelauno, y a Britania súbdita tuya con mi ayuda. ¿Qué más te debo? El Creador[61] de todas las cosas no desea que yo permita que mi señor se vea encadenado o en prisión, ahora que me ha implorado misericordia y me ha dado satisfacción de la ofensa que me había causado. No va a ser fácil matar a Casibelauno mientras esté yo vivo. Si no sigues mi consejo, no tendré el más mínimo escrúpulo en ponerme de su parte».

Intimidado por Androgeo, Julio aceptó la paz con Casibelauno, recibiendo a cambio un tributo anual consistente en tres mil libras de plata. Julio y Casibelauno se hicieron amigos e intercambiaron mutuos regalos. César pasó el invierno en Britania y, a la llegada de la primavera, cruzó el mar rumbo a Galia. Algún tiempo después, reunió un ejército de hombres de todas las naciones y marchó a Roma contra Pompeyo. Siete años más tarde, murió Casibelauno y fue enterrado en Eboraco.

[64]

Lo sucedió Tenuancio, duque de Cornubia, hermano de Androgeo (éste se había ido a Roma con César). Tenuancio fue coronado rey y gobernó su reino con diligencia. Era un hombre de espíritu belicoso y muy estricto en la observancia de la justicia. Tras él fue promovido al trono Cimbelino, su hijo, esforzado caballero a quien Augusto César había criado y provisto de armas. Tanta amistad lo unía con los Romanos que, pudiendo haberse ahorrado el tributo, se lo pagaba voluntariamente.

En aquellos días nació Nuestro Señor Jesucristo, por cuya preciosa sangre fue redimido el género humano, que hasta entonces había yacido encadenado por los demonios.

2. Claudio

[65]

Después de haber gobernado Britania por espacio de diez años, engendró Cimbelino dos hijos. Al primogénito lo llamó Güiderio; al otro, Arvirago. Cuando se consumieron los días de su vida, cedió el timón del reino a Güiderio. Rehusó éste pagar a los Romanos el tributo que apetecían, y entonces Claudio, que había sido elegido emperador, se dirigió a la isla. Con él viajaba el comandante en jefe de su ejército, llamado Lelio Hamón, que gozaba de plenos poderes a la hora de planificar los combates. Hamón desembarcó en la ciudad de Porchester y comenzó a obstruir sus puertas con una muralla para impedir toda salida a los ciudadanos, pues deseaba que se rindieran, obligados a ello por el hambre, o, si no, planeaba matarlos sin piedad.

[66]

Tan pronto como se enteró de la llegada de Claudio César, Güiderio reunió a todos los hombres armados de su reino y marchó contra el ejército romano. Trabada la batalla, atacó con gran saña a los enemigos, dando muerte a más hombres él solo con su espada que todos los demás de su ejército juntos. Se retiraba ya Claudio a las naves, y los Romanos estaban a punto de ser derrotados, cuando el astuto Hamón, arrojando las armas que lo vestían, tomó otras britanas y comenzó a luchar contra los suyos como si fuese él un Britano. Animaba a sus supuestos compatriotas a la persecución de los Romanos, prometiéndoles una victoria rápida. (Había aprendido, en efecto, su lengua y sus cos-

tumbres, pues se había criado en Roma entre los rehenes británicos). De esta manera, Hamón se fue acercando más y más a Güiderio y, al llegar junto a él, mató al desprevenido monarca de un solo tajo. Deslizándose luego entre las filas enemigas, se reunió con los suyos, después de haber obtenido un triunfo tan nefando. Cuando Arvirago, hermano del rey, ve a Güiderio muerto en el suelo, se despoja inmediatamente de sus armas y, revistiéndose de las del difunto, exhorta aquí y allá a los Britanos para que permanezcan firmes en sus puestos, como si fuese el propio monarca. Y ellos, ignorando el destino de su rey, resisten según sus recomendaciones, luchan con redoblado coraje e infligen no pequeña matanza a sus adversarios. Finalmente, los Romanos cedieron y abandonaron vergonzosamente el campo en dos grupos: César buscó la seguridad de sus naves, mientras que Hamón no tuvo tiempo de alcanzar la playa y fue a refugiarse en los bosques. Arvirago, pensando que Claudio iba con Hamón, salió rápidamente en su persecución y, pisándole los talones, no descansó hasta cortarle la retirada a la orilla del mar, en un lugar que ahora se llama Hampton, del propio nombre de Hamón. Había allí un puerto idóneo para cargar y descargar, y un buen número de naves mercantes en el fondeadero. Intentaba Hamón abordarlas, cuando sobrevino inesperadamente Arvirago y lo mató en el acto. Desde aquel día hasta el de hoy ese puerto se llama Puerto de Hamón.

[67]

En el ínterin, Claudio, reunidas sus tropas, atacó la antedicha ciudad de Porchester, que entonces se llamaba Kaerperis. Pronto derribó sus murallas y derrotó a sus ciudadanos. Persiguió después a Arvirago, que se había retirado a Güintonia, y puso sitio a la ciudad, esforzándose en conquistarla con máquinas guerreras de muchas clases. Arvira-

go, al verse sitiado, reúne a sus hombres y, abriendo las puertas, sale con ánimo de pelear. A punto de iniciar su ataque, Claudio le envía mensajeros con ofertas de paz, pues lo atemoriza el valor del rey y la fuerza de los Britanos, y prefiere someterlos con inteligencia y diplomacia antes que fiarlo todo al azar de una batalla. Propone, pues, la paz a Arvirago, prometiéndole la mano de su hija, con tal que reconozca la autoridad romana sobre el reino de Britania. Interrumpidas las hostilidades, los consejeros lo persuaden de que acepte la propuesta de Claudio: dicen que no es indecoroso ser súbdito de los Romanos, que son los dueños de todo el mundo. Inducidos por estas y otras muchas consideraciones, siguió los consejos de los suyos y se sometió a César.

[68]

Al punto, Claudio hizo traer de Roma a su hija y, con ayuda de Arvirago, conquistó las Oreadas y demás islas adyacentes. Al final del invierno, los legados volvieron con la hija de Claudio y se la entregaron a su padre. La joven se llamaba Gewisa, y era tan peregrina su belleza que despertaba admiración en quien la contemplaba. Y, una vez unida a Arvirago en legítimo matrimonio, despertó en el rey tan gran pasión que prefería su compañía a cualquier otra cosa del mundo. A consecuencia de esto, queriendo que el lugar donde la había desposado adquiriese renombre para siempre, sugirió a Claudio que construyera allí una ciudad que perpetuase la memoria de tan felices nupcias en los tiempos futuros. Claudio aceptó de grado la propuesta de su yerno y ordenó edificar una ciudad que, de su nombre, ha sido llamada hasta el día de hoy Kaerglou, esto es, Gloucester, situada a orillas del Severn, en el confín entre Cambria y Logres. Otros dicen, empero, que tomó su nombre del duque Gloyo, a quien Claudio engendró en

dicha ciudad y al que, muerto Arvirago, cedió el timón del ducado cámbrico. Construida la ciudad y pacificada la isla, Claudio regresó a Roma, confiando el gobierno de las provincias insulares a Arvirago.

En aquel tiempo, el apóstol Pedro fundó la iglesia de Antioquía; llegó después a Roma y ocupó allí la sede episcopal, enviando a Marcos evangelista a Egipto a predicar el evangelio que había escrito.

[69]

Tan pronto como Claudio hubo partido, Arvirago comenzó a dar muestras de su capacidad como gobernante: reconstruyó ciudades y fortalezas, y rigió los destinos de su país con tanta firmeza que llegó a ser temido incluso por reyes de países remotos. Lleno de soberbia, miró con desprecio el poder de Roma y rehusó seguir rindiendo vasallaje al senado, reclamándolo todo para sí mismo. Conocidas sus intenciones, Claudio envió a Vespasiano a Britania para reconciliarse con Arvirago o, si fuera preciso, para restituirlo por la fuerza al dominio de Roma. Se disponía Vespasiano a desembarcar en Richborough cuando llegó Arvirago y le impidió arribar al puerto. Traía consigo tan vasta muchedumbre de guerreros que los Romanos se asustaron, y no se atrevieron a tocar tierra por miedo a que los atacasen. De manera que Vespasiano se retiró de aquel puerto y, alzando velas, se dirigió a la costa de Totnes, donde desembarcó. Ya en tierra, marchó hacia Kaerpenhuelgoit, ahora llamada Exonia[62], y se dispuso a asediar la ciudad. Después de haberla sitiado por espacio de siete días sobrevino Arvirago con su ejército y entabló combate con él. Muy maltrechos quedaron ambos ejércitos aquel día, y ninguno de los dos se hizo con la victoria. A la mañana siguiente, la reina Gewisa actuó como mediadora, y ambos caudillos se reconciliaron y enviaron a sus soldados a los cuarteles de

invierno. Tan pronto como la estación fría hubo pasado, regresó Vespasiano a Roma y Arvirago permaneció en Britania. Rebasado el umbral de la vejez, Arvirago comenzó a respetar al senado y a gobernar su reino en paz y tranquilidad. Confirmó las viejas leyes tradicionales y promulgó otras nuevas, mostrándose en extremo dadivoso con aquellos que más lo merecían. Su fama se extendió por toda Europa, y los Romanos lo estimaban y lo temían al mismo tiempo, hablándose de él en Roma mucho más que de cualquier otro rey. Juvenal cuenta en su libro cómo un ciego, que hablaba con Nerón acerca de un rodaballo que había capturado, dijo al emperador:

> *Regem aliquem capies, aut de temone Britanno decide!*
> *Arviragus*[63].

Nadie fue más fiero que él en la guerra, ni más benigno en la paz, ni más jovial, ni más generoso a la hora de las dádivas. Cuando llegó al final de sus días, fue sepultado en Gloucester, en el templo que él mismo había consagrado en honor de Claudio.

[70]

Lo sucedió en el reino su hijo Mario, hombre de admirable prudencia y sabiduría. Tiempo después, durante su reinado, un rey de los Pictos, llamado Rodric, vino con gran flota de Escitia[64]; desembarcó en la parte septentrional de Britania que se conoce por Albania y empezó a devastar la comarca. Reuniendo a su pueblo, Mario salió al encuentro del invasor y, tras varias batallas, lo mató y obtuvo la victoria. Como recuerdo de su triunfo, ordenó levantar una piedra en la región que después, de su nombre, se llamó Westmaria[65]. Una inscripción grabada sobre la piedra ha perpetuado su memoria hasta nuestros días.

Muerto Rodric y vencido el pueblo que con él había llegado, Mario les dio la parte de Albania llamada Caithness para que la habitaran. El país era un yermo, pues hacía mucho tiempo que nadie lo ocupaba. Como no tenían mujeres, los Pictos pidieron a los Britanos sus hijas y parientes, pero los Britanos consideraron indigno casar a las mujeres de su raza con tal género de hombres. Luego de recibir esta negativa, los Pictos navegaron rumbo a Hibernia y se unieron con mujeres de aquel país, que les dieron hijos con los que prolongar su linaje. Esto baste en lo que concierne a los Fictos, pues no me propongo relatar su historia, ni la de los Escotos que nacieron de ellos y de las mujeres de Hibernia. En cuanto a Mario, una vez restablecida de manera absoluta la paz en toda la isla, comenzó a manifestar su afecto al pueblo romano pagando puntualmente los tributos que le eran demandados. Animado por el ejemplo de su padre, practicó la justicia, la paz, el ejercicio de las leyes y la honestidad a lo largo y ancho de su reino.

[71]

Cuando llegó a su fin el curso de su vida, su hijo Coilo tomó el gobernalle del reino. Había sido éste criado en Roma desde niño y, educado en las costumbres de los Romanos, mostraba la mayor inclinación hacia ellos. Pagó sin rechistar el tributo, pues veía que todo el mundo estaba sometido a Roma y que su poder sobrepasaba el de cada lugar aislado y el de cada provincia. Así, pues, tributando lo que se le exigía, pudo regir en paz cuanto era suyo. Ninguno de los reyes britanos honró más a los nobles de su reino: o no los molestaba, o los recompensaba con frecuentes regalos.

3. Lucio

[72]

Tuvo un único hijo, cuyo nombre era Lucio. Fue coronado rey a la muerte de su padre, e imitó tanto sus buenas acciones que todos lo consideraban un segundo Coilo. Sin embargo, queriendo terminar mejor aún de lo que había empezado, envió cartas al Papa Eleuterio pidiéndole ser recibido en la fe cristiana. Los milagros realizados por los jóvenes misioneros de Cristo en diversas naciones habían disipado las nieblas de su mente, y, suspirando por la verdadera fe, fue escuchado en su piadosa petición: el santo pontífice, al saber de su devoción, le envió a dos de sus más religiosos doctores, Pagano y Duviano, para que, predicando la encarnación de la palabra de Dios, le administraran el sagrado bautismo y lo convirtieran a Cristo. No tardaron los pueblos de todas las naciones de Britania en seguir el ejemplo de su rey: purificados por el mismo sacramento, fueron restituidos al reino de los cielos. Una vez que los santos doctores pusieron fin al paganismo en casi toda la isla, consagraron al Dios único y a sus santos los templos que habían sido erigidos en honor de múltiples dioses, asignándoles diversas congregaciones de clérigos. Había por aquel entonces en Britania veintiocho flámines[66] y tres archiflámines[67], a cuya jurisdicción estaban sujetos los demás jueces y sacerdotes. Por mandato del Papa, arrancaron a éstos de la idolatría, y donde había flámines instalaron obispos y, donde había archiflámines, arzobispos. Las sedes de los archiflámines habían sido tres muy nobles ciudades, a saber,

Londres, Eboraco y Ciudad de las Legiones, cuyo emplazamiento a orillas del Usk, en la región de Glamorgan, todavía atestiguan viejas murallas y edificios. A estas tres ciudades fueron sometidos, una vez desterrada la superstición, los veintiocho obispos, y diversas parroquias a cada obispado. Deira[68] y Albania, las regiones que el gran río Humber separa de Logres, cayeron bajo la jurisdicción del metropolitano de Eboraco; Logres y Cornubia, bajo la del de Londres; a estas dos últimas provincias el Severn las separa de Cambria o Gales, que dependía del arzobispado de Ciudad de las Legiones.

Finalmente, una vez ordenado todo, los prelados volvieron a Roma y pidieron al santo Papa que confirmara cuanto habían hecho. Dio su aprobación el pontífice, y Pagano y Duviano regresaron a Britania acompañados de otros muchos religiosos, con cuyas enseñanzas el linaje de los Britanos fue en poco tiempo corroborado en la fe de Cristo. Sus nombres y hechos se encuentran recogidos en el libro que Gildas escribió sobre la victoria de Aurelio Ambrosio, donde la materia es tratada de una manera tan luminosa que no hay ninguna necesidad de insistir en ella en mi estilo, mucho más tosco.

[73]

Lucio, entretanto, aquel famoso rey, viendo cómo se había propagado en su reino el culto de la verdadera fe, exultaba de gozo. Decidió entonces dar mejor uso a todas las posesiones y tierras que habían pertenecido con anterioridad a los templos idólatras, poniéndolas en manos de las iglesias de los fieles. Y sintiendo que debía otorgarles aún mayor honor, aumentó su patrimonio con más campos y casas, y ratificó su poder con todo tipo de privilegios. Se hallaba Lucio en estos y otros lances que formaban parte del mismo plan cuando dejó esta vida en la ciudad de

Gloucester y fue enterrado con todos los honores en la iglesia de la primera sede metropolitana[69], en el año 156 de la encarnación del Señor. No tuvo hijos, lo que, a su muerte, originó discordias entre los Britanos y debilitó el poder romano sobre la isla.

4. Severo

[74]

Cuando el fallecimiento de Lucio se supo en Roma, el senado envió como legado al senador Severo al mando de dos legiones, para volver a colocar el país bajo su dominio. Tan pronto como Severo desembarcó, trabó combate con los Britanos y obligó a algunos de ellos a sometérsele. A los que no pudo vencer los acosó con incesantes y crueles embestidas, rechazándolos hacia Albania, la actual Escocia. Desde allí los Britanos, con Fulgencio como caudillo, opusieron muy viva resistencia, infligiendo con frecuencia enorme matanza tanto a los Romanos como a sus propios compatriotas, ya que Severo había alistado en su ejército a cuantos nativos de la isla encontraba a su paso, y así es como a menudo regresó victorioso. Gravemente dañado por las correrías del enemigo, el emperador mandó construir una empalizada entre Deira y Albania[70] para frenar las incursiones de Fulgencio. Se recaudó a tal efecto un impuesto extraordinario, y levantaron una muralla de mar a mar. Durante muchos años, ese muro logró detener los ataques enemigos. Fulgencio, por su parte, cuando no pudo resistir por más tiempo a Severo, navegó rumbo a Escitia, esperando recuperar su dignidad anterior con ayuda de los Fictos. Reuniendo a todos los jóvenes de ese país, volvió a Britania con una flota colosal y puso sitio a Eboraco. Cuando las demás tribus se enteraron, la mayor parte de los Britanos abandonaron a Severo y se unieron a Fulgencio. No flaqueó Severo en sus propósitos. Reunió a sus

Romanos y a los Britanos que aún permanecían con él, marchó sobre la ciudad sitiada y entabló combate con Fulgencio. Cuando se combatía con más saña, Severo fue muerto, junto con muchos de los suyos, y Fulgencio fue mortalmente herido. Severo fue sepultado en Eboraco, que sus legiones habían conseguido liberar.

5. Basiano, Carausio, Alecto y Asclepiodoto

[75]

Dejó Severo dos hijos, Basiano y Geta. La madre de Geta era romana, y britana la de Basiano. Al morir su padre, los Romanos elevaron a Geta a la realeza, favoreciéndolo porque era Romano por los cuatro costados. Los Britanos se negaron a aceptar a Geta y eligieron a Basiano, toda vez que se hallaba unido a ellos por la sangre materna. Se enzarzaron, pues, ambos hermanos en una guerra en la que Geta perdió la vida y Basiano se apoderó del reino.

En aquel tiempo vivía en Britania un joven llamado Carausio, de humildísima cuna. Después de haber mostrado su valor en muchas batallas, partió a Roma y pidió permiso al senado para equipar una flota de navíos y defender con ellos las costas de Britania de los ataques bárbaros. Si se lo otorgaban, prometía que sus hazañas serían tantas y tan grandes que Roma alcanzaría mayor gloria y prestigio que si el propio reino de Britania le fuese entregado. Luego que hubo engañado al senado con sus promesas, obtuvo lo que pedía y regresó a Britania con todos los papeles en regla. Reúne al punto naves, embarca en ellas a lo más granado de la juventud britana y se hace a la mar, recorriendo las costas del reino y sembrando el mayor alboroto posible entre sus habitantes. En el ínterin, desembarca en las islas cercanas al litoral devastando sus campos, destruyendo ciudades y fortalezas, y despoja de todo lo que tienen a los isleños. Obrando así, consigue que se le unan cuantos apetecen lo ajeno, de manera que en muy poco tiempo se en-

cuentra al frente de un ejército al que ninguno de los príncipes vecinos es capaz de oponerse. Crecido su ánimo por el éxito, se hace elegir rey por los Britanos, prometiéndoles que aniquilará a los Romanos y limpiará de extranjeros toda la isla. Cuando hubo obtenido lo que pedía, presentó al punto batalla a Basiano, lo mató y empuñó el gobernalle del reino. Se dio la circunstancia de que a Basiano lo traicionaron los Fictos, los mismos a quienes Fulgencio, el propio hermano de su madre, había introducido en Britania. En lo más crudo del combate, corrompidos por las promesas y los sobornos de Carausio, desertaron de Basiano justamente cuando tenían que haber acudido en su auxilio y cargaron contra sus compañeros de armas. Los hombres del rey se quedaron estupefactos, sin saber quién era su enemigo y quién su aliado, y abandonaron a toda prisa el campo, alzándose Carausio con el triunfo. Después de la victoria, dio éste a los Pictos un lugar de asentamiento en Albania, donde permanecieron desde entonces, mezclados con los Britanos.

[76]

Cuando la usurpación de Carausio se supo en Roma, el senado envió a Alecto como legado, con tres legiones, para que diese muerte al tirano y restituyera el reino de Britania a la dominación romana. Nada más desembarcar, se enfrentó con Carausio, lo mató y se instaló a su vez en el trono. Desde allí dirigió la matanza de muchos Britanos, con el pretexto de que habían roto la alianza con Roma uniéndose a Carausio. Los Britanos no soportaron estas represalias y eligieron rey a Asclepiodoto, duque de Cornubia, y haciendo causa común fueron al encuentro de Alecto, provocándolo a combatir. Se hallaba éste entonces en Londres, celebrando una fiesta en honor de sus dioses patrios. Al enterarse de la llegada de Asclepiodoto, interrum-

pió el sacrificio, salió de la ciudad con toda su fuerza y trabó con él encarnizadísima batalla. Fue Asclepiodoto el vencedor. Desbarató las filas de Alecto, lo obligó a huir y, en la persecución, dio muerte a muchos miles de enemigos y al propio rey. Una vez decantada así la victoria del bando de Asclepiodoto, Livio Galo, camarada de Alecto, se retiró a Londres con los Romanos supervivientes. Cerró las puertas de la ciudad, fortificó las torres y las demás defensas. Pensaba así resistir a Asclepiodoto o, al menos, evitar una muerte inminente. En cuanto Asclepiodoto se dio cuenta de lo que su enemigo había hecho, puso sitio inmediatamente a la ciudad y comunicó a todos los notables de Britania que había muerto a Alecto y a muchos miles de sus hombres, y que asediaba ahora a Galo y a los restos de los Romanos al pie de Londres. Les rogaba, por tanto, encarecidamente que acudieran todos y cada uno de ellos en su ayuda lo más rápidamente posible, pues la raza de los Romanos sería fácilmente borrada de Britania si todos juntos atacaban con un ejército común a los sitiados. Acudieron a su llamada los Demecios y Venedocios, los Deiros, los Albanos y los demás Britanos sin excepción. Reunidos todos a la vista de su caudillo, éste ordena construir innumerables máquinas de guerra con las que derribar las murallas de la ciudad. Y es obedecido. No hay hombre que no contribuya a la tarea en la medida de sus fuerzas y de su valor. Pronto invaden impetuosamente la ciudad y, abatiendo al punto los muros, se abren paso y siembran la matanza entre los Romanos. Cuando éstos vieron que estaban siendo aniquilados uno tras otro, aconsejaron a Galo que se rindiera y que pidiese merced a Asclepiodoto, a fin de que les permitiera salir de allí con vida. Habían sido muertos ya casi todos, excepto una sola legión, que continuaba resistiendo lo mejor que podía. Galo estimó oportuno el consejo y se

entregó con los suyos a Asclepiodoto. Se hallaba éste proclive a la piedad cuando llegaron los Venedocios y, avanzando en formación, los decapitaron a todos en una misma jornada a orillas de un torrente cercano a la ciudad al que después llamaron, del nombre del caudillo, Nantgalim en lengua británica y Galabroc[71] en sajón.

[77]

Derrotados así los Romanos, tomó Asclepiodoto la corona del reino y, con el beneplácito popular, se la impuso sobre sus sienes. Durante diez años gobernó el país justamente y en paz, reprimiendo la crueldad de los ladrones y las cuchilladas de los bandidos. Fue en sus días cuando surgió la persecución del emperador Diocleciano, que casi hizo desaparecer el cristianismo de la isla, donde había permanecido íntegro e inviolado desde los tiempos del rey Lucio. Maximiano Herculio, en efecto, general en jefe de las tropas del antedicho tirano, llegó a Britania; por orden suya, todas las iglesias fueron derribadas, y todas las santas escrituras que se pudieron encontrar fueron arrojadas al fuego en las plazas públicas; la flor y nata de los sacerdotes fue asesinada junto con los fieles a ellos encomendados, porfiando en filas compactas todos ellos por morir, como el que sabe que camina hacia el gozo del reino de los cielos, hacia su verdadera morada. Dios, sin embargo, incrementó su misericordia hacia nosotros y, en los días de la persecución, con vistas a que los Britanos no quedaran completamente sepultados en la impenetrable oscuridad de tan negra noche, encendió para nuestro pueblo, como beneficio gratuito de su bondad, las deslumbrantes lámparas de sus santos mártires. Aún hoy sus sepulturas y los lugares de sus pasiones seguirían infundiendo el mismo ardor de caridad divina en los espíritus, si no hubiesen sido arrancados a nuestros compatriotas por la funesta perversidad de los bár-

baros. Entre aquellas personas de uno y otro sexo que, con la mayor grandeza de ánimo, permanecieron firmes en las filas de Cristo, padeció martirio Albano de Verulam[72], y también Julio y Aarón, vecinos de Ciudad de las Legiones. Albano, ardiendo en la gracia de la caridad, vio a su confesor Anfíbalo perseguido y a punto de ser capturado, lo ocultó primero en su casa y después, cambiando los vestidos con él, se dispuso a morir en su lugar, imitando en esto a Cristo, que dio su alma por sus ovejas. Los otros dos, con el cuerpo espantosamente destrozado, volaron juntos sin tardanza a las gloriosas puertas de Jerusalén con los trofeos de su martirio.

6. Constancio y Constantino

[78]

En el ínterin, Coel, duque de Kaercolun, esto es, de Colchester, se sublevó contra el rey Asclepiodoto y, presentándole batalla, lo mató y se coronó con la diadema del reino. Cuando estos hechos fueron conocidos en Roma, el senado se alegró mucho de la muerte de un rey que tanto había perjudicado al poder romano en todo cuanto hizo. Viniéndoles a la mente los reveses que habían sufrido al perder el reino, enviaron como legado al senador Constancio, un hombre sabio y esforzado que había sometido Hispania al dominio romano y que había trabajado como nadie en aumentar el poder del estado. Por su parte, Coel, caudillo de los Britanos, al enterarse de la llegada de Constancio, temió entablar combate con él, pues la reputación del Romano era tal que ningún rey podía oponérsele. Así, pues, cuando desembarcó Constancio en la isla, Coel le envió legados pidiéndole paz y prometiéndole sumisión, sobre la base de que él conservaría el reino de Britania y se plegaría a la soberanía romana con el tributo acostumbrado y nada más. Constancio convino en la propuesta que le acababan de formular, y, recibidos los rehenes, firmaron ambos un tratado de paz. Un mes después, una gravísima enfermedad se apoderó de Coel y en ocho días lo mató. Muerto Coel, Constancio tomó la corona del reino y desposó a una hija del rey difunto. Su nombre era Helena y su belleza superaba con mucho a la de todas las jóvenes de Britania. En ninguna parte podía hallarse otra doncella tan experta en tañer

todo género de músicos instrumentos ni tan docta en las artes liberales. Su padre carecía de cualquier otra descendencia que heredase su trono; por esta razón se había esforzado en enseñarla, al objeto de que a su muerte pudiese regir los destinos del reino eficazmente. Después de que Constancio la recibiera en matrimonio, engendró en ella un hijo y lo llamó Constantino. Pasaron once años y Constancio murió en Eboraco, legando el reino a su hijo. Éste, en cuanto accedió al trono del reino, comenzó en pocos años a evidenciar una probidad sin fisuras, a mostrar una fiereza leonina y a mantener con energía la justicia entre sus súbditos. Reprimió para ello la rapacidad de los salteadores de caminos, puso fin a las crueldades de los tiranos locales e hizo cuanto pudo por restaurar la paz en todos los rincones de Britania.

[79]

En aquel tiempo había en Roma un tirano, llamado Majencio, que intentaba desheredar a todos los nobles y a los más probos ciudadanos, y oprimía el estado con la peor de las tiranías. Aquellos sobre los que descargó su brutalidad se dirigieron, arrojados de su país, a Constantino de Britania y Rieron recibidos con todos los honores por él. Finalmente, cuando eran muchos ya los refugiados, se las ingeniaron para inflamar en odio a Constantino contra el antedicho tirano, y sin cesar se lamentaban de su suerte en discursos como el que sigue:

—«¿Hasta cuándo soportarás, oh Constantino, nuestra desgracia y nuestro destierro? ¿A qué aguardas para devolvernos a nuestra patria? Tú eres el único de nuestra raza que eres capaz de expulsar a Majencio y de restituirnos lo que hemos perdido. ¿Qué príncipe, en efecto, puede compararse con el rey de Britania, ya sea en lo que atañe a la fuerza de sus vigorosos guerreros, ya en la abundancia de

oro y de plata? Te lo pedimos, rey, ven con nosotros a Roma con tu ejército y, venciendo al tirano, devuélvenos nuestras posesiones, devuélvenos a nuestras mujeres y a nuestros hijos».

Inducido por estas y otras razones. Constantino marchó contra Roma, conquistó la ciudad y se convirtió en soberano del mundo entero. Había llevado consigo a tres tíos de Helena, a saber, Joelín, Trahern y Mario, a quienes promovió al rango senatorial.

[80]

Entretanto, Octavio, duque de los Gewiseos[73], se rebeló contra los procónsules en cuyas manos, como dignatarios de Roma, había sido depositado el gobierno de la isla, y, después de vencerlos y matarlos, se instaló en el trono del reino. Cuando Constantino lo supo, envió a Trahern, tío de Helena, con tres legiones a fin de restaurar en la isla la soberanía romana. Trahern desembarcó en la costa cercana a la ciudad llamada Kaerperis[74] en lengua británica. Atacó la ciudad y la tomó dos días después. Circuló la noticia de este hecho entre todas las tribus, y el rey Octavio reunió a todos los hombres de la isla en edad de empuñar un arma y salió al encuentro de Trahern no lejos de Güintonia, en una llanura que los Britanos llaman Maisurian. Allí peleó Octavio, y se hizo con la victoria. Trahern, por su parte, se dirigió a las naves con sus maltrechas tropas y, embarcando, marchó por mar a Albania, donde se dedicó a saquear las provincias. Cuando el rey Octavio lo supo, congregó de nuevo a sus hombres, buscó a Trahern y se enfrentó con él en la provincia de Westmorland, pero esta vez fue derrotado y tuvo que huir. En cuanto Trahern vio que el triunfo era suyo, persiguió a Octavio y no le dio respiro, con el único objeto de arrebatarle sus ciudades y su corona. Octavio estaba muy preocupado por la pérdida de su reino,

de manera que decidió navegar a Noruega, a pedir ayuda al rey Gumberto. En el ínterin, había ordenado a sus íntimos que hicieran todo lo posible por asesinar a Trahern. El conde de Castillo Municipal[75], que apreciaba a Octavio más que a nadie, obedeció sus órdenes tan pronto como pudo. Un día en que Trahern se encontraba fuera de Londres, lo esperó oculto con cien soldados en cierto valle de la floresta por donde tenía que pasar, lo atacó de improviso y lo mató en medio de sus hombres. Cuando Octavio lo supo, volvió a Britania y, puestos en fuga los Romanos, recuperó el trono del reino. Tal probidad y tanta abundancia de oro y plata adquirió en poco tiempo que no temía a nadie. Lo cierto es que se mantuvo felizmente en el trono de Britania desde entonces hasta los días de Graciano y de Valentiniano.

7. Maximiano y Graciano

[81]

Finalmente, ya anciano y queriendo dejarlo todo bien dispuesto para su pueblo, preguntó a sus consejeros quién de su estirpe creían que debía ser elevado a la realeza al morir él. Tenía una única hija, y carecía de heredero varón a quien poder legar el gobierno del país. Hubo quien le recomendó que casara a su hija con algún noble romano y que, con ella, le diera el reino, a fin de disfrutar de una paz sólida y estable. Otros apuntaban a Conan Meriadoc) sobrino del rey, como heredero del trono, y aconsejaban entregar la mano de la princesa a algún príncipe de otra nación, con una dote de oro y de plata. Mientras debatían estas cuestiones, llegó Caradoc, duque de Cornubia, y opinó que debían invitar al senador Maximiano y darle en matrimonio a la hija del rey, junto con el gobierno de la isla, para gozar así de una paz perpetua. Maximiano era Britano por parte de padre, pues era hijo de Joelín, tío de Constantino, de quien ya hemos hecho mención más arriba; por su madre y por su nacimiento era, sin embargo, Romano, y, por su sangre, de estirpe regia por ambos lados.

Esta solución prometía, por tanto, una paz duradera, pues Caradoc sabía que Maximiano, siendo a la vez de la familia de los emperadores y Britano de origen, tendría derecho a regir los destinos de Britania. Ante este consejo del duque de los Cornubienses se indignó Conan, sobrino del rey, pues anhelaba obtener la corona con toda su alma, y

perturbó por este motivo a toda la curia. Caradoc, por su parte, mantuvo su propuesta y envió a Mauric, su hijo, a Roma, a explicar el asunto a Maximiano. Era Mauric de gentil estatura y de gran probidad y valor; de los que, si alguien contradecía algo que él había decidido, estaban dispuestos a mantenerlo por las armas, en singular combate. Tan pronto como llegó a presencia de Maximiano, fue convenientemente recibido por él y honrado por encima de los guerreros que lo acompañaban. Había entonces una gran rivalidad entre el propio Maximiano y los dos emperadores —Graciano y su hermano Valentiniano—, pues le habían negado a aquél la tercera parte de imperio que reclamaba. Cuando Mauric vio cómo vejaban los emperadores a Maximiano, habló a éste en los términos siguientes:

—«¿Por qué temes, Maximiano, a Graciano, cuando está claro para ti el camino por el que puedes arrebatarle el imperio? Ven conmigo a la isla de Britania y obtendrás la corona de ese reino. El rey Octavio está agobiado por la debilidad y la vejez, y no desea otra cosa que encontrar a alguien a quien legar su reino junto con su hija. Carece de descendencia masculina y, por eso, ha pedido la opinión de sus barones acerca del hombre a quien dar como esposa a su única hija, con el reino como dote. Sus héroes respondieron a su llamada y decidieron entregarte a ti el reino y la mano de la doncella. Me han enviado a mí para que te lo haga saber. De modo que, si vienes conmigo y llevas a término esta empresa, con la cantidad de oro y plata que hay en Britania y con la multitud de bravos guerreros que allí habitan, podrás volver a Roma, expulsar a los emperadores y poner la ciudad bajo tu yugo. Así lo hizo tu pariente Constantino, y muchos otros reyes nuestros que accedieron al solio imperial».

[82]

Maximiano, asintiendo a las palabras de Mauric, se dirigió a Britania. No dejó de saquear en su ruta las ciudades de los Francos, amontonando así el oro y la plata necesarios para reunir bajo su bandera soldados que acudían de todas partes. Después, haciéndose a la mar con vientos favorables, desembarcó en Puerto de Hamón. Cuando el rey Octavio lo supo, se quedó paralizado de terror, creyendo que acababa de llegar un ejército hostil. Así que llamó a Conan, su sobrino, y le ordenó reunir a todos los hombres armados de la isla y marchar al encuentro del enemigo. Reunió al punto Conan a toda la juventud del reino y llegó a Puerto de Hamón, donde Maximiano había levantado sus tiendas. Cuando se apercibió de la llegada de tan inmensa muchedumbre de Britanos, Maximiano se abismó en negras cavilaciones, no sabiendo qué hacer. Sus soldados eran inferiores en número, y, además, no sólo lo hacía vacilar la multitud de los recién llegados, sino también su arrojo en el combate, de manera que no abrigaba ninguna esperanza de paz. Convocó entonces a los más viejos de sus hombres y a Mauric, y comenzó a preguntar qué debía hacerse en tales circunstancias. Mauric respondió:

—«No podemos enfrentarnos con tantos belicosos guerreros. No hemos venido aquí con el propósito de conquistar Britania por la fuerza de las armas. Debemos pedir paz y licencia para acampar aquí hasta saber lo que el rey pretende. Digámosles que hemos sido enviados por los emperadores para traer un mensaje de su parte al rey Octavio, y ablandemos así a este pueblo con sagaces palabras».

Pareció bien el plan a todos. Mauric tomó consigo a doce de los barones, los doce de cabello cano y más sabios que los demás, los doce llevando una rama de olivo en su mano derecha, y salió con ellos al encuentro de Conan.

Cuando los Britanos ven a aquellos hombres de venerable edad con el ramo de olivo, como signo de paz, en las manos, se ponen respetuosamente en pie y les despejan el camino para que puedan acercarse con facilidad a su caudillo. Pronto estuvieron en presencia de Conan Meriadoc. Lo saludaron en nombre de los emperadores y del senado, y le dijeron que Maximiano había sido enviado al rey Octavio para transmitirle instrucciones de parte de Graciano y Valentiniano. A esto Conan replicó:

—«¿Por qué, entonces, lo acompañan tantos guerreros? No suelen ser ésas las trazas de un legado. Más parecen las de un ejército de enemigos que maquinan alguna injuria contra nosotros».

Mauric dijo:

—«Un hombre de su rango no puede viajar oscuramente, sin escolta; tanto más cuanto que Maximiano suscita el odio de muchos reyes a causa del poder de Roma y de los hechos de sus propios antepasados. Si hubiese venido con una comitiva menor, habría sido muerto tal vez por los enemigos del estado. Vino en paz y es paz lo que busca: de su propia conducta debe inferirse, pues, a partir del instante en que desembarcamos, nos hemos comportado de tal manera que no hemos hecho mal a nadie. Hemos pagado cuanto hemos tomado, como un pueblo pacífico; hemos comprado cuanto hemos necesitado, sin arrebatar nada a nadie por la fuerza».

Mientras Conan dudaba si hacer la paz o emprender la guerra, llegó Caradoc, duque de Cornubia, y con él otros muchos barones. Entre todos disuadieron a Conan de iniciar las hostilidades después de haber oído semejante petición. Conan hubiese preferido luchar, pero depuso las armas, les concedió la paz y condujo a Maximiano a Lon-

dres, junto al rey, explicándole a éste lo sucedido punto por punto.

[83]

Allí Caradoc, duque de Cornubia, tomando consigo a su hijo Mauric, ordenó retirarse a los presentes y se dirigió al rey en estos términos:

—«He aquí que aquello que han deseado durante tanto tiempo los que con más auténtica devoción cultivan la obediencia y la fidelidad para contigo, acaba de llegar por voluntad divina a esta corte. Ordenaste a tus barones que te dieran consejo acerca de lo que debías hacer con tu hija y con tu reino, pues tu avanzada edad hacía difícil que pudieses gobernar por mucho tiempo más a tu pueblo. Opinaban unos que la corona debía ser entregada a Conan, tu sobrino, y que tu hija debía ser casada convenientemente en alguna otra tierra, pues temían la ruina de nuestros conciudadanos si un príncipe de lengua extranjera accedía al trono. Otros le concedían el reino a tu hija, con tal que se casase con algún noble de nuestra propia lengua que, a tu muerte, te sucedería en el trono. La mayoría, sin embargo, pensaba que debía buscarse a un hombre de la raza de los emperadores y darle a él a tu hija y, con ella, la corona del reino. Aseguraban que ese matrimonio contribuiría a hacer la paz más firme y estable, pues el poder de Roma velaría por nosotros. He aquí que Dios se ha dignado traer a nuestras costas a este joven, nacido no sólo de la sangre de los Romanos, sino también del linaje real de los Britanos. Si sigues mi consejo, no dudarás en casar a tu hija con él. Supón que te negases: ¿qué argumento legal podrías traer a colación contra él en lo que atañe al reino de Britania? Es de la sangre de Constantino. Es sobrino de nuestro rey Coel, cuya hija Helena no podemos negar que poseyó este reino por derecho de herencia».

Así razonaba Caradoc, y Octavio fue del mismo parecer, de manera que, con el consentimiento unánime de la asamblea, dio a Maximiano el reino de Britania, y a su hija con él. Cuando ve esto Conan Meriadoc, se indigna más allá de lo que puede expresarse con palabras, se retira a Albania y se dedica a reunir un ejército, con ánimo de hostigar a Maximiano. Una vez congregadas sus tropas, cruza el Humber, saqueando el país a ambas orillas del río. Cuando lo supo Maximiano, reunió a todas sus fuerzas y se apresuró al encuentro de Conan, le presentó batalla y abandonó victorioso el campo. No obstante, Conan no se desalienta, sino que, reagrupando su ejército, amenaza con la destrucción de las provincias. Vuelve a la carga Maximiano, y, enfrentándose a su rival en sucesivas batallas, unas veces obtiene el triunfo y otras resulta derrotado. Finalmente, cuando ya se han causado mutuamente todo el daño posible, terminan por reconciliarse con el parabién de sus amigos.

[84]

Pasaron cinco años. Maximiano se ensoberbeció a causa de la enorme cantidad de oro y de plata que afluía a su reino diariamente. De modo que dispuso una poderosísima escuadra y reclutó a todos los Britanos susceptibles de llevar un arma. El reino de Britania no era ya lo suficientemente grande para él; quería subyugar también las Galias. Cruzó el estrecho y llegó, primero, al reino de Armórica, que ahora se conoce por Bretaña, y comenzó a atacar al pueblo franco que habitaba allí. Los Francos, con Imbalto como caudillo, salieron a su encuentro y trabaron batalla con él; pero la mayoría sucumbió y el resto emprendió la fuga. El propio duque Imbalto había caído, y con él quince mil de los guerreros que habían acudido de todas partes de su reino. Maximiano exultaba de gozo al ver que había llevado a cabo tal matanza, pues sabía que después de la

muerte de tantos hombres el país sería sometido sin dificultad. Llamó entonces a Conan a su presencia fuera de las filas y le dijo con una leve sonrisa:

—«Acabamos de subyugar uno de los mejores reinos de Galia. Tenemos razones para esperar que nos apoderaremos del resto. Debemos conquistar sus ciudades y fortalezas a la mayor brevedad posible, antes de que las nuevas de nuestra victoria lleguen a la Galia ulterior y llamen a la nación entera a las armas. Si hemos sido capaces de tomar este reino, no me cabe la menor duda de que someteremos a nuestro poder toda Galia. No debe contrariarte el haber permitido que el reino de la isla de Britania pasara a mis manos, por más que tú tuvieras esperanzas de ocupar el trono, pues todo aquello que has perdido allá te lo devolveré yo aquí, en esta tierra. Te haré rey de este reino, y habrá una segunda Britania que poblaremos con hombres de nuestra raza, una vez expulsados los que ahora la habitan. El país es fértil en mieses, y abundan los peces en sus ríos; son muy bellos sus bosques y hay prados deliciosos por todas partes. No existe, en mi opinión, en el mundo un país tan encantador».

Conan inclinó la cabeza, dio las gracias a Maximiano y prometió permanecerle fiel y rendirle homenaje mientras viviese.

[85]

Después reunieron sus tropas, marcharon sobre Rennes y la tomaron ese mismo día; conocida la crueldad de los Britanos y divulgado el número de hombres a los que habían dado muerte, los habitantes de la ciudad huyeron precipitadamente dejando atrás a sus mujeres y a sus niños. Las demás ciudades y fortalezas siguieron el ejemplo de Rennes, así que los Britanos avanzaban sin hallar resistencia.

Donde quiera que llegaban, mataban a toda la población masculina, perdonando la vida tan sólo a las mujeres. Al fin, cuando ya habían limpiado por completo de varones todo el país, guarnecieron las ciudades y fortalezas con soldados britanos y fortificaron las eminencias. La crueldad de Maximiano se hizo pronto famosa en las demás provincias de las Galias. Un terror sin medida se apoderó de duques y príncipes, tal que perdieron toda esperanza y se dedicaban tan sólo a hacer votos y recitar plegarias. Abandonaron sus casas de campo y corrieron a refugiarse en ciudades y fortalezas, y en todos aquellos lugares que se les antojaban seguros. Maximiano, sabiéndose terrible, desarrolla una audacia mayor y se apresura a aumentar su ejército con generosas dádivas. Alista a todos los amigos de lo ajeno y no vacila en llenar sus alforjas de oro, plata o cualquier otro don.
[86]

De manera que reunió una multitud de hombres tal que con ella se consideraba capaz de someter toda la Galia. Aplazó, sin embargo, por algún tiempo sus crueldades, hasta que, una vez pacificado por completo el reino que acababa de conquistar, lo hubiese repoblado con gentes venidas de Britania. Así que promulgó un edicto por el cual fuesen reunidos en la isla cien mil hombres del pueblo llano y se trasladaran aquí; y con ellos treinta mil soldados, para defender a los nuevos pobladores del país de cualquier ataque enemigo. Cuando todo estuvo dispuesto, distribuyó a los recién llegados entre todas las tribus del reino de Armórica, fundando una segunda Britania que confió a Conan Meriadoc, y él partió con el resto de sus hombres a la Galia ulterior, sometiéndola después de encarnizadísimos combates. Lo mismo hizo con Germania, sin perder una sola batalla, y, estableciendo la sede de su imperio en Tréveris, descargó su furor sobre los dos emperadores, Gra-

ciano y Valentiniano, matando al primero y expulsando de Roma al segundo.

[87]

Entretanto, los Galos y los Aquitanos hostigaban a Conan y a los Britanos de Armórica, y los fastidiaban continuamente con repetidas incursiones[76]. Conan resistía estos ataques, devolviendo matanza por matanza, y defendía varonilmente la tierra a él confiada. Cuando la victoria se hubo decantado de su parte, decidió dar esposas a sus compañeros de armas, a fin de que naciesen herederos que poseyeran aquel país a perpetuidad. Para evitar cualquier mezcla de sangre con los Galos, ordenó que viniesen mujeres de la isla de Britania a casarse con ellos. A este fin, envió mensajeros a Dionoto, rey de Cornubia, que había sucedido a su hermano Caradoc en el reino, para que se hiciese cargo del asunto. Dionoto era noble y poderoso. Fue a él a quien había encomendado Maximiano el gobierno de la isla mientras acometía las referidas empresas. Tenía una hija de admirable belleza, cuyo nombre era Úrsula, a la que Conan había deseado siempre sobre todas las cosas.

[88]

Cuando Dionoto vio al mensajero de Conan, quiso cumplir su encargo y, al efecto, reunió hijas de nobles de las distintas provincias en número de once mil, junto a sesenta mil hijas del pueblo llano, y ordenó que acudieran todas a la ciudad de Londres. Mandó, además, que trajeran allí, desde las diferentes costas, naves a bordo de las cuales pudiesen ellas cruzar el mar rumbo a sus futuros esposos. Esto agradaba a muchas de conjunto tan numeroso, pero desagradaba a las más, que amaban a sus padres y a su patria con mayor afición. No faltaban tampoco algunas que, anteponiendo la castidad al matrimonio, preferían perder la vida en no importa qué tierra extraña a obtener riquezas de

esa manera. Lo cierto es que casi todas habrían elegido cosas diferentes si hubiesen podido llevar a cabo lo que realmente deseaban. Cuando la flota estuvo lista, subieron las mujeres a bordo de las naves y, siguiendo el curso del Támesis, se dirigieron a alta mar. Finalmente, cuando ya habían izado velas rumbo a las costas de Armórica, se levantaron vientos contrarios a la dirección de la flota y en poco tiempo la dispersaron. Las naves eran juguete de las olas y, en su mayor parte, se hundieron. Las que escaparon de peligro tan grande arribaron a islas habitadas por bárbaros, donde las náufragas fueron asesinadas o sometidas a esclavitud por gentes extrañas: habían caído en manos del execrable ejército de Guanio y Melga, quienes, por orden de Graciano, devastaban las costas de las naciones marítimas y de Germania con terrible matanza. Era Guanio rey de los Hunos, y Melga, de los Fictos. Graciano había hecho una alianza con ellos y los había enviado a Germania, a hostigar a los partidarios de Maximiano. En sus crueles correrías por el litoral, se toparon con las doncellas que, como he dicho, arribaron a aquellas tierras. Reparando en su belleza, quisieron solazarse con ellas. Como las jóvenes se negaran, los bárbaros se precipitaron sobre ellas y dieron muerte a la mayoría sin piedad. Tan pronto como Guanio y Melga, execrables caudillos de Pictos y Hunos y partidarios de Graciano y Valentiniano, se dieron cuenta de que no había en la isla de Britania un solo hombre de armas, se dirigieron hacia allá a toda prisa y, después de aliarse con los habitantes de las islas vecinas, desembarcaron en Albania. Puesto en marcha su ejército, invadieron el reino, que carecía de jefes y defensas, y sembraron la muerte entre el desprevenido pueblo. Recuérdese cómo Maximiano se había llevado consigo a cuantos jóvenes guerreros pudo encontrar, dejando inerme al irreflexivo paisanaje. Cuando

Guanio y Melga descubrieron que los habitantes de la isla no estaban en condiciones de oponérseles, persistieron en la matanza y no dejaron un instante de saquear ciudades y provincias como si se tratara de apriscos de ovejas. Al enterarse Maximiano de calamidad tan atroz, envió a Graciano el Munícipe[77] con dos legiones a ayudar al pueblo de Britania. Nada más llegar a la isla, combatieron con los referidos enemigos y, matando un gran número de ellos, los obligaron a huir a Hibernia. En el ínterin, Maximiano fue muerto en Roma por unos amigos de Graciano, y los Britanos que había llevado consigo fueron asesinados o dispersados. Los que lograron escapar buscaron refugio entre sus compatriotas de Armórica, que ya era conocida como la Otra Britania.

LIBRO

V

LOS BÁRBAROS

1. Constantino y Constante: los Escotos y los Pictos

[89]

En cuanto Graciano el Munícipe se enteró de la muerte de Maximiano, asumió la corona del reino y se instaló en el trono de Britania. Pero fue tal la tiranía que ejerció sobre el pueblo que los plebeyos cayeron sobre él en catervas y lo mataron. Al divulgarse la noticia de esta muerte en los demás reinos, los enemigos a los que me he referido antes regresaron de Hibernia y, trayendo consigo a los Escotos, Noruegos y Daneses, devastaron el reino de mar a mar a hierro y a fuego. A consecuencia de estos ataques y de tan cruel opresión, los Britanos enviaron a Roma legados con cartas en las que pedían con lágrimas y súplicas que viniera una fuerza armada a vengarlos, y prometían sumisión perpetua con tal que los bárbaros fuesen expulsados de la isla. Una legión que no había tomado parte en los anteriores desastres les fue inmediatamente enviada, transportándola en naves hasta Britania a través del Océano. Nada más llegar, los Romanos trabaron combate cuerpo a cuerpo con el enemigo, mataron un gran número de bárbaros, los expulsaron de la isla y liberaron al oprimido pueblo de la horrible devastación que lo afligía. Ordenaron después a los Britanos construir una muralla entre Albania y Deira, desde el mar hasta el mar. Una gran multitud de hombres participó en la construcción, que pretendía mantener a raya al enemigo y proporcionar protección a los ciudadanos. Al-

bania había sido completamente devastada por los bárbaros que desembarcaran allí, y cualquier pueblo hostil la consideraba como un refugio seguro. Por ello, y utilizando fondos públicos y privados, los indígenas pusieron manos a la obra y terminaron la muralla.

[90]

Los Romanos anunciaron entonces que, en lo sucesivo, no podrían soportar ya la carga de tan costosas expediciones, y que consideraban un insulto a Roma el hecho de que, por culpa de un puñado de ineptos bandidos errantes, se fatigase por tierra y mar un ejército de tales proporciones; los Britanos debían, en su opinión, habituarse al ejercicio de las armas y, combatiendo valerosamente, defender con todas sus fuerzas a su país, sus bienes, sus esposas, sus hijos y, lo que es aún más importante, su libertad y su vida. Para dirigirles esta admonición, ordenaron a todos los hombres en edad militar de la isla que se reunieran en Londres, pues ellos se disponían ya a embarcar de regreso a Roma. Cuando todos se hallaban reunidos, encargaron a Güetelino, metropolitano de Londres, que hablase, y fueron éstas sus palabras:

—«Ya que, por orden de los príncipes aquí presentes, debo dirigirme a vosotros, sabed que más deseos tengo de llorar que de trazar las líneas de un brillante discurso. Me entristece, en efecto, el estado de orfandad y debilidad en que os encontráis, desde que Maximiano despojó a este reino de todo su ejército y de toda su juventud. Vosotros sois todo lo que queda de Britania: una plebe ignorante de las armas que se ha ocupado de otros asuntos, como el cultivo de los campos y las diversas actividades relacionadas con el comercio. De modo que, cuando gentes hostiles de otras naciones vinieron a atacaros, os visteis obligados a abandonar vuestros apriscos, como si fuerais ovejas desca-

rriadas sin pastor, hasta que el poder de Roma os restituyó vuestras posesiones. ¿Vais a depender siempre de la protección ajena? ¿No vais a equipar vuestras manos con escudos, espadas, lanzas, y plantar cara a unos ladrones que no son en absoluto más fuertes que vosotros sino a causa de vuestra apatía y de vuestra indolencia? Los Romanos están cansados de las fatigas de tanto viaje hecho con el único objeto de combatir en vuestro favor con vuestros enemigos. Prefieren renunciar al tributo que les pagáis a fatigarse por más tiempo y de esta manera por tierra y mar. Pues ¿qué? ¿Pensáis que habéis perdido toda humanidad por el simple hecho de que antes, en el tiempo en que teníais soldados, erais tan sólo el pueblo llano? ¿Es que no pueden nacer hombres ajenos a la casta paterna y proceder, así, un soldado de un campesino y un campesino de un soldado? Un soldado también puede ser hijo de un mercader, y un mercader hijo de un soldado. Por consiguiente, siendo como es normal el hecho de que alguien de una casta haya nacido de otro de otra, me resisto a creer que hayáis perdido las virtudes propias de un hombre. Y si sois hombres, ¡comportaos como tales! Rogad a Cristo que os dé coraje y defended vuestra libertad».

En cuanto puso fin a su discurso, la muchedumbre lo aclamó tan ruidosamente que hubieras dicho que, de repente, se hallaban rebosando coraje.

[91]

Los Romanos dan, después, a estas gentes medrosas enérgicos consejos, dejándoles modelos a partir de los cuales forjar armas. Además, a orillas del Océano, en la costa meridional, allí donde fondean los navíos britanos, les recomiendan construir torres a intervalos, mirando al mar, pues era allí donde eran más temidas las incursiones de los bárbaros. Pero se convierte más fácilmente a un milano en

azor que a un patán en un hombre sabio: el que se esfuerza en transmitir sabiduría a ese tipo de gente hace lo mismo que si echara margaritas a puercos. En el preciso instante en que los Romanos dijeron adiós y se fueron, con la intención de no volver más, los antedichos enemigos Guanio y Melga surgieron de las naves que los habían conducido a Hibernia. Traían consigo hordas crueles de Escotos y de Fictos, con Noruegos, Daneses y demás pueblos bajo su mando, y se apoderaron de toda Albania hasta la muralla. Al enterarse de que los Romanos habían abandonado la isla y habían prometido no regresar jamás, cobraron confianza y se aplicaron a la tarea de devastar la isla una vez más. Frente a ellos, una cuadrilla de inútiles campesinos en lo alto de la muralla, cobardes a la hora de atacar, incapaces de huir por la angustia que les oprime el corazón, pasando día y noche agazapados estúpidamente en sus puestos, mientras los dardos del enemigo silban sin cesar, arrastrando con ellos desde los muros a estos misérrimos palurdos y estrellándolos contra el suelo. Lo repentino de este género de muerte representa, con todo, un golpe de fortuna para aquellos que la sufren, pues con su partida inmediata evitan los espantosos tormentos que aguardan a sus hermanos y a sus hijos. ¡Oh, venganza divina por las culpas pasadas! ¡Oh, vesania de Maximiano, que alejaste de Britania a tantos guerreros! ¡Ojalá hubiesen estado aquí en tan funesto trance! No existe pueblo a quien no hubieran puesto en fuga, como se vio a lo largo del tiempo en que permanecieron en la isla, pues no sólo era suya Britania en paz, sino que eran capaces de extender su poder a reinos lejanos. Pero así van las cosas cuando se deja un reino en manos de simples labriegos. ¿Qué os diré? Fueron abandonadas las ciudades y la alta muralla. Una vez más, el pueblo tuvo que huir; se dispersaron de una forma más desesperada que la usual,

perseguidos por el enemigo, y sufrieron matanzas aún más sangrientas que las anteriores. Como el cordero por el lobo, así la triste plebe era despedazada por la horda enemiga. Y, una vez más, los miserables supervivientes enviaron legados con cartas a Agicio, representante del poder romano, dirigiéndose a él en estos términos:

A Agicio, tres veces cónsul, los gemidos de los Britanos.

Y, después de unas pocas palabras, continuaban así sus quejas:

El mar nos arroja a los bárbaros; los bárbaros nos arrojan al mar. Henos aquí en la disyuntiva de morir ahogados o degollados.

Pero no obtuvieron el auxilio que demandaban y regresaron, tristes, a anunciar a sus compatriotas el fracaso de su embajada.

[92]

Así que celebraron asamblea y decidieron que Güetelino, arzobispo de Londres, cruzara el mar rumbo a Britania la Menor, que entonces se llamaba Armórica o Letavia, para pedir ayuda a sus consanguíneos. Reinaba entonces en aquel país Aldroeno, cuarto rey desde Conan, a quien Maximiano había dado aquel reino, como puede leerse más arriba. Cuando vio ante él a un hombre tan venerable, Aldroeno lo recibió con todos los honores y le preguntó el motivo de su llegada. Güetelino le dijo:

—«Tu nobleza debe estar ya lo suficientemente familiarizada con la miseria —una miseria que puede incluso llegar a provocar tus lágrimas— que nosotros, tus compatriotas

Britanos, hemos sufrido desde que Maximiano despojó nuestra isla de soldados y les ordenó que colonizaran este reino que ahora posees y que ojalá poseas en paz perpetua. Pues todos los pueblos vecinos a la isla se han alzado contra nosotros, miserables reliquias de vuestro pueblo, y han saqueado por completo nuestra isla, antaño llena de todo género de riquezas, de manera que todas las naciones de Britania se han visto privadas del báculo del alimento, a excepción del que son capaces de obtener practicando la caza. Y no hay quien ponga fin a tan lamentable situación, pues no quedó ningún hombre fuerte ni ningún guerrero en todo el país. Los Romanos están cansados de nosotros y se niegan a prestarnos la más mínima ayuda. Así que, como último recurso, apelamos a tu misericordia, implorándote que nos des protección y defiendas el reino que por derecho te corresponde de las incursiones de los bárbaros. Pues si no eres tú, ¿quién podría ser coronado con la diadema de Constantino y de Maximiano, la misma que llevaron tus abuelos y bisabuelos? Dispón tu flota y ven. He aquí el reino de Britania: en tus manos lo deposito».

Respondió Aldroeno:

—«Hubo un tiempo en que no me hubiera negado a aceptar la isla de Britania, en el caso de que alguien me la hubiese ofrecido. Mientras gozó de paz y de tranquilidad, no creo que existiera en el mundo otra tierra más fértil. Pero ahora las desgracias se han cebado en ella y ha perdido valor, convirtiéndose en algo odioso para mí y para cualquier otro príncipe. Sobre todos los males, la ha perjudicado la dominación de los Romanos, pues nadie ha sido capaz de ejercer en ella el poder de una manera estable, sin perder la libertad ni tener que cargar con el yugo de la esclavitud. Pues ¿quién es el que no prefiere poseer menos

cosas con libertad a tener todas las riquezas de Britania bajo el yugo de la servidumbre? Este reino, que ahora está sometido a mi autoridad, lo poseo con honor y sin la sujeción de rendir vasallaje a otro más poderoso que yo. Por eso lo prefiero a los demás, porque puedo gobernarlo con plena libertad. Sin embargo, puesto que mis abuelos y bisabuelos reinaron en la isla, te entrego a Constantino, mi hermano, y a dos mil soldados con él, para que, si Dios así lo quiere, libere el país de la invasión bárbara y sea coronado con la diadema real. Pues has de saber que tengo un hermano que lleva ese nombre, y es muy diestro en asuntos militares y de reconocido valor. A ti te lo encomiendo, junto con el número de hombres que te he dicho, si te place aceptarlo. Me es imposible ofrecerte más soldados, pues la posibilidad de un ataque por parte de los Galos me amenaza a diario».

Tan pronto como puso fin a sus palabras, el arzobispo le dio las gracias, llamaron a Constantino y Güetelino le dijo lo siguiente:

—«Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera.

»He aquí el rey de la desamparada Britania. Que Cristo nos valga: he aquí nuestra defensa, he aquí nuestra esperanza y nuestra alegría».

¿Qué os diré? Una vez listas las naves en la costa, son elegidos los soldados de entre las diversas partes del reino y puestos a disposición de Güetelino.

[93]

Cuanto todo estuvo dispuesto, se hicieron a la mar y desembarcaron en el puerto de Totnes. Sin perder un instante reunieron a todos los jóvenes que aún permanecían en la isla y, trabando combate con el enemigo, obtuvieron la victoria merced a los merecimientos de su providencial

caudillo. Los Britanos, hasta entonces dispersos, afluyeron de todas partes y, celebrando asamblea en Silchester, exaltaron a Constantino a la dignidad real e impusieron sobre su cabeza la diadema del reino. Además, le dieron como esposa a una joven nacida en el seno de una noble familia romana, de cuya educación se había encargado el propio arzobispo Güetelino. La conoció y engendró en ella tres hijos, cuyos nombres fueron Constante, Aurelio Ambrosio y Úter Pendragón. El rey entregó a su primogénito, Constante, a la iglesia de Anfíbalo, en Güintonia, donde abrazaría el orden monacal. La educación de los otros dos, a saber, Aurelio y Úter, se la encomendó a Güetelino. Finalmente, transcurridos diez años, llegó a la corte un Ficto que había estado al servicio de Constantino y, pretextando que deseaba mantener una conversación secreta con el rey, tan pronto como todos se hubieron alejado, lo mató a cuchilladas en cierto boscaje.

[94]

Muerto Constantino, hubo disputas entre los nobles acerca de quién debía ser promovido al trono. Unos favorecían a Aurelio Ambrosio; otros, a Úter Pendragón; otros, en fin, a distintos miembros de la familia real. Al final, mientras los barones disputaban airadamente sobre la conveniencia de elegir a sus respectivos candidatos, entró en escena Vortegirn, jefe de los Gewiseos, que suspiraba por hacerse con el reino, y se fue en busca del monje Constante, dirigiéndose a él en estos términos:

—«Tu padre ha muerto y tus hermanos no pueden ser exaltados a la dignidad regia a causa de su corta edad. No sé de nadie de tu estirpe a quien el pueblo pueda promover a la realeza. Si quieres seguir mis consejos y contribuir al aumento de mi hacienda, induciré a la gente a que acepte

la idea de que tú abandones los hábitos —aunque el orden sagrado se oponga a ello— y seas coronado rey».

Cuando Constante lo hubo oído, exultó de alegría y le prometió bajo juramento que haría todo lo que Vortegirn le pidiese. Éste llevó a Constante a Londres, revestido de todo el ornamento regio, y lo hizo rey, por más que el pueblo diese de mala gana su asentimiento. Por aquel entonces ya había muerto el arzobispo Güetelino, y ninguno de los obispos presentes se atrevió a ungir al nuevo monarca, pues era contra derecho que fuese rey un monje profeso. Sin embargo, no por eso dejó de coronarse, pues el propio Vortegirn, haciendo las veces de obispo, colocó con sus manos la diadema sobre la cabeza de Constante.

[95]

Una vez coronado, Constante encomendó el gobierno del reino a Vortegirn, poniéndose hasta tal punto en sus manos que no hacía nada sin su consejo. La propia debilidad de su carácter lo impulsaba a obrar así, más el hecho de que en los claustros no había aprendido precisamente a administrar un reino. Vortegirn se envalentono y empezó a acariciar la idea de hacerse con la corona, que era lo que verdaderamente anhelaba desde hacía mucho tiempo, pues veía que había llegado el momento de llevar a cabo su deseo. Tenía, en efecto, todo el reino bajo su control, y Constante, que se decía rey, no era más que la sombra de un príncipe, un individuo blando que carecía de la capacidad para hacer justicia y no inspiraba el menor respeto a sus propios súbditos ni a los pueblos vecinos. Los hermanos del rey, Úter Pendragón y Aurelio Ambrosio, eran todavía dos niños que dormían en cunas, incapaces de gobernar el reino. Se daba, además, la circunstancia de que los más viejos barones del reino habían muerto, y sólo el astuto y prudente Vortegirn quedaba como consejero de auténtica en-

tidad. Casi todos los demás eran muchachos o jovencitos que habían adquirido sus blasones al morir sus padres y tíos en los últimos combates. Así que Vortegirn, encontrándolo todo favorable, revolvía en su ingenio el modo más sutil y precavido de deponer al monje Constante y ocupar el trono en su lugar. Decidió esperar hasta haber establecido mejor su poder sobre las diversas tribus del reino y haber ganado su confianza. Empezó, en consecuencia, por pedir la custodia de los tesoros del rey, así como la de las ciudades con sus respectivas guarniciones, alegando que corría un rumor según el cual los habitantes de las islas vecinas estaban planeando atacar. Cuando lo hubo conseguido, colocó allí satélites suyos que le asegurarían la lealtad de esas ciudades. Después, desarrollando una traición largamente pensada, se dirigió a Constante y le dijo que era preciso aumentar su séquito para hacer frente con mayor seguridad a los enemigos que iban a atacar Britania. Constante respondió:

—«¿No he puesto todo bajo tu mando? Haz lo que quieras, con tal que esos hombres se mantengan fieles a mí».

—«Me han dicho —continuó Vortegirn— que los Pictos se disponen a conducir a Daneses y Noruegos contra nosotros, con ánimo de causarnos el mayor daño posible. Por ello te propongo —y considero que es el plan más aconsejable— que hagas venir a un grupo de Pictos a tu corte para que actúen como mediadores entre nosotros y el resto de sus compatriotas. Pues si es verdad que han empezado a preparar la guerra, te servirán para espiar las estratagemas y malas artes de sus connacionales, y tú podrás entonces evitarlas cómodamente».

He aquí la secreta traición de un secreto enemigo. Pues Vortegirn no aconsejaba esto a Constante para aumentar

su seguridad, ya que sabía que los Fictos; eran un pueblo tornadizo y dispuesto siempre a todo género de crímenes. Cuando estuvieran ebrios, o cuando alguien o algo los enfureciese, podrían levantarse con facilidad contra el rey y, acto seguido, darle muerte; y, si esto sucedía, entonces Vortegirn tendría la oportunidad de ocupar el trono, como durante tanto tiempo había soñado. De modo que envió mensajeros a Escocia con el fin de invitar a cien soldados pictos a formar parte del séquito real. Una vez llegados, los honró a ellos más que a ningún otro y los agasajó con todo género de regalos, saciándolos hasta tal punto de alimento y bebida que muy pronto lo aceptaron a él como su rey. Y celebraban sus alabanzas por las calles, gritando:

—«Es Vortegirn quien debe ser rey. Él es quien debe empuñar el cetro de Britania; Constante no se lo merece».

Vortegirn, por su parte, multiplicaba su liberalidad para con ellos, a fin de resultar aún más grato a sus ojos. Cuando se los hubo ganado por completo, los embriagó y les dijo que se proponía abandonar Britania para ampliar su hacienda, pues lo poco que poseía no bastaba para mantener ni siquiera a cincuenta soldados. Después, aparentando tristeza, se fije a su casa y los dejó bebiendo en palacio. Visto lo cual, los Pictos se afligieron más de lo que puede imaginarse, creyendo que era cierto lo que él les había dicho. Y, murmurando entre sí, decían:

—«¿Cómo soportamos que ese monje siga con vida? ¿Por qué no lo matamos, para que Vortegirn posea el trono del reino? No hay otro con sus méritos para suceder a Constante. Vortegirn es quien debe reinar. Digno es de ese honor quien no conoce límite en su largueza para con nosotros».

[96]

Sin más, irrumpieron en el dormitorio real, atacaron a Constante y lo mataron, llevando su cabeza a Vortegirn. Cuando éste la vio, fingió gran pena y estalló en lágrimas, aunque nunca en su vida había sido tan feliz como entonces. Convocó al punto a los ciudadanos de Londres, pues era allí donde había tenido lugar el crimen, y, acto seguido, ordenó prender y decapitar a los traidores por haber perpetrado tan nefando homicidio. Hubo quien pensó que aquella traición había sido planeada por Vortegirn y que los Pictos no la hubieran llevado a cabo sin su consentimiento. Otros, en cambio, lo exoneraban de toda culpa. El asunto no quedó nada claro, y los ayos de Aurelio Ambrosio y Úter Pendragón huyeron con ellos a Britania la Menor, temiendo que sus pupilos fueran asesinados por Vortegirn. Allí los recibió el rey Budicio, y los educó con los honores debidos.

2. Vortegirn: los Sajones

[97]

Tan pronto como Vortegirn se apercibió de que no tenía par en el reino, se colocó sobre la cabeza la diadema real y asumió la primacía sobre los demás príncipes de Britania. Pero se divulgó su traición y se sublevaron contra él los pueblos de las islas vecinas a los que los Pictos habían conducido a Albania. Los Fictos, en efecto, estaban indignados con él a causa de los compatriotas asesinados por la muerte de Constante, y no pensaban más que en vengarse. Día a día, Vortegirn se angustiaba más ante los continuos desastres de su ejército en el campo de batalla, atenazándolo también el miedo que le inspiraban Aurelio Ambrosio y su hermano Úter Pendragón, quienes, como se dijo más arriba, habían huido por su causa a Britania la Menor; día a día llenaba sus oídos el rumor de que ya eran hombres crecidos y habían construido una flota enorme para reconquistar el reino que por derecho les pertenecía.

Entretanto, desembarcaron en distintos lugares de Cantia tres navíos de guerra repletos de hombres armados a los que dos hermanos, Horsa y Hengist, acaudillaban. Se hallaba entonces Vortegirn en Dorobernia, la actual Cantuaria, pues acostumbraba a visitar esa ciudad muy a menudo. Cuando sus mensajeros le dijeron que unos hombres desconocidos de gran estatura habían desembarcado en grandes naves, el usurpador les ofreció la paz y ordenó que fuesen conducidos a su presencia. Tan pronto como estuvieron ante él, Vortegirn fijó sus ojos en los dos hermanos,

pues sobresalían claramente de los demás tanto en el noble porte como en la gentileza de su aspecto. Pasó revista al resto y preguntó desde qué país habían viajado y qué motivo los había llevado a su reino. Fue Hengist quien respondió en nombre de sus compañeros, pues así lo aconsejaba su mayor madurez e inteligencia:

—«Oh tú, el más noble de los reyes, sabe que nuestra patria es Sajonia, una de las regiones de Germania, y el motivo de nuestra llegada no es otro que ofrecerte a ti nuestros servicios o, en su defecto, a algún otro príncipe. Hemos sido expulsados de nuestro país por la simple razón de que la tradición de aquel reino así lo demandaba. Pues es costumbre en nuestra patria, cuando la población es demasiado numerosa, que los príncipes de las distintas provincias se reúnan y ordenen a los jóvenes de todo el reino que acudan a su presencia; después, echando suertes, eligen a los más capaces y vigorosos para que se dirijan a reinos extranjeros y se procuren por sí mismos el sustento, librando así al país en el que nacieron de un número excesivo de habitantes. Recientemente, la población de nuestro reino ha crecido en exceso; nuestros príncipes se reunieron y, echando suertes, eligieron a estos jóvenes que aquí ves y les ordenaron obedecer la tradición establecida desde antiguo. Nos designaron a mí, Hengist, y a mi hermano Horsa como sus capitanes, pues procedemos de una estirpe de caudillos. Acatando, pues, normas sancionadas por el paso del tiempo, nos hicimos a la mar y, con Mercurio como guía, alcanzamos las costas de tu reino».

[98]

Cuando oyó mencionar el nombre de Mercurio, el rey mudó el semblante y les preguntó qué religión profesaban. Hengist contestó:

—«Rendimos culto a nuestros dioses patrios, a Saturno, a Júpiter y a los demás que gobiernan el mundo, y especialmente a Mercurio, a quien llamamos Woden en nuestra lengua; nuestros ancestros le consagraron el cuarto día de la semana, que hasta hoy se ha llamado *Wodenesdei*[78], de su nombre. Tras él, rendimos culto a la diosa más potente de todas, a Frea, en cuyo honor consagraron el sexto día de la semana, que llamamos *Fridei*[79], de su nombre».

Replicó Vortegirn:

—«De corazón deploro vuestras creencias, que deberían llamarse con más propiedad descreencias. Me alegro, en cambio, de vuestra llegada, pues se diría que Dios mismo os ha traído aquí en el momento oportuno para aliviar mi necesidad. Pues habéis de saber que el enemigo me acosa por todas partes, y, si compartís conmigo la fatiga de mis batallas, os instalaré en mi reino con todos los honores y os enriqueceré con regalos de todo tipo y con tierras en propiedad».

Convinieron en ello los bárbaros y, confirmado el pacto, permanecieron en la corte de Vortegirn. Inmediatamente después, los Fictos, viniendo de Albania, reunieron un colosal ejército y comenzaron a devastar las zonas septentrionales de la isla. En cuanto Vortegirn lo supo, reunió a sus soldados y, cruzando el Humber, marchó al encuentro del enemigo. Cuando ambos bandos estuvieron frente a frente, trabaron encarnizadísima batalla. Pero no les fue necesario pelear mucho a los Britanos, pues los Sajones combatían con tal denuedo que los enemigos, acostumbrados a vencer, se vieron obligados a emprender vergonzosa huida.

[99]

Una vez obtenida la victoria con ayuda de los Sajones, Vortegirn multiplicó sus dádivas. A Hengist, su caudillo, le

dio muchas tierras en la región de Lindsey para su propio mantenimiento y el de sus camaradas. Pero Hengist, que era un hombre sagaz y astuto, cuando se apercibió de la gran amistad que el rey le profesaba, se dirigió a él en estos términos:

—«Señor, por todas partes te hostiga el enemigo, y son pocos, de entre tus compatriotas, los que te aman. Todos te amenazan con traer a Aurelio Ambrosio desde el país de Armórica y promoverlo a la dignidad real, deponiéndote a ti. Si te parece bien, enviemos mensajeros a mi patria y hagamos venir aquí nuevos guerreros, para así incrementar el número de nuestros combatientes. Y hay una última gracia que solicitaría de tu clemencia, pero temo que rehúses concedérmela».

Vortegirn respondió:

—«Envía legados a Germania e invita a venir a cuantos hombres te parezca oportuno. Y dime qué otra cosa quieres de mí. No rehusaré concedértela».

Hengist inclinó la cabeza y, dándole las gracias, dijo:

—«Me has enriquecido con vastas mansiones y tierras, pero no con aquellos honores que a un caudillo se deben, en atención a la noble sangre de mis antepasados. Me deberías haber dado, además, alguna ciudad o plaza fuerte, y así aumentaría mi dignidad entre los próceres de tu reino. Me podías haber ofrecido el rango de conde o de príncipe, a mí que procedo de una familia que ha ostentado ambos títulos nobiliarios».

Vortegirn respondió:

—«Me está vedado haceros regalos de ese género, pues sois paganos y extranjeros, y no conozco todavía vuestros hábitos y costumbres lo suficiente como para igualaros con mis compatriotas. Incluso si os considerase como conna-

cionales míos, yo solo no podría daros algo que luego fuese desaprobado por los barones de mi reino».

Replicó Hengist:

—«Concédeme entonces a mí, tu humilde siervo, tanto terreno como pueda ser abarcado por una correa, dentro de la hacienda que me has dado, a fin de construir allí una fortaleza a la que retirarme, si hubiere precisión de ello. Soy tu leal vasallo, lo he sido y lo seré, y no dejaré de serte fiel haciendo lo que me propongo llevar a cabo».

Conmovido por estas palabras, el rey accedió a la petición de Hengist y ordenó enviar legados a Germania en busca de guerreros sajones con los que regresar rápidamente a la isla. Sin tardanza, una vez enviados los mensajeros a Germania, Hengist tomó una piel de toro e hizo de ella una sola y larga tira de cuero. Después ciñó con la correa un lugar rocoso, que había elegido con la mayor de las cautelas, y dentro del espacio así delimitado comenzó a construir un castillo que, una vez terminado, tomó el nombre de la correa con que había sido circunscrito: el lugar, conocido en latín como *Castrum Corrigiae*, se llamó después Kaercarrei en lengua británica y Thanecastre[80] en sajón.

[100]

En el ínterin, volvieron los legados de Germania, trayendo consigo dieciocho naves repletas de guerreros cuidadosamente elegidos. Traían también a la hija de Hengist, llamada Ronwen, cuya belleza no tenía par en el mundo. Una vez llegados, Hengist invitó al rey Vortegirn a su casa, para que viese el nuevo edificio y los nuevos soldados que acababan de desembarcar. El rey viajó hasta allí de incógnito, no escatimó elogios a una obra tan rápidamente llevada a cabo y tomó a su servicio a los guerreros recién llega-

dos. Mientras reponía sus fuerzas con un banquete digno de reyes, salió de su cámara Ronwen con una copa de oro llena de vino en las manos; se acercó a Vortegirn, se hincó de hinojos ante él y le dijo:

—«¡*Lauerd king, wasseil*!».

Cuando el rey vio el rostro de la joven, se quedó admirado de su belleza y ardió en deseos de poseerla. Preguntó, por fin, a su intérprete qué es lo que había dicho la muchacha y qué debía responder él. El intérprete dijo:

—«Te ha llamado "Señor rey" y te ha honrado bebiendo a tu salud. Lo que tú debes responder es "Drincheil"».

Vortegirn dijo al punto «¡Drincheil!» y mandó a Ronwen que bebiese; tomó la copa de sus manos, besó a la joven y bebió a su vez. Desde aquel día hasta el de hoy se ha conservado la costumbre en Britania de que el primero que bebe en un banquete diga «¡Wasseil!» al siguiente, y el que recibe la bebida responda «¡Drincheil!». De manera que Vortegirn se embriagó mezclando bebidas y, entrando Satanás en su corazón, se enamoró de la muchacha y pidió a Hengist la mano de su hija. Y digo que Satanás había entrado en su corazón porque, cristiano como era, deseaba unirse a una mujer pagana. Hengist, que era un hombre prudente, descubierta la ligereza de carácter del rey, consultó a su hermano Horsa y a las demás personas de edad que con él estaban qué debía hacerse con la petición del rey. El consejo unánime fue darle la doncella a Vortegirn y pedirle a cambio de ella la provincia de Cantia. Ronwen fue entregada sin tardanza al monarca y la provincia de Cantia a Hengist, a espaldas del conde Gorangón, que allí gobernaba. Aquella misma noche desposó el rey a la mujer pagana, y a fe que quedó complacido más allá de toda medida. Pero este matrimonio le supuso la enemistad inme-

diata de sus barones y de sus propios hijos, pues había engendrado con anterioridad tres de ellos, llamados Vortimer, Katigern y Pascencio.

En aquel tiempo llegó San Germán, obispo de Auxerre, y Lupo, obispo de Troyes, a predicar la palabra de Dios a los Britanos. El cristianismo se había corrompido en la isla no sólo a causa de los paganos que el rey había aceptado en su comunidad, sino también a causa de la herejía pelagiana, cuyo veneno había infectado Britania durante mucho tiempo.

Sin embargo, la predicación de estos santos varones les devolvió la religión de la verdadera fe, que resplandecía a diario en los muchos milagros obrados. Que muchas maravillas realizó Dios a través de ellos, como Gildas nos ha descrito con estilo brillante en su tratado[81].

[101]

Tan pronto como Ronwen fue entregada al rey, Hengist le dijo a Vortegirn:

—«Ahora yo soy tu padre. Debo, por tanto, ser tu consejero. No menosprecies mi consejo, pues con el valor de mi pueblo vencerás a todos tus enemigos. Invitemos a mi hijo Octa a venir aquí, junto con Ebisa, su hermano: son ambos valientes guerreros. Dales las tierras que hay en las zonas septentrionales de Britania, cerca de la muralla entre Deira y Escocia. Contendrán allí las embestidas de los bárbaros, y tú podrás vivir en paz a este lado del Humber».

Asintió Vortegirn y le dijo que invitaría a todo aquel que fuese lo bastante fuerte como para ayudarlo. Se enviaron legados, y llegaron Octa, Ebisa y Cerdic con trescientas naves llenas de hombres armados. Vortegirn los recibió a todos con gentileza y los colmó de regalos. Con su ayuda, vencía siempre a sus enemigos y no había combate

en que no resultara victorioso. Hengist invitaba más y más naves, y cada día aumentaba el número de Sajones. Cuando los Britanos se apercibieron de ello, temerosos de una traición, se dirigieron al rey, pidiéndole que los expulsara del reino. Los paganos no debían, en efecto, tener relación alguna con los cristianos ni mezclarse con ellos, pues lo prohibía la ley cristiana. Tan numerosos eran, además, los llegados que infundían terror a los habitantes del país. Nadie sabía ya quién era pagano y quién cristiano, pues los paganos se habían casado con sus propias hijas y parientas. Poniendo tales objeciones, instaron al rey a que no los mantuviese más a su lado, no fuera que sus compatriotas se viesen sorprendidos por alguna traición. Vortegirn se negó a seguir el consejo de sus súbditos, pues a causa de su esposa amaba a los Sajones más que a ningún otro pueblo. Cuando los Britanos se apercibieron de ello, abandonaron al punto a Vortegirn y, unánimemente indignados, eligieron rey a su hijo Vortimer. Éste, de acuerdo en todo con su pueblo, comenzó a expulsar a los bárbaros, atacándolos y acosándolos con sangrientas incursiones. Cuatro batallas sostuvo contra ellos y en las cuatro salió victorioso: la primera tuvo lugar a la vera del río Derwent; la segunda, en el vado de Episford, y en ella Horsa y Katigern, el segundo hijo de Vortegirn, se dieron muerte mutuamente en combate singular; la tercera, a orillas del mar, adonde el enemigo había huido, embarcando cobardemente en sus navíos y buscando refugio en la isla de Thanet. Allí les puso sitio Vortimer y los hostigaba a diario con ataques navales. Cuando no pudieron soportar por más tiempo el asalto de los Britanos, enviaron al rey Vortegirn —que había estado junto a ellos en todos los combates— como emisario a su hijo Vortimer, pidiéndole licencia para partir y regresar sanos y salvos a Germania. Mientras padre e hijo celebra-

ban estas conversaciones, los Sajones aprovecharon la ocasión para embarcar en sus naves de guerra y, abandonando a sus mujeres y a sus hijos, volvieron a Germania[82].

[102]

Tan pronto como Vortimer hubo obtenido la victoria, comenzó a devolver a sus primitivos propietarios las posesiones que les habían sido arrebatadas, y a tratar a sus súbditos con afecto y honor, y a restaurar sus iglesias a petición de San Germán. Pero el diablo miró con malos ojos su bondad y, entrando en el corazón de su madrastra Ronwen, la indujo a maquinar su asesinato. De manera que Ronwen se hizo con una amplísima colección de venenos y le dio a beber uno de ellos a Vortimer por medio de un sirviente a quien había corrompido con innumerables regalos. Cuando aquel famoso guerrero lo hubo bebido, se vio afectado por una repentina debilidad que le negaba toda esperanza de supervivencia. Sin tardanza, ordenó que acudieran a su presencia todos sus soldados y, diciéndoles que se estaba muriendo, distribuyó entre ellos su oro y su plata, y cuanto habían acumulado sus ancestros. Como sus hombres lloraran y se lamentaran, él los consolaba afirmándoles que el camino que estaba a punto de emprender era el que esperaba a toda carne mortal. Y a sus bravos y jóvenes guerreros, a los que había tenido siempre a su lado en sus campañas militares, los exhortó a pelear por su patria y a defenderla de los ataques enemigos. Movido, en fin, por un impulso de audacia y osadía, ordenó construir una pirámide de bronce y colocarla en el puerto donde los Sajones solían desembarcar. Al morir él, su cuerpo sería sepultado en la parte superior de esa pirámide, para que, al ver su tumba, los bárbaros volvieran velas y regresasen a Germania. Y decía que ninguno de ellos se atrevería a acercarse después de contemplar su tumba. ¡Qué gran coraje el de

este hombre que deseó ser temido después de muerto por aquellos a quienes había aterrorizado en vida! Sin embargo, una vez difunto, los Britanos obraron de manera completamente diferente y sepultaron su cuerpo en la ciudad de Trinovanto.

[103]

A la muerte de su hijo, Vortegirn volvió a acceder al trono. Conmovido por las súplicas de su esposa, envió mensajeros a Hengist, a Germania, para pedirle que volviera a Britania, pero de manera privada y con pocos hombres, pues temía que, de no hacerlo así, podría surgir la discordia entre bárbaros y paisanos. Tan pronto como Hengist supo que Vortimer había muerto, reunió trescientos mil guerreros, aparejó una flota y regresó a Britania. Cuando Vortegirn y los príncipes del reino se enteraron de la llegada de tan ingente multitud, se irritaron sobremanera y decidieron conjuntamente combatir a los Sajones y expulsarlos de sus costas. Para informarlo de esta decisión, la hija de Hengist envió mensajeros a su padre, y éste, una vez recibida la noticia, se debatía considerando qué sería mejor hacer para calmar los ánimos de Vortegirn. Después de darle muchas vueltas, adoptó una línea de acción basada en traicionar al pueblo de Britania convenciéndolo de que sus intenciones eran pacíficas. Envió, pues, legados al rey, asegurando que no había traído tal multitud de hombres con la intención de que se quedasen con él en el reino, ni pretendía violentar el país con el concurso de esa muchedumbre. Los había traído porque pensaba que Vortimer estaba aún vivo y se proponía hacerle frente con ellos, cuando Vortimer lo atacase. Pero que, pues estaba claro que Vortimer había muerto, se ponía a sí mismo y a su pueblo a disposición de Vortegirn. De tan gran hueste, el rey retendría en su reino los hombres que juzgase oportuno, y

aquellos que fueran despedidos regresarían con su venia a Germania sin dilación. Y, si Vortegirn estaba de acuerdo, entonces Hengist le pedía nombrar un día y un lugar donde reunirse y disponerlo él todo según la voluntad real. Mucho le agradó al rey recibir estas nuevas, pues le repugnaba la idea de que Hengist se marchara otra vez. Finalmente, ordenó que Britanos y Sajones se reunieran junto al monasterio de Ambrio[83] et primer día del mes de mayo, que estaba próximo, y que allí se sancionarían los acuerdos. [104]

Todo estaba conforme por ambas partes. Entonces Hengist ideó una nueva traición y ordenó a cada uno de sus guerreros que ocultara un cuchillo largo en las botas. Cuando los Britanos, sin sombra de sospecha, se encontrasen discutiendo los términos de la entrevista, él les daría esta señal: «*Nimed oure saxes*»[84], y cada uno de ellos atacaría audazmente al Britano que más cerca estuviese, degollándolo al punto con el cuchillo que tenía escondido. Llegó el día acordado, y todos se reunieron en la mencionada ciudad y comenzaron a hablar del modo en que la paz debía fijarse. Cuando vio Hengist que había llegado el momento de la traición, gritó «*¡Nime oure saxes!*» e inmediatamente se apoderó de Vortegirn, asiéndolo del manto. Oída la señal, los Sajones sacaron sus cuchillos y acometieron a los barones que tenían al lado, degollándolos sin piedad en número de cuatrocientos sesenta, entre condes y príncipes. Después sepultaría el piadoso Eldado sus cuerpos, siguiendo el rito cristiano, no lejos de Kaercaradoc, la actual Salisbury, en un camposanto lindante con el monasterio del abad Ambrio, que fue otrora su fundador. Pues los Britanos habían venido sin armas, con la atención fija en la conferencia de paz, por lo que los Sajones, que no pensaban sino

en su traición, pudieron fácilmente darles muerte, desarmados como se hallaban.

[105]

Sin embargo, los paganos no consiguieron su objetivo impunemente, pues muchos de ellos fueron muertos cuando intentaban asesinar a sus desprevenidos rivales. Los Britanos, en efecto, cogiendo piedras y palos del suelo, se defendían golpeando a los traidores. Allí estaba, por caso, Eldol, señor de Gloucester, quien, vista la traición, tomó una estaca que había encontrado al azar y procedió a defenderse de sus enemigos con ella. Al que alcanzaba con su improvisada arma le rompía algún miembro y lo enviaba al Tártaro; destrozó cráneos, brazos, hombros y piernas, sembrando el terror entre los Sajones, y no se movió de aquel lugar antes de haber matado setenta hombres con su estaca. Cuando no pudo ya hacer frente a tan elevado número de enemigos, se alejó de allí y buscó refugio en su propia ciudad. Muchos cayeron de ambos bandos en la refriega, pero los Sajones acabaron alzándose con la victoria, ya que los Britanos, no sospechando traición alguna, se hallaban desarmados y no podían oponerles la debida resistencia. Los vencedores no quisieron matar a Vortegirn para dar cima a su nefanda empresa; se contentaron con encadenarlo y amenazarlo de muerte, pidiéndole a cambio de su vida sus ciudades y plazas fuertes. Les concedió cuanto pidieron, con tal de escapar vivo de aquel trance. Cuando se lo hubo confirmado mediante juramento, lo liberaron de sus cadenas y, dirigiéndose a Londres, se apoderaron de la ciudad. Tomaron luego Eboraco, Lincoln y Güintonia, devastando las comarcas circundantes. Atacaban a los paisanos como atacan los lobos al rebaño de ovejas que el pastor ha desamparado. Cuando Vortegirn vio tal desastre, se retiró a

Cambria, no sabiendo qué hacer contra pueblo tan execrable.

3. Historia y profecías de Merlín

[106]

Finalmente, Vortegirn convocó a sus magos, les pidió su opinión y les ordenó que le dijeran qué debía hacer. Le dijeron que se construyese una torre muy recia, a la que podía retirarse a salvo cuando perdiese todas las demás fortalezas. Recorrió gran número de lugares con vistas a encontrar uno adecuado para su torre y llegó al fin al monte Erir[85], donde, reunidos albañiles de diferentes partes del país, ordenó levantarla. Los obreros comenzaron a poner los cimientos. Sin embargo, lo que ellos construían un día, la tierra se lo tragaba al siguiente, de manera que no sabían adonde iba a parar su obra. Lo supo Vortegirn y consultó de nuevo a sus magos, pidiéndoles una explicación del suceso. Éstos le dijeron que buscase un muchacho sin padre y que, una vez encontrado, lo matase, regando la argamasa y las piedras con su sangre. Si hacía esto, le aseguraban que los cimientos se mantendrían firmes. Despacha al punto mensajeros a todas las provincias en busca de un joven de estas características. Los enviados llegan a una ciudad que más tarde se llamó Carmarthen y, viendo allí jugando a unos muchachos junto a la puerta de la ciudad, se acercaron a verlos jugar. Fatigados por el viaje, se sentaron en corro, esperando encontrar lo que buscaban. Finalmente, cuando hubo transcurrido la mayor parte del día, una repentina querella surgió entre dos de los jóvenes, cuyos nombres eran Merlín y Dinabucio. En la discusión dijo Dinabucio a Merlín:

—«¿Por qué intentas rivalizar conmigo, necio? Nunca podrás competir conmigo en nobleza. Yo procedo de sangre real por ambas partes de mi familia. En cuanto a ti, nadie sabe quién eres, pues nunca tuviste padre».

A estas palabras los mensajeros alzaron sus cabezas y, con los ojos fijos en Merlín, preguntaron a los transeúntes quién era. Éstos le dijeron que nadie sabía quién era su padre, pero que su madre era hija de un rey de Demecia y vivía en esa misma ciudad, en la iglesia de San Pedro, junto con varias monjas.

[107]

No perdieron el tiempo los enviados. Se dirigieron presurosos al gobernador de la ciudad y le ordenaron en nombre del rey que enviase a Merlín y a su madre a Vortegirn, para que el rey hiciese su voluntad con ellos. Conducidos a su presencia, Vortegirn recibió a la madre con toda cortesía, pues sabía que procedía de noble cuna. Después le preguntó quién era el padre del muchacho. Ella dijo:

—«Como vive mi alma y la tuya, mi rey y señor, que no conocí a nadie que me hiciera este hijo. Sólo sé una cosa, y es que, mientras me hallaba en mis habitaciones con mis doncellas, solía visitarme alguien bajo la apariencia de un joven muy gentil. A menudo, estrechándome entre sus brazos, me besaba. Tras haber estado conmigo un breve espacio de tiempo, desaparecía súbitamente, de manera que no podía verlo más. Muchas veces, también, cuando yo estaba sentada sola, hablaba conmigo, pero sin hacerse visible. Después de haberme frecuentado de ese modo bastante tiempo, se unió a mí muchas veces, como un hombre lo hace, y me dejó embarazada. Que tu inteligencia decida, mi señor, quién engendró en mí a este muchacho, pues no he conocido ningún otro varón».

Estupefacto, el rey manda llamar a Maugancio, para que le diga si es o no posible lo que la mujer ha dicho. Traen a Maugancio, quien, después de escuchar toda la historia, punto por punto, dice a Vortegirn:

—«He leído en los libros de nuestros sabios y en numerosas historias que muchos hombres han sido concebidos de semejante forma. Como afirma Apuleyo en su tratado *De deo Socratis*, habitan entre luna y tierra ciertos espíritus a los que llamamos demonios íncubos. Participan de la naturaleza de los hombres y de los ángeles y, cuando quieren, adoptan figuras humanas y cohabitan con mujeres. Quizá uno de ellos se apareció a esa mujer y engendró en ella al muchacho».

[108]

Merlín, que lo escuchaba todo, se acercó al rey y dijo:

—«¿Por qué nos han traído a mi madre y a mí a tu presencia?».

Vortegirn respondió:

—«Mis magos me aconsejaron que buscase a un hombre sin padre. Si consigo regar con su sangre mi torre, ésta se mantendrá firme».

Dijo entonces Merlín:

—«Di a tus magos que comparezcan ante mí. Les demostraré que mienten».

El rey quedó asombrado de lo que acababa de oír. Ordenó venir a sus magos y sentarse frente a Merlín. Éste dijo:

—«Como no sabéis qué es lo que obstaculiza los cimientos de la torre en construcción, habéis aconsejado que mi sangre se mezcle con la argamasa para que, de ese modo, el edificio se mantenga firme. Pero decidme, ¿qué es lo que yace oculto bajo los cimientos? Pues no cabe duda de que hay algo que impide mantenerse firme a la torre».

Los magos, aterrorizados, enmudecieron. Entonces Merlín, también llamado Ambrosio, dijo:

—«Mi rey y señor, llama a tus obreros y ordénales cavar en tierra. Bajo ella encontrarás un estanque, que es lo que no permite tenerse en pie a la torre».

Así se hizo, y encontraron bajo tierra un estanque que hacía el suelo movedizo. De nuevo se acercó Ambrosio Merlín a los magos y les dijo:

—«Decidme, aduladores embusteros, ¿qué es lo que hay debajo del estanque?».

Guardaron silencio, incapaces de articular palabra. Y Merlín dijo al rey:

—«Ordena vaciar el estanque por medio de canales y verás en el fondo dos piedras huecas y, dentro de ellas, dos dragones durmiendo».

El rey dio crédito a las palabras de aquel que ya había acertado en lo del estanque, y ordenó vaciarlo. Nada lo había asombrado tanto en su vida como Merlín. También estaban asombrados todos cuantos allí estaban presentes ante tanta clarividencia, y juzgaban que un dios habitaba en él.

[109]

No había yo llegado aún a este punto de mi historia cuando, en razón a lo mucho que se hablaba acerca de Merlín, me instaron a hacer públicas sus profecías contemporáneos míos de todas las provincias, y especialmente Alejandro, obispo de Lincoln, barón de la más alta piedad y sabiduría; no había ningún otro varón en el reino, clérigo o seglar, a quien sirviesen tantos caballeros, pues la santidad de sus costumbres y su proverbial generosidad los atraían a su servicio. De modo que, queriendo satisfacer su curiosi-

dad, traduje las profecías y se las envié con una carta redactada en estos términos:

[110]

La admiración que en mí despierta tu nobleza, oh Alejandro, prelado de Lincoln, no me deja otra opción que trasladar de la lengua británica a la latina las Profecías de Merlín, antes de haber dado fin a la historia que había comenzado acerca de los hechos de los reyes britanos. Mi intención era completar esa obra primero y aplicarme después a dar cima a esta otra, pues temía que, realizando ambas labores a la vez, fuese menor mi habilidad en darles cumplimiento a una y a otra. Sin embargo, estaba de antemano seguro de la indulgencia que la discreción de tu sutil ingenio me otorgaría, y por ello acerqué a mis labios la agreste caña y, con modulación plebeya, traduje para ti esta obra, escrita en una lengua por ti desconocida. Mucho me admira que te hayas dignado encomendar esta tarea a una pluma tan pobre como la mía, cuando la vara de tu poder podía haber dispuesto de tantos otros hombres, más sabios y más ricos que yo, para regalar los oídos de tu Minerva con el deleite de un canto más sublime. Y, pasando por alto a todos los sabios de la isla entera de Britania, no me ruboriza en modo alguno confesar que eres tú y tú solo quien, mejor que nadie, lo cantarías con intrépida lira, si tu altísimo honor no te llamase a otras preocupaciones. Sea como fuere, puesto que has decidido que Geoffrey de Monmouth haga sonar su avena en esta pieza adivinatoria, no dejes de mostrarte favorable a sus modulaciones y, si produce algún sonido inapropiado o incorrecto, saca la férula de tus Camenas[86] *y endereza sus pasos hacia el camino de la armonía.*

[111]

Estaba Vortegirn, el rey de los Britanos, sentado a orillas del estanque recién vaciado cuando surgieron dos dragones, uno blanco y otro rojo. Cuando estuvieron cerca, entablaron cruel combate, echando fuego por las narices. El dragón blanco llevó al principio la mejor parte y obligó al dragón rojo a huir a un extremo de la laguna. Pero éste no toleró verse acorralado y, atacando a su rival, lo obligó a retroceder. Contendían de esta manera cuando el rey ordenó a Ambrosio Merlín que le explicara el significado de la batalla entre los dragones. Merlín, al punto, estalló en lágrimas y, abandonándose a un trance profetice, dijo:
[112]

—«¡Ay del dragón rojo, pues su aniquilación está próxima! Su caverna será ocupada por el dragón blanco, que se identifica con los Sajones a los que has invitado. El rojo representa al pueblo de Britania, que será sometido por el blanco.

»Sus montañas y valles serán igualados, y los ríos que surcan los valles manarán sangre en vez de agua. El culto de la religión será abolido y se hará manifiesta la ruina de las iglesias.

»Al final prevalecerá la raza oprimida y se alzará contra la crueldad de los invasores. El jabalí de Cornubia[87] vendrá en su ayuda y pisoteará los cuellos enemigos con sus pezuñas. Las islas del Océano caerán en su poder y los bosques de Galia serán suyos. Temblará la casa de Rómulo ante su crueldad, y su final será dudoso. Andará en boca de los pueblos, y sus hazañas servirán de alimento a los narradores de historias. Seis de sus descendientes empuñarán el cetro, pero después de ellos resurgirá el gusano germánico.

»A éste el lobo del mar lo exaltará y lo acompañarán las selvas de África. La religión será destruida por segunda vez

y cambiarán las sedes de los primados. La dignidad de Londres enaltecerá a Dorobernia y el séptimo pastor de Eboraco será visitado en el reino de Armórica. Menevia se cubrirá con el manto de Ciudad de las Legiones, y un predicador de Hibernia enmudecerá a causa de un niño nonato. Lloverá sangre, y una espantosa hambre afligirá a la humanidad. Gemirá el dragón rojo ante estos sucesos, pero, después de tanto infortunio, recuperará su vigor.

»La calamidad perseguirá entonces al dragón blanco, y se vendrán abajo los edificios de sus granjas. Siete portadores de cetro perecerán, y uno de ellos será santificado. Los vientres de las madres serán rajados y los niños nacerán antes de tiempo. Enormes sufrimientos padecerán los hombres, a fin de que los naturales del país recobren el poder perdido. Quien dará cumplimiento a estas cosas será un hombre vestido de bronce, y, durante mucho tiempo, guardará las puertas de Londres a lomos de un broncíneo caballo[88].

»Entonces volverá él dragón rojo a sus propias costumbres y se esforzará en dañarse a sí mismo. Sobrevendrá después la venganza del Tonante, por cuanto todas las campiñas defraudarán las esperanzas de los labradores. La muerte se apoderará de las gentes y destruirá todas las naciones. Los supervivientes abandonarán el suelo natal y sembrarán en campos extranjeros.

»Un santo rey[89] equipará una flota, y será considerado el duodécimo en la corte de los bienaventurados. Una lastimosa desolación se enseñoreará del reino, y las eras de las cosechas se tornarán bosques impenetrables. Resurgirá de nuevo el dragón blanco, e invitará a la hija de Germania. Nuestros campos se llenarán de semilla extranjera y el dragón rojo languidecerá en un extremo del estanque. Enton-

ces el gusano de Germania será coronado y el príncipe de bronce será abatido. Le fue asignado un límite que, no será capaz de traspasar.

[113]

»Durante ciento cincuenta años permanecerá inquieto y sometido, pero a lo largo de trescientos más ocupará el trono.

»Entonces el aquilón se levantará contra él y arrancará las flores que el céfiro engendró. Se dorarán los templos, y el filo de la espada no descansará. A duras penas conseguirá escapar a sus cavernas el gusano germánico, pues caerá sobre él la venganza por su traición.

»Al final no durarán mucho sus fuerzas, pero una gran mortandad de Neustria lo perjudicará. Una raza[90] vendrá en madera y en túnicas de hierro que tomará venganza de su perversidad. Devolverá sus casas a los primitivos habitantes, y se hará manifiesta la ruina de los extranjeros. La semilla del dragón blanco será arrancada de nuestros campos y los restos de su progenie serán diezmados. Llevarán el yugo de una perpetua esclavitud y herirán a su propia madre con arados y azadones.

»Seguirán dos dragones[91], uno de los cuales será asesinado por el aguijón de la envidia, mientras que el otro volverá bajo la apariencia de un hombre.

»Vendrá después un león de justicia[92] a cuyo rugido temblarán las torres de Galia y los dragones de la isla. En sus días el oro se obtendrá a partir del lirio y de la ortiga, y la plata brotará de las pezuñas de los mugidores. Los que llevan el pelo rizado se vestirán de lanas de diversos colores, y sus ropas externas denotarán lo que hay en su interior. Se cortarán las patas a los animales que ladran; las fieras tendrán paz; la humanidad se quejará de su castigo. La forma

del comercio se partirá en dos, y la mitad será redonda. Se perderá la rapacidad de los milanos, y los dientes de los lobos se embotarán. Los cachorros del león se transformarán en peces marinos, y su águila anidará sobre el monte Aravio[93]. Enrojecerá Venedocia en sangre materna, y la casa de Corineo matará a seis hermanos. La isla se humedecerá con lágrimas nocturnas, y todos serán llamados a todo. **[94]**

[114]

»Los descendientes se esforzarán por sobrevolar las cosas más altas, pero el favor de los recién llegados se elevará muy alto. La piedad perjudicará al que ha heredado bienes de impíos, hasta que se revista de su propio padre. Armado de los dientes del jabalí, escalará las cumbres de las montañas y la sombra del hombre con casco. Arderá Albania en indignación y, convocando a sus vecinos, se dedicará a derramar sangre. Le será impuesto un freno a sus fauces, y será fabricado en la bahía de Armórica. El águila del pacto roto lo dorará, y se regocijará en su tercera nidada. Los cachorros de la bestia rugiente despertarán y, dejando los bosques, cazarán dentro de las murallas de las ciudades. No pequeña matanza sembrarán entre sus adversarios, y cortarán las lenguas de los toros. Cargarán de cadenas los cuellos de las bestias rugientes y renovarán los tiempos de sus antepasados.

»A partir de entonces, desde el primero al cuarto, del cuarto al tercero, del tercero al segundo, el pulgar girará en aceite. El sexto derribará las murallas de Hibernia y convertirá en llanura sus bosques. Unificará las diferentes partes y será coronado con la cabeza de un león. Su comienzo dependerá de su inestable estado de ánimo, pero su final se remontará hacia los que están en lo alto. Restaurará, en efecto, las sedes de los santos a lo largo y ancho del país, y

establecerá pastores en los lugares convenientes. Dotará de dos palios a las ciudades y ofrecerá a las vírgenes regalos virginales. Se hará acreedor con ello al favor del Tonante y ocupará un lugar entre los santos.

[115]

»Saldrá de él un lince que todo lo penetra, y se cernirá sobre la ruina de su propia raza. Neustria perderá por su culpa ambas islas[95] y será despojada de su anterior grandeza. Después regresarán a la isla sus habitantes, pues surgirá una disensión entre los extranjeros. Además, un anciano de níveos cabellos, a lomos de un caballo blanco como la nieve, desviará el curso del río Perirón[96] y, junto a su corriente, medirá un molino con su vara blanca. Llamará Cadvaladro a Conan y hará una alianza con Albania. Entonces será el exterminio de los extranjeros; entonces los ríos manarán sangre; entonces entrarán en erupción las montañas de Armórica y serán coronadas con la diadema de Bruto. Cambria exultará de alegría y reverdecerán los robles de Cornubia. La isla volverá a llamarse por el nombre de Bruto y se perderá la denominación que los extranjeros le dieron.

»De Conan surgirá un belicoso jabalí que ejercitará sus afilados colmillos en los bosques de Galia: cercenará los robles grandes y protegerá a los pequeños. Lo temerán los Árabes y los Africanos, pues llegará en el ímpetu de su carrera hasta los más remotos confines de Hispania.

»Lo sucederá el macho cabrío del castillo de Venus, con áureos cuernos y argéntea barba. Tanta niebla despedirá por sus narices que la superficie de la isla quedará ensombrecida por entero. Habrá paz en sus días, y la fertilidad de la tierra multiplicará las cosechas. Las mujeres caminarán como serpientes, y cada uno de sus pasos estará lleno de

arrogancia. Los castillos de Venus serán restaurados y las saetas de Cupido no cesarán de herir. Se volverán de sangre las fuentes del Amne[97], y dos reyes combatirán cuerpo a cuerpo por la leona del Vado del Báculo[98]. La tierra dará frutos en exceso y la humanidad no dejará de fornicar.

»Tres generaciones serán testigos de todo esto, hasta que los reyes sepultados en la ciudad de Londres sean desenterrados. Entonces volverá de nuevo el hambre, volverá la muerte, y los ciudadanos lamentarán la ruina de sus ciudades.

»Y vendrá el jabalí del comercio, y guiará otra vez los dispersos rebaños a los pastos perdidos. Su pecho servirá de alimento al hambriento y su lengua aliviará la sed del sediento. De su boca brotarán ríos que bañarán las secas gargantas de los hombres. Entonces nacerá un árbol en lo alto de la torre de Londres. Ufano con sólo tres ramas, ensombrecerá la isla entera con la amplitud de sus hojas. Contra él vendrá Bóreas y, con su aliento pernicioso, le arrebatará la tercera de sus ramas; pero las dos restantes ocuparán el lugar de la arrancada, hasta que la primera aniquile a la segunda debido a la abundancia de sus hojas; la última rama obtendrá después el lugar de las otras dos, y ofrecerá sustento a los pájaros venidos de países extranjeros; será considerado nocivo para las aves patrias, pues por miedo a su sombra perderán su poder de volar libremente.

»Lo sucederá un asno de iniquidad, ligero contra los orfebres, pero lento contra la rapacidad de los lobos.

[116]

»En esos días arderán las encinas por los bosques y brotarán bellotas en las ramas de los tilos. El mar del Severn fluirá a través de siete bocas y el río Usk hervirá durante siete

meses: los peces morirán a causa del calor y de ellos nacerán serpientes.

»Se enfriarán los baños de Bath y sus salubres aguas engendrarán muerte.

»Londres deplorará la muerte de veinte mil y el Támesis se mudará en sangre. Los que llevan cogulla serán llamados al matrimonio y sus gritos se oirán en las montañas de los Alpes.

»En la ciudad de Güintonia tres fuentes brotarán, dando origen a tres arroyos que dividirán la isla en tres partes. El que bebiere del primero disfrutará de una larga vida y nunca se verá afligido por ningún tipo de enfermedad; el que bebiere del segundo perecerá víctima de una insaciable hambre, y el horror y la palidez se reflejarán en su rostro; el que bebiere del tercero morirá de muerte repentina, y su cuerpo no podrá ser sepultado. Queriendo evitar voracidad tan grande, se esforzarán en ocultar las corrientes dañinas con diferentes envolturas; pero cualquiera que fuere el material empleado para taparlas, adquirirá la forma de otra sustancia. Tan pronto como fueren colocadas allí, la tierra se mudará en piedras, las piedras en linfa, la madera en cenizas, la ceniza en agua.

»No obstante, de la ciudad del bosque de Canuto[99] será enviada una muchacha para poner remedio a este problema. Después de utilizar todas sus artes, logrará secar con su solo aliento las fuentes nocivas. Después, cuando haya repuesto fuerzas por medio de un licor vigorizante, se llevará en su mano derecha el bosque de Calidón[100] y en la izquierda las defensas de las murallas de Londres. Por donde pase, dejará huellas sulfúreas que humearán con una doble llama. Ese humo excitará a los Rutenos y proporcionará alimento a las criaturas submarinas. Verterá ella numerosas

lágrimas de compasión, y llenará la isla con el clamor horrible de sus lamentos. La matará un ciervo de diez astas, cuatro de las cuales llevarán coronas de oro; las seis restantes se tornarán cuernos de búbalos que agitarán con abominable sonido las tres islas de Britania.

»Despertará el bosque Daneo[101] y, prorrumpiendo con voz humana, exclamará:

»—"Ven, Cambria. Trae contigo a Cornubia. Di a Güintonia: 'Te tragará la tierra. Traslada la sede de tu pastor allí donde las naves abordan, y que los demás miembros sigan a la cabeza. Se acerca el día en que tus ciudadanos perecerán debido a sus crímenes de perjurio. La blancura de tus lanas te ha dañado, y la variedad de sus tinturas. ¡Ay del pueblo perjuro, pues su ilustre ciudad se vendrá abajo por su culpa!'".

»Las naves se regocijarán ante tanta ganancia, y de dos cosas no quedará más que una. La reconstruirá un erizo cargado de frutas, a cuyo olor acudirán volando los pájaros de muchos bosques. Un palacio enorme añadirá, y lo rodeará de seiscientas torres. Londres lo verá con envidia y reforzará el triple sus murallas. La ceñirá por todas partes el río Támesis, y la noticia de esta gran obra de ingeniería traspasará los Alpes. El erizo ocultará sus frutas en Güintonia y trazará caminos subterráneos. En ese tiempo las piedras hablarán, y el mar por el que se navega rumbo a Galia se reducirá a un estrecho canal. Desde ambas orillas podrá un hombre oír a otro hombre, y la superficie de la isla aumentará. Se revelarán los secretos de las criaturas submarinas, y Galia temblará de miedo.

»Después saldrá del bosque de Calaterio una garza que sobrevolará la isla por espacio de dos años. Llamará con nocturno graznido a los seres volátiles y reunirá consigo a

todo género de aves. Irrumpirán en los campos de cultivo de los mortales y devorarán todos los granos de las mieses.

»El hambre se enseñoreará del pueblo y, tras el hambre, una terrible mortandad. Pero, tan pronto como la calamidad hubiere cesado, el detestable alado se dirigirá al valle de Gálabes, y lo levantará hasta convertirlo en una altísima montaña. Plantará en su cumbre una encina y anidará en sus ramas. Tres huevos pondrá en el nido, y de ellos nacerán un zorro, un lobo y un oso. Devorará el zorro a su madre y llevará una cabeza de asno. De esta monstruosa guisa, aterrorizará a sus hermanos y los pondrá en fuga hasta Neustria. Allí, a su vez, éstos harán salir al jabalí colmilludo y, al volver juntos en un navío, combatirán de nuevo con el zorro. Éste, en cuanto comenzare la lucha, se fingirá muerto y suscitará la piedad del jabalí. Se acercará en seguida al cadáver y, poniéndose encima, soplará sobre sus ojos y su cara. El zorro, no olvidando su vieja astucia, le morderá la pata izquierda y se la arrancará por completo del cuerpo; y, dando un salto, le arrebatará también la oreja derecha y la cola, e irá a ocultarse en las cavernas de los montes. El burlado jabalí requerirá del lobo y del oso que le sean restituidos sus miembros amputados. Éstos, una vez hecha suya la causa, le prometerán dos patas, y orejas, y cola, con las cuales componer auténticos miembros de puerco. El jabalí convendrá en ello y esperará la prometida restitución. Entretanto, descenderá el zorro de las montañas, se transformará en lobo y, con el pretexto de mantener una conversación con el jabalí, se acercará taimadamente a él y lo devorará por entero. Después se convertirá en jabalí y, fingiendo haber perdido los antedichos miembros, esperará la llegada de sus hermanos. Y, al llegar éstos, los matará de improviso a dentelladas y será coronado con una cabeza de león.

»En los días del zorro nacerá una serpiente que amenazará con la muerte a los seres humanos. Rodeará Londres con su larguísima cola y devorará a los transeúntes. Un buey montaraz se pondrá una cabeza de lobo y blanqueará sus dientes en el taller del Severn. Agrupará en su torno a los rebaños de los Albanos y de Cambria, que beberán de las aguas del Támesis hasta secarlo. Un asno llamará a un macho cabrío de larga barba, y ambos intercambiarán sus apariencias. Se indignará entonces el montaraz y, llamando al lobo, se convertirá en toro provisto de cuernos contra ellos. Tras haber descargado su rigor, devorará sus carnes y huesos, pero será incinerado en la cumbre del Urián[102]. Las cenizas de la pira funeraria se mutarán en cisnes que nadarán sobre terreno seco igual que sobre un río. Peces devorarán y engullirán hombres. Cuando les llegue la vejez, se convertirán en linces submarinos, y submarinas asechanzas maquinarán. Hundirán los astilleros y acumularán numerosa plata.

»Fluirá el Támesis de nuevo; reunirá las aguas de sus afluentes y desbordará los límites de su cauce.

»Se anexará las fuentes de Gálabes, llenas de engaño y de iniquidad. A consecuencia de esto se originarán sediciones que inducirán a los Venedocios a combatir. Se agruparán los robles de los bosques y se enfrentarán con las rocas de los Gewiseos. Un cuervo volará con los milanos y devorará los cadáveres de los muertos. Un búho anidará sobre las murallas de Gloucester y en su nido será incubado un asno. La serpiente de Malvern lo criará y le enseñará muchas falacias. El asno será coronado, llegará a lo más alto y aterrorizará al pueblo con su horrible rebuzno. En sus días se tambalearán los montes Pacayos y las provincias se verán despojadas de sus bosques. Vendrá, en efecto, un gusano de

aliento ígneo y quemará los árboles con su vaho mortífero. De él saldrán siete leones, desfigurados por unas cabezas de machos cabríos. Con el hedor exhalado por sus narices corromperán a las mujeres, y harán comunes a las que tuvieren marido. El padre no sabrá quién es su hijo, pues todos retozarán a la manera del ganado.

»Entonces surgirá un auténtico gigante de iniquidad que aterrorizará a todos con el penetrante fulgor de sus ojos. Se levantará contra él el dragón de Wigornia[103], e intentará destruirlo. Trabada la batalla, el dragón será vencido y muerto por la perversidad del triunfador. Trepará, en efecto, por el dragón y, quitándose los vestidos, se sentará desnudo sobre él. El dragón se lo llevará por los aires y golpeará su cuerpo desnudo con su erguida cola. Pero el gigante recobrará su fuerza y quebrará las fauces de aquél con su espada. Finalmente, el dragón quedará enredado en los anillos de su cola y morirá envenenado.

»Lo sucederá el jabalí de Totnes, y oprimirá al pueblo con cruel tiranía. Gloucester enviará un león que inquietará al rabioso en diversos combates. Lo pisoteará con sus pies y lo asustará con las fauces abiertas. Finalmente, el león contenderá con el propio reino, y se *alzará* sobre las espaldas de los nobles. Aparecerá entonces un toro en medio del conflicto y golpeará al león con su pezuña diestra. Lo expulsará de todos los albergues del reino, pero se romperá los cuernos contra las murallas de Exonia. El zorro de Kaerdubal vengará al león y devorará al toro por entero con sus dientes. La culebra de Lincoln se enroscará alrededor del zorro, y su horrible silbido anunciará su presencia a numerosos dragones. Pelearán después los dragones y se harán pedazos mutuamente. El que tiene alas oprimirá al que no las tiene, y clavará sus uñas ponzoñosas en las qui-

jadas de su enemigo. Acudirán otros dos a la batalla y se matarán entre sí. Un quinto dragón sucederá a los muertos y destruirá a los dos restantes por medio de diversas estratagemas. Se encaramará sobre el lomo de uno con una espada y le separará la cabeza del cuerpo. Se despojará de su camisa y, dirigiéndose al segundo, lo agarrará por la cola con ambas manos. Desnudo, logrará vencer a aquel contra el que, vestido, nada pudo. Atormentará a los demás trepando sobre sus lomos y los hará entrar en la redondez del reino. Vendrá entonces un león rugiente, temible en su monstruosa ferocidad. Reducirá tres veces cinco partes a una sola, y él solo ejercerá el poder sobre el pueblo. Un gigante del color de la nieve resplandecerá, y procreará un pueblo radiante. Los placeres debilitarán a los príncipes, y sus súbditos se transformarán en bestias salvajes. De entre ellas nacerá un león, atiborrado de sangre humana. Un hombre con una hoz será su ayudante en la siega; cuando el hombre se distrajere, será abatido por el león.

»El auriga de Eboraco apaciguará los ánimos y, expulsando a su amo, se apoderará del carro que conducía. Con la espada desenvainada amenazará al Oriente, y llenará de sangre los surcos trazados por sus ruedas. Se volverá después pez marino que, al silbido de la serpiente, se unirá a ella. De esa unión nacerán tres fulgurantes toros que, tras haber devorado sus pastos, se convertirán en árboles. El primero llevará un látigo de víboras y le dará la espalda al segundo. Éste se esforzará por quitarle el látigo, pero será el tercero quien se apodere de él. No se mirarán mutuamente a la cara hasta que se hayan desprendido del vaso envenenado.

»Lo sustituirá un granjero de Albania, a quien una serpiente amenazará por la espalda. Se dedicará a remover la

tierra a fin de que el país resplandezca de cosechas. La serpiente se afanará en propagar su veneno para que no se desarrollen las espigas. Una calamidad mortal consumirá al pueblo, y las murallas de las ciudades serán derribadas. El remedio será la ciudad de Claudio[104], que interpondrá a la hija del flagelante. Ésta, en efecto, llevará la balanza de la medicina, y la isla se restablecerá en poco tiempo. Dos hombres empuñarán el cetro después, y un dragón cornudo los servirá a ambos. Vendrá el primero revestido de hierro y cabalgará una serpiente voladora. Se sentará, desnudo, sobre su lomo, y agarrará su cola con la diestra. Se turbarán los mares con sus gritos, e inspirará temor al segundo. A consecuencia de esto el segundo se aliará con un león, pero surgirá una querella y combatirán. Se harán recíprocamente mucho daño, pero la ferocidad de la bestia prevalecerá. Vendrá un hombre con un tamboril y una cítara, y apaciguará la fiereza del león. Las naciones del reino serán pacificadas y llamarán al león para que empuñe la balanza. Se aplicará a las pesas en el puesto a él asignado, pero tenderá sus palmas hacia Albania. Las provincias septentrionales se entristecerán por ello y abrirán las puertas de sus templos. Un lobo portaestandartes conducirá las tropas y ceñirá a Cornubia con su cola. Se le opondrá un guerrero sobre un carro, y convertirá a aquel pueblo en un jabalí. El jabalí devastará las provincias, pero ocultará su cabeza en las profundidades del Severn. Un hombre abrazará a un león borracho, y el fulgor del oro cegará los ojos de los espectadores. Resplandecerá la plata en derredor y pondrá diversos lagares en movimiento.

[117]

»Los mortales se embriagarán con el vino producido y, olvidándose del cielo, se volverán hacia la tierra. Las estrellas apartarán sus semblantes de ellos y confundirán su

acostumbrado curso. Al indignarse éstas, se secarán las mieses y no caerá ninguna humedad de la bóveda celeste. Raíces y ramas intercambiarán sus papeles, y la *rareza* de este hecho se considerará un milagro. El resplandor del sol disminuirá ante el brillo ambarino de Mercurio, y los que observen el prodigio se llenarán de horror. Estilbón[105] de Arcadia cambiará su escudo, y el casco de Marte llamará a Venus. El casco de Marte proyectará su sombra, y el furor de Mercurio sobrepasará sus límites. El férreo Orión desenvainará su espada. El marino Febo ahuyentará las nubes. Júpiter abandonará sus preestablecidas sendas y Venus dejará sus acostumbradas órbitas. La malignidad del planeta Saturno caerá sobre la tierra y destruirá a los mortales con su hoz corva. Las dos veces seis casas de las estrellas se lamentarán al ver errantes a sus huéspedes. Los Gemelos omitirán los abrazos de costumbre y llamarán la urna a las fuentes. Los platillos de la Balanza penderán de costado hasta que el Carnero los sostenga con sus combados cuernos. La cola del Escorpión engendrará relámpagos y el Cangrejo disputará con el Sol. La Virgen subirá a lomos del Arquero y marchitará así sus flores virginales. El carro de la Luna trastornará el Zodíaco y las Pléyades prorrumpirán en llanto. Ninguna estrella volverá a la función debida, pero Ariadna cerrará su puerta y se ocultará tras los farallones batidos por el mar. A la mordedura del rayo los mares se levantarán, y regresará el polvo de los tiempos antiguos. Los vientos chocarán entre sí con ráfaga funesta, y su ruido resonará entre las estrellas».

[118]

Después de pronunciar Merlín estas y otras profecías, quedan estupefactos los presentes ante la ambigüedad de sus palabras. Vortegirn, más atónito aún que los demás, colma de elogios el talento del joven y, en la misma medi-

da, sus vaticinios. Pues su tiempo no había producido a nadie capaz de expresarse de esa manera y ante el propio rey. Queriendo averiguar cómo sería el final de su vida, pidió al joven que le dijese cuanto supiera acerca de ello. Merlín dijo:

—«Huye del fuego de los hijos de Constantino, si es que puedes hacerlo. Ya preparan las naves, ya se alejan del litoral de Armórica, ya despliegan las velas para surcar el mar. Pondrán proa a la isla de Britania, atacarán al pueblo sajón y someterán a esa raza abominable, pero antes te quemarán a ti, encerrado en tu torre. Un fatal error cometiste cuando traicionaste a su padre e invitaste a los Sajones a tu isla. Los invitaste para que acudieran en tu defensa y llegaron como verdugos. Dos géneros de muerte te aguardan, y no está claro cuál de los dos podrás evitar antes. Por una parte, los Sajones devastarán tu reino y buscarán darte muerte; por otra, dos hermanos, Aurelio y Úter, desembarcarán y se esforzarán por vengar en ti la muerte de su padre. Búscate refugio, si puedes. Mañana arribarán a las costas de Totnes. Se teñirán de sangre los rostros de los Sajones y, muerto Hengist, Aurelio Ambrosio será coronado. Pacificará las naciones, restaurará las iglesias, pero morirá envenenado. Lo sucederá su hermano Úter Pendragón, pero sus días serán también interrumpidos bruscamente por el veneno. Tus descendientes participarán en traición tan cobarde, pero el jabalí de Cornubia los devorará».

LIBRO

VI

LOS GRANDES DÍAS DE LA HISTORIA DE BRITANIA

1. Aurelio Ambrosio y Úter Pendragón

[119]

Amanecía un nuevo día cuando desembarcó Aurelio Ambrosio en la isla. Tan pronto como se difundió la noticia de su llegada, los Britanos, esparcidos aquí y allá por tanto desastre, acudieron de todas partes, más alegres de lo que solían y fortalecidos por la presencia de sus compatriotas. Reunidas las altas jerarquías del clero, ungieron rey a Aurelio y le rindieron homenaje según la costumbre. Los Britanos eran partidarios de atacar inmediatamente a los Sajones, pero su rey los disuadió de ello, pues se proponía dar caza a Vortegirn primero. Tanto le dolía la traición perpetrada contra su padre que no quería emprender acción alguna antes de haber tomado cumplida venganza de aquélla. Deseando coronar sus propósitos, marchó con su ejército a Cambria y llegó ante el castillo de Ganarew, donde Vortegirn había buscado refugio. Se encontraba aquella fortaleza en la región de Herging[106], a orillas del río Wye, sobre un monte llamado Cloarcio[107]. Nada más llegar a aquel lugar, Ambrosio, recordando la traición perpetrada contra su padre y contra su hermano, dijo al duque de Gloucester, Eldol:

—«Contempla, noble duque, las fortificaciones y murallas de este lugar. Di si serán capaces de proteger a Vortegirn e impedir que la punta de mi espada se hunda en sus entrañas. Se ha ganado la muerte que lo aguarda, y tú no ignoras hasta qué punto se la ha ganado. ¡Sin duda es el más vil de todos los hombres y merece morir entre infan-

dos tormentos! En primer lugar, traicionó a mi padre Constantino, que lo había librado a él y a Britania de la invasión de los Fictos; luego, a mi hermano Constante, a quien promovió a la dignidad real sólo para matarlo después; finalmente, tras hacerse él mismo con la corona a fuerza de maquinaciones, trajo paganos y los mezcló con la población para poder exterminar mejor a aquellos que me guardaban fidelidad. Pero ahora Dios ha querido que cayera incautamente en la trampa que él había preparado para mis partidarios. Pues cuando los Sajones descubrieron su iniquidad, lo expulsaron del reino —algo que nadie debe lamentar— deplorable es, en cambio, el hecho de que ese pueblo impío a quien ese impío invitó exterminase a nuestra nobleza, devastara nuestros fértiles campos, destruyese nuestros templos sagrados y borrara prácticamente el cristianismo en nuestra isla de mar a mar. Ha llegado, pues, la hora, compatriotas, de que os comportéis como hombres y os venguéis, primero, de aquel que tantas maldades ha cometido. Volveremos después nuestras armas contra los bárbaros que nos amenazan y liberaremos a nuestro país de sus fauces hambrientas».

Sin pérdida de tiempo, aplican sus máquinas de asedio a las murallas y se esfuerzan por derribarlas. Como éstas resistieran, recurrieron al fuego, y éste, encontrando combustible, no descansó hasta que hubo quemado por completo la torre donde se hallaba Vortegirn, que murió.

[120]

Cuando llegaron nuevas de estos sucesos a Hengist y a sus Sajones, el jefe bárbaro se asustó, pues temía el valor de Aurelio. Tanto coraje y bravura se daban cita en el caudillo britano que, mientras vivió en Galia, no hubo nadie que se atreviera a enfrentarse con él en singular combate. Y si alguien justaba con él, una de dos: o lo arrojaba a tierra lejos

de su caballo, o rompía su lanza en pedazos. Era, además, liberal en sus dádivas, diligente en la observancia del servicio divino, moderado en todos los aspectos de la vida, enemigo de la mentira, buen infante y mejor jinete, experto conductor de ejércitos. Todavía vivía en la Britania Armoricana, y ya la fama, en su constante vuelo, había traído a la isla noticia de sus altas dotes. Los Sajones, pues, lo temían y, en consecuencia, se retiraron al otro lado del Humber. Fortificaron allí ciudades y castillos, pues aquella región fue siempre buen refugio para bárbaros. Escocia estaba cerca, y ello significaba protección, dado que Escocia nunca había perdido la oportunidad de causar daño a los Britanos. Era un país horrible para habitar en él, vacío de paisanos, y ofrecía un seguro escondite a los extranjeros. Por su situación geográfica estaba abierta a Fictos, Escotes, Daneses, Noruegos y cualquier otro pueblo que allí desembarcara con ánimo de devastar la isla. Seguros, pues, de la conveniencia de una comarca así, los Sajones se retiraron en esa dirección; en un momento de necesidad, podían refugiarse allí con tanta facilidad como en sus propios castillos. Cuando Aurelio lo supo, creció su audacia y sus esperanzas de triunfo. Reunió a sus conciudadanos lo más rápidamente que pudo, reforzó su ejército y se puso en camino hacia las regiones septentrionales. ¡Cómo se dolía al ver desoladas las tierras por las que iba pasando, sobre todo a causa de las iglesias, que habían sido derribadas hasta los cimientos! Prometió que las restauraría si se hacía con la victoria.

[121]

Hengist, por su parte, cuando se enteró de la llegada de Aurelio, cobró valor, reunió a sus hombres y, animándolos uno por uno, los exhortó a combatir como hombres y a no temer a su enemigo. Dijo que Aurelio tenía pocos Britanos

de Armórica con él, difícilmente más de diez mil. Los Britanos de la isla no contaban, pues habían sido vencidos por él muchas veces en combate. Por todo ello, auguró la victoria a sus hombres y les infundió la seguridad que proporciona el saberse más numerosos, pues había allí alrededor de doscientos mil hombres armados. Después de haber animado así a sus guerreros, salió al encuentro de Aurelio en una llanura llamada Maisbeli, por donde su rival tenía que pasar. Planeaba llevar a cabo un repentino ataque por sorpresa y anticiparse a los desprevenidos Britanos. Pero no se ocultaron a los ojos de Aurelio sus intenciones: no por ello dejó de atravesar la llanura, pero lo hizo lo más rápidamente que pudo. Cuando distinguió al enemigo, dispuso sus tropas en orden: colocó de reserva a tres mil jinetes armoricanos, y a los demás, mezclados con los isleños, los formó en línea de batalla; situó a los Demecios en las colinas y a los Venedocios en los bosques circundantes, a fin de que, si los Sajones huían por una u otra parte, hubiese en ambos sitios hombres que les cerraran el paso.

[122]

Entretanto se acercó al rey Eldol, duque de Gloucester, y le dijo:

—«Este día compensaría para mí el resto de los días de mi vida, con tal que Dios me otorgue la dicha de enfrentarme con Hengist, pues uno de los dos morirá cuando empiecen a hablar nuestras espadas. Recuerdo el día en que nos reunimos para firmar la paz; sólo buscábamos concordia entre ambos pueblos cuando ese perro traicionó a todos los presentes y les clavó un cuchillo en el cuerpo, excepto a mí, que conseguí escapar con ayuda de una estaca. Sucumbieron aquel día cuatrocientos ochenta[108] barones y condes que habían acudido allí desarmados. Fue un momento

de gran peligro, pero Dios puso en mis manos una gruesa estaca, y con ella logré defenderme y huir».

Esas cosas contaba Eldol. Aurelio exhortó entonces a sus camaradas a poner toda su esperanza en el Hijo de Dios, a atacar valerosamente a los enemigos y a combatir como un solo hombre por la patria común.

[123]

Hengist, por su parte, disponía sus tropas en orden de batalla. Disponiéndolas, les daba instrucciones para la inminente refriega; instruyéndolas, iba entre las filas, tratando de infundir en los ánimos de todos un mismo ardor en el combate. Una vez listas ambas formaciones, chocan las líneas de vanguardia, menudean los golpes de unos y otros, la sangre fluye generosamente. Aquí y allá, Britanos y Sajones mueren a consecuencia de las heridas recibidas. Aurelio anima a los cristianos, Hengist arenga a los paganos. Y mientras siguen combatiendo, Eldol no ceja en sus intentos de encontrar una oportunidad de vérselas con Hengist cara a cara; pero no llega esa ocasión, pues cuando Hengist ve que sus hombres están batidos y que los Britanos obtienen la victoria por la gracia de Dios, huye inmediatamente, dirigiéndose al castillo de Kaerconan, ahora llamado Conisbrough. Aurelio lo persigue, dando muerte o esclavizando a todo aquel que encuentra en su camino. Cuando ve Hengist que Aurelio lo sigue, no quiere entrar en la fortaleza; una vez más, forma sus tropas en orden de batalla y se dispone a pelear. (Sabía que el castillo no resistiría en modo alguno el asalto de Aurelio y que su única defensa eran su propia espada y su lanza). Cuando, por fin, Aurelio alcanzó a Hengist, formó él también a sus guerreros en orden de batalla y atacó a su rival con inaudita ferocidad. Los Sajones resisten, sin embargo, unánimemente. Son frecuentes las heridas mortales en uno y otro bando.

La sangre fluye por doquier. El clamor de los moribundos acrecienta la furia de los vivos. Y si no hubiesen intervenido los jinetes armoricanos, habrían terminado por vencer los Sajones. Aurelio había asignado a la caballería el mismo lugar que ocupara en la primera batalla. Cuando cargaron sobre ellos, los Sajones retrocedieron y, una vez dispersados, no fueron ya capaces de rehacer sus líneas. Entonces los Britanos atacaron con más ímpetu, arrojándose sobre el enemigo como un solo hombre. Aurelio está en todas partes: anima a sus soldados, hiere a cuantos se ponen a su alcance, persigue a los que huyen y es el más firme apoyo de sus camaradas. Eldol no le va a la zaga: aquí y allá descarga golpes mortales sobre sus adversarios; pero, haga lo que haga, lo que más desea en el mundo es tener la oportunidad de vérselas con Hengist en singular combate.

[124]

Mientras se sucedían los ataques, Eldol y Hengist se encontraron por fin y comenzaron a golpearse mutuamente con sus espadas. ¡Qué hombres tan belicosos! Cuando se acometían el uno al otro con sus aceros, brotaban chispas a cada golpe, en una larga serie de truenos y relámpagos simultáneos. Mucho tiempo estuvo dudoso el resultado del combate. Unas veces Eldol parecía dominar la situación y Hengist cedía terreno; otras, era Eldol quien cedía y Hengist quien prevalecía. Mientras peleaban de este modo, llegó Gorlois, duque de Cornubia, con el batallón que mandaba y comenzó a hostigar al enemigo. Eldol, cuando lo vio, cobró nuevos ánimos y, tomando con todas sus fuerzas a Hengist por el protector nasal de su yelmo, lo condujo a las filas britanas y, exultando de júbilo, gritó:

—«¡Dios ha cumplido mi deseo! ¡Soldados, acabad de una vez con esos vagabundos invasores! ¡Acabad con ellos! ¡La

victoria está en vuestras manos! ¡Vencido Hengist, están vencidos!».

En el ínterin, los Britanos no cesan de atacar a los paganos; cargan sobre ellos una y otra vez, y, cuando retroceden, avanzan con redoblado coraje, sin concederse el más mínimo respiro, hasta hacerse con la victoria. Los Sajones huyeron desordenadamente: unos se refugiaron en las ciudades; otros, en las frondosas montañas; otros, en fin, en sus propias naves. Octa, el hijo de Hengist, se retiró a Eboraco con la mayor parte de los fugitivos, y su pariente Eosa fortificó la ciudad con una hueste considerable de hombres armados.

[125]

Una vez obtenida la victoria, Aurelio conquistó la ciudad de Conan[109], que he mencionado más arriba, y permaneció allí por espacio de tres días. Durante ese tiempo, ordenó enterrar a los muertos y atender a los heridos; sus fatigadas tropas descansaron y sus hombres se rehicieron con cuantos consuelos fueron capaces de encontrar. Después convocó a sus barones y les pidió que decidieran acerca de lo que debía hacerse con Hengist. Se encontraba presente Eldado, obispo de Gloucester, hermano de Eldol y hombre de la mayor sabiduría y religión. Cuando vio a Hengist de pie ante el rey, mandó callar a los demás y dijo:

—«Aun cuando todos os pusierais de acuerdo para liberar a ese hombre, yo me encargaría de hacerle pedazos. En ello seguiría al profeta Samuel, quien, teniendo en su poder a Agag, rey de Amalee, lo degolló y dijo: "Del mismo modo que tú dejaste a muchas madres sin hijos, así también dejaré yo hoy a tu madre sin hijos entre las mujeres[110]. Hacedlo así con ese hombre, que es un segundo Agag"».

Tomó entonces Eldol su espada, llevó a Hengist fuera de la ciudad y, cortándole la cabeza, lo envió al Tártaro. Aurelio, que se caracterizó siempre por la moderación, ordenó sepultar al caudillo sajón y elevar sobre su cadáver un túmulo de tierra, según la costumbre pagana.

[126]

Después condujo Aurelio su ejército a Eboraco, a fin de poner sitio a la ciudad donde estaba Octa, hijo de Hengist. Iniciado el asedio, dudaba Octa si resistir y defender Eboraco contra un ejército tan numeroso. Tras celebrar consejo, salió él de la fortaleza con los más nobles de sus compañeros, trayendo una cadena en la mano y ceniza sobre la cabeza, y se dirigió al rey en estos términos:

—«Mis dioses han sido derrotados. No dudo ya de que es tu Dios quien ostenta la primacía, pues que ha obligado a tantos nobles a presentarse de esta guisa ante ti. Acéptanos, rey, acepta esta cadena y, si no merecemos tu piedad, conserva nuestras ligaduras: aquí nos tienes, voluntariamente dispuestos al castigo que quieras imponernos».

Movido a la piedad, Aurelio ordenó decidir qué debía hacerse con ellos. Diferían las opiniones cuando el obispo Eldado se levantó y dio su parecer hablando así:

—«Los Gabaonitas se entregaron voluntariamente a los hijos de Israel, buscaron misericordia y la obtuvieron[111]. ¿Vamos los cristianos a ser menos generosos que los Judíos? ¿Les vamos a negar nuestra misericordia a estas gentes? Piden clemencia: ténganla. Grande es la isla de Britania, y desierta en infinidad de lugares. Permitámosles, pues, mediante pacto, que ocupen esas zonas deshabitadas, convirtiéndose así en nuestros súbditos para siempre».

Aceptó el rey la propuesta de Eldado y tuvo misericordia de ellos. Siguiendo el ejemplo de Octa, Eosa se entregó, y

también los demás fugitivos, y todos obtuvieron perdón. Aurelio les cedió la región fronteriza con Escocia y firmó un tratado con ellos.

[127]

Una vez derrotado el enemigo, Aurelio reunió en Eboraco a los barones y príncipes del reino y les ordenó restaurar las iglesias que el pueblo sajón había destruido. Él mismo empezó a reconstruir la sede metropolitana de esta ciudad y los restantes obispados de la provincia. Al cabo de quince días, después de haber encomendado a los obreros las tareas de reconstrucción pertinentes, se dirigió a Londres, que había padecido no poco los furores del enemigo. Lamentando la destrucción de la ciudad, reúne a todos los supervivientes y se aplica a la tarea de ponerla de nuevo en pie. Desde Londres gobierna el reino, desenterrando leyes caídas en desuso y restituyendo a los nietos las posesiones arrebatadas a sus abuelos, mientras que aquellas cuyos herederos hubiesen muerto, víctimas de tanta calamidad, se las entrega a sus camaradas. Todas sus energías se consagran a la restauración del reino, reconstrucción de las iglesias, consolidación de la paz, renovación de las leyes y organización de la justicia. Después marcha a Güintonia, con ánimo de restaurarla, lo mismo que a las demás ciudades. Y cuando hubo dispuesto cuanto había que disponer para su reconstrucción, se dirigió, por consejo del obispo Eldado, al monasterio próximo a Kaercaradoc, que ahora se llama Salisbury, donde estaban enterrados los barones y príncipes traicionados por el infame Hengist. Había allí un convento de trescientos monjes, en el monte de Ambrio, quien, según se dice, había sido otrora su fundador. Al ver aquel lugar donde yacían tan ilustres difuntos, rompió a llorar, movido por la devoción. Finalmente, se dio a considerar de qué manera podría hacer aquel paraje memorable, pues

juzgaba que el césped que cubría a tantos nobles muertos por su patria era digno de un monumento.

[128]

Así que reunió a los mejores talladores de madera y de piedra del país, y les ordenó usar su ingenio para idear un nuevo tipo de construcción que permaneciese en pie para siempre en memoria de tan esclarecidos varones. Como quiera que todos, después de devanarse los sesos, se dieran por vencidos, Tremorino, arzobispo de Ciudad de las Legiones, se dirigió al rey y le dijo:

—«Si existe alguien capaz de llevar a cabo tu proyecto, ése es Merlín, el profeta de Vortegirn. No hay, en mi opinión, otro hombre en tu reino de tan claro ingenio, ya en la predicción del futuro, ya en el diseño de artificios mecánicos. Ordénale que venga y sírvete de su ingenio para llevar a cabo la obra que deseas».

Muchas preguntas hizo Aurelio acerca de Merlín; después envió mensajeros a todas las regiones del país para que lo encontrasen y lo trajeran a su presencia. Batidas las diversas provincias, lo encontraron por fin en el territorio de los Gewiseos, junto a la fuente de Gálabes, lugar que solía frecuentar. Le explicaron lo que querían y lo condujeron ante el rey. Éste lo recibió con alegría y le ordenó revelar el futuro, deseoso de oír maravillas. Merlín le dijo:

—«Misterios de ese género no deben ser revelados, salvo en casos de extrema necesidad. Si yo los diera a conocer a la ligera o para hacer reír, el espíritu que me inspira guardaría silencio y no me asistiría cuando me fuere menester».

Y a todos les dio la misma negativa. No quiso el rey insistir más en lo concerniente a la predicción del futuro, pero le habló acerca del monumento que proyectaba construir. Merlín dijo:

—«Si quieres adornar el lugar donde yacen esos hombres con un monumento perdurable, envía a buscar el Círculo de los Gigantes, que está en el monte Kilarao[112], en Hibernia. Hay allí una construcción de piedras que ningún hombre de esta época podría levantar, a menos que lograra combinar inteligencia y talento artístico. Las piedras son enormes y no hay nadie capaz de moverlas. Si se las coloca en la misma posición en que están situadas allí, esto es, en círculo, permanecerán en pie eternamente[113]».

[129]

Al oír estas palabras, Aurelio rompió a reír y dijo:

—«¿De qué manera podrían traerse aquí piedras tan grandes desde un país tan lejano? ¡Cómo si Britania careciese de piedras para llevar a cabo el monumento!».

Merlín repuso:

—«Cesa en tu risa frívola, rey. Lo que he dicho no tiene gracia. Esas piedras son mágicas y tienen diversas propiedades medicinales. Antaño, los gigantes las transportaron desde los más remotos confines de África y las depositaron en Hibernia durante el tiempo en que habitaron ese país. Las utilizaban siempre que se sentían enfermos, preparando sus baños al pie de las piedras: derramaban sobre ellas agua y la recogían en los baños, sanando así todos los aquejados de algún mal. Mezclaban, además, el agua con cocciones de hierbas y, de ese modo, curaban sus heridas. No hay allí piedra que carezca de virtudes medicinales».

Cuando los Britanos oyeron esto, pensaron que era imprescindible ir en busca de aquellas piedras y arrebatárselas al pueblo de Hibernia por la fuerza de las armas, si osaban impedírselo. Finalmente, fue elegido Úter Pendragón, el hermano del rey, junto con quince mil guerreros, para llevar a cabo esta tarea. Merlín los acompañaría, pues su sabi-

duría y su consejo podrían ser muy útiles en una expedición semejante. Tan pronto como estuvieron listas las naves, se hicieron a la mar. Soplaban vientos favorables, y llegaron a Hibernia sin contratiempo.

[130]

Por aquel entonces reinaba en Hibernia Gilomán, un joven de admirable valor. Al oír que los Britanos habían desembarcado en su país, reunió un vasto ejército y les salió al encuentro. Cuando supo la causa de su llegada, rompió a reír y dijo a los circunstantes:

—«No me sorprende el hecho de que esa raza de cobardes[114] haya sido *capaz* de devastar la isla de los Britanos, pues los Britanos son unos necios y unos estúpidos. ¿Quién ha oído hablar nunca de estupidez como la suya? ¿Acaso son mejores las piedras de Hibernia que las de Britania hasta el extremo de invadir nuestro reino en su busca? Armaos, varones, y defended vuestra patria. Mientras esté yo vivo, no nos arrebatarán ni el más mínimo fragmento del Círculo».

Cuando Úter los vio dispuestos a pelear, adelantó sus líneas y cargó contra ellos. Los Britanos resultaron muy pronto vencedores y obligaron a huir a Gilomán, muertos o heridos sus Hibernenses.

Tras la victoria, se dirigieron al monte Kilarao y, una vez llegados ante la estructura de piedras, desbordaron de júbilo y admiración. Merlín se acercó entonces y dijo a todos los presentes:

—«Poneos a la obra, muchachos, y comprobad si puede más la inteligencia que la fuerza, o viceversa, a la hora de mover esas piedras».

A sus órdenes, todos se aplican como un solo hombre a la tarea de mil maneras diferentes, intentando bajar a tierra

el Círculo. Deseosos de conseguir su propósito, unos preparan cuerdas, otros palancas, otros escalas, pero no logran mover un ápice las piedras. Cuando Merlín vio a todos desfallecidos, se echó a reír y dispuso sus propios mecanismos. Al final, después de aparejar lo necesario, abatió las piedras con la mayor facilidad del mundo. Una vez en el suelo, las hizo llevar a las naves y mandó que las almacenasen a bordo; y de ese modo, alegres, volvieron a Britania. Los vientos fueron favorables y, una vez en tierra, se encaminaron con las piedras al lugar donde se encontraban las sepulturas de los héroes. Cuando Aurelio lo supo, despachó mensajeros por las distintas partes de Britania, ordenando al clero y al pueblo que se reunieran y, una vez reunidos, se dirigieran al monte de Ambrio, a fin de estar presentes en la gozosa ceremonia de inauguración del antedicho monumento fúnebre. A la convocatoria de Aurelio acudieron obispos y abades, junto con súbditos del rey de cada rango y condición. Y el día señalado, en presencia de todos, Aurelio se ciñó la corona sobre las sienes y celebró la fiesta de Pentecostés[115] como corresponde a un monarca. Las celebraciones se prolongaron sin interrupción durante los tres días siguientes. En esos días repartió los honores que carecían de poseedor entre los de su casa, en recompensa por los servicios a él prestados. Y como las sedes metropolitanas de Eboraco y Ciudad de las Legiones se encontraban vacantes, concedió Eboraco, con el beneplácito popular, a Sansón, un ilustre varón famoso por su gran piedad, y Ciudad de las Legiones a Dubricio, a quien la divina providencia había designado como persona idónea para ese cargo. Una vez decididas estas y otras cosas de parecida índole, Aurelio ordenó a Merlín que plantara las piedras que había traído de Hibernia alrededor de las sepulturas. El mago obedeció y las plantó en círculo, en torno a los sepulcros,

de la misma manera en que se encontraban dispuestas en el monte Kilarao de Hibernia, demostrando con ello que la inteligencia vale más que la sola fuerza.

[131]

Por aquel tiempo Pascencio, hijo de Vortegirn, que se había refugiado en Germania, incitaba a los hombres de armas de ese reino contra Aurelio Ambrosio, deseoso de vengar a su padre, y les prometía cantidades ingentes de oro y plata, si lo ayudaban a conquistar Britania. Finalmente, cuando hubo corrompido a toda la juventud del país con sus promesas, preparó una escuadra formidable, desembarcó en las zonas septentrionales de la isla y comenzó a devastar las. Tan pronto como el rey lo supo, reunió a sus soldados y salió al encuentro del cruel invasor, desafiándolo a mantener batalla con él. No rehuyeron los Sajones el combate con los locales, pero Dios quiso que fueran vencidos y obligados a huir.

[132]

Puesto en fuga, Pascencio no se atrevió a volver a Germania, sino que, volviendo velas, puso proa hacia Hibernia y allí fue recibido por Gilomán. Tuvo éste piedad de él al tener conocimiento de su desgracia y le ofreció su ayuda, recordando la injuria que él mismo había recibido de Úter, el hermano de Aurelio, cuando le robó el Círculo de los Gigantes. Confirmada, pues, la alianza entre ambos caudillos, dispusieron sus naves y, una vez a bordo, se dirigieron a Britania, desembarcando junto a la ciudad de Menevia. Cuando esto se supo, Úter Pendragón reunió una hueste de hombres armados y marchó a Cambria con ánimo de combatir, pues su hermano Aurelio yacía enfermo en la ciudad de Güintonia y no podía acaudillar sus tropas. Cuando se apercibieron de ello Pascencio, Gilomán y los Sajones que con ellos estaban, se alegraron sobremanera,

pues pensaban que con Aurelio enfermo el reino caería fácilmente en sus manos. Todo el mundo hacía sus cábalas con la enfermedad del monarca, cuando uno de los Sajones, llamado Eopa, se acercó a Pascencio y le dijo:

—«¿Cuánto estarías dispuesto a pagar al hombre que eliminara a Aurelio Ambrosio?».

Pascencio respondió:

—«Si encontrase un hombre capaz de llevar a cabo esa empresa, le daría mil libras de plata y lo haría mi amigo por el resto de mis días. Y si llegase a obtener la diadema real, lo nombraría general de mi ejército. Estoy dispuesto a jurarlo».

Replicó Eopa:

—«He aprendido la lengua británica, conozco las costumbres de los Britanos y estoy versado en el arte médica. Si mantienes tus promesas, me fingiré cristiano y natural del país, conseguiré llegar a presencia del rey en calidad de médico y le prepararé una poción que lo matará. Para conseguir más fácilmente el acceso al monarca, aparentaré ser un monje muy devoto y, al mismo tiempo, muy experto en cuestiones de doctrina».

Tan pronto como Eopa se hubo comprometido a esto, Pascencio firmó un pacto con él y confirmó bajo juramento todo aquello que había prometido. Eopa se afeitó la barba, tonsuró su cabeza, se puso un hábito monacal y partió hacia Güintonia, cargado de vasijas llenas de medicinas. Nada más llegar a la ciudad, presentó sus respetos a los servidores del rey y encontró favor a sus ojos, pues en aquellas circunstancias nadie podía ser tan bien venido como un médico. Así que lo recibieron de buena gana y lo condujeron a presencia de Aurelio. Una vez allí, prometió que el rey sanaría si tomaba sus bebedizos. Se le ordenó preparar-

los sin tardanza. Eopa mezcló el veneno y se lo dio al monarca. Tomó Aurelio la copa y la apuró de un trago; entonces el maldito traidor le recomendó meterse en el lecho y dormir, para que así la detestable poción cumpliese mejor su cometido. El rey obedeció al punto el consejo de aquel miserable y se durmió pensando que recuperaría la salud. Corrió rápidamente el veneno a través de las venas de Aurelio y de los poros de su cuerpo, y la muerte, que no acostumbra a respetar a nadie, lo sorprendió mientras dormía. En el ínterin, el maldito traidor se escabulló entre la muchedumbre y desapareció de la corte.

[133]

Mientras estos sucesos tenían lugar en Güintonia, apareció en el cielo una estrella, prodigiosa por su magnitud y su brillo, que emitía un único rayo. En un extremo del rayo había un globo de fuego, desparramado en forma de dragón, y de la boca del dragón procedían dos rayos, uno de los cuales parecía extender su longitud más allá de la región de Galia, mientras que el otro apuntaba hacia el mar de Hibernia y concluía en siete rayos menores. Ante la aparición de semejante astro, el estupor y el miedo se adueñaron de aquellos que lo habían visto. Úter, el hermano del rey, que se encontraba en Cambria, en campaña contra Gilomán, se quedó tan estupefacto como los demás y recurrió a sus sabios para que le explicaran el sentido de aquel prodigio. Entre ellos estaba Merlín, que había acompañado al ejército como asesor bélico. Cuando estuvo en presencia de su caudillo y le fue transmitida la orden de desentrañar el misterio de la estrella, prorrumpió en llanto y después, recobrando el ánimo, exclamó:

—«¡Ah, irreparable pérdida! ¡Ah, pueblo huérfano de Britania! Ha muerto Aurelio Ambrosio, ínclito rey de los Britanos, y con él moriremos todos, si Dios no nos ayuda.

Apresúrate, Úter, caudillo nobilísimo, apresúrate y no retrases el choque con el enemigo. Obtendrás la victoria y serás rey de toda Britania. Ese astro te representa a ti, lo mismo que el dragón de fuego de su cola. El rayo que se extiende hacia las regiones de Galia anuncia al hijo poderosísimo que te nacerá y que ejercerá su dominio sobre todos los reinos que el rayo cubre. El segundo rayo representa a tu hija, cuyos hijos y nietos gobernarán sucesivamente el reino de Britania».

[134]

Dudando si dar crédito o no a lo que Merlín acababa de revelarle, continuó Úter su avance hacia las líneas enemigas. Se encontraba ya a media jornada de Menevia. Tan pronto como Gilomán, Pascencio y sus Sajones se apercibieron de su llegada, le salieron al encuentro con ánimo de combatir. Cuando ambos ejércitos se avistaron, dispusieron sus respectivas formaciones y empezaron a pelear. Soldados de uno y otro bando cayeron muertos en la refriega, como suele ocurrir en casos tales. Finalmente, cuando hubo transcurrido una buena parte del día, Úter fue a más y, muertos Gilomán y Pascencio, se alzó con la victoria. Los bárbaros huyeron presurosos a sus naves, perseguidos por los Britanos, que dieron muerte a muchos de los fugitivos. De esta manera, nuestro caudillo obtuvo un triunfo completo con la ayuda de Cristo y, después de tantos trabajos, marchó a Güintonia lo más rápidamente que pudo. Habían llegado, en efecto, mensajeros anunciándole el óbito de Aurelio y comunicándole que estaba a punto de ser enterrado por los obispos del país junto al monasterio de Ambrio, en el Círculo de los Gigantes, que él mismo, en vida, había ordenado trasladar allí desde Hibernia. Al conocer la muerte del monarca, los obispos, abades y todo el clero de la región se dieron cita en la ciudad de Güintonia, dispo-

niendo su funeral como correspondía a tan gran rey; y ya que en vida había ordenado que se depositaran sus restos en el cementerio que él mismo había preparado, trasladaron allí su cadáver y allí lo inhumaron, dispensándole las honras fúnebres debidas.

[135]

Así que, reunidos el clero y el pueblo de su reino, Úter, hermano del rey difunto, tomó la corona de la isla y, con el asentimiento general, fue promovido a la dignidad regia. Y, recordando la interpretación que diera Merlín del astro que arriba mencioné, mandó fabricar dos dragones de oro, a semejanza del que había visto en el rayo de la estrella. Tan pronto como fueron fabricados con admirable arte, depositó uno en la iglesia catedral de Güintonia, y se quedó con el segundo, para poder llevarlo consigo en los combates. Fue a partir de entonces cuando se le llamó Úter Pendragón, que en lengua británica significa «cabeza de dragón». Le fue dado ese apelativo porque fue por medio de un dragón como Merlín profetizó que sería rey.

[136]

Entretanto, Octa, hijo de Hengist, y su pariente Eosa, libres del pacto que concluyeran con Aurelio Ambrosio, hacían todo lo posible por hostigar al rey y devastar sus dominios. Se aliaron con los Sajones que había traído Pascencio y enviaron mensajeros a Germania en busca del resto. De manera que Octa, rodeado de una colosal muchedumbre, invadió las provincias septentrionales, dando libre curso a su crueldad, hasta que hubo destruido todas las ciudades y plazas fuertes desde Albania a Eboraco. Finalmente, cuando empezaba a asediar esta última ciudad, llegó Úter Pendragón con todas las fuerzas de su reino y le presentó batalla. Los Sajones se mantuvieron firmes y resistie-

ron, derrochando coraje, los ataques de los Britanos, a quienes terminaron por poner en fuga.

Una vez obtenida la victoria, persiguieron a los fugitivos hasta el monte Damen, mientras lo permitió la luz del sol. Era este monte alto y escarpado, con una espesura de avellanos en la cumbre y con abruptas peñas en su falda, aptas para servir de cubil a las fieras. Los Britanos lo ocuparon y permanecieron toda la noche entre las peñas y los matorrales. Luego, cuando la Osa comenzó a hacer girar su carro, ordenó Úter a sus condes y príncipes que se reunieran con él para decidir, mediante su consejo, cómo podrían atacar al enemigo. Llegaron todos en seguida a presencia del rey, y éste mandó que expusieran su parecer. Fue Gorlois, duque de Cornubia, el primero en dar su opinión. Era un hombre de gran experiencia y edad madura. Dijo así:

—«No es momento de vanos circunloquios o discursos inútiles. Mientras nos quede algo de noche debemos actuar con audacia y valor, si es que queremos seguir disfrutando de nuestra vida y nuestra libertad. Elevado es el número dé los paganos, y están deseando pelear. Nosotros somos sólo un puñado. Si aguardamos que llegue el día, no veo ninguna ventaja en combatir con ellos. ¡Vamos! Mientras dure la oscuridad, podemos descender en cerrada formación e irrumpir con súbito ataque en su campamento. Lo último que esperan es vernos llegar de ese modo. Con tal que nuestra acometida sea unánime y no ahorremos coraje, la victoria se inclinará, sin asomo de duda, de nuestro lado».

Pareció bien al rey y a todos los presentes el consejo de Gorlois, y se dispusieron a llevar a término el plan. De manera que, armados y formados en compañías, llegan al campamento del enemigo y, como un solo hombre, se disponen a asaltarlo. Pero, al aproximarse, descubren su llega-

da los centinelas, que despiertan a sus soñolientos camaradas con el sonido de sus cuernos. Los enemigos se hallan aturdidos y estupefactos. Unos se apresuran a armarse; otros, completamente aterrorizados, corren en desbandada hacia cualquier parte. Los Britanos, moviéndose en formación compacta, invaden el campamento. Fácilmente encuentran la entrada y, con las espadas desnudas, acometen a los Sajones. Éstos, cogidos de improviso, no ofrecen apenas resistencia, en tanto que la audacia de nuestros hombres crece sin cesar, al ver que todo va cumpliéndose según el plan fijado de antemano. Más y más saña ponen los Britanos en la pelea, degollando enemigos, dando muerte por miles a los paganos. Finalmente, Octa y Eosa son hechos prisioneros, y los Sajones completamente derrotados.

[137]

Después de la victoria, Úter se dirigió a la ciudad de Alclud para arreglar los asuntos de la región y restablecer la paz en toda Albania. Recorrió las distintas tribus de los Escotos e hizo que esa raza rebelde desechara sus hábitos feroces. Implantó la justicia a lo largo del país como ninguno de sus predecesores había sido capaz de hacerlo. En sus días el pánico cundió entre los malhechores, pues eran castigados sin piedad. Finalmente, pacificadas por completo las provincias septentrionales, marchó a Londres y ordenó que Octa y Eosa fuesen encarcelados allí. Se acercaba la Pascua, y Úter Pendragón convocó a los grandes del reino para la ceremonia de su coronación, que tendría lugar en día tan señalado y con los máximos honores. De muy diversas partes acudieron a Londres, y allí se reunieron todos la víspera de Pascua. Así celebró el rey fiesta tan solemne, y desbordaba de alegría en compañía de sus barones, que a su vez se sentían pictóricos de júbilo al ver que él los recibía con espíritu placentero. Muchos nobles se dieron cita allí, dignos

todos de una festividad tan alegre, y los acompañaban sus esposas e hijas.

Se contaba entre ellos Gorlois, duque de Cornubia, con su mujer, Igerna, que superaba en hermosura a todas las damas de Britania. Cuando el rey la vio, en medio de las otras mujeres, se enamoró al punto de ella y le consagró toda su atención, haciendo caso omiso de las demás: le ofrecía constantemente los mejores bocados de la mesa y, por medio de sus criados, le presentaba el vino en espléndidas copas de oro; le sonreía con frecuencia, manteniendo con ella una conversación alegre y chispeante. Se apercibió de ello el marido y, furioso, abandonó la corte sin pedir licencia al monarca. Ninguno de los presentes pudo hacerle volver, y es que él temía perder con el regreso a aquella a la que amaba sobre todas las cosas. Enfurecido, el rey le ordenó que volviera a la corte, pues quería obtener satisfacción del ultraje inferido. Gorlois se negó a obedecerlo. Entonces Úter, fuera de sí, juró solemnemente devastar las tierras de Gorlois, a menos que éste reparase inmediatamente su agravio.

No hubo solución. La querella creció entre ambos. Sin tardanza, reunió el rey un gran ejército y, dirigiéndose al ducado de Cornubia, prendió fuego a ciudades y castillos. Gorlois no se atrevió a enfrentarse con Úter, pues no tenía muchos soldados, y prefirió fortificar sus castillos y ganar tiempo hasta que vinieran en su ayuda tropas de Hibernia. Como el destino de su esposa lo angustiaba más que el suyo propio, decidió enviarla al castillo de Tintagel, a la orilla del mar, considerado como el lugar más seguro de Cornubia, y él se refugió en la fortaleza de Dimilioc[116] para que, si llegara el desastre, no corriesen peligro al mismo tiempo. Cuando el rey lo supo, se dirigió al castillo

donde se hallaba Gorlois y le puso sitio, cortando todo acceso al mismo.

Finalmente, al cabo de una semana, no olvidando su amor por Igerna, llamó Úter a Ulfin de Ridcaradoc[117], compañero de armas y amigo íntimo, y le confió sus sentimientos:

—«Me consumo en amor por Igerna, y estoy seguro de que mi vida corre un serio peligro si no consigo poseerla. Dime tú cómo puedo satisfacer mi voluntad, pues, de otro modo, moriré, víctima de mi propio deseo».

Ulfin respondió:

—«¿Qué consejo podría serte útil, cuando no existe fuerza en el mundo que nos permita llegar donde está ella, en el inexpugnable castillo de Tintagel? El mar lo rodea por todas partes, y no hay más entrada a la fortaleza que un angosto pasillo de roca: bastan tres hombres para defenderlo, aunque te presentes allí con todo el reino de Britania. No obstante, si el profeta Merlín toma cartas en el asunto, pienso que con su ayuda bien podrías conseguir tu propósito».

Dio crédito el rey a las palabras de Ulfin y ordenó llamar a Merlín, que también había acudido al asedio. Una vez en presencia del monarca, el sabio fue intimado a sugerir de qué modo podría Úter satisfacer su deseo de Igerna. Al ver los sufrimientos que padecía el rey a causa de una mujer, se maravilló mucho Merlín de tan extremada pasión y dijo:

—«Para dar cima a tu deseo, deberás servirte de artes nuevas para tu tiempo e inauditas. Con mis drogas sé cómo darte la apariencia de Gorlois, de manera que en todo te asemejes a él. Si haces lo que te digo, te convertiré en un doble perfecto del duque, y a Ulfin en la réplica exacta de su camarada Jordán de Tintagel. También yo cambiaré de

forma, y me uniré a la expedición. De ese modo podrás entrar a salvo en el castillo y tener acceso a Igerna».

Convino el rey en ello, demostrando un enorme interés. Dejó, en fin, el asedio en manos de sus subordinados, tomó las drogas de Merlín y adquirió al punto la apariencia de Gorlois. Ulfin se transformo en Jordán y Merlín en un tal Britael, sirviente del duque, de manera que nadie pudiese adivinar quiénes eran en realidad. Emprendieron después camino a Tintagel y llegaron al castillo con el crepúsculo. En cuanto vio el guardián que su amo se aproximaba, abrió las puertas y franqueó la entrada a los tres hombres. ¿Qué otra cosa podía hacer si hubiese jurado que el mismísimo Gorlois acababa de llegar? Permaneció el rey aquella noche con Igerna y satisfizo su deseo. A ella la engañó su falsa apariencia, y también la engañaron sus fingidas palabras, que astutamente había concebido de antemano: le dijo que había salido en secreto de la fortaleza asediada para velar por la seguridad de su querida esposa y del castillo en que se encontraba; y ella creyó cuanto decía y se ofreció a él sin reservas. Concibió Igerna aquella noche al celebérrimo Arturo, que tanta fama adquiriría más tarde por su extraordinario valor.

[138]

En el ínterin, cuando se descubrió en el asedio de Dimilioc que el rey se hallaba ausente, su ejército, obrando por cuenta propia, se dispuso a abatir las murallas y a provocar al asediado duque a combatir. Gorlois, mal aconsejado, realizó una salida con sus compañeros de armas, pensando que podría oponerse a tan gran hueste de guerreros con una tropa tan exigua. El duque fue de los primeros en caer, sus hombres fueron dispersados y la fortaleza, tomada. El botín no se repartió de forma equitativa, pues cada soldado tomaba con garra codiciosa todo lo que el azar o la fuerza

bruta ponía a su alcance. Una vez concluido tan desenfrenado pillaje, vinieron mensajeros a Igerna para anunciarle la muerte de su esposo y el final del asedio. Cuando vieron al rey sentado junto a la duquesa bajo la apariencia de Gorlois, enrojecieron de estupefacción, pues el hombre al que habían dejado atrás, muerto en Dimilioc, se encontraba ahora allí, sano y salvo. Desde luego, nada sabían de las drogas preparadas por Merlín. Rióse Úter al oír semejantes noticias y, rodeando con sus brazos a Igerna, dijo:

—«¡A fe que no estoy muerto, sino vivo, y bien vivo, como podéis ver todos! Mucho me entristece, sin embargo, la destrucción de mi fortaleza y la muerte de mis camaradas. Es de temer que el rey llegue hasta aquí y nos prenda en este castillo. Saldré a su encuentro y haré la paz con él, no sea que nos sobrevenga algo peor».

De modo que partió y se dirigió hacia su propio ejército, y, abandonando la apariencia de Gorlois, volvió a ser Úter Pendragón. Cuando se enteró de todo lo sucedido, lamentó el fin de Gorlois; pero se alegró, al mismo tiempo, pues así Igerna se veía libre del vínculo conyugal. Regresó luego al castillo de Tintagel, lo capturó y, con él, a Igerna, que era lo que más deseaba conquistar. Desde entonces vivieron ambos juntos, unidos por un mutuo y gran amor, y tuvieron un hijo y una hija. El niño fue llamado Arturo y la niña, Ana.

[139]

Pasaron los días y los años, y se apoderó del rey una enfermedad que lo afligió durante mucho tiempo. En el ínterin, los guardianes de la cárcel donde se hallaban Octa y Eosa, los caudillos sajones arriba mencionados, llevaban una vida en extremo tediosa, por lo que decidieron escapar con sus prisioneros a Germania, sembrando con su huida el

terror a lo largo del reino. Se difundió, en efecto, el rumor de que los fugitivos habían encrespado los ánimos de los Sajones en Germania y que, con una escuadra imponente, regresaban a destruir la isla. Y eso sucedió en realidad. Octa y Eosa regresaron con una enorme escuadra e innumerables guerreros, invadieron Albania y recorrieron a sangre y ruego el país, destruyendo ciudades y dando muerte a sus ciudadanos. Se confió el mando del ejército de Britania a Lot de Lodonesia[118], con órdenes de mantener a distancia al enemigo. Era este Lot duque de Leil[119], esforzado y valiente caballero, maduro en el saber y en la edad. Como recompensa por sus hazañas, el rey le había dado a su hija Ana por esposa y, con ella, el cuidado del reino mientras durase su enfermedad. En sus ataques contra el enemigo, Lot fue con frecuencia rechazado, de modo que tenía que refugiarse en las ciudades. Pero con más frecuencia lograba derrotar a los invasores, dispersándolos y obligándolos a huir a los bosques o a sus propias naves. De cualquier forma, las espadas seguían en alto, y la victoria no se decantaba de ninguno de los dos bandos. El orgullo y la arrogancia de los Britanos los ponían a menudo en desventaja, pues no se avenían a obedecer las órdenes de su caudillo, lo que debilitaba sus fuerzas y los hacía incapaces de alzarse con el triunfo definitivo.

[140]

Casi toda la isla fue devastada. Cuando lo supo el rey, se irritó más de lo que su enfermedad aconsejaba, y convocó a todos sus barones para echarles en cara su orgullo y su tibieza. Una vez ante su presencia, tuvo duras palabras de reproche para ellos, y juró que él en persona los guiaría contra el enemigo. Ordenó construir una litera donde pudiera ser transportado, pues la enfermedad le impedía moverse de otra forma. Ordenó también a todos sus hombres que

estuviesen dispuestos a caer sobre el enemigo cuando la ocasión lo exigiera. Pronto estuvo lista la litera, los hombres, preparados, y la oportunidad estaba a punto de llegar.
[141]

Con el rey en su litera, se dirigieron a Verulam, donde los antedichos Sajones maltrataban a la población local. Cuando Octa y Eosa fueron informados de la llegada de los Britanos y supieron que el rey viajaba en litera, no se dignaron combatir con él, pues que venía en tal vehículo. No convenía a tan grandes hombres medir sus fuerzas con un moribundo, de modo que se retiraron a la ciudad y dejaron abiertas las puertas de la misma, para mostrar que nada temían. Cuando Úter lo supo, ordenó poner sitio inmediatamente a la ciudad y asaltar las murallas por todas partes. Obedecieron los Britanos, poniendo sitio a Verulam y asaltando sus muros. Sembraban ya la muerte entre los enemigos, y estaban a punto de entrar por las brechas practicadas en la muralla, cuando los Sajones comenzaron a oponer resistencia: veían que los asaltantes llevaban la mejor parte de la batalla, y los avergonzaba su anterior arrogancia, por lo que decidieron defenderse, y, subiendo a lo alto de las murallas, rechazaban a los Britanos con todo tipo de armas arrojadizas. Ambos bandos luchaban encarnizadamente cuando llegó la noche, invitándolos a abandonar las armas y a descansar. Muchos deseaban ese descanso, pero la mayoría prefería un buen plan con el que destruir a sus adversarios. Cuando los Sajones se dieron cuenta del perjuicio que les había ocasionado su fanfarronería y arrogancia pasadas, y de que los Britanos habían estado a punto de obtener la victoria, resolvieron efectuar una salida con las primeras luces del alba y provocar a sus enemigos a una batalla en campo abierto. Y así lo hicieron. Tan pronto como el sol anunció el día, salieron en compacta formación para

dar cumplimiento a su propósito. Al verlos, los Britanos dispusieron a sus soldados en orden de combate y, saliéndoles al encuentro, comenzaron a atacarlos. Resisten los Sajones, atacan los Britanos. Ambos bandos se infligen mutua matanza. Finalmente, cuando hubo transcurrido la mayor parte de la jornada, el rey de los Britanos se hizo con el triunfo, Octa y Eosa perdieron la vida y los Sajones volvieron las espaldas. Tan alegre está el rey por lo sucedido que, aunque hasta entonces era incapaz de levantarse sin ayuda, ahora se incorpora en su litera con un pequeño esfuerzo, como si de repente hubiese recuperado la salud, y, riéndose, dice con voz jovial:

—«Esos ladrones me llamaban el rey moribundo, porque yacía tendido en una litera. Y, ciertamente, lo estaba. Prefiero, sin embargo, estar medio muerto y vencer a estar sano, con buenas perspectivas de futuro, y ser vencido. Mejor es morir con honor que vivir deshonrosamente».

[142]

Aunque derrotados, no por ello abandonan los Sajones sus hábitos perversos. Antes bien, invadiendo las provincias septentrionales, hostigan sin cesar a sus habitantes. Quiso el rey Úter perseguirlos, pero sus príncipes lo disuadieron de su propósito, pues su enfermedad había dado un giro aún más grave después de la victoria. Como consecuencia de ello, el enemigo se hizo más y más audaz en sus acciones, e intentaba por todos los medios someter el reino a su poder. Como era usual en ellos, acudieron a la traición, maquinando cómo podrían matar al rey mediante engaños. Y no encontraron mejor medio de darle muerte que el veneno. Así lo hicieron. Mientras Úter yacía enfermo en la ciudad de Verulam, enviaron espías disfrazados de mendigos para informarse de la situación de la corte. Obtenida toda la información que buscaban, descubrieron en ella una circuns-

tancia que se adaptaba perfectamente a su traición: había cerca de la residencia real una fuente de cuyas límpidas aguas solía el rey beber, pues su enfermedad le prohibía tomar cualquier otro licor. Esos abominables traidores se dirigieron a la fuente y la contaminaron con veneno, de manera que todas sus aguas quedaron inficionadas. Cuando el rey bebió de ellas, murió inmediatamente, y cien de sus hombres con él, hasta que el fraude fue descubierto y cegaron la fuente con un montón de tierra. Tan pronto como el óbito regio fue dado a conocer, llegaron los obispos de todo el reino con su clerecía y trasladaron el cuerpo del monarca al monasterio de Ambrio, inhumándolo con los honores debidos en el Círculo de los Gigantes, junto a su hermano Aurelio Ambrosio.

2. Arturo

[143]

Muerto Úter Pendragón, los barones de Britania llegaron desde las distintas provincias a la ciudad de Silchester y sugirieron a Dubricio, arzobispo de la Ciudad de las Legiones, que coronara a Arturo, su hijo, como rey de la isla. La necesidad los urgía a ello, pues los Sajones, enterados del fallecimiento de Úter, llamaron a sus compatriotas de Germania y, acaudillados por Colgrin, amenazaban con exterminar a los Britanos. Habían ya sometido la parte de la isla que se extiende desde el río Humber hasta el mar de Caithness. Dubricio, lamentando las calamidades de su patria, convocó a los obispos e impuso sobre las sienes de Arturo la diadema del reino.

Era entonces Arturo un joven de quince años, de un valor y una generosidad sin precedentes. Su innata bondad le había granjeado tanto favor a los ojos del pueblo, que casi todos lo amaban. Tan pronto como fue coronado, y siguiendo inveterada costumbre, comenzó a distribuir regalos entre sus súbditos. Fue tal la multitud de caballeros que acudió a su presencia, que se agotaron sus recursos. Mas todo aquel en quien se alían de forma natural la liberalidad y el coraje, si en un momento dado se ve agobiado por la necesidad, no se verá abrumado por ella durante mucho tiempo.

Así que Arturo, en quien se daban cita la liberalidad y el coraje, resolvió atacar a los Sajones, con ánimo de repartir

las riquezas del enemigo entre sus camaradas. La propia justicia de su causa lo animaba a ello, pues había obtenido por derecho hereditario la soberanía de toda la isla. Reunió, pues, a toda la juventud del reino y marchó sobre Eboraco. Cuando Colgrin lo supo, convocó a sus Sajones, Pictos y Escotos, y le salió al encuentro con una impresionante muchedumbre a orillas del río Duglas, donde tuvo lugar la batalla, sufriendo ambos ejércitos pérdidas numerosas. Al cabo, Arturo se hizo con la victoria. Colgrin huyó, y Arturo lo persiguió y puso sitio a Eboraco, donde el Sajón buscó refugio. Al enterarse de la derrota de su hermano Colgrin, Baldulfo se dirigió con seis mil hombres a la ciudad sitiada, con la esperanza de romper el asedio.

Cuando Colgrin combatía a orillas del Duglas, Baldulfo se encontraba en la costa, esperando la llegada de Cheldric, un caudillo sajón que estaba a punto de desembarcar en su auxilio desde Germania. Lo separaban ya tan sólo diez millas de Eboraco cuando decidió proseguir la marcha durante la noche y caer por sorpresa sobre Arturo. Pero éste conoció sus propósitos y ordenó a Cador, duque de Cornubia, que saliera al encuentro de Baldulfo esa misma noche, con seiscientos jinetes y tres mil infantes. Rodeó Cador el camino por donde marchaban los enemigos y, atacándolos de improviso, mató a la mayoría, poniendo en fuga a los supervivientes. Muy angustiado se halla Baldulfo por no haber podido ayudar a su hermano, y debate consigo mismo cómo va a ingeniárselas para comunicarse con Colgrin, pues está seguro de que, si consigue llegar a su presencia, entre los dos discurrirán algo para salir del apuro. Como no existe otro medio de acceso a la ciudad, se afeita los cabellos y la barba, y se disfraza de juglar, cítara en mano. Comienza luego a pasear por el campamento, pretendiendo ser un músico ambulante que concierta melo-

días con su lira. Nadie sospecha nada, y él, poco a poco, va acercándose a las murallas de la ciudad, siempre con la misma intención. Finalmente, los sitiados lo reconocen, lo izan con cuerdas al otro lado de los muros y lo conducen a presencia de Colgrin, quien, al verlo, lo colma de besos y abrazos, como si regresara de entre los muertos. Cuando, tras mantener ambos hermanos exhaustivas deliberaciones, han perdido ya toda esperanza de escapar, vuelven a las costas de Albania los mensajeros que habían enviado a Germania, y traen consigo seiscientas naves repletas de bravos guerreros y a Cheldric como caudillo. Llegado que hubieron estas nuevas al campamento de Arturo, los consejeros del rey lo disuadieron de continuar por más tiempo el asedio, pues entrañaba un serio peligro enfrentarse a un número tan crecido de enemigos.

[144]

Aceptó Arturo el consejo de sus hombres de confianza y se retiró a la ciudad de Londres. Allí convocó al clero y a los prelados de todos sus dominios, y les preguntó qué medidas sería más aconsejable adoptar ante la invasión de los paganos. Fue parecer común que se despacharan mensajeros al rey Hoel de Armórica, para darle noticia de las calamidades que se cernían sobre Britania. Era este Hoel hijo de la hermana de Arturo y de Budicio, rey de los Britanos de Armórica[120]. Tan pronto como se enteró de las dificultades por las que atravesaba su tío[121], ordenó preparar una escuadra y, reuniendo quince mil guerreros, se hizo a la mar con vientos favorables y desembarcó en Puerto de Hamón. Arturo lo recibió con los honores que merecía, y ambos se confundieron en un interminable abrazo.

[145]

Pocos días después, se dirigieron a la ciudad de Kaerliudcoit, a la sazón sitiada por los antedichos paganos. Se

encuentra esta ciudad en la provincia de Lindsey, sobre una colina, entre dos ríos; se la conoce también por el nombre de Lincoln. Una vez llegados allí con toda su hueste, presentaron batalla a los Sajones, infligiéndoles inaudita matanza; seis mil de ellos cayeron aquel día para no levantarse, ahogados en el río o abatidos por las armas; los demás, aterrados, abandonaron el asedio y emprendieron la fuga. Arturo los persiguió implacablemente hasta el bosque de Calidón. Allí confluyeron de todas partes los fugitivos Sajones y se dispusieron a resistir a Arturo. Una vez más trabaron batalla ambos bandos, y en esta ocasión los Sajones mataron un buen número de enemigos, defendiéndose valientemente; al amparo de los árboles, evitaban las flechas de los Britanos. Apercibiéndose de esta circunstancia, Arturo ordenó derribar los árboles de esa parte del bosque y colocar sus troncos en círculo, bloqueándoles la salida. Pretendía con ello mantenerlos sitiados en su encierro hasta que muriesen de hambre. Así lo hizo, ordenó a sus hombres que rodearan el bosque y permaneció allí por tres días. Los Sajones no tenían con qué alimentarse, y, temiendo morir de hambre, pidieron licencia para salir sobre la base de que les permitiesen regresar a Germania con solas sus naves, dejando tras de sí todo el oro y la plata que llevaban; y prometieron, además, enviar tributo a Arturo desde Germania y entregarle rehenes como garantía de pago. Convenientemente asesorado, Arturo accedió a lo que le pedían: retuvo sus riquezas y los rehenes que garantizaban el pago del tributo; a cambio, les concedió permiso para abandonar el país.

[146]

Surcaban los Sajones el mar rumbo a su patria cuando se arrepintieron del pacto que habían llevado a cabo, de modo que, virando en redondo, volvieron a Britania y des-

embarcaron en la costa de Totnes. Tomaron posesión del país y lo devastaron hasta la desembocadura del Severn, dando muerte a muchos paisanos. Después se dirigieron a marchas forzadas al distrito de Bath y pusieron sitio a la ciudad. Cuando Arturo lo supo, se quedó estupefacto ante semejante doblez y ordenó que fueran juzgados sumarísimamente los rehenes y, acto seguido, fuesen ahorcados. Interrumpió las operaciones que había emprendido contra Escotos y Fictos, y se apresuró a acudir en auxilio de los sitiados. Para aumentar las preocupaciones que lo agobiaban, había tenido que dejar a su sobrino[122] Hoel en la ciudad de Alclud, pues se encontraba seriamente enfermo. De manera que marchó a Bath y, llegado que hubo a la provincia de Somerset, dijo a la vista del asedio:

—«Puesto que esos Sajones de impío y detestable nombre han faltado a su palabra, quiero yo cumplir con la mía, la que le debo a mi Señor, y vengar hoy en ellos la sangre de mis compatriotas. ¡Armaos, hombres, armaos y atacad a esos traidores con todas vuestras fuerzas! No hay duda de que triunfaremos con la ayuda de Cristo».

[147]

Dicho esto, el venerable Dubricio, arzobispo de Ciudad de las Legiones, desde lo alto de una colina exclamó:

—«¡Soldados! Ya que habéis recibido de vuestros padres la fe cristiana, recordad en nombre de Dios la lealtad que le debéis a vuestra patria y a vuestros compatriotas, que, conducidos al exterminio por la traición de los paganos, constituirán un motivo eterno de oprobio para vosotros, si no acudís a defenderlos. Luchad por vuestra patria y aceptad la muerte por ella, si fuese necesario, que en la muerte está la victoria y la liberación del alma. El que muere por sus hermanos se ofrece a Dios como una hostia viva y no duda en

seguir a Cristo, que consintió en dar la vida por sus hermanos. Si alguno de vosotros sucumbe en la batalla, su propia muerte le servirá de penitencia y absolución de todos sus pecados, siempre que muera con ese espíritu».

Al punto, confortados por las bendiciones del santo varón, se apresuró cada cual a armarse y a obedecer sus recomendaciones. Arturo, por su parte, se reviste de una loriga digna de rey tan grande; se ajusta a la cabeza un yelmo de oro, con la cresta tallada en forma de dragón, y a los hombros su escudo, llamado Pridwen, sobre el que está pintada una imagen de la Santísima Virgen, madre de Dios, para tenerla siempre presente en la memoria; se ciñe a Caliburn, la espada sin par que fue forjada en la isla de Avalón, y empuña con la diestra a Ron, su lanza, que es larga y ancha, y se encuentra sedienta de sangre.

Luego, ordenó a sus tropas para el combate y atacó bravamente a los Sajones, que, según su costumbre, se hallaban alineados en forma de cuña. Todo aquel día resistieron valientemente los Sajones a los Britanos, pero éstos insistían una y otra vez. Declinaba ya el sol cuando ocuparon una colina próxima que podía servirles de campamento, pues, fiados en su número, la sola elevación del terreno les parecía suficiente protección. Sin embargo, al amanecer del siguiente día, consiguió Arturo acercarse a la cumbre con su ejército, aun a costa de grandes pérdidas. Los Sajones, en efecto, desde posiciones más elevadas, podían herir más fácilmente a los Britanos, pues eran más veloces sus movimientos al descender que los de sus adversarios al intentar penosamente el ascenso. Con todo, los Britanos, esforzándose al máximo, alcanzaron la cumbre y trabaron combate cuerpo a cuerpo con el enemigo. Los Sajones, a pecho descubierto, ponen todo su empeño en resistir. Ha

transcurrido ya de ese modo la mayor parte de la jornada cuando Arturo no puede reprimir su cólera viendo que el enemigo se mantenía firme y que no terminaba de llegar la victoria; desenvaina su espada Caliburn, invoca el nombre de Santa María y se precipita en veloz ataque sobre las apretadas filas de los Sajones. El que prueba su filo no necesita ya otro golpe. Y no ceja en su esfuerzo, en el nombre de Dios, hasta haber dado muerte con Caliburn, su espada, a cuatrocientos setenta guerreros. Lo vieron los Britanos y, en formación compacta, lo siguieron entusiasmados, sembrando por doquier la matanza. En esta batalla cayeron Colgrin y Baldulfo, su hermano, y muchos miles de Sajones. Sólo Cheldric, que se apercibió del peligro que amenazaba a sus compatriotas, consiguió huir con los supervivientes.

[148]

Obtenido el triunfo, ordenó el rey a Cador, duque de Cornubia, que persiguiera a los fugitivos, mientras él mismo se apresuraba a dirigirse a Albania, pues había llegado a sus oídos que los Escotos y los Pictos habían puesto sitio a la ciudad de Alclud, donde se hallaba Hoel enfermo, como ya dije más arriba. De modo que hacia allá se encaminó rápidamente Arturo, temiendo que la ciudad cayese en manos de los bárbaros. Por su parte, el duque de Cornubia, a quien acompañaban diez mil hombres, no quiso perseguir a los Sajones, sino que prefirió dirigirse a toda prisa hacia sus naves e impedirles la entrada a bordo. Se apoderó, pues, de las naves y dejó en ellas como guarnición a lo mejor de sus soldados, con órdenes de que no permitieran a los paganos el acceso a las mismas, si intentaban abordarlas. Después, y de acuerdo con las órdenes de Arturo, se apresuró a perseguir a los enemigos y a degollarlos sin piedad conforme los iba encontrando. Los Sajones, que

hasta entonces habían combatido con la ferocidad del rayo, retrocedían cobardemente ahora, buscando refugio en las profundidades de los bosques, o en montañas, o en cuevas, para prolongar un poco más sus vidas. Finalmente, no hallándose seguros en ninguna parte, retiraron su quebrantada hueste a la isla de Thanet. Hasta allí los siguió el duque de Cornubia, renovando la acostumbrada matanza, y no descansó hasta haber obtenido su rendición sin condiciones, no sin antes haber dado muerte a Cheldric y haber aceptado rehenes.

[149]

Restablecida así la paz, Cador marchó a la ciudad de Alclud, a la que Arturo había liberado ya de la hostilidad de los bárbaros. Condujo luego el rey su ejército a Moray, donde los Escotos y Pictos se encontraban sitiados. Habían combatido en tres ocasiones contra el monarca y su sobrino[123], y, al ser derrotados, se refugiaron en esa provincia. Cuando llegaron al lago Lomond, tomaron posesión de las islas del mismo, en busca de un refugio seguro. Contiene este lago sesenta islas y recibe las aguas de sesenta ríos, de los que sólo uno desemboca en el mar. En las islas pueden verse sesenta riscos, sobre los cuales se sostienen otros tantos nidos de águilas. Las águilas solían reunirse una vez al año para dar a conocer cualquier suceso extraordinario que fuese a acontecer en el reino por medio de un agudo chillido que todas emitían al mismo tiempo. En estas islas se refugiaron los mencionados enemigos, a fin de aprovechar la protección del lago. Pero de poco les sirvió, pues Arturo, fletando una escuadra, clausuró las entradas y salidas, de manera que Pictos y Escotos, víctimas del hambre, morían por millares. Mientras Arturo iba así destruyendo a sus enemigos, Gilomaur, rey de Hibernia, llegó en auxilio de los sitiados con una flota y una gran muche-

dumbre de bárbaros. Interrumpió Arturo el asedio y volvió sus armas contra los Hibernenses, sembrando la muerte en sus filas y obligándolos a regresar a su país. Una vez obtenida la victoria, se pudo dedicar de nuevo al exterminio de Escotos y de Fictos. Se entregó a ello con un implacable rigor, sin perdonar la vida a ninguno de cuantos caían en sus manos, hasta el punto de que todos los obispos de aquel desdichado país, junto con todo el clero a ellos sometido, se dirigieron al encuentro de Arturo con los pies descalzos, llevando las reliquias de sus santos y los objetos sagrados de sus iglesias, para implorar del rey misericordia por la salvación de su pueblo. Una vez en presencia del monarca, se hincaron de hinojos ante él y le rogaron que tuviese piedad de su asendereada gente. Les había infligido ya suficiente castigo —decían los obispos— y no tenía necesidad alguna de exterminar a los pocos que quedaban hasta el último hombre; podía permitirles conservar una pequeña parte de su país, y a cambio ellos se comprometían a llevar para siempre sobre sus hombros el yugo de la servidumbre. De esta manera suplicaban, y su patriotismo impresionó vivamente a Arturo, llegando a hacer brotar lágrimas de sus ojos. Finalmente, el rey accedió a la petición de los santos varones y concedió el perdón a su pueblo.

[150]

Luego que hubieron tenido lugar estos sucesos, el convaleciente Hoel visitó el emplazamiento del antedicho lago, y mucho se maravilló al ver cómo tantos ríos e islas, tantas rocas y nidos de águilas, coincidían en número. Mientras se admiraba contemplando prodigio tan extraño, se le acercó Arturo y le dijo que en la misma provincia, no lejos de donde se encontraban, había otro lago aún más extraordinario: medía veinte pies de anchura por la misma distancia en longitud y cinco pies de profundidad; fuese la

propia naturaleza quien le dio aquella forma de cuadrado, o la industria del hombre, lo cierto es que aquel lago producía cuatro clases diferentes de peces en sus cuatro ángulos, y nunca había un pez de una zona en ninguna de las otras tres.

Añade Arturo que existe un tercer lago, llamado Linligwan por los nativos, en la región de Gales regada por el Severn: cuando desagua el mar en él, traga su flujo en insondable torbellino, de manera que nunca puede llenarse lo suficiente como para cubrir las márgenes de sus riberas; en cambio, cuando mengua la marea, el lago regurgita las aguas que ha tragado, que se elevan tan alto como una montaña, y con ellas oculta y baña sus riberas; en el ínterin, si algún habitante de la región se encuentra cerca, con el rostro vuelto hacia el Linligwan, y las ondas salpican sus vestidos, nunca, o a duras penas, conseguirá evitar ser devorado por el lago; sin embargo, si está vuelto de espaldas, no tiene por qué preocuparse de ser engullido, aunque se encuentre en la mismísima ribera.

[151]

Después de perdonar al pueblo de los Escotos, se dirigió el rey a Eboraco, donde se proponía celebrar la fiesta inminente de la natividad del Señor. Al entrar en la ciudad y observar el lamentable estado de sus iglesias, se entristeció mucho. El santo arzobispo Sansón había sido expulsado de su sede junto con los demás hombres de religión, y en los templos medio quemados se interrumpieron todas las ceremonias sacras: hasta ese punto llegó la insanía de los paganos. De manera que Arturo convocó al clero y al pueblo, y nombró a Píramo, su propio capellán, metropolitano de la sede. Después reconstruyó las iglesias, que habían sido destruidas hasta sus cimientos, y las dotó de comunidades religiosas de hombres y mujeres. Por otra parte, restableció en

sus antiguas dignidades a los nobles expulsados por las invasiones sajonas.

[152]

Había en Eboraco tres hermanos de regia alcurnia, a saber, Lot, Urián y Angusel, que antes de los triunfos sajones habían ejercido la soberanía sobre aquellas tierras. Queriendo de volverles, como a los demás, sus derechos hereditarios, Arturo repuso a Angusel en el trono de los Escotos, y a Urián, su hermano, le confió el gobierno de las gentes de Moray; en cuanto a Lot, que en tiempos de Aurelio Ambrosio[124] había desposado a la propia hermana de Arturo y había tenido dos hijos de ella, Gawain y Mordred, lo reinstaló en el ducado de Lodonesia y territorios circundantes. Finalmente, cuando le hubo devuelto a todo el país los honores perdidos, tomó por esposa a Ginebra, una joven de noble estirpe romana que, educada en la corte del duque Cador, superaba en belleza a todas las mujeres de la isla.

[153]

Llegó el verano, y Arturo preparó una escuadra y navegó rumbo a la isla de Hibernia, pues deseaba someterla a su poder. En cuanto desembarcó, le salió al encuentro el rey Gilomaur, arriba mencionado, con una innumerable hueste y el propósito de enfrentarse con él. Nada más comenzar el combate, los Hibernenses de Gilomaur, mal vestidos y peor armados, son derrotados y huyen en busca de un lugar donde refugiarse, mientras el propio rey es capturado e intimado a la rendición. Los demás príncipes del país, estupefactos ante lo sucedido, siguen el ejemplo de Gilomaur y se rinden sin condiciones. Una vez sometida Hibernia, Arturo enderezó su flota hacia Islandia, venció a los Islandeses y conquistó la isla. En las demás islas comenzó a correr el rumor de que ningún país podía oponer resistencia

al monarca de los Britanos, y Doldavio, rey de Gotland, y Gunvasio, rey de las Oreadas, se presentaron voluntariamente ante Arturo, le prometieron el pago de un tributo y le rindieron homenaje. Pasó el invierno, y Arturo regresó a Britania, estableciendo firmemente la paz en sus dominios y manteniéndola a lo largo de doce años.

[154]

Al final de ese período, amplió su séquito personal invitando a caballeros de gran mérito venidos de lejanas tierras, y tanta cortesía desplegó en su palacio que hasta los pueblos más distantes querían imitar los usos y costumbres que allí imperaban. Así estimulados, hasta los nobles de más alta cuna pensaban que nada valían a menos que llevasen las armas o se vistieran como los caballeros de Arturo. La fama de su generosidad y valor se divulgó por los cuatro puntos cardinales, y los reyes de los países de ultramar temblaban ante la posibilidad de que Arturo los atacara o invadiese, haciéndoles perder el dominio de las naciones a ellos sometidas. Tan angustiados se encontraban que optaron por reconstruir sus ciudades y las torres que las protegían, y erigieron castillos en lugares cuidadosamente elegidos a fin de que, si Arturo conducía una expedición contra ellos, pudieran refugiarse dentro, si fuere menester.

A Arturo lo animaba el hecho de que todos lo temiesen, y comenzó a acariciar la idea de conquistar Europa. Preparadas sus naves, se dirigió primero a Noruega, pues deseaba coronar rey de aquel país a Lot, su cuñado. Lot era sobrino de Siquelino, rey de los Noruegos, y éste había muerto recientemente, legándole su reino; sin embargo, los Noruegos no aceptaban a Lot y habían promovido al trono a un tal Riculfo, pues creían poder resistir a Arturo con sus ciudades fortificadas. Tenía entonces Gawain, hijo del mencionado Lot, doce años de edad, y había sido enviado por

su tío al servicio del Papa Sulpicio, quien lo armó caballero. Tan pronto como Arturo —había comenzado a decíroslo— desembarcó en las costas noruegas, le salió al encuentro el rey Riculfo con todos sus compatriotas y trabó batalla con él. Mucha sangre se derramó por uno y otro bando hasta que, al fin, en furiosa embestida, los Britanos dieron muerte a Riculfo y a muchos de los suyos. Una vez obtenida esta victoria, arremetieron contra las ciudades y les prendieron fuego, dispersando a la población rural, y continuaron dando rienda suelta a su ferocidad hasta haber sometido toda Noruega y toda Dinamarca al dominio de Arturo.

[155]

Conquistadas dichas naciones, tras coronar a Lot como rey de Noruega, navegó rumbo a las Galias y, una vez allí, ordenando a su ejército en compañías, comenzó a devastar el país en todas direcciones. La provincia de Galia se hallaba en aquel tiempo bajo la jurisdicción del tribuno Flolón, que gobernaba en nombre del emperador León. Enterado Flolón de la llegada de Arturo, reúne a todos los soldados que tiene bajo su mando y, presentando batalla a los Britanos, intenta resistir a todo trance. Pero Arturo ha venido acompañado de los jóvenes de todas las islas que ha sometido. Tiene un ejército tan poderoso que ningún otro podría llegar a vencerlo. Además, lo mejor de la hueste gala se encuentra ya al servicio de Arturo: los ha comprado a fuerza de regalos. En cuanto Flolón ve que está llevando la peor parte del combate, abandona rápidamente el campo y se refugia en París con los pocos hombres que le quedan. Allí reagrupa a su dispersa hueste, fortifica la ciudad y se prepara para enfrentarse con Arturo de nuevo. Mientras está pensando cómo reforzar su ejército con la ayuda de los pueblos vecinos, llega inesperadamente Arturo y pone sitio a la ciudad.

Transcurrió un mes, y Flolón, afligido al ver que su pueblo se moría de hambre, mandó decir a Arturo que lo desafiaba a singular combate, y que aquel de los dos que resultara vencedor obtendría el reino del vencido. Flolón era de gran estatura, valor y fuerza, y, fiado en estas cualidades, propuso el duelo con la esperanza de salir victorioso. Mucho le agradó a Arturo la sugerencia de Flolón, y le comunicó a su vez que aceptaba encantado la pelea que le había propuesto. Así, pues, ambas partes estuvieron de acuerdo en que el encuentro se celebrase en una isla fuera de la ciudad, ante la expectante muchedumbre de sus respectivos ejércitos. Ambos se hallan completamente armados, sobre cabalgaduras maravillosamente veloces, y no resulta fácil predecir quién se hará con el triunfo. Por un instante se mantienen inmóviles uno enfrente del otro, con las lanzas apuntando hacia el cielo. En seguida, espolean a sus caballos y se acometen con gran violencia. Arturo, que maneja la lanza con más destreza, alcanza a Flolón en la parte superior del pecho y, evitando el arma enemiga, derriba a su rival. Desenvaina al punto la espada y se dispone a herir a Flolón cuando éste, incorporándose con presteza, corre hacia él empuñando su lanza y descarga un mortífero golpe sobre el corcel de Arturo, abatiendo a caballo y caballero. Los Britanos, que ven morder el polvo a su señor, temen por su vida y a duras penas consiguen no arrojarse sobre los Galos, rompiendo la tregua acordada. A punto están de rebasar los límites de la paz cuando Arturo se pone rápidamente en pie y, protegiéndose con su escudo, se va en veloz carrera contra Flolón. Luchan ahora cuerpo a cuerpo, redoblando los golpes, y cada uno pone todo su empeño en dar muerte al contrario. Finalmente, Flolón, en un descuido de su rival, golpea a Arturo en la frente, y habría sido un golpe mortal de no mediar el yelmo del mo-

narca. Cuando Arturo ve su loriga y su escudo teñidos en su propia sangre, se enfurece y, blandiendo a Caliburn con todas sus fuerzas, la hunde a través del casco en la cabeza de Flolón, seccionándola en dos partes iguales. Fulminado por el impacto, Flolón se desploma, batiendo el suelo con sus talones, y exhala su alma al viento.

Cuando su ejército dio a conocer las tristes nuevas, los ciudadanos de París abrieron las puertas de la ciudad y se la entregaron a Arturo. Conseguida así la victoria, divide Arturo en dos su tropa y encomienda una de las partes al duque Hoel, ordenándole que marche contra Güitardo, duque de los Pictavenses, mientras él, con la otra mitad, se dedica a someter las demás provincias. Entrando en Aquitania, Hoel expugna las ciudades del país y, tras derrotar a Güitardo en varios encuentros, lo obliga a rendirse. Después invade a sangre y ruego la Gascuña y somete a sus príncipes. Pasaron nueve años. Cuando Arturo hubo conquistado todas las naciones de Galia, volvió a París y allí celebró cortes en las que, reunidos el clero y el pueblo, confirmó la paz y el imperio de la ley en el reino. Fue entonces cuando donó la Neustria, que ahora se llama Normandía, a su copero Bedevere, y la provincia de los Andegavenses[125] a Kay, su senescal, y muchas otras provincias a los nobles que lo habían servido. Luego de haber pacificado todas estas ciudades y pueblos, regresó a Britania al despuntar la primavera.

[156]

Se aproximaba la solemnidad de Pentecostés[126], y Arturo, exultante de alegría por sus victorias, quiso reunir allí a su corte y colocar sobre sus sienes la diadema del reino, invitando a la festividad a los reyes y duques a él sometidos, para celebrarla juntos con todos los honores y renovar los

pactos de paz sólida y firme con sus más distinguidos vasallos.

Explicó a los miembros de su casa lo que se proponía hacer y aceptó su propuesta de llevarlo a cabo en Ciudad de las Legiones. Situada en un delicioso lugar a orillas del río Usk, en la región de Glamorgan, no lejos de la desembocadura del Severn, Ciudad de las Legiones era la más rica de las ciudades de Britania. Aconsejaba su elección, por una parte, el hecho de que la bañase el noble río arriba mencionado, pues, surcando sus aguas, los reyes y príncipes de ultramar podían llegar en sus naves hasta la ciudad; por otra, la circunstancia de que se hallase rodeada de bosques y praderas, y fuesen magníficos sus palacios, que imitaban a los romanos en las cenefas doradas de sus techos. Era también famosa por sus dos iglesias. La primera se construyó en honor de Julio Mártir, y constituía su gala más preciada el virginal coro de jóvenes consagradas a Dios que albergaba en su interior. La segunda, fundada bajo la advocación de San Aarón, compañero de Julio, había sido confiada a una congregación de canónigos y era la iglesia catedral de la tercera sede metropolitana de Britania. Ciudad de las Legiones poseía, además, un colegio de doscientos filósofos, versados en astronomía y en las demás artes liberales, que observaban con atención el curso de las estrellas y predecían el porvenir al rey Arturo valiéndose de cálculos infalibles.

Tal era la ciudad, rica en todo género de delicias, donde iba a celebrarse la fiesta de la coronación. Fueron enviados mensajeros a todos los reinos, para invitar a aquellos que debían acudir a la corte desde las Galias y desde las islas cercanas.

Vino Angusel, rey de Albania, ahora llamada Escocia; Urián, rey de Moray; Cadvalón Lauir, rey de Venedocia, que ahora se llama Gales del Norte; Estater, rey de Demecia, esto es, Gales del Sur; Cador, rey de Cornubia. Vinieron también los arzobispos de las tres sedes metropolitanas, a saber, el de Londres, el de Eboraco y Dubricio, titular de Ciudad de las Legiones. Este último, primado de Britania y legado de la sede apostólica, brillaba tanto por su piedad que con sus preces podía sanar a los enfermos.

Acudieron los condes de las principales ciudades: Morvid, señor de Gloucester; Mauron de Wigornia; Anaraut de Salisbury; Artgal de Cargüeir, que ahora es llamada Warwick; Jugein de Leicester: Cursalem de Caicester[127]; Kinmarco, duque de Dorobernia; Galuc de Salisbury; Urbgenio de Bath; Jonatal de Dorchester, y Bosón de Ridichen, esto es, de Oxford.

Además de estos condes, vinieron otros héroes de rango no inferior: Donaut, hijo de Papo; Queneo, hijo de Coil; Peredur, hijo de Eridur; Grifuz, hijo de Nogoid; Regin, hijo de Claud; Edelein, hijo de Cledauc; Kincar, hijo de Bangan; Kinmarco; Gorboniano, hijo de Goit; Clofaut; Run, hijo de Neton; Cimbelino, hijo de Trunat; Catleo, hijo de Catel; Kinlit, hijo de Neton, y muchos otros más, cuyos nombres sería largo enumerar.

De las islas vecinas vino Gilomaur, rey de Hibernia; Malvasio, rey de Islandia; Doldavio, rey de Gotland, y Gunvasio, rey de las Oreadas. También vinieron Lot, rey de Noruega, y Asquilo, rey de los Daneses.

De ultramar llegó Holdino, duque de los Rutenos; Leodegario, conde de Boulogne; Bedevere el copero, a la sazón duque de Normandía; Borel de Cenomania[128]; el senescal Kay, duque de los Andegavenses; Güitardo el Pic-

tavense; los doce pares de las Galias, conducidos por Gerín de Chartres; y Hoel, duque de los Britanos de Armórica, con los barones de su séquito, que avanzaban con tal magnificencia, y con tantos caballos y mulas, que enmudece la lengua al intentar describir su paso. Además de los ya citados, hay que decir que no hubo príncipe de mérito a este lado de Hispania que no acudiera al llamado de Arturo. Y no es maravilla, que su generosidad era bien conocida en el mundo entero y hacía que todos lo amasen.

[157]

Finalmente, cuando se hubieron reunido todos en la ciudad y llegó el día de la ceremonia, los arzobispos se dirigieron a palacio para coronar al rey con la diadema real. Como la corte se encontraba en su diócesis, Dubricio fue quien se encargó de colocar la corona sobre las sienes del monarca. Una vez coronado, el rey fue conducido con la debida pompa a la iglesia de la sede metropolitana. Dos arzobispos lo acompañaban, uno a su derecha y otro a su izquierda. Cuatro reyes, a saber, los de Albania y Cornubia, Demecia y Venedocia, lo precedían, llevando por derecho propio cuatro espadas de oro, e iba con ellos un nutrido grupo de clérigos de todos los grados entonando cánticos admirables. En cuanto a la reina, una vez investida de las insignias regias, la condujeron prelados y sacerdotes a la iglesia de las vírgenes consagradas. Iban delante de ella las cuatro reinas de los reyes arriba mencionados, llevando cuatro palomas blancas, según la costumbre. La seguían, con gran regocijo, todas las damas que habían asistido a la ceremonia. Cuando hubo terminado la procesión, brotaron tantos sones de los instrumentos y tantos himnos de las gargantas, que los caballeros presentes no sabían en cuál de las iglesias entrar primero, debido a la gran calidad de la música que ambas ofrecían, y se precipitaban en tropel

unas veces a un templo y otras a otro; aunque hubiese durado la celebración todo el día, no habrían dado muestras de cansancio.

Una vez celebrado el servicio divino en ambas iglesias, el rey y la reina se quitan sus coronas y se visten con ropas más ligeras. Acto seguido, él se dirige a la sala de banquetes de su palacio con los caballeros, y ella a la del suyo con las damas; pues los Britanos todavía observaban una antigua costumbre de Troya según la cual hombres y mujeres celebraban las fiestas por separado. Ya están todos acomodados de acuerdo con el rango de cada uno. El senescal Kay, vestido de armiño, y asistido por un millar de jóvenes nobles que, como él, se visten de armiño, sirve los distintos manjares. Por su parte, al copero Bedevere lo acompañan otros mil jóvenes, revestidos con pieles de marta, y lo ayudan a servir bebidas de todas clases en copas de todos los tipos imaginables. Entretanto, en el palacio de la reina innumerables sirvientes, luciendo diferentes libreas, atienden a las comensales, ejerciendo cada uno su oficio. Si me extendiera en describirlo todo, haría esta historia demasiado prolija. En aquel tiempo Britania había alcanzado un grado tal de esplendor, que superaba a los demás reinos en la abundancia de sus riquezas, en la magnificencia de sus galas y en la cortesía de sus habitantes. Cualquier caballero del reino que hubiese adquirido renombre por su valor llevaba todos sus vestidos y armas de un mismo color. Las damas elegantes también mostraban en su indumentaria un color distintivo, y no se dignaban conceder su amor a nadie que no hubiese participado por lo menos tres veces en batalla. De ese modo, las damas de aquel tiempo eran castas y su amor hacía más valientes a los caballeros.

Vigorizados por el banquete, se dirigieron a unas praderas fuera de la ciudad y se repartieron en grupos para competir en diversos juegos. Los caballeros miden sus fuerzas en viriles juegos ecuestres que imitan los combates reales, mientras las damas los contemplan desde lo alto de las murallas, estimulándolos a combatir y apasionándose ellas mismas por el juego y sus protagonistas. Otros pasan el resto de la jornada tirando con arco, arrojando la jabalina o lanzando piedras de mucho peso. Los hay que prefieren el ajedrez, los dados o una infinidad de otros juegos. El hecho es que todos compiten en el marco de la más exquisita cortesía, y Arturo premia luego con su acostumbrada generosidad a los vencedores. Tres días transcurrieron en medio de estas distracciones y, en el curso del cuarto, fueron llamados a presencia del rey todos aquellos que, en función de su cargo, le debían homenaje, siendo recompensados con posesiones, esto es, ciudades y castillos, arzobispados, obispados, abadías y otros honores.

Entonces, el bienaventurado Dubricio, que hacía tiempo que deseaba abrazar una vida eremítica, abandonó su sede arzobispal. En su lugar fue consagrado David, tío del rey, cuya vida era ejemplo de virtud para aquellos a quienes había instruido en la doctrina de Cristo. Simultáneamente, Teliao, el ilustre presbítero de Llandaff, fue designado arzobispo de Dol en lugar de Sansón con la anuencia de Hoel, rey de los Britanos de Armórica, que estaba al tanto de la santidad de su vida y costumbres. El obispado de Silchester le fue confiado a Mauganio, el de Güintonia a Duviano, y la mitra episcopal de Alclud a Eledenio.

[158]

Mientras distribuye estos beneficios, he aquí que doce hombres de edad madura y venerable aspecto, empuñando ramos de olivo en señal de embajada, entran con paso

quedo en palacio y, saludando al rey, le entregan un mensaje de Lucio Hiberio que dice lo siguiente:

Lucio, procurador de la República, a Arturo, rey de Britania, que se ha hecho acreedor a esta carta. Me asombra la insolencia de tu tiranía. Me asombra aún más la injuria que has inferido a Roma. Cuando pienso en ello, me indigna el hecho de que te hayas olvidado de ti mismo hasta el punto de no reconocer el ultraje y no advertir que has ofendido con tu criminal conducta al senado y al pueblo de Roma, a quienes debe el mundo entero sumisión, como tú no ignoras. Pues el tributo de Britania que el senado te había impuesto, y que fue puntualmente recibido por Gayo Julio y sus sucesores, tú has tenido la osadía de no pagarlo, despreciando a un imperio de rango tan sublime. Te apoderaste, además, de Galia; te apoderaste de la provincia de los Alóbroges y de todas las islas del Océano, cuyos reyes pagaban tributo a mis antepasados desde que el poder de Roma se extendió por aquellas regiones. Por todo lo cual, el senado ha decidido tomar cartas en el asunto, ordenándote acudir a Roma antes de la mitad del próximo mes de agosto, para que te disculpes y cumplas la sentencia que dicte la justicia de tus amos. Si no acudes, invadiré tu territorio y, con la fuerza de mi espada, me esforzaré por devolver a la República todo lo que tu insanía le ha arrebatado.

La carta fue leída en voz alta en presencia de reyes y barones. Acto seguido, Arturo se retiró con ellos a una gigantesca torre que había a la entrada del palacio, para deliberar qué medidas debían adoptarse en relación con el mensaje. Se hallaban todavía al pie de la escalera cuando Cador, duque de Cornubia, que era un hombre jovial, rompió a reír y dijo al rey las siguientes palabras:

—«Mucho me temía que los Britanos, ociosos por la paz prolongada de que gozamos, pudiéramos convertirnos en unos cobardes, y que nuestro esfuerzo en el campo de batalla, que nos ha hecho famosos entre los pueblos, se hubiera perdido para siempre. A la verdad, cuando no se utilizan las armas y no hay nada que hacer salvo jugar con las mujeres y los dados o entregarse a cualquier otro deleite, parece lógico que el coraje, el honor, el arrojo y la gloria se vean mancillados por la apatía. Llevamos casi cinco años entregados a la molicie y desentendidos del ejercicio de la guerra. Dios mismo nos libera de nuestra indolencia valiéndose de Lucio: las pretensiones de los Romanos despiertan en nosotros el valor que nos hizo célebres».

[159]

Estas palabras y otras semejantes dijo Cador. Luego subieron y, una vez acomodados en sus asientos, fue Arturo quien habló de esta manera:

—«Habéis sido mis camaradas tanto en los buenos como en los malos tiempos, y no me faltan pruebas de la valía de vuestros consejos y de vuestro coraje en la guerra. Prestadme ahora toda vuestra atención y empeñad vuestra sabiduría en decirme qué debemos hacer ante una carta semejante. Pues todo lo que el sabio planea escrupulosamente de antemano se soporta más fácilmente cuando se lleva a término. Por tanto, podremos soportar el ataque de Lucio más fácilmente si antes nos hemos puesto de acuerdo acerca de los medios más adecuados para rechazarlo. En lo que a mí respecta, pienso que no debemos temer en exceso su acometida, teniendo en cuenta los motivos irracionales que invoca para exigir el tributo de Britania. Dice que se le debe pagar porque le fue pagado a Julio César y a sus sucesores. Aquellos hombres, animados por la desunión de nuestros antepasados, desembarcaron con hueste armada en

la isla y conquistaron por la fuerza nuestro país, que en aquel tiempo se encontraba debilitado por disensiones internas. Así fue cómo se apoderaron de Britania, imponiéndole injustamente el pago de un tributo, pues nada de lo que se obtiene por la fuerza puede ser justamente poseído por el que emplea la violencia[129]. Motivo irracional es, en efecto, el que Lucio alega cuando mantiene que nosotros somos sus tributarios por derecho. Y ya que Roma se arroga la facultad de reclamarnos algo injusto, con argumento similar propongo que, a nuestra vez, le exijamos a Roma el pago de un tributo, y que el ejército más fuerte de los dos se salga con la suya. Si piensan que Britania debe pagarles un impuesto por el simple hecho de que Julio César y otros reyes romanos la sometieran antaño, de igual manera pienso yo que Roma debe pagarme a mí un tributo, pues mis ancestros la conquistaron en otro tiempo. En efecto, Belino, aquel serenísimo rey de los Britanos, con la ayuda de su hermano Brenio, duque de los Alóbroges, mandó ahorcar a veinte de los más nobles Romanos[130] en mitad de su propio foro, tomó Roma y, una vez tomada, la poseyó durante muchos años. Debo citar también a dos personajes con quienes me unen vínculos muy estrechos de consanguinidad, me refiero a Constantino, el hijo de Helena, y a Maximiano; sucesivamente, fueron ambos reyes de Britania y alcanzaron el trono de la Roma imperial. ¿No creéis que hay motivo suficiente para exigir a los Romanos el pago de un impuesto? Por lo que atañe, en fin, a Galia y a las islas del Océano, nada tenemos que justificar, pues no las defendieron cuando se las arrebatamos».

[160]

Tan pronto como Arturo hubo terminado su discurso, Hoel, rey de los Bótanos de Armórica, adelantándose a los demás, le respondió en los siguientes términos:

—«Aunque cada uno de nosotros se tomara la molestia de profundizar en las ventajas e inconvenientes que pudieran derivarse de las medidas a adoptar, creo que no podría encontrarse mejor consejo que el que tu experta sabiduría acaba de exponer. Tus palabras, aderezadas con las más sabrosas especias del repertorio tuliano [131], se han anticipado a nuestros deseos. Nunca alabaremos lo bastante tu firmeza, tu presencia de ánimo y tu buen juicio al sugerir un plan que tantos beneficios puede reportarnos. Si, de acuerdo con ese plan, estás dispuesto a marchar sobre Roma, no me cabe la menor duda de que obtendremos la victoria: es nuestra libertad lo que está en juego cuando exigimos en nombre de la justicia a nuestros enemigos lo que ellos comenzaron injustamente a reclamarnos, pues el que intenta privarle a otro de lo suyo merece perder lo que le pertenece a manos de aquel cuya ruina busca. Ya que los Romanos pretenden despojarnos de nuestros bienes, nuestra inexorable respuesta será arrebatarles los suyos, en cuanto se presente la ocasión de enfrentarnos con ellos en el campo de batalla. Todos los Britanos desean ese encuentro. Además, las profecías de la Sibila testifican sin margen de error que habrá un tercer emperador romano de sangre británica. Belino y Constantino, aquellos príncipes gloriosos a quienes acabas de referirte, llevaron la corona imperial sobre sus sienes. Para que los oráculos se cumplan, tiene que haber un tercer emperador britano, y en ti saludamos al hombre a quien le ha sido reservado ese supremo honor. Apresúrate, pues, a recibir lo que Dios no va a tardar en entregarte; apresúrate a conquistar lo que desea ser conquistado; apresúrate a exaltarnos a todos, pues no retrocederemos ante el temor de las heridas o incluso de la muerte, si nuestro sacrificio conduce a que tú seas exaltado. Para que lo consigas, yo estaré a tu lado con diez mil guerreros».

[161]

Cuando Hoel hubo concluido, Angusel, rey de Albania, tomó la palabra y manifestó lo que sigue:

—«Desde el instante en que comprendí que mi señor pensaba realmente lo que ha dicho, invadió mi espíritu una alegría tal que no soy capaz ahora de expresarla. En nuestras pasadas campañas hemos tenido que combatir con muchos y muy poderosos reyes, pero esos triunfos no significan nada mientras Romanos y Germanos permanezcan ilesos y no hayamos vengado varonilmente en ellos la matanza que infligieron antaño a nuestros compatriotas. Ahora que tenemos ocasión de vérnoslas con ellos, se desborda mi gozo, y ardo en deseos de que llegue el día de la batalla. Estoy sediento de su sangre, como del agua de un manantial después de haber estado tres días sin beber. Si alcanzo a ver esa jornada, ¡qué dulces serán las heridas que me abrirán y que abriré, cuando lleguemos al cuerpo a cuerpo! Dulce será también la propia muerte, si la sufro vengando a nuestros mayores, salvaguardando nuestra libertad, exaltando a nuestro rey. Ataquemos, pues, a esos afeminados y no cejemos hasta haberlos vencido por completo, despojándolos de todos sus honores en alegre victoria. Por mi parte, engrosaré las filas de nuestro ejército con dos mil caballeros armados, sin contar los hombres de a pie».

[162]

A continuación, los demás dijeron lo que tenían que decir. Uno tras otro prometieron a Arturo tantos guerreros como exigía su condición de vasallos, de manera que, además de los que había prometido el rey de Armórica, se reunieron sesenta mil hombres armados tan sólo de la isla de Britania. Los reyes de las demás islas no utilizaban aún la caballería y, por tanto, enviaron tantos combatientes dé a pie como debían, de modo que de las seis islas, a saber, Hi-

bernia, Islandia, Gotland, las Oreadas, Noruega y Dinamarca, acudieron seis veces veinte mil infantes. De los diversos ducados de las Galias, esto es, los de los Rutenos, Portivenses[132], Neustrienses, Cenomanos, Andegavenses y Pictavenses, llegaron ochenta mil; y de los doce condados de aquellos que vinieron con Gerín de Chartres, mil doscientos. Eran ciento ochenta y tres mil trescientos hombres en total, sin contar los soldados de infantería, cuyo número no era fácilmente computable[133].

Cuando el rey Arturo vio a todos sus vasallos dispuestos como un solo hombre a servirlo, les ordenó volver inmediatamente a sus lugares de origen en busca de las tropas prometidas y acudir con ellas el día de las calendas de agosto[134] al puerto de Barfleur[135]; desde allí se dirigirían al territorio de los Alóbroges, donde tendría ocasión de enfrentarse con los Romanos. Finalmente, envió legados a los emperadores, diciéndoles que no tenía la menor intención de pagar el tributo y que no iba a Roma en cumplimiento de sus órdenes, sino, por el contrario, para reclamarles lo mismo que ellos le habían reclamado a él por mediación de Lucio Hiberio. Parten los mensajeros, parten también reyes y barones, y no tardan en llevar a término cuanto les ha sido ordenado.

[163]

Tan pronto como Lucio Hiberio conoció la respuesta de Arturo, mandó llamar por orden del senado a los reyes de oriente para que preparasen sus ejércitos y marcharan con él a conquistar Britania. Allí acudió rápidamente Epístrofe, rey de los Griegos; Mustensar, rey de los Africanos; Alifátima, rey de Hispania; Hirtacio, rey de los Partos; Boco, rey de los Medos; Sertorio, rey de Libia; Serses, rey de los Itureos[136]; Pandraso, rey de Egipto; Micipsa, rey de Babilonia; Politetes, duque de Bitinia; Teucro, duque de Frigia;

Evandro de Siria, Equión de Beocia e Hipólito de Creta, junto con los duques y barones a ellos sometidos. De entre los senadores acudieron Lucio Cátelo, Mario Lépido, Gayo Mételo Cota, Quinto Milvio Cátulo, Quinto Carucio y muchos más, hasta un total de cuarenta mil ciento sesenta.

[164]

A comienzos de agosto, una vez preparado todo lo necesario, se pusieron en marcha hacia Britania. Al enterarse de su movimiento, Arturo confió la regencia de Britania a su sobrino Mordred y a la reina Ginebra, y, dirigiéndose con su ejército a Puerto de Hamón, se hizo a la mar con viento favorable. Hacia la medianoche, mientras rodeado de innumerables naves surcaba las aguas en próspera y alegre travesía, se apoderó de él un sueño muy profundo. Dormido, vio en sueños a un oso que volaba por el aire y ante cuyos gruñidos se estremecían todas las riberas; vio también a un terrible dragón que, volando desde Occidente, iluminaba el país con el resplandor de sus ojos; cuando el dragón y el oso se encontraron, trabaron entre sí prodigiosa batalla, y el dragón, atacando una y otra vez al oso con su aliento de fuego, dio en tierra con el cuerpo chamuscado de su rival. En ese punto Arturo despertó, y refirió lo que había soñado a los circunstantes, quienes interpretaron que el dragón era el propio rey y el oso un gigante con el que iba a combatir; que la batalla soñada era el trasunto de la que mantendrían él y el gigante, y que la victoria del dragón representaba su propio triunfo. Arturo, por su parte, no opinaba lo mismo, y quería ver en su sueño una alusión a sí mismo y al emperador. Cuando hubo pasado la noche y la bermeja aurora despuntaba en el cielo, desembarcaron en Barfleur. Armadas al punto sus tiendas, se dispusieron a esperar allí la llegada de los reyes de las islas y de los duques de las provincias adyacentes.

[165]

Entretanto, anuncian a Arturo que un gigante de portentoso tamaño, procedente de Hispania, ha arrebatado a Helena, sobrina del duque Hoel, de manos de quienes la custodiaban y ha escapado con ella a la cumbre de la montaña que hoy se llama Mont Saint Michel. Hasta allí lo han seguido los caballeros de la comarca, pero sin resultados positivos, pues si lo atacaban por mar, les hundía las naves lanzándoles enormes rocas, y si por tierra, o los mataba con todo tipo de armas arrojadizas o, capturándolos, los devoraba cuando aún estaban vivos.

La noche siguiente, a las dos de la madrugada, tomó Arturo consigo a su senescal Kay y a su copero Bedevere, y, saliendo en secreto del campamento, se encaminó hacia la montaña. Era tan grande el valor del rey que no creía necesario poner en marcha todo un ejército contra monstruos semejantes: él solo se bastaba para destruirlos, infundiendo así con su ejemplo coraje a sus soldados. Cuando llegaron cerca del monte, vieron que ardía una hoguera en su cumbre, y distinguieron otro fuego menor sobre un monte más bajo, no lejos del primero. Como ignoraban en cuál de los dos tenía su morada el gigante, enviaron a Bedevere a averiguarlo. Se dirigió primero éste en barca hacia la montaña menor, a la que no podía acceder por tierra, pues se encontraba en medio del mar. Comenzaba a trepar hasta la cumbre cuando oyó un clamor lúgubre de mujer encima de él. En un principio se estremeció de horror, pues temía que el monstruo pudiese estar allí. Pero recobró el coraje y, desenvainando su acero, prosiguió la escalada. Al llegar a la cumbre, no encontró nada más que la hoguera que había visto antes. En seguida descubrió al lado del ruego un túmulo recientemente levantado; junto a la tumba, había una

anciana que se deshacía en sollozos. En cuanto ella lo vio, interrumpió sus lágrimas y le dijo:

—«¡Hombre infeliz! ¿Qué funesta fortuna te ha conducido a este lugar? Me compadezco de ti, porque vas a morir entre inenarrables tormentos. Lástima me das, pues esta misma noche un monstruo abominable destruirá la flor de tu juventud. Va a venir, en efecto, un gigante de odioso nombre, aquel gigante criminal e impío que trajo a la sobrina del duque a esta montaña, donde ahora yace bajo este túmulo que acabo de erigirle yo, su nodriza, a quien también condujo aquí ese infame raptor. ¿De qué forma inaudita te matará, sin vacilar un solo instante? ¡Ah, tristes hados! Cuando el monstruo tomó en sus brazos a la purísima niña que yo crié, el terror inundó su tiernísimo pecho, y así finalizó su vida, digna de una luz más durable. Y como no podía ya manchar con su inmunda lujuria a la que había sido mi alma gemela, mi otro yo, la alegría y el gozo de mi vida, puso en mí toda la violencia de su horrible deseo, aunque contra mi voluntad (y Dios y mi vejez me son testigos de ello). ¡Huye, querido mío, huye! Si, como es su costumbre, viniese a cohabitar conmigo y te encontrara aquí, te descuartizaría sin remedio».

Bedevere, conmovido tanto como le es dado conmoverse a un ser humano, tranquilizó a la anciana con amistosas palabras y la confortó prometiéndole pronta ayuda. Después regresó junto a Arturo y le dijo todo lo que había descubierto.

Lamentó Arturo el fin de la muchacha y ordeno a sus dos camaradas que le dejasen atacar solo al gigante; si fuese necesario, ellos podrían acudir en su ayuda y combatir vigorosamente a su lado. De manera que dirigieron sus pasos hacia la montaña más alta y, dejando los caballos al cuidado

de sus escuderos, iniciaron la ascensión con Arturo al frente del grupo. Se hallaba aquel monstruo inhumano junto al fuego, con las fauces manchadas por la sangre de unos puercos que había estado devorando y cuyos restos asaba, ensartados en pinchos, sobre las brasas de la hoguera. Cuando los vio, mucho se sorprendió de su presencia y se apresuró a coger su clava, que dos hombres jóvenes no habrían podido sino a duras penas alzar del suelo. Por su parte, el rey desenvainó la espada y, protegiéndose con el escudo, echó a correr tan rápidamente como pudo para llevar la delantera a su rival e impedir que empuñase la clava. Pero el gigante, sabedor de las intenciones de Arturo, ya había tomado su arma, y golpeó con ella al rey sobre el escudo con tal violencia que el ruido del impacto resonó en todas las riberas y ensordeció por completo los oídos de su adversario. Entonces, Arturo, ardiendo en feroz cólera, levantó su espada y abrió en la frente de su enemigo una herida que, aunque no era mortal, hizo brotar la sangre por el rostro y los ojos del monstruo y lo cegó completamente. El gigante había desviado ligeramente el golpe con su clava y, de ese modo, había preservado su frente de una herida fatal. Cegado como estaba por la sangre que manaba de su cabeza, ganó en rabia y furor, y como el jabalí se precipita sobre el cazador a pesar del venablo que éste empuña, así aquel monstruo se arrojó sobre el rey despreciando su espada, le ciñó fuertemente la cintura con sus brazos y lo obligó a doblar en tierra las rodillas. Arturo, recobrando el valor, logró escurrirse pronto de su abrazo y lo golpeó aquí y allá con su espada, no cejando hasta que hubo incrustado toda la hoja de Caliburn en la cabeza de su rival, allí donde la calavera protege al cerebro. Herida de muerte, aquella criatura maligna lanzó un último grito y cayó al suelo con

gran estrépito, como un roble arrancado de raíz por la furia de los vientos.

Rió el rey aliviado, y ordenó a Bedevere que cortara la cabeza al gigante y se la diera a uno de los escuderos para llevarla al campamento y exhibirla ante los soldados. Decía Arturo que no se había enfrentado nunca con nadie tan fuerte desde que dio muerte al gigante Ritón en el monte Aravio, cuando éste lo retó a singular combate. El tal Ritón se estaba haciendo una pelliza con las barbas de los reyes que iba matando, y mandó recado a Arturo de que se arrancara con cuidado su propia barba y, una vez arrancada, se la enviase; como Arturo despuntaba entre los demás reyes, el gigante le prometió en su honor coser su barba en la capa de piel por encima de las demás. Si no cumplía su mandato, lo desafiaba a combatir, y el vencedor del duelo obtendría la pelliza y la barba del vencido. Se llevó a cabo la pelea, y Arturo salió victorioso, apoderándose de la barba de su adversario y del trofeo. Desde entonces no había combatido con nadie tan fuerte como Ritón, hasta que se enfrentó con el gigante de la montaña de San Miguel. Tan pronto como consiguieron la victoria de la forma y manera que os he descrito, regresaron con la descomunal cabeza al campamento cuando rompían las primeras luces del alba. A su paso, las multitudes se agolpaban, vitoreando al hombre que había liberado el país de monstruo tan voraz.

Por su parte, Hoel, afligido por la muerte de su sobrina, ordenó edificar una basílica sobre su tumba, en la montaña que albergaba sus restos. El monte tomó el nombre de la sepultura de la doncella y aún hoy se llama Tumba de Helena[137].

[166]

Una vez reunidos todos en Barfleur, Arturo se dirigió a Autun, donde pensaba encontrar al emperador. Cuando

llegó a orillas del río Aube, le anunciaron que los Romanos se hallaban acampados cerca de allí, y que su ejército era tan numeroso que, según decían, era un suicidio hacerle frente. Pero Arturo no se amedrentó y persistió en el plan que había trazado de antemano. Comenzó, pues, por construir su propio campamento a orillas del río, en un lugar desde donde podía mover libremente sus tropas o adonde podía retirarse, si fuere menester. Mandó después a dos de sus condes, Bosón de Oxford y Gerín de Chartres, junto con su sobrino Gawain, a Lucio Hiberio, para decirle que o traspasaba de regreso a Roma las fronteras de Galia o, al día siguiente, sabría por propia experiencia quién de los dos tenía mejor derecho sobre el país. Los jóvenes de Britania, exultantes de gozo ante las perspectivas de una batalla, comenzaron a instigar a Gawain para que provocara algún incidente en el campo del emperador y tuviesen, así, la oportunidad de enfrentarse con los Romanos.

Llegados a presencia de Lucio, le ordenaron retirarse de Galia o combatir al día siguiente.

Mientras el caudillo romano les respondía que no tenía intención alguna de regresar a Italia, sino de pelear para someter el país, a su sobrino Gayo Quintiliano, allí presente, se le ocurrió decir que los Britanos abundaban en fanfarronería y amenazas, pero carecían de arrojo y de valor a la hora de la verdad. Indignado, Gawain desenvainó la espada que llevaba colgada al cinto y, atacando al difamador, le cortó la cabeza. Acto seguido, montó a caballo, y sus compañeros con él. Los Romanos los persiguieron, unos a pie y otros a caballo, con ánimo de vengar la muerte de su compatriota en la persona de los legados, que huían a toda velocidad. Cuando uno de los perseguidores estaba a punto de alcanzar a Gerín de Chartres, éste se dio la vuelta de re-

pente, enristró su lanza y atravesó la armadura de su enemigo, acertándole en la mitad del cuerpo y dando con todo su poder en tierra. Bosón de Oxford, celoso del valor que había exhibido el de Chartres, volvió grupas y arrojó su lanza a la garganta del primer hombre que encontró, hiriéndolo mortalmente y desmontándolo del rocín que empleaba en la persecución. En el ínterin, Marcelo Mucio, deseando ardientemente vengar a Quintiliano, amenazaba por la espalda a Gawain y estaba a punto de prenderlo cuando el Britano, girando en redondo, lo golpeó con la espada que blandía, hendiéndole yelmo y cabeza hasta el pecho; le encargó, además, que cuando estuviera en el infierno dijese a Quintiliano, a quien Gawain había matado en el campamento, que así era como los Britanos abundaban en amenazas y fanfarronería. Reagrupados los tres camaradas, Gawain los exhorta a darse la vuelta y a cargar juntos, pugnando cada uno por abatir a un nuevo enemigo. De modo que, obedientes a la propuesta, vuelven grupas y cada uno derriba a un enemigo.

No cejan los Romanos en la persecución, hostigándolos con sus espadas y lanzas, pero no son capaces de capturarlos ni de abatirlos. Los seguían por cierto bosque, según cuenta la historia, cuando surgieron repentinamente de la espesura alrededor de seis mil Britanos que, enterados de la huida de sus condes, se hallaban escondidos con ánimo de prestarles ayuda. Al salir, espolean a sus monturas y, llenando el aire con sus gritos y protegiéndose con sus escudos, atacan de improviso a los Romanos y al punto los ponen en fuga. Acto seguido, los persiguen como un solo hombre, y a unos los derriban a lanzadas de sus caballos, a otros los capturan y a otros los matan. Cuando le fue anunciado esto al senador Petreyo, se apresuró a acudir en auxilio de sus camaradas, acompañado de diez mil hombres, y obligó a

los Britanos a retirarse al bosque de donde habían salido, aunque a costa de grandes pérdidas, pues los Britanos conocían bien las estrechas sendas por donde huían, e hicieron auténticos estragos entre sus perseguidores.

Mientras retrocedían de ese modo, Hidero, hijo de Nun, acudió velozmente en su ayuda con cinco mil guerreros. Se detuvieron entonces los fugitivos, mostrando el pecho ante los mismos a quienes poco antes habían dado la espalda, y se esforzaron en golpearlos lo mejor que sabían. Resisten los Romanos, y la suerte de la batalla permanece indecisa. Los Britanos deseaban el combate con toda su alma, pero, una vez trabado, no se cuidaban mucho de si ganaban o perdían. Los Romanos, en cambio, actuaban con más cautela, y Petreyo Cota, como buen capitán que era, les había instruido sabiamente acerca de cuándo debían atacar y cuándo replegarse, infligiendo de esa manera serio quebranto a sus rivales.

En cuanto Bosón se dio cuenta de ello, convocó a un grupo de Britanos que él sabía eran más valientes que los demás y les habló de la siguiente forma:

—«Puesto que hemos emprendido esta batalla sin que Arturo lo sepa, debemos tener buen cuidado de no llevar la peor parte en ella. Si tal sucede, no sólo sufrirán graves daños nuestros soldados, sino que nuestro rey nos maldecirá por nuestra loca intrepidez. Recobrad el valor y seguidme a través de las filas de los Romanos con el propósito de dar muerte o coger prisionero a Petreyo, si la fortuna nos favorece».

Así que picaron espuelas y penetraron en ataque conjunto por la formación enemiga, llegando al lugar desde donde Petreyo daba las órdenes. Bosón se arrojó rápidamente sobre él, lo agarró del cuello y cayó en tierra con él,

tal y como había planeado de antemano. Acuden los Romanos a liberar a su caudillo; los Britanos acuden a auxiliar a Bosón. Se sigue una espantosa carnicería mutua en medio de un estrépito ensordecedor y de una confusión absoluta, con unos intentando rescatar a su capitán y los otros haciendo lo posible para mantenerlo en su poder. Los combatientes de ambos bandos descargan golpes y los reciben, derriban y son derribados. Allí puede verse con claridad quién es el mejor con la lanza, con la espada o con el venablo. Finalmente, los Britanos avanzaron en formación cerrada y, resistiendo los embates de los Romanos, se retiraron con Petreyo a la seguridad de sus líneas. Desde allí, y de manera inmediata, atacan de nuevo al enemigo, ahora privado de su jefe y, en su mayor parte, debilitado, descompuesto y sin ánimos para otra cosa que no sea emprender la huida. Cayendo sobre ellos por la espalda, los golpean y los derriban, despojan a los caídos y pasan por encima de los despojados para perseguir a los demás. Pero también toman prisioneros, pues quieren entregárselos al rey.

Por fin, después de haberles causado el mayor daño posible, regresaron al campamento con el botín cobrado y los cautivos y, haciendo una cumplida relación de los sucesos en que habían tomado parte, entregaron a Arturo, en medio de una gran alegría por la victoria, a Petreyo Cota y a los restantes prisioneros. Los felicita el rey, y les promete honores y más honores por haberse comportado tan valerosamente, aunque él no haya estado con ellos. Decide que los presos sean conducidos a prisión y, a ese efecto, llama a su presencia a los que van a encargarse de trasladarlos, al día siguiente, a París y de ponerlos a buen recaudo en manos de los carceleros de esa ciudad, hasta que determine qué hacer con ellos. Ordena, asimismo, al duque Cador, a Bedevere el copero y a los condes Borel y Richer, con sus

séquitos personales, que los escolten hasta llegar a un punto en el que no sea ya de temer un intento de rescate por parte de los Romanos.

[167]

Pero los Romanos se anticiparon a estos planes y, por orden del emperador, eligieron a quince mil de los suyos para que, esa misma noche, adelantaran a los Britanos y, tendiéndoles una trampa, dieran la libertad a sus compatriotas cautivos. Ostentaban el mando los senadores Vulteyo Cátelo y Quinto Carucio, junto con Evandro, rey de Siria, y Sertorio, rey de Libia. Esa misma noche salieron con los quince mil arriba mencionados y, escogiendo un lugar adecuado para un ataque por sorpresa, se ocultaron en él, esperando la llegada del convoy enemigo. Al amanecer, los Britanos se pusieron en marcha con sus prisioneros. Pronto estuvieron cerca del lugar en cuestión, ignorantes de la emboscada que les habían preparado sus astutos enemigos. Comenzaban a entrar en dicho lugar cuando los Romanos surgieron de improviso de su escondite y los atacaron, rompiendo sus desprevenidas filas. Aunque atacados de improviso y dispersados, los Britanos rehicieron sus líneas y resistieron con bravura: apostaron parte de sus tropas alrededor de los cautivos, y al resto lo agruparon en compañías para hacer frente al enemigo. Bedevere y Richer tomaron el mando del grupo encargado de custodiar a los prisioneros, mientras que Cador, duque de Cornubia, y Borel acaudillaban a los demás. Los Romanos se habían arrojado sobre ellos desordenadamente, sin preocuparse de organizar sus filas, y ponían todo su empeño en sembrar la matanza entre los Britanos, al tiempo que éstos pugnaban por defenderse, agrupándose en compañías. Quebrantados sobremanera, los Britanos habrían padecido la vergüenza de perder a sus cautivos, si la fortuna no hubiese acudido

en su auxilio con los refuerzos necesarios. En efecto, Güitardo, duque de los Pictavenses, supo de la emboscada arriba descrita y llegó con tres mil guerreros al lugar de la batalla. Con ayuda tan oportuna, los Britanos se alzarían al fin con la victoria, tomando cumplida venganza del estrago que les habían infligido sus desvergonzados salteadores. Con todo, habían sido muchas sus pérdidas en la primera fase de la batalla. Perdieron a Borel, ínclito conde de los Cenomanos, que vio cómo la lanza de Evandro, rey de Siria, le atravesaba la garganta, y acto seguido, con la sangre, vomitó la vida. También perdieron a cuatro nobles príncipes: Hírelgas de Perirón, Mauricio de Cahors, Aliduc de Tintagel, y Her, hijo de Hider; difícilmente podrían encontrarse hombres tan bravos como ellos. Pero sus camaradas conservaron intacto el coraje y no desesperaron; antes bien, se esfuerzan al máximo en custodiar a los prisioneros y, al mismo tiempo, procuran derribar el mayor número posible de enemigos. Finalmente, los Romanos no fueron capaces de soportar las embestidas britanas y, abandonando a toda prisa el campo, se dirigieron a su campamento. Los Britanos los persiguieron, infligiéndoles gran matanza y tomándoles muchos cautivos, y no descansaron hasta haber dado muerte a Vulteyo Cátelo y a Evandro, rey de Siria, y haber desbaratado por completo al resto del ejército. Conseguida la victoria, los vencedores enviaron a París a los prisioneros que llevaban consigo y regresaron adonde se hallaba su rey con los que habían capturado en la última batalla, alimentando la esperanza de una victoria definitiva, ya que siendo tan pocos habían obtenido el triunfo sobre tantísimos enemigos.

[168]

Mal sufrió Lucio Hiberio tales reveses. Atormentado y perplejo, su ánimo se inclinaba unas veces a esta y otras a

aquella solución, dudando si debía entablar batalla abierta con Arturo o si sería más aconsejable retirarse a Autun y aguardar allí refuerzos del emperador León. Prevaleció, por fin, su miedo y, a la noche siguiente, marchó con sus ejércitos a Langres, en su camino a la antedicha ciudad de Autun. Enterado de los movimientos de su adversario, Arturo quiso adelantársele en el camino y esa misma noche, dejando Langres a su izquierda, llegó a un valle llamado Saussy[138], por donde Lucio tenía que pasar.

Queriendo formar a sus hombres en línea de combate, dejó en reserva una legión al mando del conde Morvid para que, si fuere menester, supiese adonde podía retirarse a rehacer sus filas, a fin de presentar de nuevo batalla al enemigo. Dividió el resto de sus tropas en siete batallones[139], compuesto cada uno de cinco mil quinientos cincuenta y cinco hombres armados. Una parte de cada batallón así establecido lo formaban las fuerzas de a caballo, y otra, los guerreros de a pie. Habían recibido órdenes según las cuales la infantería atacaría de frente, mientras que la caballería, avanzando en cerrada formación, lo haría oblicuamente, esforzándose por dispersar al enemigo. De acuerdo con una inveterada costumbre británica, los infantes adoptaron una formación en cuadrado, con alas derecha e izquierda. Comandaba el ala derecha del primer batallón Angusel, rey de Albania; el duque de Cornubia, Cador, se hizo cargo del ala izquierda. Dos insignes condes, Gerín de Chartres y Bosón de Ridichen (u Oxford en lengua sajona), ostentaban el mando de la segunda división; Asquilo, rey de los Daneses, y Lot, rey de los Noruegos, se hallaban al frente de la tercera. Los jefes del cuarto batallón eran Hoel, duque de Armórica, y Gawain, sobrino del rey. Tras estos cuatro batallones se dispusieron otros cuatro en la retaguardia; el primero de ellos lo acaudillaban Kay el senes-

cal y Bedevere el copero; Holdino, duque de los Rutenos, y Güitardo, duque de los Pictavenses, mandaban el segundo; el tercero les fue encomendado a Jugein de Leicester, Jonatal de Dorchester y Cursalem de Caicester, y el cuarto a Urbgenio de Bath. Tras éstos, el propio Arturo escogió posición para sí y para una legión que se había reservado, y allí clavó el dragón de oro de su bandera. A ese lugar podían retirarse, en caso de necesidad, los soldados heridos y agotados, como si se tratase de un campamento. Constaba la legión de Arturo de seis mil seiscientos sesenta y seis hombres.

[169]

Una vez formado todo el ejército, el rey les habló así a sus camaradas:

—«Compatriotas, vosotros que habéis hecho a Britania dueña y señora de tres veces diez reinos, os felicito por ese coraje vuestro que, lejos de desfallecer, veo que aumenta cada día más. Aunque habéis estado inactivos por espacio de cinco años y os entregasteis durante ese tiempo a los deleites del ocio y no al ejercicio de la guerra, vuestro innato valor no ha degenerado lo más mínimo; por el contrario, habéis perseverado en él, poniendo en fuga a los Romanos, que, espoleados por su propia soberbia, trataban de arrebatarnos nuestra libertad. Fueron ellos quienes iniciaron esta contienda, confiados en su superioridad numérica, pero no han podido resistir vuestro empuje y han tenido que buscar deshonroso refugio en esa ciudad[140]. Ahora se disponen a abandonarla, y tendrán que pasar por este valle en su camino a Autun. Entonces vosotros caeréis sobre ellos cuando menos lo esperen y los degollaréis como corderos. Sin duda, pensaban que residía en vuestros corazones la molicie y la cobardía propia de los pueblos orientales, cuando quisieron hacer tributario a vuestro país y a vosotros escla-

vos. ¿Acaso no han oído hablar de las campañas que llevasteis a cabo contra Daneses y Noruegos, y contra los caudillos de los Galos, a quienes sometisteis a mi poder y liberasteis de su vergonzosa tiranía? Si fuimos capaces de vencer en batallas de tanto fuste, obtendremos sin duda el triunfo en esta más ligera, si ponemos igual empeño en aplastar a esos afeminados. ¡Cuántos honores os aguardan si obedecéis fielmente mis órdenes, como leales camaradas que sois! Tan pronto los hayamos derrotado, nos pondremos en marcha hacia Roma; una vez allí, conquistaremos la ciudad y, cuando la hayamos conquistado, entraremos en posesión de todo lo que encierra: vuestros serán el oro y la plata, los palacios, las torres, los castillos, ciudades y demás tesoros de los vencidos».

Así dijo, y todos asintieron con un clamor unánime, dispuestos antes a morir que a abandonar el campo, mientras su rey permaneciese vivo.

[170]

Por su parte, Lucio Hiberio, informado de la encerrona que le habían preparado, pensó primero en huir, pero cambió de opinión y, recobrando el coraje, decidió aceptar la batalla con los Britanos en el mismo valle por donde había de pasar. A este efecto, convocó a sus generales y les habló del modo siguiente:

—«Patricios venerables, a cuyo imperio deben vasallaje los reinos de Oriente y de Occidente, recordad las hazañas de vuestros mayores, que no dudaron en derramar su sangre para prevalecer sobre los adversarios de la República, dejando un vivo ejemplo de valor y virtudes guerreras a sus descendientes, pues luchaban como si Dios hubiese dispuesto que ninguno de ellos muriera en el campo de batalla. Triunfaban casi siempre, y triunfando, evitaban la

muerte, creyendo firmemente que a nadie podía sucederle nada que no hubiese previsto la voluntad divina. Y de ese modo crecía la República, y crecían los hechos heroicos de los Romanos. Y la honestidad, la honra y la largueza que son propias de las almas nobles florecieron en aquellos héroes durante largos años, y los exaltaron a ellos y a sus descendientes al dominio de todo el orbe. Ese es el espíritu que quiero insuflar en vosotros. Os exhorto a que recobréis las virtudes de vuestros antepasados y a que, imbuidos de aquel valor, os enfrentéis a vuestros enemigos en el valle en que se hallan emboscados y luchéis por arrebatarles lo que es nuestro. Ni por un momento penséis que me he refugiado en esta ciudad porque tema a los Britanos o tenga miedo de combatir con ellos; por el contrario, lo he hecho contando con que nos perseguirían incautamente y, al atacarnos en desorden, hubiéramos podido salir de improviso a su encuentro e infligirles gran mortandad. Pero, como ellos han obrado de manera distinta a la que esperábamos, debemos modificar también nosotros nuestros planes. Acudamos a su encuentro y ataquémoslos con denuedo; o, si son ellos quienes llevan la iniciativa, mantengamos firmes nuestras líneas y aguantemos su primera embestida: obrando así, no cabe duda de que triunfaremos, pues en la mayoría de las batallas el bando que consigue resistir el primer ataque obtiene frecuentísimamente la victoria».

Tan pronto como hubo dado fin a estas razones y a otras similares, sus hombres asintieron unánimes y, alzando las manos unidas, juraron ser fieles a Roma. Se armaron luego a toda prisa y, una vez armados, salieron de Langres y se dirigieron al valle donde Arturo tenía desplegado su ejército. Habían dividido sus tropas en doce legiones, todas de infantería, que, según costumbre romana, tenían forma de cuña; constaba cada una de seis mil seiscientos sesenta y

seis soldados. Pusieron al frente de cada división a un comandante, a quien correspondía decidir cuándo se debía atacar y cuándo resistir las acometidas del enemigo. El mando de la primera legión le fue confiado a Lucio Cátelo y a Alifátima, rey de Hispania; el de la segunda, a Hirtacio, rey de los Partos, y al senador Mario Lépido; el de la tercera, a Boco, rey de los Medos, y al senador Gayo Mételo, y el de la cuarta, a Sertorio, rey de Libia, y al senador Quinto Milvio. Estas cuatro legiones constituían la primera línea. Tras ellas había otras cuatro: a la cabeza de la primera colocaron a Serses, rey de los Itureos; Pandraso, rey de Egipto, mandaba la segunda, y Politetes, duque de Bitinia, la tercera, tomando a su cargo la cuarta Teucro, duque de Frigia. Tras estas cuatro había otras tantas: acaudillaba la primera el senador Quinto Carucio; la segunda, Lelio de Ostia; la tercera, Sulpicio Subúculo, y la cuarta, Mauricio Silvano. En cuanto a Lucio, iba y venía entre sus hombres, dándoles órdenes e instrucciones acerca de cómo debían comportarse. Y ordenó que, en mitad de la formación, se plantara el águila de oro de su estandarte, y que todo aquel que se viera alejado de sus filas por la marea bélica hiciese lo posible por volver junto a su bandera.

[171]

Por fin se encuentran frente a frente Britanos y Romanos, con los venablos prestos a ser usados. Suenan al punto las trompetas que llaman al combate, y la legión mandada por el rey de Hispania y Lucio Cátelo carga briosamente contra la división acaudillada por el rey de Escocia y el duque de Cornubia, pero ésta se mantiene firme y los Romanos no consiguen romperla. Mientras persiste la legión romana en su furiosa acometida, entran en acción los soldados que Gerín y Bosón guiaban, y, a todo galope, se precipitan sobre los asaltantes, rompen sus filas y tropiezan

con el batallón que el rey de los Partos conducía contra la división de Asquilo, rey de los Daneses. Acto seguido, ambos ejércitos se encuentran con violencia y, quebrando sus respectivas líneas de batalla, se enzarzan en mortal combate. Lamentable es la mortandad que ambas partes se infligen en medio de un griterío ensordecedor, batiendo la tierra con la cabeza o con los pies, vomitando la vida al mismo tiempo que la sangre. El primer daño grave lo padecieron los Britanos, pues fue muerto el copero Bedevere y mortalmente herido Kay, el senescal. Bedevere se enfrentó a Boco, rey de los Medos, y cayó muerto, atravesado por la lanza de su rival, en medio de la hueste enemiga. Quiso vengarlo el senescal Kay, pero se encontraba rodeado de Medos y recibió una herida mortal. Sin embargo, como buen caballero que era, se abrió paso con los hombres que llevaba y, dispersando a sus enemigos, habría conseguido retornar a sus filas con la formación intacta de no haberse topado con la legión del rey de Libia, cuya embestida abrió brecha en las tropas conducidas por Kay. Cedió entonces terreno y logró retirarse al dragón de oro con el cadáver de Bedevere. ¡Cómo se lamentaban los de Neustria al ver el cuerpo de su duque destrozado por tantas heridas! ¡Qué duelo hacían los Andegavenses mientras trataban de curar las heridas de Kay, su señor! Pero no era momento para quejas, pues ambos ejércitos se bañaban en sangre atacándose mutuamente, y de nada servía gemir ni lamentarse: había que mirar por la propia defensa.

[172]

A Hírelgas, sobrino de Bedevere, lo conmovió sobremanera la muerte de éste. Tomó a trescientos de los suyos y, como un jabalí en medio de una jauría, arremetió a todo galope contra las filas enemigas hasta llegar al sitio donde había visto que se hallaba el estandarte del rey de los

Medos; lo hacía sin pensar en lo que pudiera sucederle, guiado por el deseo de vengar a su tío. Una vez allí, mató al rey medo y, llevándose el cadáver a sus líneas, lo colocó junto al del copero y lo cortó en pedazos. Después, arengando con gran clamor a sus compatriotas, los exhortó a acometer al enemigo con ataques continuos ahora que su coraje hervía, ahora que el corazón de sus rivales temblaba de terror, ahora que estaban mejor dispuestos para el cuerpo a cuerpo, pues sus líneas se habían roto menos que las de los Romanos y se encontraban en condiciones de redoblar sus embestidas e infligirles mayor estrago. Animados por sus palabras, los Britanos atacaron al enemigo por todas partes, y el campo quedó sembrado de cadáveres de ambos ejércitos. Por el bando de los Romanos, junto a muchísimos otros, cayó Alifátima, rey de Hispania, y Micipsa de Babilonia, así como los senadores Mario Lépido y Quinto Milvio. De la parte de los Britanos cayeron Holdino, duque de los Rutenos, y Leodegario de Boulogne, junto a tres condes de Britania: Cursalem de Caicester, Galuc de Salisbury y Urbgenio de Bath.

[173]

Sobremanera debilitadas, las tropas que mandaban estos caudillos hubieron de retroceder hasta la hueste de los Britanos de Armórica, que conducían Hoel y Gawain. Y los Armoricanos, convertidos en puro ruego, atacaron al enemigo y, reuniendo a los que retrocedían, obligaron a huir a quienes poco antes habían sido perseguidores, y los persiguieron a su vez, matando a unos y derribando a otros, y no cesaron en la matanza hasta llegar al batallón del emperador, que, apercibiéndose del desastre sufrido por sus compañeros, se apresuraba a prestarles socorro.

En el primer encuentro, los Britanos salieron malparados. Quimarcoc, conde de Tréguier, cayó muerto, y dos

mil guerreros con él. Cayeron también tres ínclitos barones: Ricomarco, Blocovio y Lagvio de Bodloan[141]. Si hubiesen ocupado un trono, las edades futuras habrían celebrado su fama, pues eran hombres de gran valor. En el ataque que llevaron a cabo con Hoel y Gawain, y que ya os he descrito, no hubo enemigo que les hiciera frente a quien no arrebatasen la vida con la espada o la lanza. Pero cuando llegaron ante la misma guardia de Lucio, se vieron rodeados por todas partes de Romanos y cayeron al mismo tiempo que Quimarcoc y sus camaradas.

Los siglos pretéritos no habían engendrado mejores caballeros que Hoel y Gawain. Al enterarse de la muerte de sus hombres, insistieron aún más encarnizadamente en el ataque, y ahora aquí, ahora allá, corriendo el uno en una dirección y el otro en otra, acechaban la cuña del emperador. Gawain, rebosante de valor por sus recientes hazañas, hacía todo lo posible por enfrentarse con Lucio y, en su esfuerzo, empujaba más y más, como el más bravo de los guerreros, y empujando abatía enemigos, y abatiéndolos los mataba. Hoel no se mostraba menos valiente y, en la otra zona de la batalla, se movía con la velocidad del rayo, animando a sus soldados, y hería a los enemigos sin temor a recibir sus golpes, y no había momento en que dejara de golpear o fuese golpeado. No sería fácil decir cuál de los dos se comportó mejor en esa jornada.

Por fin, Gawain, que acechaba la cuña del emperador —como quedó dicho—, encontró la oportunidad que apetecía y, topando con Lucio, se dispuso a enfrentarse con él. El general romano se hallaba en la flor de su juventud, lleno de audacia, fuerza y coraje, y no deseaba otra cosa que pelear contra un caballero como Gawain, que a buen seguro lo obligaría a probar su bondad en los hechos de

armas. Así que esperó a Gawain a pie firme, pues mucho se preciaba de combatir con un adversario tan famoso. Largo tiempo duró el duelo entre ambos, y poderosos fueron los golpes que intercambiaron sobre los escudos que los protegían, esforzándose cada uno al máximo por herir de muerte al contrario. Cuando se encontraban en el punto más encarnizado del combate, he aquí que los Romanos, súbitamente recuperados, atacaron a los de Armórica acudiendo en defensa de su emperador y lograron rechazar a Hoel y Gawain, sembrando la muerte entre sus tropas y no deteniéndose en su avance hasta llegar a la vista de Arturo y su batallón.

[174]

Arturo, en efecto, informado de la matanza infligida a sus hombres, se había adelantado con su legión y, desenvainando a Caliburn, su magnífica espada, animaba a sus compañeros con grandes voces, diciéndoles:

—«¿Qué estáis haciendo, camaradas? ¿Vais a permitir que esos afeminados salgan de ésta sanos y salvos? ¡Ninguno debe escapar vivo! Recordad vuestras manos diestras, que, ejercitadas en innumerables combates, sometieron treinta reinos a mi poder. Recordad a vuestros mayores, a quienes los Romanos, entonces en el apogeo de su fuerza, hicieron tributarios. Recordad vuestra libertad, que esos aprendices de hombres quieren arrebataros, y eso que son más débiles que vosotros. ¡Qué ni uno solo de ellos escape vivo! ¡Ni uno solo! ¿Qué estáis haciendo?».

Estas y muchas otras cosas gritaba mientras cargaba contra los enemigos y los derribaba y hería. Un solo golpe suyo bastaba para dar muerte a aquel que se cruzara en su camino o al caballo en que fuese montado. Los Romanos huían de él como el ganado del feroz león, cuando el ham-

bre cruel lo mueve a devorar todo lo que el azar pone a su alcance. Y de nada servían sus armaduras cuando Caliburn, firmemente empuñada por la diestra de rey tan esforzado, los obligaba a vomitar sus almas al mismo tiempo que su sangre. Dos reyes, a saber, Sertorio de Libia y Politetes de Bitinia, tropezaron, para desgracia suya, con él, y al punto les cortó las cabezas y los envió al Tártaro. Viendo pelear de esa manera a su rey, los Britanos cobraron más audacia y acometieron como un solo hombre a los Romanos, avanzando en compacta formación. Mientras la infantería atacaba por una parte, los jinetes lo hacían por la otra, intentando derribar el mayor número posible de enemigos y pugnando por atravesar sus líneas. Resisten enconadamente los Romanos, y Lucio, su ilustre caudillo, los exhorta a tomar venganza en los Bótanos de la carnicería llevada a cabo por Arturo. Ambos bandos se baten con tanta rabia como si la batalla acabase de empezar. Arturo, por su parte, multiplicaba más y más sus golpes sobre el enemigo —como ya he dicho antes—, y exhortaba a los Britanos a persistir en su embestida. En cuanto a Lucio, no dejaba de animar a los Romanos y guiaba sus contraataques, haciendo prodigios de valor; iba de un lado a otro de sus líneas sin dar un solo instante de reposo a su brazo y dando muerte a todo aquel que se cruzaba en su camino, ya con la espada, ya con la lanza. Espantosa rué la carnicería por ambos bandos, pues unas veces eran los Britanos y otras los Romanos quienes llevaban la mejor parte.

[175]

Finalmente, mientras estaban así las cosas en el campo de batalla, he aquí que Morvid, señor de Gloucester, se presentó en súbita carrera con la legión que —como dije antes — se hallaba de reserva en las colinas y atacó por la retaguardia a los enemigos cuando menos se lo esperaban,

rompiendo sus filas, dispersándolos e infligiéndoles gran mortandad. Muchos miles de Romanos encontraron su fin entonces, entre ellos el propio Lucio, muerto por una lanza anónima en medio de sus tropas. Los Britanos insistieron y, no sin grandes esfuerzos, se alzaron con la victoria.

Puestos en fuga, parte de los aterrados Romanos buscó refugio en bosques y terrenos incultos, y parte lo hizo en ciudades y castillos, buscando cada uno los lugares que le parecían más seguros. Pero los Britanos, persiguiéndolos con ahínco, les daban miserable muerte, los capturaban y despojaban, de manera que los vencidos, en su gran mayoría, ofrecían voluntariamente las manos a las cadenas, como hacen las mujeres, con la sola esperanza de prolongar sus vidas un poco más. Todo lo cual había sido dispuesto por la divina providencia, puesto que antaño sus antepasados habían oprimido injustamente a los nuestros, y ahora los Britanos, defendiendo su libertad, la misma que los Romanos les querían arrebatar, habían obtenido el triunfo sobre sus enemigos, tras negarse a pagar el tributo contrario a derecho que les habían demandado.

[176]

Asegurada la victoria, Arturo ordenó separar los cuerpos de sus barones de los cadáveres enemigos y, una vez separados, dispuso que los prepararan para los funerales como si de reyes se tratase y que fuesen conducidos a las abadías de sus respectivas provincias para ser enterrados con todos los honores. Bedevere el copero fue trasladado, entre grandes lamentaciones, por sus Neustrienses a Bayeux, la ciudad que su abuelo Bedevere I había fundado; allí fue inhumado con todos los honores junto a las murallas, en cierto cementerio al sur de la ciudad. Kay, gravemente herido, fue transportado a Chinon, la ciudad que él mismo había construido; murió poco después y fue sepultado, como conve-

nía a su dignidad de duque de los Andegavenses, en cierto bosque perteneciente a una comunidad de ermitaños, no lejos de la ciudad. A Holdino, duque de los Rutenos, lo llevaron a Flandes, y fue enterrado en Thérouanne, su ciudad. El resto de los condes y barones fue trasladado, siguiendo las órdenes de Arturo, a las abadías vecinas. Se compadeció también nuestro rey de los enemigos y ordenó a los habitantes de la comarca que les dieran sepultura. Hizo enviar el cuerpo de Lucio al senado, con un mensaje que decía que no debían esperar ningún otro tributo de Britania. Después pasó el invierno en aquellos parajes y encontró tiempo para someter las ciudades de los Alóbroges. Llegó el verano, y, cuando se disponía a marchar sobre Roma y había comenzado a atravesar las montañas[142], le anunciaron que Mordred, su sobrino, a cuyo cargo había quedado Britania, se había coronado a traición rey de la isla, usurpando su trono, y que, además, la reina Ginebra, rompiendo el vínculo de sus primeras nupcias, se hallaba unida a Mordred en abominable adulterio.

[177]

Tampoco silenciará Geoffrey de Monmouth, ¡oh ilustre duque![143], las guerras que Arturo mantuvo con su sobrino al volver a Britania. Utilizará para ello el antedicho libro en lengua británica que le dio a conocer Walter de Oxford, varón versadísimo en infinidad de historias, y describirá brevemente y con pobre estilo las batallas que enfrentaron a aquel ínclito rey con el usurpador Mordred. Tan pronto como llegó a sus oídos la infamia de crimen tan notorio, Arturo suspendió el ataque que tenía planeado llevar a cabo contra León, emperador de los Romanos. Envió a Hoel, rey de Armórica, a pacificar el país con un ejército de Galos, y él regresó a Britania en seguida, acompañado tan sólo de los reyes de las islas y sus respectivos ejércitos. Por

su parte, ese traidor y criminal Mordred había mandado a Germania a Chelric, caudillo de los Sajones, para que reclutíase allí el mayor número posible de guerreros y, una vez reclutados, regresara con ellos a toda vela. Mordred se había comprometido a entregar a Chelric la parte de la isla que se extiende desde el río Humber hasta Escocia y todas las posesiones de Canda que pertenecieran a Horsa y Hengist en tiempos de Vortegirn. Siguiendo las instrucciones de Mordred, Chelric desembarcó en Britania con ochocientas naves llenas de paganos armados y rindió vasallaje al traidor como si del rey se tratase. Mordred se había atraído a Escotos, Fictos, Hibernenses y a cuantos le constaba que odiaban a su tío. Disponía de unos ochenta mil hombres en total, entre paganos y cristianos. Acompañado de tropa tan numerosa y confiando plenamente en su ayuda, salió al encuentro de Arturo, que acababa de llegar a Richborough e infligió gran matanza a su hueste. En aquella jornada cayeron Angusel, rey de Albania, y Gawain, sobrino del rey, y muchísimos otros leales. A Angusel lo sucedió en el trono Iwen, el hijo de su hermano Urián, un joven que cobraría fama en las guerras que siguieron por las numerosas hazañas que llevó a cabo. Al final, y no sin grandes dificultades, los hombres de Arturo ocuparon la costa, pusieron en fuga a Mordred y su ejército y los derrotaron por completo. En efecto, curtidos como estaban en cien batallas, habían dispuesto sus tropas con más destreza que el enemigo, distribuyéndolas en infantes y jinetes, y ambas líneas combatían de tal forma que cuando la infantería atacaba o se defendía, la caballería cargaba en oblicuo, pugnando por romper la formación enemiga. Fue así como los obligaron a huir. Sin embargo, el usurpador logró reunir a los suyos y se retiró a Güintonia esa misma noche. Cuando la reina Ginebra lo supo, perdió al instante

toda esperanza y huyó desde Eboraco a Ciudad de las Legiones; allí, en la iglesia de Julio Mártir, tomó hábitos de monja y prometió vivir castamente.

[178]

Arturo no cabe en sí de ira, al ver muertos a tantos cientos de camaradas. Dio tierra a los caídos y, al tercer día, marchó sobre Güintonia y puso sitio al canalla que había buscado refugio allí. No por ello renunció Mordred a sus planes; antes bien, animó de mil maneras a sus partidarios y, saliendo con sus tropas de la ciudad, presentó batalla a su tío. Cunde la mortandad en ambos bandos, pero son mayores las pérdidas en el ejército de Mordred, y ello le obliga a abandonar vergonzosamente el campo. No se preocupa siquiera de enterrar a sus muertos, sino que, conducido por el veloz remero de la fuga, se dirige a Cornubia.

Mucho lamenta Arturo en su interior que su sobrino se le escape tan a menudo. Al punto lo persigue hasta Cornubia y allí, a orillas del río Kamblan[144], se encuentra con que Mordred lo está esperando. El usurpador, siendo como era el más intrépido de los hombres y el primero a la hora de atacar, dispuso al punto a sus soldados en orden de batalla, decidido a vencer o morir antes que a seguir huyendo como había hecho hasta entonces. Le quedaban todavía sesenta mil hombres, a los que dividió en seis batallones, compuesto cada uno de seis mil seiscientos sesenta y seis guerreros. Con el resto formó un solo batallón que tomó bajo su mando, asignando capitanes a los demás. Una vez alineados todos de esa manera, Mordred los animaba uno por uno, prometiéndoles las posesiones del enemigo si combatían hasta conseguir la victoria. Por su parte, Arturo ordenó a sus huestes para la inmediata batalla. Distribuyó a sus hombres en nueve divisiones de infantería en forma de cuadrado, con alas derecha e izquierda, y puso un jefe al

frente de cada una de ellas. Acto seguido, exhorta a sus soldados a acabar con esos perjuros y ladrones que, venidos de tierras extrañas a la isla por orden del traidor que usurpa su trono, quieren arrebatarles sus haciendas y su honor patrio. Les dice también que esa abigarrada colección de bárbaros llegados de diversos reinos no es más que un puñado de novatos sin experiencia en el arte de la guerra y que de ninguna manera pueden compararse con ellos, valientes veteranos curtidos en cien combates, con tal que los ataquen con denuedo y peleen como hombres. Mientras ambos caudillos arengan de ese modo a sus tropas, las vanguardias de uno y otro ejército se encuentran y se generaliza la batalla, esforzándose cada bando en descargar el mayor número posible de golpes sobre el contrario. Se hace doloroso y penoso describir la carnicería que por ambas partes se produjo, los lamentos de los moribundos, la furia de los atacantes. Aquí y allá los combatientes herían y recibían heridas, mataban y eran muertos. Cuando una buena parte del día se hubo gastado de esa guisa, cargó Arturo con su tropa personal, compuesta por seis mil seiscientos sesenta y seis hombres, contra el batallón donde sabía que estaba Mordred, y, abriéndose paso a punta de espada, logró romper la formación e infligir a sus enemigos terrible mortandad. Allí encontró su fin aquel infame traidor y, con él, muchos de sus partidarios. Sin embargo, el ejército de Mordred no emprendió la huida al ver muerto a su jefe; antes bien, acudiendo de todas partes, se dispusieron a resistir en sus puestos con todo el coraje que pudieron reunir. La lucha se hizo más encarnizada que nunca; muchos de los caudillos de ambos bandos que participaban en ella con sus tropas cayeron en la refriega. Por parte de Mordred cayeron los sajones Chelric, Elaf, Egbrict y Brunig; los hibernenses Gilopatric, Gilamor, Gilasel y Guarno; y los ca-

pitanes pictos y escotos, con casi todos sus guerreros. Por parte de Arturo murieron Obrict, rey de Noruega[145], Asquilo, rey de Dinamarca, Cador Limenic y Casibelauno, junto con muchos miles de sus vasallos, tanto Britanos como pertenecientes a los demás pueblos que había traído consigo. Y el propio Arturo, aquel famoso rey, fue herido mortalmente y, trasladado desde allí a la isla de Avalón a fin de curar sus heridas, cedió la corona de Britania a su primo Constantino[146], hijo de Cador, duque de Cornubia, en el año 542 de la encarnación del Señor.

LIBRO

VII

LA CAÍDA DEL IMPERIO BRITANO: LOS SUCESORES DE ARTURO

1. De Constantino a Blederic, Margadud y Cadvano

[179]

Una vez coronado el nuevo rey, los Sajones y los dos hijos de Mordred se sublevaron contra él, pero no pudieron derrocarlo y, tras una larga serie de batallas, huyó el uno a Londres y el otro a Güintonia, tomando posesión de esas dos ciudades.

Por aquel entonces murió Daniel, santo y devotísimo prelado de la iglesia de Bangor, y Teono, obispo de Gloucester, fue promovido al arzobispado de Londres. Fue entonces también cuando falleció David, santísimo arzobispo de Ciudad de las Legiones, en la ciudad de Menevia, en su propia abadía, a la que amaba más que a ningún otro monasterio de su diócesis, porque había sido fundada por San Patricio, quien profetizara su nacimiento. Se encontraba David pasando allí una temporada con sus frailes cuando, afectado por una repentina enfermedad, murió y, por orden de Malgón, rey de los Venedocios, fue sepultado en la misma iglesia. La sede metropolitana vacante fue ocupada por Kinoc, prelado de la iglesia de Llanbadarn, que accedió así a tan alto rango.

[180]

Pero Constantino persiguió a los Sajones y los sometió a su autoridad, conquistando las dos ciudades que antes mencioné. Al primero de los jóvenes, que se había refugiado en la iglesia de San Anfíbalo, lo mató delante del altar;

el segundo se hallaba oculto en Londres, en el monasterio de ciertos monjes, pero Constantino lo encontró y allí mismo, junto al altar, lo mató sin piedad. Tres años después, fue muerto él a su vez por Conan y lo enterraron junto a Úter Pendragón, en el círculo de piedras que, erigido con maravilloso artificio no lejos de Salisbury, se llama en la lengua de los anglos Stonehenge.

[181]

Sucedió a Constantino en el trono su sobrino Aurelio Conan, joven de admirable valor que se coronó rey de toda la isla. Habría sido digno de portar la diadema si no hubiese fomentado las discordias civiles. Atacó, en efecto, a su propio tío, heredero legítimo de Constantino, y, tras arrojarlo en prisión y matarle a sus dos hijos, obtuvo el reino, muriendo en el segundo año de su reinado.

[182]

Lo sucedió Vortipor. Los Sajones se levantaron contra él, trayendo a numerosos compatriotas de Germania en una flota enorme. Vortipor les presentó combate, los venció y, recobrando el control de todo su reino, gobernó diligente y pacíficamente por espacio de cuatro años.

[183]

Lo sucedió Malgón, el más apuesto de casi todos los príncipes de Britania, amigo de ex pulsar a los tiranos, gallardo con las armas, más generoso que sus predecesores y famoso por su coraje sin igual. Sin embargo, se hizo odioso a los ojos de Dios, pues se entregó al vicio de la sodomía. Reinó en toda la isla y, tras durísimos combates, sometió a su poder las seis vecinas islas del Océano, a saber, Hibernia, Islandia, Gotland, las Oreadas, Noruega y Dinamarca.

[184]

Lo sucedió Caretic, fomentador de discordias civiles, odiado por Dios y por los Britanos. Cuando los Sajones se

apercibieron de su inconstancia, se dirigieron a Gormundo, rey de los Africanos, que acababa de conquistar Hibernia con una flota poderosísima. Aliado con los traidores Sajones, Gormundo desembarcó con ciento sesenta mil Africanos en Britania, que se encontraba a la sazón enteramente desolada por la actitud fementida de los Sajones y por las continuas luchas intestinas de sus ciudadanos. Gormundo atacó a Caretic y, tras una larga serie de batallas, lo fue expulsando de ciudad en ciudad hasta Cirencester, donde le puso sitio. Allí acudió Isembardo, sobrino de Ludovico, rey de los Francos, y firmó un pacto de amistad con él por el que, como prueba de su lealtad hacia Gormundo, renunciaba a la fe cristiana a cambio de que su aliado lo ayudase a arrebatar el reino de la Galia a su tío, quien lo había expulsado —según decía— por la fuerza e injustamente. La antedicha ciudad fue conquistada y pasto de las llamas, y Gormundo obligó a Caretic a huir al otro lado del Severn, al país de Gales. Acto seguido, devastó los campos de cultivo e incendió todas las ciudades cercanas, no cejando en su furia hasta haber arruinado casi toda la superficie de la isla, de mar a mar, de manera que todos los poblados fueron destruidos a golpes de ariete, y sus pobladores entregados, junto a los sacerdotes de las iglesias, a las resplandecientes espadas y al crepitar del fuego asesino. Huyeron unos pocos supervivientes, enloquecidos por los desastres, pero no había un solo lugar seguro en la isla para los fugitivos.

[185]

¡Ah nación detestable, aplastada por el peso de tus enormes crímenes! ¿Por qué, sedienta de guerras civiles, has perdido tus fuerzas en querellas domésticas? Antaño conquistaste los reinos más lejanos y ahora, como una feraz viña que degenera y sólo da frutos amargos, no eres capaz de proteger del enemigo a tu patria, a tus mujeres y a tus

niños. ¡Adelante, dedícate a tus contiendas civiles olvidando la palabra evangélica: «Todo reino dividido caerá en la desolación y la casa se vendrá abajo sobre la casa»! Porque tu reino ha sido dividido, porque el furor de las discordias intestinas y el humo de la envidia han oscurecido tu espíritu, porque tu orgullo no te ha permitido obedecer a un único rey, por todo ello tu patria ha sido arrasada por paganos que desconocen la piedad y sus casas se hunden unas sobre otras, lo que no dejarán de lamentar en el futuro tus descendientes: verán a los cachorros de la leona bárbara adueñarse de sus castillos, de sus ciudades y de todas sus posesiones, y, privados de todos sus bienes, nunca o a duras penas lograrán recobrar la dignidad perdida.

[186]

Una vez hubo destruido toda la isla con sus innumerables huestes africanas —como ya quedó dicho—, aquel funesto tirano entregó la mayor parte de la misma, llamada Logres, a los Sajones, cuya traición lo había conducido a aquella tierra. Los Britanos supervivientes buscaron refugio en la parte occidental del reino, es decir, en Cornubia y Gales, desde donde lanzaban mortíferos y continuos ataques contra el enemigo. Cuando los arzobispos Teono de Londres y Tadioceo de Eboraco vieron todas las iglesias a su cargo derruidas hasta los cimientos, huyeron, en compañía de cuantos sacerdotes habían conservado la vida después de tantas calamidades, a la seguridad de los bosques galeses. Llevaban con ellos las reliquias de sus santos, pues temían que aquellos venerables huesos que pertenecieran otrora a piadosos varones fuesen destruidos por la invasión bárbara si, en vez de huir, se ofrecían ellos al martirio en el lugar de su ministerio, abandonando los preciosos restos en medio de un peligro tan inminente. Muchos clérigos se dirigieron en una gran flota a la Britania Armoricana, de

modo que la iglesia de dos provincias, a saber, Logres y Nortumbria, quedó desprovista de religiosos. Pero de esto hablaré en otra parte, cuando traduzca el *Libro del Exilio*[147].

[187]

Los Britanos se vieron privados durante mucho tiempo de la corona del reino y de la soberanía de la isla, y ni siquiera se esforzaban en recobrar su anterior grandeza; por el contrario, se dedicaron a devastar en peleas internas aquella parte del país que todavía les pertenecía y que se hallaba sometida a tres tiranos, en lugar de a un único rey. Pero tampoco los Sajones obtuvieron la corona de la isla, pues, también sometidos a tres reyes distintos, gastaban todas sus energías en combatirse entre sí o en atacar a los Britanos.

[188]

En el ínterin, fue enviado Agustín a Britania por el santo Papa Gregorio, para predicar la palabra de Dios a los Anglos, quienes, obcecados por la pagana superstición, habían abolido por completo el cristianismo en la parte de la isla que poseían. El cristianismo florecía aún, sin embargo, en la parte perteneciente a los Britanos; se había mantenido en vigor desde la época del papa Eleuterio[148] y nunca había decaído entre ellos. Cuando llegó Agustín, encontró siete obispados y un arzobispado en su territorio, ocupados todos ellos por piadosísimos prelados, y numerosas abadías en las que la grey del Señor observaba una regla intachable. Se contaba entre ellas, en la ciudad de Bangor, una tan noble y con un número de monjes tan elevado que, cuando el monasterio fue dividido en siete partes, cada una con su prior, ninguna de las secciones tenía menos de trescientos monjes, viviendo todos ellos del trabajo de sus manos. Su abad se llamaba Dinoot[149] y era un hombre admirable-

mente instruido en las artes liberales. Cuando Agustín pidió obediencia a los obispos de los Britanos y quiso asociarlos en la tarea de evangelizar a los Anglos, fue este Dinoot quien le demostró con diferentes argumentos que ellos no le debían obediencia en modo alguno y que se negaban a predicar la palabra de Dios a sus enemigos: ya tenían su propio arzobispo, y esos Sajones eran el pueblo que persistía en mantenerlos despojados del país que por derecho les pertenecía; por eso los odiaban tanto, y les tenían completamente sin cuidado su fe y su religión, y no querían tener más tratos con los Anglos que con una jauría de perros.

[189]

Cuando Edelberto, rey de Cantia, vio que los Britanos rechazaban la autoridad de Agustín y rehusaban colaborar con él en sus predicaciones, se irritó sobremanera e instigó a Edelfrido, rey de Nortumbria, y a los demás reyezuelos sajones a que reunieran un gran ejército y marcharan con él a la ciudad de Bangor a dar su merecido al abad Dinoot y al resto de los clérigos que los habían menospreciado. De acuerdo con la propuesta de Edelberto, los Sajones reunieron un ejército impresionante y, en su camino hacia el territorio de los Britanos, llegaron a las puertas de Leicester, donde Brocmail, conde de esa ciudad, los estaba esperando. Un gran número de monjes y ermitaños de las diversas provincias britanas, y especialmente de la ciudad de Bangor, se habían refugiado allí para rezar por la salvación de su pueblo. Una vez agrupadas todas sus tropas, Edelfrido, rey de Nortumbria, trabó batalla contra Brocmail, quien al principio se mantuvo firme, pese a encontrarse en inferioridad numérica, pero luego se vio obligado a abandonar la ciudad y huir, no sin antes haber infligido enormes pérdidas al enemigo. Cuando Edelfrido ocupó la ciudad y des-

cubrió el motivo de la llegada de los citados monjes a Leicester, ordenó a sus soldados que los pasaran por las armas, y, de ese modo, ese mismo día, mil doscientos frailes obtuvieron la palma del martirio y se aseguraron un puesto en el reino de los cielos. Acto seguido, el tirano sajón se dirigió a la ciudad de Bangor. Cuando supieron de su furor criminal, los caudillos britanos, a saber, Blederic, duque de Cornubia, Margadud, rey de Demecia, y Cadvano, rey de Venedocia, salieron a su encuentro y, entablando combate con él, lo hirieron y pusieron en fuga a su ejército, matándole diez mil sesenta y siete hombres. Por parte de los Britanos cayó Blederic, duque de Cornubia, su comandante en jefe en esa batalla.

2. Cadvano y Cadvalón

[190]

Los príncipes de los Britanos se reunieron en la ciudad de Leicester y acordaron unánimemente elegir rey a Cadvano y cruzar el Humber en persecución de Edelfrido. Tan pronto como el nuevo rey fue coronado, acudieron Britanos de todas partes y cruzaron el río. Cuando Edelfrido lo supo, unió sus fuerzas a las de los demás reyes de los Sajones y salió al encuentro de Cadvano. Ya tenían alineados a sus respectivos ejércitos cuando llegaron unos amigos comunes y consiguieron que se hiciera la paz entre ellos, sobre la base de que Edelfrido poseería la parte de Britania que se encuentra del otro lado del Humber, y Cadvano la de este lado. Intercambiaron rehenes y confirmaron su pacto mediante juramento, pero surgió con el tiempo tanta amistad entre ambos que lo tenían todo en común. En el ínterin, sucedió que Edelfrido abandonó a su esposa y tomó a otra mujer, alimentando hacia la abandonada un odio tal que llegó a expulsarla del reino de Nortumbria. La desterrada, que llevaba un niño en su seno, se presentó en la corte de Cadvano, pidiéndole que interviniese para que su marido volviera a admitirla a su lado. Como su protector no lograse obtener de Edelfrido lo que ella deseaba, la mujer permaneció en casa de Cadvano hasta que le llegó su tiempo y dio a luz un hijo varón. Pocos días después, el rey Cadvano tuvo también un hijo de su reina, que había quedado preñada por las mismas fechas que la esposa de Edelfrido. Ambos niños crecieron juntos y fueron educados

como correspondía a su regio linaje. Cadvalón fue llamado el hijo de Cadvano, y Edwin el de Edelfrido. Cuando el paso de los años los condujo a la adolescencia, sus padres los enviaron a Salomón, rey de los Britanos de Armórica, para que aprendieran en su casa el oficio de la caballería y se familiarizasen con las costumbres palaciegas. Salomón les dispensó una calurosa acogida, y ambos accedieron muy pronto a la intimidad del monarca: no existía en la corte ningún otro muchacho de su edad que departiese con el rey tan amigable y alegremente como ellos. Además, combatían a menudo con distintos rivales en presencia del soberano, ganando mucha fama a los ojos de todos por su bizarría y coraje.

[191]

Tiempo después, al morir sus padres, volvieron ambos a Britania y, empuñando el timón del reino, renovaron entre sí la amistad que habían cultivado sus familias. Al cabo de dos años, Edwin pidió a Cadvalón licencia para ser coronado y celebrar la consiguiente ceremonia en Nortumbria, de la misma manera que Cadvalón estaba en su derecho de hacer lo propio, siguiendo inveterada costumbre, al sur del Humber. Así, pues, convocaron una conferencia sobre este asunto a orillas del río Duglas. Mientras los consejeros más sabios de ambos reyes trataban de llegar a un acuerdo, yacía Cadvalón al otro lado del río, recostado sobre el regazo de cierto sobrino suyo a quien llamaban Brian. Llegaron entonces mensajeros para comunicarle los diferentes argumentos esgrimidos por ambas partes en la conferencia. En ese punto, Brian rompió a llorar, y las lágrimas salidas de sus ojos salpicaron en su caída el rostro y la barba de Cadvalón, el cual, pensando que era lluvia, se incorporó, y, viendo al joven bañado en llanto, le preguntó la causa de tan repentina tristeza. Brian le respondió:

—«No me faltan motivos para llorar a perpetuidad y tampoco al pueblo britano, pues, desde que en el reinado de Malgón sufrieron la invasión de los bárbaros, no han conocido al príncipe que les devuelva la dignidad perdida. Incluso el ápice de honor que les quedaba se hace aún más pequeño con tu complicidad, dado que esos advenedizos Sajones, que han demostrado ser unos probados traidores a Britania, van a ser coronados, compartiendo contigo la realeza. En cuanto obtengan el título de rey, ganarán tanta fama en el país de donde vinieron que acudirán rápidamente a su llamado muchos más bárbaros, y nuestra raza acabará por ser exterminada. La traición ha sido siempre su segunda naturaleza y no han cumplido jamás con su palabra: por ello pienso que en manera alguna debemos darles honores, sino mantenerlos a raya. Al principio, cuando el rey Vortegirn los tomó a su servicio, adoptaron una apariencia pacífica y le hicieron creer que venían a luchar en defensa de nuestro país. Pero, cuando se sintieron lo suficientemente fuertes como para hacer patente su iniquidad y devolvernos mal por bien, traicionaron a Vortegirn e infligieron horrible matanza al pueblo de su reino. Traicionaron después a Aurelio Ambrosio, dándole veneno a beber mientras banqueteaba en su compañía, tras prestar formidables juramentos de fidelidad hacia él. Traicionaron también a Arturo, pues olvidaron la lealtad que le debían al combatir contra él formando parte del ejército de su sobrino Mordred. Y, más recientemente, quebrantaron la fe debida al rey Caretic, haciendo que Gormundo, rey de los Africanos, lo atacase, y, como consecuencia de esa invasión, nuestro país nos fue arrebatado y el antedicho rey perdió vergonzosamente su trono».

[192]

Fueron las palabras de Brian, y Cadvalón se arrepintió al punto de haber comenzado a discutir un posible acuerdo, de forma que mandó decir a Edwin que no había conseguido obtener de sus consejeros el necesario permiso para acceder a su petición, pues decían que iba contra derecho y contra las antiguas tradiciones que una isla con una sola corona se partiera entre dos cabezas coronadas. Edwin montó en cólera y, dando por conclusa la conferencia, se retiró a Nortumbria, diciendo que se ceñiría sobre las sienes la corona real sin licencia de Cadvalón. Cuando éste lo supo, anunció a su rival por mensajeros que le cortaría la cabeza por debajo de la diadema si se atrevía a coronarse dentro del reino de Britania.

[193]

Surgió, pues, la discordia entre ellos, y sus hombres comenzaron a hostigarse mutua mente en multitud de cabalgadas. Finalmente, ambos se encontraron al otro lado del Humber. Entablado el combate, Cadvalón perdió muchos miles de soldados y se vio obligado a huir. Atravesó en su fuga Albania y embarcó rumbo a Hibernia. Tan pronto como Edwin se hizo con la victoria, marchó con su ejército a través de las provincias de Britania, incendiando las ciudades e infligiendo todo género de tormentos a ciudadanos y campesinos. Mientras el Sajón daba rienda suelta a su crueldad, Cadvalón intentaba una y otra vez regresar a su país por mar, pero no lo lograba, pues, fuese cual fuese el puerto que eligiera para desembarcar, allí lo esperaba ya Edwin con numerosas tropas, impidiéndole tomar tierra. Se encontraba a la sazón con Edwin un sapientísimo adivino venido de Hispania, llamado Pelito, quien, experto en el vuelo de las aves y en el curso de las estrellas, pronosticaba al rey lo por venir. Informado por él, Edwin supo por dónde pensaba regresar Cadvalón, de modo que salió a su

encuentro e hizo que muchas de sus naves se hundieran y se ahogasen sus tripulaciones, negándole toda posibilidad de arribar a puerto. Cadvalón no sabía qué hacer. Casi había perdido la esperanza del regreso cuando se le ocurrió visitar a Salomón, rey de los Britanos de Armórica, y pedirle ayuda y consejo a fin de poder regresar a su reino.

Navegaban rumbo a Armórica cuando se levantó de improviso una violenta tempestad que dispersó las naves de sus compañeros, de manera que en poco tiempo ninguna de ellas permanecía a la vista de las demás. Tal terror invadió al piloto de la nave del rey que abandonó el timón y dejó ir al navío adonde la fortuna quisiera conducirlo; estuvieron toda la noche en peligro de muerte, mientras la nave era juguete de las olas. Al amanecer del día siguiente, desembarcaron en cierta isla llamada Guernsey, donde tomaron tierra con grandes esfuerzos. Tanto dolor e ira embargaron a Cadvalón por la pérdida de sus compañeros que durante tres días y sus noches rehusó probar alimento alguno, yaciendo doliente en su lecho. Alboreaba el cuarto día cuando le entraron unas ganas irresistibles de comer carne de venado y, llamando a Brian, le indicó lo que deseaba. Brian tomó su arco y su aljaba y comenzó a vagar por la isla con el fin de cobrar alguna pieza de la que obtener comida para el rey. La recorrió de cabo a rabo sin encontrar lo que buscaba, y se sentía enormemente angustiado al no poder satisfacer el deseo de su señor, pues temía que la enfermedad de Cadvalón degenerase en muerte si no conseguía saciar su apetito. De modo que se le ocurrió la peregrina solución de cortarse un pedazo de su propio muslo y, asándolo previamente, se lo llevó al monarca como si se tratase de carne de venado. Así lo creyó Cadvalón, quien, comiendo la carne, recobró su vigor, manifestando que nunca había probado bocado tan exquisito

como aquél. Una vez satisfecho, se tornó más alegre y animado, y tres días después se hallaba completamente repuesto.

[194]

Soplaron luego vientos favorables y, disponiendo el aparejo de la nave, izaron velas y se hicieron a la mar, desembarcando cerca de la ciudad de Kidaleta[150]. Llegados a la corte del rey Salomón, fueron gentilmente recibidos y tratados conforme a su linaje. Cuando el rey supo los motivos de su llegada, les ofreció su ayuda, diciéndoles:

—«Deploramos, ilustres jóvenes, que la patria de nuestros mayores se encuentre en manos de un pueblo bárbaro y que vosotros hayáis sido expulsados de ella de una manera tan ignominiosa. Sin embargo, viendo que otros son capaces de defender sus propios reinos, no deja de admirarme que una raza como la vuestra haya perdido una isla tan fértil y no haya podido resistir al pueblo de los Anglos, a quienes los nuestros consideran gente de muy poco valor. Cuando el pueblo de esta Britania mía vivía en compañía del vuestro en vuestra Britania, señoreaba sobre todos los reinos provinciales, y no hubo raza, a excepción de los Romanos, *capaz* de someterlo. En cuanto a los Romanos, es cierto que tuvieron sometida Britania durante algún tiempo, pero después, una vez despedidos o muertos sus gobernadores, fueron expulsados vergonzosamente de la isla. Cuando los Britanos llegaron a esta región con sus caudillos Maximiano y Conan, los que permanecieron en la isla nunca gozaron ya del privilegio de conservar la corona del reino ininterrumpidamente. Aunque muchos de sus príncipes conservaron la antigua dignidad de sus antepasados, los sucedían en el trono débiles herederos, y ésos son quienes han perdido la isla de una vez para siempre cuando sus enemigos la invadieron. Por todo ello deploro la debilidad

de vuestra raza, pues procedemos de la misma estirpe y Britanos somos llamados, como las gentes de tu reino, pero Britanos que han defendido varonilmente este país, el mismo que ves en torno tuyo, de los ataques de los pueblos vecinos».

[195]

Cuando hubo dado fin a éstas y otras razones, Cadvalón, algo avergonzado por lo que acababa de oír, le respondió de esta manera:

—«Muchas gracias te doy, ¡oh rey y descendiente de un linaje de reyes![151], por la ayuda que me has prometido para recuperar mi reino. No obstante, eso que has dicho de que te parece asombroso que mi pueblo no haya conservado la dignidad de sus mayores, luego que los Britanos vinieran a estas tierras, no se me antoja en absoluto motivo de asombro. Los personajes más nobles de todo el reino acompañaron a los caudillos que has mencionado, mientras que los plebeyos se quedaron en la isla para apoderarse de los bienes y honores de los que habían partido. Cuando se vieron súbitamente aupados a la nobleza, se vanagloriaron más allá de lo que su propia dignidad aconsejaba y, envanecidos por la abundancia de sus riquezas, comenzaron a entregarse a tantos excesos sexuales como no se habían oído hasta entonces entre los demás pueblos. Como atestigua el historiador Gildas[152], no sólo cayeron en el vicio de la lujuria, sino también en todos aquellos que suelen cebarse en la humana naturaleza, principalmente en el que echa por tierra la esencia del bien, en el odio a la verdad y a sus valedores, en el amor a la mentira y a los que la fabrican, en el apoyo al mal en lugar del bien, en la veneración de la iniquidad y rechazo de la bondad, en la aceptación de Satanás como ángel de luz. Los reyes no eran ungidos por la gracia de Dios, sino porque eran más crueles que los

demás, y poco después eran asesinados por los mismos que los habían ungido no porque hubieran sido hallados en falta, sino porque sus asesinos habían elegido en su lugar a otros aún más sanguinarios. Si alguno de ellos se comportaba con moderación o parecía estar, siquiera un poco, más cerca de la verdad, el odio y la violencia de la nación entera caían sobre él, como si condujera a la ruina a Britania. Todo pesaba igual en la balanza: las cosas que agradaban a Dios y las que le desagradaban; y eso contando con que no pesaran más estas últimas. Obraban siempre de manera contraria a la salud pública, como si el verdadero Médico de todos los hombres se negase a proporcionarles remedio alguno. Y no sólo actuaban así los seglares, sino también la propia grey del Señor y sus pastores, indistintamente. No es, pues, extraordinario que semejantes degenerados, repudiados por Dios a causa de sus muchos crímenes, hayan perdido el país que habían deshonrado en la forma descrita. Dios decidió vengarse de ellos al permitir que un pueblo extranjero invadiese Britania, expulsando a sus habitantes de las tierras de sus mayores. Sin embargo, si Dios quisiera, noble empresa sería devolver a los Britanos su antigua dignidad, para que, si hemos sido débiles gobernantes, al menos no nos puedan reprochar que no hayamos luchado en nuestro tiempo por recuperar lo que es nuestro. Tú y yo tenemos un antepasado común, y esta circunstancia me anima aún más a solicitar tu ayuda. Malgón, aquel glorioso rey de Britania, el cuarto que reinó después de Arturo, engendró dos hijos, llamados Eniano y Run. Eniano engendró a Beli, Beli a Jagón, y Jagón a Cadvano, mi padre. A la muerte de su hermano, Run fue expulsado de la isla por la invasión de los Sajones y llegó a esta provincia. Una vez aquí, casó a su hija con el duque Hoel, hijo de Hoel el Grande, aquel que conquistara tantos reinos con Arturo.

De la unión entre Hoel y la hija de Run nació Alan, y de Alan otro Hoel, tu padre, quien, mientras vivió, fue el terror de toda la Galia».

[196]

En el ínterin, mientras Cadvalón pasaba el invierno en la corte de Salomón, planearon conjuntamente que Brian pasara a Britania y encontrara la fórmula de dar muerte al mago del rey Edwin, para que no avisase a su amo de la llegada de Cadvalón, como había hecho hasta entonces. Desembarcando en Puerto de Hamón, Brian se disfrazó de mendigo y se fabricó un bastón de hierro acabado en punta con el que pensaba matar al mago, si se le ponía a su alcance. Después se dirigió a Eboraco, pues Edwin residía entonces allí.

Tan pronto como entró en la ciudad, se mezcló con los mendigos que pedían limosna ante la puerta del rey. Mientras se paseaba arriba y abajo, salió de palacio su propia hermana, con un lebrillo en las manos en el que transportaba agua para el servicio de la reina. Edwin la había raptado de la ciudad de Wigornia, cuando devastaba las provincias britanas tras la fuga de Cadvalón. Al pasar al lado de Brian, éste la reconoció inmediatamente y, con los ojos llenos de lágrimas, la llamó en voz baja. A su llamada, la doncella giró la cabeza y, en un principio, no lo conoció, pero cuando estuvo más cerca vio que se trataba de su hermano y estuvo a punto de desmayarse, de miedo a que se diera el infortunio de que alguien lo reconociera y fuese capturado por el enemigo. De manera que, dejando los besos y las palabras tiernas para mejor ocasión, le explicó a su hermano brevemente, como si estuviera hablando de otra cosa, la distribución interna de la corte, y le señaló con el dedo al mago que andaba buscando, quien por pura coincidencia deambulaba entre los mendigos, repartiéndoles limosna.

Una vez tuvo conocimiento del adivino, Brian ordenó a su hermana que, esa misma noche, abandonara furtivamente sus habitaciones y se reuniese con él fuera de la ciudad, cerca de un viejo templo, donde él esperaría su llegada escondido en la cripta del edificio. Después se unió al tropel de mendigos que hacían cola ante Pelito y, en cuanto tuvo ocasión de golpear, blandió el bastón al que antes me he referido e hirió al mago en el pecho, matándolo en el acto. Soltó al punto su arma y, escabullándose entre la multitud, logró llegar con la ayuda de Dios, sin despertar sospechas, al escondite convenido. En cambio su hermana, al acercarse la noche, intentó salir de palacio por todos los medios posibles, pero no lo consiguió, pues Edwin, aterrado ante la muerte de Pelito, había dispuesto centinelas por todas partes que escudriñaban los lugares ocultos y no dejaban salir a nadie.

Cuando Brian se apercibió de ello, dejó Eboraco y marchó a Exonia, donde convocó a los Britanos y les notificó lo que había llevado a cabo. Luego envió mensajeros a Cadvalón y fortificó la ciudad, anunciando a todos los barones Britanos que resistiesen en sus castillos y ciudades y esperasen alegres el regreso de Cadvalón, pues en breve, y con la ayuda de Salomón, vendría a organizar su defensa. Una vez divulgadas estas noticias por toda la isla, Peanda, rey de Mercia[153], se dirigió a Exonia con un enorme ejército de Sajones y puso sitio a Brian.

[197]

Entretanto, Cadvalón desembarcó con diez mil guerreros que Salomón le había proporcionado y se encaminó velozmente a la ciudad sitiada. Cuando llegó a las cercanías de Exonia, dividió a sus soldados en cuatro batallones y no se demoró en atacar al enemigo. Entablado el combate, Peanda fue en seguida capturado y su ejército destruido.

Como vio que no tenía otra salida, se rindió a Cadvalón, le dio rehenes y prometió combatir a su lado contra los Sajones. Derrotado Peanda, Cadvalón convocó a sus barones, tanto tiempo dispersos, y marchó contra Edwin a Nortumbria, devastando el país a su paso. Cuando Edwin lo supo, reunió consigo a todos los reyezuelos de los Anglos y, saliendo al encuentro de los Britanos, les presentó batalla en los llanos de Hatfield. La lucha terminó rápidamente con la muerte de Edwin y de casi toda la gente que tenía a su mando, entre ellos su hijo Ofrid y Goboldo, rey de las Oreadas, que había venido en su ayuda.

[198]

Una vez obtenida la victoria, Cadvalón cabalgó por todas las provincias de los Anglos causando estragos a los Sajones. Se hallaba tan decidido a barrer de Britania a los Anglos que no perdonaba la vida a mujeres ni a menores de edad, infligiendo inauditos tormentos a todo el que se cruzaba en su camino. Después trabó batalla con Osric, el sucesor de Edwin, y lo mató, así como a sus dos sobrinos, que hubieran reinado tras él, y a Eadan, rey de los Escotos, que había acudido en su auxilio.

[199]

Al morir éstos, el trono de Nortumbria pasó a Oswaldo. Cadvalón lo atacó a su vez y lo obligó a huir hasta la muralla que construyera antaño el emperador Severo entre Britania y Escocia. Después envió a Peanda, rey de Mercia, con la mayor parte de su ejército, a ese lugar, con órdenes de no dar cuartel al enemigo. Pero Oswaldo, una noche en que estaba sitiado por Peanda en un lugar llamado Heavenfield, es decir, Campo del Cielo, levantó allí una cruz del Señor y ordenó a sus tropas que gritaran lo más alto posible las siguientes palabras:

—«Arrodillémonos todos y supliquemos en común a Dios omnipotente, único y verdadero, para que nos proteja del orgulloso ejército del rey britano y de su detestable jefe Peanda. Él sabe que hemos emprendido esta guerra justa por la salvación de nuestro pueblo».

Así lo hicieron todos, y al amanecer cargaron contra el enemigo y se apuntaron la victoria como recompensa a su fe. Cuando le llegaron a Cadvalón nuevas de la derrota, se encolerizó sobremanera y, reuniendo a su ejército, persiguió al santo rey Oswaldo. La batalla tuvo lugar en un paraje llamado Burne; allí Peanda atacó a Oswaldo y lo mató.
[200]

Muerto Oswaldo con muchos miles de sus hombres, lo sucedió en el reino de Nortumbria su hermano Oswi, quien compró con numerosos regalos de oro y plata la paz de Cadvalón, que era ya el dueño de toda Britania, y se sometió a su poder. Acto seguido, se sublevaron contra él su hijo Alfrido y Ordwaldo, el hijo de su hermano, pero no pudieron vencerlo y huyeron a la corte de Peanda, rey de Mercia, a suplicarle que reuniese un ejército y cruzase el Humber con ellos para arrebatarle el trono al rey Oswi. Peanda, temeroso de quebrantar la paz que el rey Cadvalón había impuesto en todo el reino de Britania, no quiso participar en la campaña sin licencia de su soberano, pero pensó en el medio de persuadirlo para que marchase en persona contra el rey Oswi o, al menos, le permitiese a él ayudar a Alfrido y Ordwaldo.

Un día de Pentecostés, el rey Cadvalón celebraba tan solemne festividad en Londres, llevando sobre sus sienes la diadema de Britania. Se hallaban presentes todos los barones britanos, así como los reyes de los Anglos a excepción de Oswi. Entonces, Peanda se acercó al rey y le preguntó por qué tan sólo Oswi había faltado a la cita, de entre todos

los príncipes sajones. Cadvalón le respondió que porque se encontraba enfermo, y Peanda le dijo que Oswi había pedido ayuda a los Sajones de Germania para vengar en Cadvalón y en él la muerte de su hermano Oswaldo, y añadió que era el rey de Nortumbria quien había quebrantado la paz del reino, pues él y sólo él había iniciado la guerra entre ellos al atacar a su hijo Alfrido y a Ordwaldo, el hijo de su hermano, y al expulsarlos de su propia patria. Por todo ello, Peanda pedía licencia para matar a Oswi o para despojarlo de su reino.

El rey, no sabiendo a qué atenerse, convocó a sus consejeros y les ordenó que opinasen acerca del asunto. Se emitieron muchos pareceres, entre ellos éste de Margadud, rey de Demecia:

—«Mi señor, pues que siempre te propusiste expulsar de los límites de Britania al pueblo entero de los Anglos, ¿por qué has cambiado de propósito y toleras que vivan en paz entre nosotros? Permite al menos que se enfrenten en discordias civiles y, matándose mutuamente, sean borrados de nuestro país. No es cuestión de mantener la fe dada a alguien que siempre aguarda el momento propicio para tender ladina emboscada a aquel a quien debe fidelidad. Desde el instante en que llegaron a nuestra patria, esos Sajones no han dejado de traicionar a nuestro pueblo. ¿Por qué tendríamos nosotros que ser leales con ellos? Da licencia, pues, a Peanda para que ataque a ese Oswi, y así, estallando una guerra civil entre ellos, se matarán unos a otros y la isla se verá libre de Sajones».

Influido por estas y otras muchas razones, Cadvalón dio licencia a Peanda para combatir a Oswi. Peanda, reuniendo un formidable ejército, cruzó el Humber y, devastando la provincia, comenzó a hostigar al antedicho rey encarniza-

damente. Oswi, inspirado por la necesidad, le prometió innumerables ornamentos regios y más presentes de los que pueden ser imaginados si, a cambio, dejaba de devastar el país y, poniendo fin a la invasión, regresaba a su casa. Peanda se negó categóricamente a acceder a las súplicas de Oswi, y éste, confiando en la ayuda divina, trabó combate con aquél a orillas del río Winved y, aunque sus tropas eran inferiores en número a las de su adversario, se alzó con la victoria, resultando muertos Peanda y treinta de sus barones.

Al morir Peanda, lo sucedió en el trono su hijo Wilfrido, con la aprobación de Cadvalón. El nuevo rey se alió con dos duques de Mercia, Eba y Edberto, y declaró de nuevo la guerra a Oswi, pero Cadvalón le ordenó firmar la paz con él.

[201]

Tras cuarenta y ocho años de reinado, aquel nobilísimo y poderosísimo Cadvalón, rey de los Britanos, abandonó esta vida el día quince de las calendas de diciembre[154], agobiado por la vejez y por la enfermedad. Los Britanos embalsamaron su cuerpo con perfume y sustancias aromáticas y lo depositaron dentro de una estatua de bronce de su mismo tamaño que, con pericia extraordinaria, habían modelado. Montaron a continuación la estatua, completamente armada, sobre un caballo de bronce de admirable belleza, y colocaron el conjunto ecuestre encima de la puerta occidental de Londres, en memoria del triunfo antes citado y para amedrentar a los Sajones. Al pie construyeron una iglesia en honor de San Martín en la que celebrar el oficio divino por el alma de Cadvalón y por la de los fieles difuntos.

3. Cadvaladro, Ivor e Ini

[202]

Empuñó a continuación el timón del reino su hijo Cadvaladro, a quien Beda llama Caedvala el joven[155]. Al principio gobernó con firmeza y pacíficamente, pero, doce años desde cada mes, pues de que heredase la corona, cayó enfermo, y resurgió la guerra civil entre los Britanos. La madre de Cadvaladro había sido hermana de Peanda, mas sólo por parte de padre, pues su madre había nacido en el seno de una noble familia de los Gewiseos. Luego de hacer las paces con su hermano, Cadvalón la tomó por esposa y engendró en ella a Cadvaladro.

[203]

Cuando el rey —como había comenzado a decir— cayó enfermo, los Britanos empezaron a reñir entre sí, destruyendo la opulencia del país en detestables luchas intestinas. Para colmo de males, una espantosa, y largo tiempo recordada, escasez afligió al embrutecido pueblo, hasta el punto de que no había otro alimento en la isla que el que el arte de la caza proporcionaba. Y siguió al hambre una mortífera epidemia de peste que, en poco tiempo, causó tal número de bajas entre la población que no había suficientes vivos para enterrar a tantos muertos. Los desdichados supervivientes se reunieron en grupos y abandonaron el país, dirigiéndose al otro lado del mar. Y al pie de las velas de sus naves se les oía cantar con voces tristes y dolientes:

—«Nos has entregado, Dios mío, como ovejas a la matanza y nos has dispersado entre las naciones».

El propio rey Cadvaladro, navegando rumbo a Armórica con su miserable flota, contribuía al general lamento de esta manera:

—«¡Ay de nosotros, pecadores, por nuestros monstruosos crímenes, con los que no hemos cesado de ofender a Dios, mientras todavía teníamos tiempo de arrepentimos! La venganza de su poder ha caído sobre nosotros y nos arranca de nuestro suelo nativo, del que ni los Romanos antaño, ni después Escotes y Fictos, ni las traiciones y perfidias de los Sajones, lograron arrancarnos. En vano rescatamos tantas veces nuestro país del poder de nuestros enemigos, pues Dios no quiere que reinemos en él eternamente. Cuando Él, juez verdadero, vio que no teníamos intención de poner fin a nuestros crímenes y que no había nadie capaz de expulsar a nuestro linaje de la isla, quiso castigar nuestra locura y dirigió su cólera contra nosotros, obligándonos a abandonar en masa nuestro país. ¡Volved, Romanos! ¡Volved, Pictos y Escotes! ¡Volved, vagabundos Sajones! Las puertas de Britania están abiertas. La ira de Dios ha despoblado la isla que vosotros no fuisteis capaces de despoblar. No nos expulsa vuestro esfuerzo, sino el poder del Rey supremo, a quien nunca hemos dejado de ofender».

[204]

Entre éstas y otras lamentaciones, Cadvaladro alcanzó las costas de Armórica y se encaminó con toda su gente a la corte del rey Alan, sobrino de Salomón, que lo recibió con todos los honores. Durante once años, Britania permaneció deshabitada, excepto por unos pocos a quienes la muerte había respetado en algunas zonas de Gales. Incluso los propios Britanos abominaban de su antigua patria, y a los Sajones no se les antojaba la isla un lugar deseable para vivir, pues también ellos habían muerto allí sin tregua, uno tras otro. Sin embargo, cuando cesó la mortífera peste, los esca-

sos Sajones supervivientes, siguiendo inveterada costumbre, anunciaron a sus compatriotas de Germania que Britania había sido abandonada por su población nativa y que resultaría muy fácil que cayera en sus manos si acudían a instalarse en ella. En cuanto estas noticias llegaron a Sajonia, aquella odiosa raza, reuniendo una multitud innumerable de hombres y mujeres, desembarcó en Nortumbria y ocupó el desolado país desde Albania hasta Cornubia. No había quedado habitante vivo que pudiera detenerlos, a excepción de los miserables despojos de los Britanos que habían sobrevivido y permanecían ocultos en las espesuras de los bosques galeses. Desde entonces cesó en la isla el poder de los Britanos y los Anglos comenzaron a reinar.

[205]

Tiempo después, cuando el dominio de los Sajones se hubo consolidado en Britania, Cadvaladro se acordó de su reino, libre ya de la peste, y pidió ayuda a Alan para recuperar el trono. Obtuvo lo que pedía y, mientras preparaba la escuadra, he aquí que un ángel se dejó oír con voz de trueno y le dijo que desistiera de su empresa: Dios no quería que los Britanos reinasen más en la isla de Britania hasta que llegara el momento que Merlín había profetizado a Arturo[156]. La voz ordenó, además, a Cadvaladro que fuese a Roma, a ver al Papa Sergio, y que allí hiciese penitencia para contarse en el número de los santos. Dijo también que, como recompensa a su fe, el pueblo de los Britanos obtendría la isla en el futuro, cuando llegase el tiempo señalado, no antes de que los Britanos se apoderasen de sus reliquias y las condujeran desde Roma a Britania: sólo entonces, una vez expuestas de nuevo las reliquias de los demás santos, las mismas que fueran escondidas a raíz de la invasión de los paganos, recobrarían el reino perdido. Tan pronto como llegaron estas palabras a los oídos del piadoso

Cadvaladro, se dirigió inmediatamente a Alan y contó al rey lo que le había sido revelado.

[206]

Tomó entonces Alan diversos libros, el de las profecías del águila que profetizara en Seftonia y los de los vaticinios de la Sibila y de Merlín, y comenzó a consultarlos, con ánimo de ver si la revelación de Cadvaladro coincidía con los oráculos escritos. Cuando comprobó que no existía discrepancia alguna entre ellos y la voz angélica, aconsejó a Cadvaladro que obedeciera el mandato divino y que, olvidándose de Britania, hiciese lo que el ángel le había ordenado. Le aconsejó también que enviara a su hijo Ivor y a su sobrino Ini a la isla, a gobernar a los restos de los Britanos, a fin de que el pueblo nacido de tan antigua estirpe no perdiese la libertad a causa de la invasión bárbara. Entonces Cadvaladro, renunciando a las preocupaciones mundanas en aras del Señor y de su reino eterno, viajó a Roma y fue confirmado por el papa Sergio. Allí se vio atacado por una repentina enfermedad y, el duodécimo día de las calendas de mayo[157] del año 689 de la encarnación del Señor, fue liberado de su carne corrupta y entró en el reino de los cielos.

[207]

Ivor e Ini reunieron una flota e, incorporando a la expedición a cuantos hombres pudieron, desembarcaron en la isla. Durante sesenta y nueve años hostigaron al pueblo de los Anglos con crueles cabalgadas, pero no les sirvió de mucho, pues la citada pestilencia, el hambre y las discordias civiles de rigor hicieron degenerar hasta tal punto a un pueblo tan soberbio que ya ni siquiera eran capaces de mantener a distancia al enemigo. Y tanto medró entre ellos la barbarie que ya no se llamaban Britanos, sino Galeses, vocablo derivado de su caudillo Galón, o de su reina Gá-

laes, o quizá de su propia barbarie. Los Sajones, por su parte, se condujeron más sensatamente: conservaron la paz y la concordia internas, cultivaron los campos, reconstruyeron castillos y ciudades. Y así, sacudiéndose por completo el dominio de los Britanos, se hicieron dueños de la totalidad de Logres bajo su caudillo Adelstan, que fije el primero en llevar la corona. Los Galeses, en cambio, rama degenerada del noble árbol britano, nunca recuperaron en lo sucesivo la monarquía de la isla; se entregaron, por el contrario, a estériles pendencias con los Sajones y entre sí mismos, desangrándose de continuo en contiendas externas o domésticas.

[208]

La tarea de referir los hechos de sus reyes, que desde entonces en adelante se sucedieron en Gales, la dejo al cuidado de mi coetáneo Caradoc de Llancarfan, y de los reyes de los Sajones ocúpense Guillermo de Malmesbury y Enrique de Huntingdon[158], a quienes recomiendo que guarden silencio acerca de los reyes de Britania, puesto que no poseen aquel libro en lengua británica que Walter, archidiácono de Oxford, trajo de Bretaña, un libro que, tratando con toda veracidad de la historia de esos príncipes y compuesto en su honor, me he ocupado yo de trasladar de este modo al latín.

GEOFFREY DE MONMOUTH (ca. 1100 - ca. 1155). Fue un clérigo escritor y uno de los principales personajes en el desarrollo de la materia de Bretaña y responsable en la expansión y notoriedad de los relatos sobre el Rey Arturo.

Si bien su lugar de nacimiento es desconocido, se conjetura que podría haber nacido en Monmouth (Gales), y que su ascendencia fuera bretona.

Estudió en la Universidad de Oxford y fue obispo de San Asaph.

Godofredo de Monmouth escribió varios libros. El primero en aparecer fue *Prophetiae Merlini* (*Las profecías de Merlín*), escrito probablemente antes de 1135, es considerado el primer libro sobre el famoso mago, escrito en otra lengua que no fuera la galesa. Las profecías, que en un principio se publicaron de forma independiente, fueron incorporadas posteriormente a la redacción de la *Historia Regum Britanniæ*.

El siguiente libro fue la *Historia Regum Britanniæ* (*Historia de los reyes de Bretaña*), donde se relata la historia britá-

nica desde el primer asentamiento por Bruto de Troya, descendiente del héroe troyano Eneas, hasta la muerte de Cadwallader en el siglo VII, pasando por las invasiones de Julio César, y una de las primeras narraciones del rey Arturo.

Más tarde, Godofredo de Monmouth escribió *Vita Merlini* (*La vida de Merlín*) en algún momento entre 1149 y 1151. Ésta es la nueva versión de las antiguas tradiciones galesas sobre Myrddin.

Todos estos libros fueron escritos en latín.

Notas

[1] Son las cuatro personalidades dominantes en la *Historia regum Britanniæ*. Nuestro cronista Juan Fernández de Heredia (c. 1310-c. 1395), incluye a «Brutus, rey de Bretanya», y a «Bellin et Brenyo» entre los personajes de su *Gran Crónica de los Conqueridores*, aún inédita (salvo algunos fragmentos, como las biografías de Carlomagno, Atila y Jaime I de Aragón). Todo indica que Heredia había leído a Geoffrey o, cuando menos, alguna de las numerosas recensiones posteriores de su *Historia*. *Cf*. B. Sánchez Alonso, *Historia de la historiografía española*, I, Madrid, 1947, pág. 273. <<

[2] Traducidos al español por Luis Alberto de Cuenca (Madrid, Editora Nacional, 1975). <<

[3] Martín de Riquer tradujo al castellano su *Perceval* (Madrid, Espasa-Calpe, 1961); Carlos Alvar, Victoria Cirlot y Antoni Rossell, su *Bree y Enid* (Madrid, Editora Nacional, 1982), y Carlos García Gual y Luis Alberto de Cuenca, su *Caballero de la Carreta* (Barcelona, Labor, 1976, y Madrid, Alianza, 1983). <<

[4] La segunda y la tercera, a saber. *La demanda del Santo Graal* y *La muerte del rey Arturo*, han sido vertidas a nuestra lengua por Carlos Alvar (Madrid, Editora Nacional, 1980, y Madrid, Alianza, 1980, respectivamente). <<

[5] Traducido por Francisco Torres Oliver (Madrid, Siruela, 1982). <<

[6] Hijo ilegítimo de Enrique I Beauclerc, rey de Inglaterra. Murió en 1147. <<

[7] Hijo de Roberto de Beaumont, conde de Meulan. Nació en 1104 y murió en 1166. <<

[8] Irlanda. <<

[9] Geoffrey debe a la *Historia Britonum*, atribuida a Nenio, la idea embrionaria de la historia de Bruto, fundador del reino de Britania. <<

[10] La *idea* del encuentro de Bruto con los descendientes de Heleno en Grecia, la toma Geoffrey de la *Eneida*, de Virgilio, fuente de inspiración de otros muchos pasajes de la *Historia regum Britanniæ*. <<

[11] Quizá el nombre se lo haya sugerido a Geoffrey el de la isla de Ciaros, vecina de Delos, que Virgilio menciona (*Eneida* III 76) en su relato de los oráculos apolinos por Eneas, episodio que sirvió a éste de modelo. <<

[12] Geoffrey escribe *Arae Philistinorum* (como la *Historia Britonum*) en vez de *Arae Philaenorum*, un lugar de la costa norteafricana. <<

[13] Las cuatro generaciones corresponden, en efecto, a las de Eneas, Ascanio, Silvio y Bruto. A Antenor los textos antiguos no lo sitúan en la Península Ibérica, sino en el golfo Adriático, como mítico fundador de Venecia (y la tradición literaria también; recuérdese, si no, la novela *Antenor*, de Pedro Montengón, Madrid, 1788, dos volúmenes). <<

[14] El nombre corresponde al de dos personajes virgilianos (*Eneida* VI 228 y IX 571; *Eneida* XII 298). <<

[15] Los Britanos de Cornualles o Cornubia, por quienes tanto se interesa Geoffrey en su *Historia*. <<

[16] Geoffrey toma este nombre del que llevaba el famoso héroe carolingio Gaiferos. <<

[17] Geoffrey está pensando en la Inglaterra de Enrique I al hablar de bosques reservados a las cacerías reales. <<

[18] O Poitevinos, siendo Poitou sinónimo de Aquitania en la *Historia regum Britanniæ*. También Gofario-Gaiferos es llamado «Picto», que equivale aquí a «Pictavense». <<

[19] Reminiscencia carolingia: Geoffrey se halla influido por el recuerdo de los Doce Pares de Carlomagno. <<

[20] Homero, como es lógico, nada dice al respecto. <<

[21] Cornualles o Cornwalt. <<

[22] Una mezcla de Gog y Magog, personajes del *Apocalipsis*. <<

[23] Londres. <<

[24] Para los sincronismos, Geoffrey se inspira en la *Crónica* de San Jerónimo. <<

[25] Inglaterra. <<

[26] York, llamada por Geoffrey en adelante con el nombre romano de *Eboracum*. <<

[27] Dumbarton. <<

[28] Edimburgo. <<

[29] Carlisle. <<

[30] Canterbury. <<

[31] Winchester. <<

[32] Shaftesburv. <<

[33] ¿Calais? <<

[34] Pueblo que algunos estudiosos han identificado con los *Moiíni*, que ocupaban la región de Boulogne, en Flan-

des. <<

[35] Galtres, en Yorkshire. <<

[36] Esto es, York, la antigua ciudad de Eboraco. *Cf*., nota 21. <<

[37] Saint David's. <<

[38] De Demecia, otro nombre de Cambria o Gales del Sur. <<

[39] Southampton. <<

[40] Ambas noticias autentificadoras son, como en tantas otras ocasiones, pura invención de Geoffrey. «El rey Alfredo» es Alfredo el Grande, rey de Wessex (871-899). <<

[41] Burgundios, borgoñones. <<

[42] Normandía. <<

[43] Pueblo de la Galia Lugdunense. Geoffrey está mezclando a Brenio el Britano y a sus Alóbroges con Breno, personaje histórico que, al frente de sus Galos Senones, saqueó Roma en 390 a. C. <<

[44] Caerleon, llamada Ciudad de las Legiones por los Romanos. <<

[45] Cambria o Gales del Sur. <<

[46] Billingsgate. Era el centro vivo de Londres en época de Geoffrey. <<

[47] A imitación de lo que hicieran los romanos con las cenizas de Julio César, recogidas en una urna y colocadas en lo más alto de un obelisco. <<

[48] ¿Vascos? *Cf*. Julio César Santoyo, *Irlandeses y Vascos*, Durango, 1979. <<

[49] ¿Flamencos? *Cf*. nota 29. <<

[50] Ludgate. <<

[51] Kent. <<

[52] En la *Historia regum Britanniæ* no son un pueblo de Aquitania, sino los habitantes de Flandes. <<

[53] (?). <<

[54] Cambria o Gales del Norte. <<

[55] La imagen de Geoffrey, excelente, alude a la marea baja: como si, de repente, el viento hiciese volver al mar que se batía en retirada. <<

[56] Es una manera de hablar. Casibelauno, naturalmente, era pagano, entre otras cosas porque Cristo aún no había nacido. <<

[57] Flandes. <<

[58] Tour d'Ordre, cerca de Boulogne. <<

[59] Canterbury. <<

[60] *Farsalia* II 572: «Huyó aterrorizado de los Britanos que había intentado someter». Víctor José Herrero traduce: «Mostró su espalda amedrentada a los Britanos a quienes había ido a buscar». (*La Farsalia*, tomo I, Barcelona, 1967, pág. 63.) <<

[61] Anacronismo. Androgeo era pagano y, por tanto, no es lógico que invoque a un «Creador» de corte cristiano. <<

[62] Exeter. <<

[63] Juvenal, *Sátiras* IV 126-127: «Harás prisionero a algún rey, o Arvirago caerá de su carro britano». <<

[64] Cualquier lugar en el sur de Rusia o en el Asia Central, si es que no tiene en Geoffrey un carácter todavía más impreciso. <<

[65] Westmorland. <<

[66] Sacerdotes paganos. <<

[67] Grandes sacerdotes paganos. <<

[68] País que se extendía desde el río Humber hasta la frontera meridional de Albania. <<

[69] Londres. <<

[70] Es la célebre muralla de Adriano, perfeccionada por Severo. <<

[71] Walbrook. <<

[72] Actual Saint Albans. <<

[73]

Habitantes del Gwent, la región donde se encuentran Monmouth y Caerleon. <<

[74] Porchester. <<

[75] Verulam, es decir, Saint Albans. <<

[76] ¿No había sometido Maximiano a *todos* los Galos? <<

[77] No confundir con el emperador Graciano, muerto por Maximiano. <<

[78] *Wednesday* en inglés, nuestro «miércoles», día consagrado a Mercurio. Woden, Wodan o Wotan es la versión germánica casi exacta del Odín escandinavo, *cf*. Brian Branston, *Gods of the North* (traducción española). Barcelona, 1969, pág. 414. <<

[79] *Friday*, «viernes», día consagrado a Venus, diosa romana equivalente a la griega Afrodita y a la germánica Frea o Freya *cf*. Branston, *op. cit*., pág. 261). <<

[80] ¿Caistor? <<

[81] Gildas no refiere en su *De excidio et conquestu Britanniæ* los milagros de Germán y de Lupo. Si lo hacen la *Historia Britonum*, atribuida a Nenio (siglo IX), y la cronológicamente anterior *Historia ecclesiastica gentis Anglorum*, de Beda el Venerable. <<

[82] Geoftrey, que sigue de cerca la *Historia Britonum*, se olvida de la cuarta batalla. <<

[83] Amesbury. <<

[84] *Take your daggers*, traduce Evans, esto es, «coged vuestros puñales». <<

[85] Snowdon. <<

[86] Las Musas. <<

[87] Arturo. <<

[88] Cadvalón. <<

[89] Cadvaladro. <<

[90] Los normandos de Guillermo el Conquistador. <<

[91] Guillermo II el Rojo y Roberto Curthose, hijos de Guillermo el Conquistador. <<

[92] Enrique I Beauclerc, tercer hijo de Guillermo el Conquistador. <<

[93] El monte Erir, actual Snowdon, *cf*. nota 80. <<

[94] A partir de aquí, Merlín profetiza el ocaso de los normandos y el retorno de los britanos al poder, pero en tonos herméticos difícilmente interpretables. <<

[95] Britania e Hibernia. <<

[96] Río de Gales y comarca circundante. <<

[97] Annwg, según el *Index* de Lewis Thorpe. <<

[98] ¿Stafford? <<

[99] ¿Shaftesbury? Allí podía verse la tumba de Canuto el Grande. <<

[100] Para unos equivale a bosque «caledonio», esto es, «escocés». Para otros, a Celidon Wood, cerca de Lincoln. <<

[101] Dean Forest, en Gloucestershire. <<

[102] Monte desconocido. <<

[103] Worcester. <<

[104] Gloucester. <<

[105] El planeta Mercurio, del griego, «brillante». <<

[106] Archenfield. <<

[107] Little Doward, no lejos de Monmouth. <<

[108] Antes, en § 104, Geoffrey hablaba de «cuatrocientos sesenta» pero Eldol puede manejar otras cifras. <<

[109] Kaerconan o Conisbrough. <<

[110] *Samuel* 15, 33. Sobre este episodio bíblico escribí mi poema «Agag de Amaleq» (*cf*. Luis Alberto de Cuenca, *Scholia*, Barcelona, 1978, pág. 35). <<

[111] *Josué* 9, 1-27. <<

[112] ¿Killare? <<

[113] Se refiere a Stonehenge, el monumento megalítico que todavía hoy puede admirarse en la llanura de Salisbury y al que el más célebre de los discípulos de Palladio, Iñigo Jones, dedicó su libro *The most notable antiquity of Great Britain, vulgarly called Stone-Heng*, Londres, 1655, en el que se cita profusamente a Geoffrey (hay edición facsímil, Londres, 1972). C/. § 180. <<

[114] Los sajones. <<

[115] Es la festividad por excelencia del calendario artúrico. ¡Cuántas historias comienzan en la corte de Arturo un día de Pentecostés! Entre ellas, aquel famoso *tai* de *Lanval* (*cf*. mi edición bilingüe de los *Luis* de María de Francia, Madrid, 1975, págs. 146-147). <<

[116] Dameliock, al sudoeste de Tintagel. <<

[117] Rescraddeck. <<

[118] Lothian, en Albania. <<

[119] Carlisle, *cf*. § 28. <<

[120] Según § 139, Ana, hermana de Arturo, estaba casada con Lot de Lodonesia, de quien tuvo dos hijos, Gawain y

Mordred, sobrinos de Arturo. Parece que Geoffrey debió escribir «hermana de Aurelio Ambrosio o de Úter Pendragón» en vez de «hermana de Arturo», con lo que Hoel de Bretaña sería primo hermano de Arturo. <<

[121] Su primo, en realidad. <<

[122] No es su sobrino, sino su primo, *cf.* nota 115. <<

[123] Es, en realidad, su primo, *cf*. nota 115. <<

[124] Falso. Fue durante el reinado de Úter Pendragón. <<

[125] Arturo había sido coronado en Silchester por Dubrieio, arzobispo de Caerleon. Ahora, al celebrar cortes en dicha ciudad, quiere coronarse de nuevo solemnemente. Aurelio Ambrosio hizo lo mismo en una asamblea de Pentecostés que tuvo lugar en Monte Ambrio (§ 130), aunque era rey desde bastante antes (§ 119). <<

[126] Anjou. <<

[127] ¿Caistor? <<

[128] Maine, región de Francia. <<

[129] Arturo parece olvidar sus pasadas campañas en Hibernia, Islandia y Galia. <<

[130] En § 43 eran veinticuatro. <<

[131] Se refiere a Marco Tulio Cicerón. Son, pues, «palabras pronunciadas con una elocuencia ciceroniana». <<

[132] Los hombres de Ponthieu. <<

[133] Sumando los diversos contingentes citados, el total es de 173.200 guerreros; si descontamos los 20.000 infantes de las islas, quedarían 153.200 hombres, no 183.300. <<

[134] 1 de agosto. <<

[135] Cerca de Cherburgo, en Normandía. <<

[136] De Iturea o Traconitide, país de la Celesiria. <<

[137] «Tumbelaine» en un texto del último tercio del siglo XII, et *Román du Mont Saint Michel*, de Guillaume de Saint-Pair, publicado por Francisque Michel (París, 1885). Debo esta referencia a la amabilidad de mi amigo Carlos Alvar. <<

[138] Entre Langres y Autun. El texto dice *Silesia*; y la localización del topónimo ha sido objeto de numerosas discusiones entre los estudiosos. <<

[139] En realidad, son diez: cuatro de vanguardia, cuatro de retaguardia, el de Arturo y el de reserva al mando de Morvid. <<

[140] Langres. <<

[141] Bailón, en Maine. <<

[142] Los Alpes. <<

[143] Roberto, duque de Gloucester, a quien va dedicada la *Historia regum Britanniæ*. <<

[144] Se trata del río Camel, en Cornualles. <<

[145] Así, pues, Lot había muerto con anterioridad a esta batalla. Geoffrey no nos lo cuenta. <<

[146] Tercero de su nombre, tras Constantino I el Grande y Constantino II, padre de Aurelio Ambrosio y de Úter Pendragón. <<

[147] Que sepamos, nunca lo hizo. <<

[148] *Cf.* § 72. <<

[149] *Cf.* Beda, *Historia ecdesiastica gentis Anglorum* II 2. Geoffrey sigue a Beda de cerca en esta zona de su obra. <<

[150] Saint-Malo. <<

[151] *Rex regibus atavis edite*, escribe Geoffrey. Horacio había escrito (Odas I 1).: *Maecenas atavis edite regibus*. <<

[152] *De excidio el conquesta Britanniæ* § 21. <<

[153] Antiguo reino anglosajón en la parte central de Inglaterra. <<

[154] El día 15 de diciembre, pues las calendas eran el día primero. <<

[155] *Cf.* Beda, Historia… V 7. <<

[156] Clara referencia al pasaje de las *Profecías de Merlín*, que dice (*cf.* § 115): «Entrarán en erupción las montañas de Armórica y serán coronadas con la diadema de Bruto». <<

[157] 12 de mayo. <<

[158] A Caradoc de Llancarfan, amigo de Geoffrey, se le debe una *Vida de San Gildas*; no se nos ha conservado —si es que la hubo— su obra histórica acerca de los reyes de Gales. La obra principal de Guillermo de Malmesbury son unos *Gesta regum Anglorum*. Sobre el mismo tema escribió Enrique de Huntingdon su *Historia Anglorum*. <<

Índice de contenido

Cubierta
Historia de los reyes de Britania
Introducción
Nota bibliográfica
Nota textual
HISTORIA DE LOS REYES DE BRITANIA
Prefacio y dedicatoria
I. Descripción de Britania
II. Historia de Bruto
III. Los sucesores de Bruto hasta la llegada de Julio César
    1. De Locrino a Bladud
    2. El rey Lear
    3. Los sucesores de Lear
    4. Belino y Brenio
    5. De Gurgüint Barbtruc a Helí
IV. La conquista romana
    1. Julio César
    2. Claudio
    3. Lucio
    4. Severo
    5. Basiano, Carausio, Alecto y Asclepiodoto
    6. Constancio y Constantino
    7. Maximiano y Graciano
V. Los bárbaros

1. Constantino y Constante: los Escotos y los Pictos
2. Vortegirn: los Sajones
3. Historia y profecías de Merlín
VI. Los grandes días de la historia de Britania
1. Aurelio Ambrosio y Úter Pendragón
2. Arturo
VII. La caída del Imperio Britano: los sucesores de Arturo
1. De Constantino a Blederic, Margadud y Cadvano
2. Cadvano y Cadvalón
3. Cadvaladro, Ivor e Ini
Sobre el autor
Notas

INDICE

Historia de los reyes de Britania 3
Introducción 6
Nota bibliográfica 13
Nota textual 15
HISTORIA DE LOS REYES DE BRITANIA 16
Prefacio y dedicatoria 18
I. Descripción de Britania 20
II. Historia de Bruto 23
III. Los sucesores de Bruto hasta la llegada de Julio César 47
1. De Locrino a Bladud 48
2. El rey Lear 55
3. Los sucesores de Lear 61
4. Belino y Brenio 65
5. De Gurgüint Barbtruc a Helí 76
IV. La conquista romana 84
1. Julio César 85
2. Claudio 98
3. Lucio 104
4. Severo 107
5. Basiano, Carausio, Alecto y Asclepiodoto 109
6. Constancio y Constantino 114
7. Maximiano y Graciano 118
V. Los bárbaros 129
1. Constantino y Constante: los Escotos y los Pictos 130
2. Vortegirn: los Sajones 142
3. Historia y profecías de Merlín 155
VI. Los grandes días de la historia de Britania 175
1. Aurelio Ambrosio y Úter Pendragón 176
2. Arturo 204
VII. La caída del Imperio Britano: los sucesores de Arturo 257
1. De Constantino a Blederic, Margadud y Cadvano 258
2. Cadvano y Cadvalón 265
3. Cadvaladro, Ivor e Ini 279
Sobre el autor 284
Notas 286